

TIFFANY CALLIGARIS

# LESATH

I. MEMORIAS DE UN ENGAÑO



Lectulandia

Adhara es hija de un elfo y una humana; a los diecinueve años decide abandonar el bosque élfico donde vive con sus padres y conocer Lesath, donde allí residen sus abuelos maternos. La joven descubre que las cosas no son como parecen, que el pacífico reino esconde misterios tenebrosos. De la mano del valiente Aiden, Adhara vivirá las más arriesgadas historias en su intento de vencer el mal que encarnan los miembros del Concilio de los Oscuros, que gobiernan secretamente Lesath.

**Lectulandia**

Tiffany Calligaris

# **Memorias de un engaño**

**Lesath - 1**

ePub r1.1

Ariblack 07.09.14

Título original: *Lesath: memorias de un engaño*

Tiffany Calligaris, 2012

Diseño de portada: Sebastián Giacobino

Editor digital: Ariblack

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Dedico este libro a las personas más cercanas a mi corazón,  
mis padres Lis y Elvio, sin ellos no sería la persona que soy hoy.

A mi hermano Anthony y a Joaquín.

A mis abuelos Betty, Héctor, Luli y Elvio.

Y a todas las personas que disfrutan de explorar mundos desconocidos y  
buscan un poco de fantasía en sus vidas.

## UN NUEVO COMIENZO

El viaje fue más largo de lo que había imaginado. La idea de dejar nuestro bosque y conocer el mundo de los hombres rondaba en mi cabeza desde hacía años pero nunca me había puesto a pensar en lo largo que resultaría el viaje o lo distintos que serían los paisajes que conocería. Todo era nuevo para mí.

Me sentía extraña en este mundo del cual no sabía nada. Todos los libros que había leído sobre el mundo de los hombres habían sido escritos por elfos y sabía que su modo de percibir las cosas era diferente del de los hombres.

Las primeras semanas habían sido silenciosas, transité por caminos olvidados. Los hombres no sabían de su existencia y los elfos habían jurado que jamás volverían a estas tierras. Supongo que si mis circunstancias hubieran sido otras y realmente fuera una elfa, no habría sentido la necesidad de venir hasta aquí. Pero no fue así, no estaba segura de lo que era.

En la cuarta semana de mi viaje finalmente topé con una pequeña aldea, la mayoría de sus habitantes eran ancianos y no hablaban mucho, no pude aprender demasiado de ellos. Pero recuerdo que fueron lo suficientemente amables como para proveerme con alimentos.

Las semanas que le siguieron pasé por varios pueblos y las personas con las que traté también fueron amables conmigo. La mayoría de los elfos creen que los hombres no son seres generosos por naturaleza, sino que tienden a ser más egoístas, pero hasta ahora me habían demostrado lo contrario. Y no estaba sorprendida al respecto, mi madre siempre había sido muy generosa.

Miré hacia adelante, podía distinguir antorchas a lo lejos. No me tomaría más de unos minutos llegar; había esperado que aún fuera de día, pero la noche se me había adelantado. Me preguntaba cómo reaccionarían mis abuelos. Es la misma pregunta que desde hacía días se repetía en mi cabeza. Ellos no sabían nada de mí, ni siquiera sabían de mi existencia.

Mi madre, Selene, creció en Naos. El pueblito que se encontraba delante de mí. Tenía veinte años cuando dejó su hogar para siempre. Los elfos habían decidido dejar atrás el mundo de los hombres para vivir en paz en Alyssian, un bosque encantado en tierras lejanas. Mi padre, Adhil, conoció a mi madre mientras se alejaba de estas tierras. Se enamoraron a primera vista, un elfo y una humana. Y como mi padre debía seguir su camino, mi madre lo siguió. Jamás se separaron desde entonces, no recuerdo un solo día en el cual no los hubiera visto juntos.

Eran felices. Yo también lo fui por un tiempo, hasta que comencé a pensar que no pertenecía allí. Me resultó difícil crecer entre ellos, eran más ágiles que yo para todo lo que hacían. Más sabios, más pacientes. No entendían mi temperamento y a decir verdad yo nunca terminé de comprender el de ellos. Y poseían aquella belleza que era

su característica. Pelo largo y suave como la seda, ojos redondos y expresivos pero a su vez rasgados como los de un gato, y esbeltas y elegantes figuras.

Había heredado muchas cosas de mi padre; mis ojos eran de su mismo color verde, como las hojas. Y mi cuerpo era más agraciado que el de las mujeres de Lesath, más armonioso. En las últimas semanas había notado que poseía una belleza más natural que el resto de las mujeres que vi, lo cual me hacía sentir mejor porque nunca me había considerado muy bonita en comparación con las elfas. Mis orejas eran largas y puntiagudas como la de los elfos, el único rasgo que me delataba. Las cubría con una capucha durante el día para que los hombres no se dieran cuenta de lo que era. Tras ver la forma en que caminaban y cómo se movían supe que había sido bendecida con la agilidad de los elfos. Los humanos eran más ruidosos y precipitados para desplazarse; me movía con la gracia de una gacela en comparación a ellos. Y mis sentidos eran bastante más agudos, podía ver y oír cosas de las que no parecían percatarse. Pero aun así siempre pensé que poseía más cualidades de humana y que encontraría mi lugar entre ellos; este era el momento de averiguar si estaba en lo cierto o si me había equivocado.

Pensé en mis padres, les había costado mucho aceptar mi decisión. Mi madre había sido más comprensiva, pero mi padre se había opuesto rotundamente al principio.

—Solo tienes diecinueve años —repetía una y otra vez.

Los elfos tienen una noción de las edades diferente de la de los humanos. Mi madre me considera una mujer, mi padre a diferencia de ella me ve como a una pequeña niña. Pero ambos desean que sea feliz y finalmente me dieron sus bendiciones.

Daeron tiró de las riendas. Miré hacia arriba sorprendida al ver a Naos frente a mí, había estado perdida en mis pensamientos por un largo rato. Por fin había llegado, luego de semanas y semanas de viaje. Reinaba el silencio, no había ruidos ni personas en las calles. Debía ser pasada la medianoche. Seguí las indicaciones de mi madre y busqué una casa con ventanas blancas y una hamaca en el porche. Todas las casas me resultaban parecidas: los colores, las estructuras y los pequeños jardines con similares tipos de flores, pequeños muros de piedra los rodeaban marcando los límites entre un jardín y otro. Era extraño, en Alyssian los elfos construían sus casas alrededor de los árboles e incluso en los troncos. En Lesath todas se encontraban en el suelo alineadas una al lado de la otra. No comprendía la necesidad que tenían de marcar los límites entre los jardines, de seguro podían distinguirlos sin necesidad de marcarlos con muros de piedra.

Tiré de las riendas sin ser consciente de ello, mi corazón latía con fuerza. La casa que me había imaginado en varias ocasiones desde que era solo una niña se encontraba a pocos metros. No estaba segura de cómo lo sabía, pero estaba

completamente segura de que esa era la casa. Desmonté algo temblorosa, sabía que era tarde pero no me agradaba la idea de dormir una noche más sobre el húmedo manto de pasto. Los elfos adoraban dormir a la intemperie, rodeados por la naturaleza. Al principio yo también lo encontraba fascinante pero luego de tanto tiempo extrañaba dormir en una cama cálida y confortante.

—Quédate aquí —le susurré a mi compañero de viaje.

Luego de contemplar la puerta por unos largos segundos, me dirigí hacia ella con paso firme y golpeé la puerta. Me pregunté si les recordaría a mi madre. Mis rasgos eran parecidos a los de ella pero un poco más refinados y ambas teníamos largo cabello castaño.

Las luces se encendieron y oí ruidos dentro. Los nervios comenzaron a sacudirme. No estaba acostumbrada a esa emoción, el solo hecho de ponerme nerviosa por golpear una puerta me parecía absurdo. Tomé aire, la expresión en mi cara era serena y así seguiría.

Las cortinas de la ventana más próxima se movieron lentamente y tras ellas apareció un rostro anciano y gentil. Era mi abuela. Me contempló por unos segundos, sus ojos se abrieron de par en par y se precipitó hacia la puerta.

—¡Selene! —gritó mientras abría la puerta.

—No. No soy Selene, soy su hija —respondí.

Sus ojos recorrieron mi rostro, su mirada era incrédula. Permaneció allí parada sin decir una palabra. Aguardé unos momentos, esperando que dijera algo pero no lo hizo.

—Mi nombre es Adhara Selen Ithil. Soy la hija de Selene y Adhil, soy su nieta —dije con tono sereno.

Más silencio. Estaba comenzando a impacientarme. Me preguntaba qué estaría pasando por su cabeza ahora. Definitivamente estaba sorprendida, no podía culparla, no había tenido noticias de mi madre desde su partida. No sabía que yo existía. No logré descifrar si estaba complacida o disgustada, su expresión no revelaba nada. Tal vez era mejor si me iba y volvía a la mañana, de seguro necesitaría tiempo para asimilarlo.

Estaba a punto de alejarme de ella cuando ocurrió algo insólito. Tras un sollozo se abalanzó hacia mí, y me encerró en un fuerte abrazo.

—Mi nieta —dijo entre sollozos—. La niña de mi Selene.

Mi madre era la única persona que me abrazaba de esa manera, era muy extraño que otra persona lo hiciera. Más, alguien que había conocido hacía solo segundos. Puse mis brazos en su espalda de manera gentil y permanecí quieta. Continuó sollozando pero reía al mismo tiempo. ¿Era posible que alguien pudiera llorar de alegría? Si lo era, este era el caso. Al menos creía que estaba contenta de verme.

—Entra, debes estar cansada —dijo con una sonrisa—. A estas horas de la noche.

—¿Hay algún establo en donde pueda dejar a mi caballo? Llevamos viajando mucho tiempo y necesita descansar —respondí.

—Oh, claro, en el jardín de atrás tenemos un establo. Tú entra en la casa que yo me encargaré de él, le pondré alfalfa —dijo yendo hacia Daeron.

—Yo puedo hacerlo —respondí.

Sabía que no le gustaba que lo dejara con desconocidos.

—No te preocupes, solíamos tener caballos, sé lo que debo hacer —replicó con una sonrisa gentil—. Es tarde, entra y ponte cómoda.

—De acuerdo —no insistí por miedo a sonar descortés.

La casa no tenía muchos muebles pero había algo cálido en ella, era acogedora. Me senté en una de las tres sillas de madera que había alrededor de una mesa cuadrada. La madera era vieja pero firme. Estaba segura de que se trataba de roble, al igual que las sillas. En el centro un florero con jazmines, su fresco aroma me rodeaba. Las paredes eran de color blanco y estaban adornadas con cuadros. Me acerqué a observarlos más de cerca; algunos eran de flores como rosas, jazmines y fresias. Otros eran de caballos; un zaino claro de aspecto majestuoso aparecía en varios de ellos.

Me sonreí a mí misma, sabía que mi madre los había pintado. Muchos de ellos eran casi idénticos a los que adornaban mi habitación, ella los había pintado para mí.

Recorrí la sala silenciosamente y volví a sentarme. Estaba segura de que en cualquier momento mi abuelo aparecería por alguna de las puertas y no quería darle una mala impresión. Aguardé en silencio pero no parecía haber nadie más en la casa. Eso me entristeció, tal vez ya no vivía allí o se encontraba enfermo o algo peor. Dejé de pensar, no quería pensar en cosas malas.

Escuché el ruido de pasos en la puerta principal. Mi abuela entró y se sorprendió al verme allí sentada.

—Eres muy parecida a Selene —dijo con lágrimas en los ojos.

—Mi padre dice lo mismo —respondí con una sonrisa.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve.

—Cuando se fue, tenía un año más que tú —dijo mi abuela.

—Lo sé.

Caminó lentamente hasta la mesa y se sentó en una silla a mi lado.

—¿Sabes mi nombre? —me preguntó.

La miré perpleja, por supuesto que sabía su nombre, era mi abuela. Si sabía cuál era su casa cómo no iba a saber cuál era su nombre.

—Iara. Mi madre me ha hablado mucho sobre ti —respondí.

Sonrió y más lágrimas cayeron de sus ojos. Eran del mismo color que los de mi madre, marrón pardo.

—¿Dónde está mi abuelo? —pregunté.

—Helios se fue a pescar en su bote hace unos días, estará de regreso mañana por la tarde. Se alegrará mucho de saber de ti —me aseguró Iara.

—Mi madre me habló mucho sobre él también. Los quiere mucho a ambos, los extraña.

—¿Ella también vendrá a visitarnos?

Sus ojos se iluminaron en cuanto hizo la pregunta. Me entristeció no poder responderle lo que ella quería escuchar.

—No, ella no vendrá. Lo siento —respondí.

—¿Le ha sucedido algo? —preguntó Iara, alarmada.

—No, se encuentra bien. Es difícil de explicar, debes prometerme que no se lo repetirás a nadie a excepción de mi abuelo. Los elfos guardan con recelo sus secretos.

—Lo prometo niña, tienes mi palabra. No deseo saber los secretos de los elfos sino la razón por la cual hace años que no sé nada de mi hija —dijo angustiada.

—Verás, mi padre al ser un elfo es inmortal, ella es o al menos era mortal. Esto se convirtió en una preocupación para ambos. Él no soportaba la idea de que en algún futuro ella moriría, y mi madre quería estar a su lado para siempre. Entonces, mediante magia mi padre logró que quedara sujeta a la energía de su cuerpo. Unió su vida a la ella. La magia que posee el bosque, la energía y la luz que le brindan las estrellas, todo aquello que él recibe, ella también lo hace.

—No estoy segura de comprender...

—Mientras mi madre permanezca en el bosque, la magia de este y la de mi padre, que entrelazó su vida a la de ella, la mantendrán inmortal, vivirá lo mismo que él. Si ella deja el bosque, el lazo mágico que los une, que sustenta sus vidas como una sola, se romperá.

No sabía de qué manera explicarlo mejor, era magia muy antigua y poderosa y no entendía todo lo que implicaba. Iara cerró sus ojos y una expresión de comprensión se dibujó en su rostro. Sabía que lo había entendido, jamás volvería a ver a su hija.

Aguardé en silencio pensando que comenzaría a llorar de nuevo, pero no lo hizo.

—¿Es feliz? —su tono era tranquilo, resignado.

—Sí, desde que nací que no recuerdo un solo día en el que no haya tenido una sonrisa en su rostro. A excepción del día en que me fui.

Nunca la había visto tan perturbada como aquel día, la forma en que me había mirado solía repetirse en mi mente una y otra vez. De pronto recordé algo, extendí la mano hacia la bolsa de viaje que cargaba en el hombro y de ella extraje una carta.

—Ella me pidió que te la entregara, tengo una para el abuelo también.

Tomó la carta en sus manos con sumo cuidado y la guardó dentro de su ropa. Seguro esperaría a estar sola para leerla.

—Me repites tu nombre, querida.

—Adhara, mi madre lo eligió. Es una de las estrellas más queridas de los elfos, es la última en irse cuando termina la noche.

—Es muy bonito.

—Gracias.

Iara se levantó de la mesa de manera repentina, como si de pronto hubiera recordado algo.

—Lo siento, no te he ofrecido nada. ¿Tienes hambre?

—No.

—¿Segura? Fui al mercado esta mañana... —replicó con una sonrisa.

—Me encuentro bien, no necesito nada.

Me había costado adaptarme a la comida de aquí, era demasiado diferente a lo que los elfos acostumbraban a comer. Me costaba más digerirlo y al principio me había ocasionado uno o dos dolores de estómago. No quería parecer grosera, pero estaba convencida de que disfrutaría más de la comida luego de una buena noche de descanso.

—Cuéntame de ti —dijo con una sonrisa.

Durante la siguiente hora le conté muchos recuerdos de mi niñez; siempre que mencionaba a mi madre una sonrisa se dibujaba en su rostro. Le describí el bosque, las costumbres de los elfos, sus rituales. Le expliqué lo difícil que me había resultado crecer entre ellos, que a pesar de mis esfuerzos no había logrado desarrollar vínculos profundos con los demás elfos. Que me trataban de manera amistosa y con respeto, pero que no tenía verdaderos amigos. Mis esperanzas de poder encontrar mi lugar aquí, de averiguar si era más humana que elfa y de no sentirme diferente. Su expresión se volvió más severa cuando dije que a mis padres les había costado mucho aceptar mi decisión. Al principio no comprendía el porqué; pensé que estaba contenta con mi visita. Pero a medida que comenzó a hacerme preguntas sobre los cuidados que mis padres solían tener conmigo supe la razón. Sentía que era su responsabilidad cuidarme y no dejar que nada malo me sucediera.

—Mi madre sabe que puedo cuidar bien de mí, no debes preocuparte. No soy tu responsabilidad —le aseguré.

—Claro que lo eres. Estoy segura de que Selene te permitió venir hasta aquí porque sabía que cuidaría bien de ti y así será. Para mí es un honor, Adhara.

Asentí con la cabeza, sabía poco sobre ella pero estaba segura de que no habría forma de convencerla de lo contrario.

—Estoy segura de que conocerás jóvenes con los que te resultará fácil relacionarte. Todos son muy gentiles aquí —dijo Iara sonriendo—. No me imagino a alguien en este pueblo o en ningún otro que no se deleitara con la idea de ser amigo de una joven tan hermosa como tú.

—Gracias —respondí con una sonrisa.

Me encantaba recibir halagos, lo había descubierto en mi corta estadía en los demás pueblos. En Alyssian, los elfos raramente lo hacían o mejor dicho no tenían razón para hacerlo. Ellos comprendían la magia de tal manera que les resultaba tan fácil como respirar; yo, en cambio, no podía controlarla y los pocos hechizos que había logrado habían requerido una gran concentración. Solo era buena con la espada y jamás había logrado moverme a la velocidad con que ellos se movían. Pero aquí la mayoría de las personas con las que había intercambiado palabras siempre tenían un cumplido para hacerme.

—Santo cielo, que tarde se ha hecho —dijo Iara observando el reloj que colgaba en la pared—. Te prepararé el cuarto de Selene, allí estarás cómoda.

—Gracias.

La seguí, observando todo detenidamente. La habitación se encontraba al final de un pasillo. Las paredes eran de color claro con flores pintadas en ella, mi madre las había pintado. La cama era pequeña, pero al recostarme en ella comprobé que era muy cómoda. Había un armario en un rincón de la habitación y un escritorio cubierto de libros en el otro. Todo estaba muy limpio y ordenado, de seguro Iara se esforzaba por mantener la habitación así. Sacó un camisón blanco del armario y me lo entregó junto con una frazada por si me daba frío, luego me deseó buenas noches y salió por la puerta silenciosamente. Tardé en dormirme, cambié de posición varias veces, observé el techo por un largo rato y finalmente cuando mi cuerpo y mi mente se encontraban demasiado cansados como para seguir despierta, el sueño se apoderó de mí.

Cuando me desperté tardé unos segundos en recordar dónde estaba. Durante las últimas semanas me había acostumbrado a dormir al aire libre, me resultó extraño despertar en aquella habitación. Los rayos de luz entraban por la ventana; me pregunté cuánto tiempo habría dormido, parecía tarde. Busqué mi bolsa de viaje y me puse un vestido violeta. Era uno de mis favoritos, me encantaba la manera en que se adhería a mi silueta y caía hasta mis rodillas. Observé mi espada por unos segundos. Saifan, uno de los mejores herreros entre los elfos, la había hecho para mí. Su hoja era larga, fina y el hierro tenía un destello azul. Su peso era perfecto en mis brazos. Saifan la había nombrado Glace ya que la hoja le recordaba al hielo. También le había hecho el símbolo que solía hacer para marcar su trabajo, la estrella del norte en cristal sobre el hierro antes de donde se formaba la empuñadura. Durante el viaje siempre la tenía junto a mí en caso de peligro, pero dudaba que la necesitara en Naos.

Fui hacia la sala en silencio intentando oír el ruido de voces, preguntándome si mi abuelo ya habría vuelto de su viaje de pesca. Pero no oí nada y una vez que entré, descubrí que estaba vacía. Me dirigí a la cocina y allí encontré a Iara.

—Adhara, te has despertado. Ya casi es mediodía, debías estar muy cansada —dijo mirando hacia la ventana.

—Sí, lo estaba —respondí.

—La comida estará en unos minutos, espero que sea de tu agrado. No la condimenté, recordé que dijiste que a los elfos no les gustaba condimentar la comida, ya que consideraban que la estaban arruinando.

Asentí con la cabeza, tenía tanta hambre que comería cualquier cosa que me diera, incluso si sabía mal. No podía esperar por ir a recorrer el pueblo, tenía mucha curiosidad del tipo de personas que encontraría.

La comida estaba deliciosa, era un sabor diferente a todos los que había probado y no me cayó pesado como el resto de las cosas que había comido. Una vez que terminé insistí en ayudar a levantar los platos pero Iara no me lo permitió.

—Estaba pensando en ir a recorrer el pueblo —dije esperando que no se opusiera a la idea.

—Oh, ya veo. ¿Quieres que te acompañe?

—Preferiría ir sola si no te molesta —respondí con tono amable, rogando que no le molestara.

—Claro que no, querida. ¿Quieres que te dibuje un mapa del pueblo?

—No, estaré bien. Gracias de todos modos.

—No vuelvas tarde, tu abuelo llegará al atardecer.

El pueblo era diferente de lo que recordaba de la noche anterior. Era ruidoso y las calles de tierra ya no estaban desiertas. Todos parecían conocerse en Naos; se saludaban al cruzarse o se hacían un gesto amable a lo lejos si no se cruzaban. Las personas me miraban con curiosidad, estaba segura de que se estaban preguntando de dónde había salido ya que nadie me había visto llegar al pueblo. No tardé mucho en llegar al mercado, era una calle larga de pequeños bazares uno al lado del otro. La mayoría vendían alimentos, otros vendían libros, ropa, armaduras, armas, flores y joyas. Me detuve frente a uno que vendía collares con hermosas piedras de diferentes tonalidades. Un amuleto con un hermoso cristal de un intenso color azul había llamado mi atención. Era un zafiro.

Lo sostuve en mis manos cuidadosamente. El color cambiaba bajo los rayos del sol. Se volvía más claro y transparente.

—¿Eres nueva en el pueblo? —preguntó una voz.

Levanté la mirada, había un joven de cabello claro y ojos azules mirándome desde atrás de la mesa de exhibición.

—Así es.

—Es un placer conocerte, mi nombre es Lachlan Grey —dijo mientras extendía su mano hacia mí.

Tomé su mano y la solté rápidamente. Los elfos no acostumbraban a acompañar sus palabras con un apretón de manos u otros gestos. El tacto era algo reservado para aquellos que tenían cierto grado de amistad o confianza. Pero en Lesath todos

insistían en tomar tu mano a pesar de que nunca te hubieran visto antes. El contacto con extraños aún era nuevo para mí y no me resultaba agradable.

—Soy Adhara.

—¿De dónde vienes?

—De tierras lejanas —respondí simplemente llevando las manos hacia mis orejas para asegurarme de que mi pelo las cubriera bien.

—¿Tienes familia aquí? —preguntó confundido.

—Así es.

—Eh... ¿Te molesta si pregunto quiénes son? —Sus mejillas se sonrojaron.

—Soy la nieta de Iara y Helios.

Seguro sabía a quiénes me refería.

—No sabía que tuvieran hijos o nietos —respondió, su expresión era aún más confusa.

—Mi madre se fue de aquí cuando era joven y no ha vuelto desde entonces —respondí.

—Oh, ya veo. ¿Te quedarás mucho tiempo por aquí?

Noté cómo sus mejillas se sonrojaban de nuevo; me desconcertó, no comprendía qué resultaba tan vergonzoso sobre las preguntas que me hacía.

—Aún no lo sé, es probable que sí.

—Ese collar se vería muy bien en ti —dijo señalando el amuleto que aún sostenía en mis manos—. ¿Quieres probártelo?

—Tal vez otro día, no traigo dinero conmigo.

Ni sabía de dónde sacarlo.

—Te lo obsequiaría si me perteneciera, pero este es el negocio de mi padre y se enfadaría conmigo si lo hiciera, lo siento —se disculpó.

Sonreí sorprendida ante sus palabras. No estaba segura de si intentaba ser amable o si obsequiarme la joya podría tener otro significado. En casa generalmente cuando nos hacíamos un obsequio era como una muestra de agradecimiento o para demostrarnos afecto, pero no podía tener afecto por mí, me conocía hacía solo minutos.

—¿Quién es ella, Lachlan?

Una muchacha con expresión molesta se acercó a nosotros. Llevaba su cabello negro atado en una elegante trenza. Poseía lindos rasgos para una humana, pero había algo en ella que no me agradaba. De seguro era la forma en que me miraba, como si mi mera presencia le molestara. O tal vez se trataba de la vanidad que revelaban cada uno de sus movimientos, desde su forma de caminar hasta la manera en que llevaba el mentón hacia arriba.

—¿Quién eres tú? —preguntó mirándome fijamente antes que Lachlan pudiera responderle.

—Aún no he escuchado tu nombre —dije volviéndome hacia ella.

Sus ojos azules se volvieron más fríos y guardó silencio por unos segundos antes de contestarme, como si de esa manera fuera a incomodarme para que respondiera primero.

—Mi nombre es Louvain Merrows —dijo finalmente.

El tono arrogante que había utilizado al decir su nombre no me agradaba, era como si se creyera alguien de importancia en el pueblo. No le diría mi nombre, no había dejado Alyssian para pasar tiempo con alguien que se creía superior a mí. Devolví el amuleto que tenía en mi mano a su lugar y comencé a alejarme.

—Debo irme, gracias por tu amabilidad —dije mirando a Lachlan.

—No es nada, nos vemos luego —respondió con una sonrisa.

—¡No me has dicho quién eres! —gritó Louvain enfadada.

No respondí. Mientras me alejaba del negocio podía escucharla gritándole a Lachlan, habían comenzado a discutir. Toda la situación me parecía rara pero no me importaba lo suficiente como para pensar en ello. Caminé por el pueblo lo que quedaba de la tarde, no había mucho para ver, todos estaban absortos en alguna tarea, la mayoría eran granjeros y se pasaban el día arando o regando sus cultivos. Era evidente que no había ninguna figura de autoridad en Naos. Me preguntaba cómo estarían organizadas estas tierras, sabía que este pueblo, junto con todos los demás era parte de Lesath pero no estaba segura de qué clase de gobernante tenían. Todo me resultaba algo diferente de como me lo había imaginado. En mi cabeza cuando oía a mis padres hablar de Lesath, me imaginaba un lugar emocionante, un lugar de doncellas y caballeros, de castillos y peleas, no de granjeros y una tranquila vida pueblerina. Muy dentro de mí sabía que me sentía algo desilusionada, era demasiado pronto para comenzar a sacar conclusiones y si bien lo sabía, no podía evitarlo.

En Alyssian reinaba una armonía inquebrantable pero al menos entrenábamos para utilizar armas y magia. A los que nos interesaba practicábamos con espada y arco y flecha la mayor parte de los días. No con el propósito de luchar, los elfos no creían en guerras, sino en estar preparados en caso de que algún día fuera inevitable. Si bien cada raza había tomado su propio camino era imposible tener la certeza de que en el futuro no intentarían gobernar a las demás.

Encontré un sendero que al parecer iba hacia las afueras del pueblo, el sol aún no había bajado y no tenía otra cosa que hacer. El camino era angosto, el pasto había comenzado a crecer, y en algunas partes era cada vez menos visible. No había nadie, de seguro hacía mucho que ya nadie lo usaba.

No sabía cómo reaccionaría Iara si le contaba sobre esto. En mi opinión no tenía importancia, durante las últimas semanas había viajado sola por caminos más peligrosos pero por la forma en que había insistido en que era su responsabilidad supuse que no estaría muy contenta si se enterara de que me alejé del pueblo. Decidí

que era mejor omitir esa parte de mi recorrido.

El sonido del agua comenzó a escucharse con más claridad a medida que avanzaba, hasta que el camino llegó su fin frente a una laguna. El paisaje era hermoso, el agua, clara y las plantas crecían con un verde más intenso a su alrededor. Había cierta sensación de calma que me gustaba. Me acerqué a la orilla para sentarme cuando me di cuenta de que no estaba sola. A solo unos metros había un joven, su mirada se encontraba fija en el río. Dejé escapar un grito de asombro sin darme cuenta. Era hermoso. Su rostro tenía facciones delicadas y bien masculinas. Sus ojos eran totalmente cautivadores, profundos y expresivos, de un cálido color marrón chocolate. Había algo dulce y luminoso en su mirada, algo difícil de describir. Su pelo era del mismo color que el mío, comenzaba lacio y se ondulaba algo en las puntas, era corto en comparación a como lo llevaban los elfos, no le llegaba a los hombros. Me costaba creerlo y no me imaginaba cómo había llegado hasta aquí pero no había otra explicación, era el ser más hermoso que había visto. No había otra manera de describirlo.

—¿Has vivido entre los humanos todo este tiempo? ¿Nunca abandonaste estas tierras?

Me miró sorprendido, sus ojos recorrieron mi rostro detenidamente.

—¿A qué te refieres? —me preguntó.

—Los elfos dejaron estas tierras hace años —espeté.

Permaneció en silencio por unos segundos antes de soltar una carcajada. La forma en que se reía me desconcertó. No entendía qué era lo que le resultaba tan gracioso.

—¿Crees que soy un elfo? —me preguntó en tono divertido.

—¿No lo eres? —pregunté perpleja.

—Claro que no.

Era un hombre, no un elfo. Me resultaba difícil de creer, no había duda de que los elfos eran la definición de belleza, con sus rasgos delicados y apariencia agraciada, pero el joven que se encontraba frente a mí era más hermoso que todos los elfos de Alyssian. Noté como el calor subía por mis mejillas y escondí mi rostro. No recordaba la última vez que me había sentido tan avergonzada, seguramente porque nunca me había sucedido.

—¿Crees que me parezco a un elfo? —su voz sonaba más fuerte, podía escuchar sus pisadas acercándose a mí.

—No. Lo siento.

—¿Te encuentras bien? El sol está más fuerte de lo que suele estar, debes estar delirando —dijo.

—No estoy delirando —repliqué indignada levantando la mirada.

No quería tener que explicarme, de hacerlo tendría que admitir que debido a su hermosa apariencia lo había confundido con un elfo y no era algo que me encontrara

dispuesta a hacer. Permanecí en silencio sin saber qué decir, sus ojos seguían posados en mí esperando una respuesta. No me quedaba otra opción, era mejor si pensaba que había estado en lo cierto respecto al sol. Puse una mano sobre mi rostro pretendiendo malestar y me balanceé como si estuviera perdiendo el equilibrio. Era humillante al punto de la muerte y sin embargo era preferible a que descubriera lo que realmente estaba pensando. Sentí sus manos sobre mi cintura, no contaba con eso. Me tomó con fuerza pero al mismo tiempo con la suficiente suavidad como para no lastimarme y me apoyó en el suelo delicadamente. El contacto con sus manos me estremeció, lo normal hubiera sido que me hubiese desagradado pero me sorprendí al notar que me resultaba agradable. Tal vez por más improbable que fuera existía la posibilidad de que estuviera delirando en serio.

—Quédate quieta por unos minutos, hasta que te sientas mejor —dijo amablemente mientras se sentaba a mi lado.

Por alguna razón este humano me resultaba algo desconcertante, era mejor si no hablaba mucho.

—Nunca te había visto por aquí —dijo.

—Mis abuelos viven aquí, solo estoy de visita —respondí.

—¿De dónde vienes? —preguntó.

—De lejos.

Mi respuesta debió resultarle extraña, o al menos eso pensé por la expresión que apareció en su rostro.

—¿Tienes un nombre? —preguntó.

—Adhara.

—Es un nombre muy bonito —su expresión se volvió más suave.

Por lo general no le daría importancia a este tipo de conversación, pero me alegraba que le gustara mi nombre. Evité mirarlo ya que su mirada aún se encontraba fija en mí.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Aiden.

Me pregunté si no había mencionado su apellido debido a que yo tampoco lo había hecho.

Intenté observarlo de manera disimulada, era hermoso pero debí darme cuenta de que era humano; su belleza era diferente a la de los elfos, era más abrumadora, más masculina.

El sol había comenzado a esconderse y no tardaría en anochecer, de seguro Helios llegaría pronto o ya lo habría hecho. Además si no regresaba Iara se preocuparía, no era la mejor forma de demostrarle que podía confiar en mí.

—Debo irme.

Antes de que pudiera ponerme de pie él me ofreció su mano. La tomé lentamente

intentando no estremecerme ante su contacto. Sus ojos encontraron los míos y me perdí en ellos sin poder evitarlo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Aiden.

—Sí, gracias por tu ayuda.

—Será mejor que te acompañe a tu casa Adhara, no me gustaría que te desmayes en el camino —dijo.

Su comentario tuvo dos efectos en mí. Por un lado me resultó ofensivo que me subestimara tanto. ¿En verdad creía posible que me fuera a desmayar? En su defensa, yo había dado esa impresión luego de la manera en que me había comportado. Y por otro lado sentía curiosidad, no me desagradaba la idea de pasar un rato más junto a él.

—De acuerdo —acepté.

Me guio hacia el sendero y caminamos lentamente en dirección al pueblo. Lo observé detenidamente percatándome de algo que no había notado, llevaba una espada. La capa en sus hombros la escondía, pero mientras caminaba podía ver el resplandor del hierro moverse. No recordaba haber visto a nadie armado en Naos, el pueblo parecía tranquilo y la mayoría de sus habitantes eran granjeros. La idea de llevar una espada me parecía absurda.

—Naos parece tranquilo. ¿Por qué cargas una espada contigo? —pregunté.

Aiden me miró sorprendido y cerró la capa de manera que la espada no se viera.

—Es una mala costumbre —respondió con expresión más seria.

—Solo he estado aquí un día, pero me da la impresión de que la mayoría de las personas que viven aquí no saben cómo blandir una espada ni cualquier otra arma.

Estaba segura de ello.

—Eres muy observadora.

—Suelo entrenar con mi espada desde que soy chica, me gustan los duelos —respondí.

O mejor dicho me gustaban, eso fue hasta perder una y otra vez frente a todos mis oponentes élficos.

Me detuve horrorizada, había hablado sin pensar. No sabía si era normal en Lesath que las mujeres usaran espada o hicieran duelos. Aiden me miró con curiosidad, comencé a caminar actuando normal, esperaba no haberme delatado.

—Yo no soy de Naos, estoy aquí desde hace un tiempo —dijo.

—¿De dónde eres?

—De Nihal.

Guardé silencio, no conocía todos los pueblos de Lesath y nunca había oído nombrar ese. De seguro en su pueblo era normal cargar una espada y como aquí nadie lo hacía, la escondía para que no se alarmaran.

—¿Te gustan los elfos? —preguntó riendo.

Su pregunta me tomó por sorpresa, no podía negarlo luego de haberlo confundido

con uno. Asentí con la cabeza.

—Pareces saber mucho sobre ellos —observó.

—Mi madre me contaba historias cuando era una niña —repliqué.

—¿Has visto alguno? —preguntó Aiden.

—No.

Evité su mirada e instintivamente llevé mis manos hacia las orejas para asegurarme de que estuvieran bien cubiertas.

—Tampoco yo —hizo una pausa y se detuvo delante de mí, sus ojos fijos en los míos—. No creo que yo me parezca a ellos, pero tú sí.

Intenté mantener mi expresión serena pero estaba segura de que no lo estaba logrando. ¿Había descubierto mi secreto? ¿O estaba jugando conmigo por lo que yo había dicho? Analicé su expresión, era difícil de decir.

—¿Por qué lo dices? —pregunté en tono ingenuo.

—Por lo que he escuchado sobre ellos creo que tú te pareces a una elfa —tras estas palabras siguió caminando.

Qué es lo que había escuchado sobre ellos era mi próxima pregunta; quería saber y por la sonrisa que Aiden tenía en su rostro era evidente que tenía una respuesta lista. Sabía que sería más cauto no preguntar, cambiar el tema de la conversación. Sin embargo, apenas podía contenerme. De alguna manera me convencí de que sería mejor averiguar lo que sabía.

—¿Qué has escuchado sobre ellos?

Escuché pasos y levanté la mirada. Alguien estaba corriendo hacia donde estábamos nosotros; era Lachlan Grey, el chico que había conocido en la tienda de joyas.

—¡Adhara! —gritó al verme.

Lo miré con curiosidad sin saber por qué actuaba con tanta familiaridad.

—Iara vino a la tienda a preguntar por ti. Estaba preocupada y le dije que te buscaría —dijo Lachlan.

—Ya veo, gracias —respondí.

—Será mejor que te des prisa —dijo Aiden—. No hagas que tu familia se preocupe por ti.

—Adiós, Aiden.

Tuve una sensación extraña al despedirme, me pregunté si lo volvería a ver. Para mi sorpresa Aiden tomó mi mano, la besó y luego se alejó dejándome estupefacta en mi lugar. Era la primera vez que alguien besaba mi mano.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Lachlan.

—Iré sola, gracias por avisarme —dije comenzando a correr en dirección a la casa de Iara.

No tardé en llegar. Iara me esperaba frente a la casa con alguien a su lado, mi

abuelo. Su rostro lucía preocupado y ansioso, como si no estuviera seguro de qué esperar. Una vez que me vio la expresión de su rostro cambió por completo. Dos silenciosas lágrimas cayeron de sus ojos revelando una profunda agonía. No lo comprendía, creí que estaría feliz de conocerme, de seguro Iara le había hablado sobre mí. Volví mi mirada hacia ella, parecía estar feliz y aliviada de verme. Corrió hacia mí y me abrazó cálidamente. La sensación aún me resultaba algo extraña, puse una mano en su hombro, mi mirada aún fija en mi abuelo. No se movió de su lugar, no dijo una sola palabra ni hizo ningún gesto. Ya no había lágrimas en sus ojos pero el dolor aún seguía allí. De manera sutil me alejé de Iara y me acerqué a él.

—Helios, ella es Adhara, la hija de nuestra Selene —dijo Iara emocionada.

Helios no respondió.

—¿Qué te ocurre querido? ¿Por qué no hablas? —preguntó alarmada.

—Tú no eres mi pequeña niña pero eres muy parecida a ella —finalmente dijo.

—Lo sé —respondí.

No me quería a mí, quería a mi madre, su hija. De seguro la esperaba desde el mismo día en que se había ido y luego de tantos años de espera llegaba yo en su lugar. No me sentía ofendida, era natural que se sintiera de ese modo, que extrañara a su hija. Iara no había tenido el coraje de explicarle que mi madre jamás volvería, solo le había dicho que tenía una nieta y que había aparecido frente a su puerta la noche anterior. ¿Cómo había podido ocultárselo? Cuando ella misma solo había pensado en recuperar a su hija al verme.

—¿Selene? —la voz de Helios se quebró al pronunciar su nombre.

Iara se agitó a pesar de que la pregunta había estado dirigida a mí. Debía ser yo quien le diera la mala noticia, deseaba que ella lo hiciera pero no estaba segura de que pudiera. Era evidente que a ella aún le dolía. Se había mostrado feliz conmigo a la mañana, pero era claro que todavía no había podido asimilar la verdad ni dejar ir su dolor.

—Realmente lo siento abuelo, pero mi madre no volverá.

Más agonía. Iara dejó escapar un sollozo, debía ser difícil para ella escuchar las palabras de nuevo.

—Te explicaré la razón pero creo que será mejor que hablemos solos. La abuela ya lo sabe y escucharlo de nuevo no le hará ningún bien.

Asintió y lentamente ambos comenzamos a caminar alejándonos de la casa. Me resultó extraño tener la misma conversación dos veces. Ir directo al punto lo destruiría, le conté todo lo que le había contado a Iara, recuerdos sobre mi niñez, lo felices que eran mis padres y finalmente la magia que habían utilizado para lograr que mi madre fuera inmortal. Esperaba que él entendiera mejor su decisión si sabía lo feliz que era. Al parecer resultó. Se angustió aún más al saber la verdad pero su corazón no se rompió en pedazos como pensé que sucedería. Su felicidad era aún más

importante para él que todas sus ilusiones de recuperarla algún día.

—Lamento haberte causado tanto dolor pero creo que es mejor que sepas la verdad a que sigas esperando por el resto de tu vida a alguien que nunca vendrá —dije tocando su hombro gentilmente.

—Lo sé, has hecho lo correcto —guardó silencio por un momento y agregó—. Siento la manera en que me comporté al conocerte, eres tan parecida a ella... Realmente estoy feliz de que estés aquí.

Al sentarnos a cenar ambos parecían sentirse mejor. Tenían tanta curiosidad sobre mí que no dejaron de hacerme preguntas. No había forma alguna de que pudieran saber todo sobre mí en solo unas horas, pero parecían estar convencidos de que así sería. Iara me había reprochado por haber llegado tarde a casa, al parecer le había preguntado a todas las personas que habitaban en Naos si sabían dónde me encontraba. Eso me irritaba un poco. Si no hubiera enviado a Lachlan Grey a buscarme podría haber escuchado la respuesta de Aiden. Tuve una sensación extraña al recordarlo y me di cuenta de que en mi subconsciente había estado pensando en él todo este tiempo, pero al estar preocupada por mi abuelo y en cómo explicarle todo, no lo había notado.

Sus palabras resonaban en mi cabeza: «No creo que yo me parezca a ellos, pero tú sí».

Lo más lógico hubiese sido asustarme por lo cerca que estaba de descubrir mi secreto pero no podía dejar de pensar en sus palabras. Mi madre solía cantarme viejas canciones que los hombres habían compuesto sobre los elfos; en ellas eran representados como seres mágicos, de hermosa apariencia y con veloces reflejos. No había hecho magia y no podía pensar que tenía buenos reflejos después de que fingí tambalearme por el sol, lo que significaba que me encontraba atractiva. Tal vez creía que era tan hermosa como una elfa, de la misma manera en yo había pensado que debía ser un elfo por lo atractivo que era. Era un verdadero elogio que pensara en mí de esa manera.

—¿Adhara? —preguntó Iara, inquieta—. ¿Qué tienes? ¿Hay algo malo en la comida?

Volví a la realidad abruptamente, me encontraba cenando con mis abuelos.

—No, lo siento.

—¿Te gustó el pueblo? Lachlan Grey mencionó que hoy pasaste por su tienda. Dijo que parecías una joven encantadora —dijo Iara con una sonrisa.

—Sí, fue amable conmigo —respondí.

—Es un buen muchacho, siempre ayuda a su padre con la tienda. Y es muy apuesto —agregó con una risita.

No era feo si se refería a eso, tal vez algo tosco, pero era difícil encontrar a alguien atractivo luego de conocer al mortal cuya belleza opacaba a la de los elfos.

—¿Conoces a un joven llamado Aiden?

No sabía su apellido pero de seguro sabría a quién me refería; todos se conocían en Naos.

—¿Aiden? —permaneció unos minutos pensativa y negó con la cabeza—. No, no sé de quién hablas.

—Vino aquí hace un tiempo, es de Nihal. Su cabello es del mismo color que el mío y sus ojos... —no había palabras para describir sus ojos—. Son de un intenso marrón.

—Nunca lo he visto ni escuchado acerca de él —dijo Helios—. ¿Dónde lo conociste?

Iara se enfadaría si se enteraba de que había ido sola tan lejos. No quería alimentar su creciente paranoia.

—En el pueblo, cerca de donde se encuentran las tiendas.

—Qué extraño, yo tampoco sé a quién te refieres —dijo Iara—. ¿Te interesa el muchacho?

La pregunta me sorprendió, apenas lo conocía, no sabía nada sobre él a excepción de que era de Nihal. ¿Por qué me interesaría?

—No —respondí.

Supe que era mentira en cuanto dije la palabra. Era el primer humano que conocía que había despertado curiosidad en mí, había algo en él que me intrigaba.

—Tus mejillas se han teñido de rojo —observó Iara.

No respondí. ¿Cómo era eso posible? Mis mejillas no solían sonrojarse así porque sí, debía haber algo mal conmigo.

—¡Adhara! ¿Te has enamorado de él? —preguntó Iara sorprendida.

—Claro que no. ¿Qué clase de pregunta absurda es esa? Apenas lo conozco —respondí indignada.

Mis abuelos intercambiaron miradas alarmadas. No había levantado el tono de voz ni una sola vez desde el poco tiempo en que me conocían. Yo no era así. Mi tono de voz no cambiaba abruptamente sin que fuera consciente de ello.

—La manera en que respondí fue descortés, lo siento —me disculpé.

—No es nada, querida —dijo Iara—. Tal vez debas descansar, hoy ha sido un largo día para ti.

Tenía razón, rara vez me sentía cansada pero algo en mí definitivamente no andaba bien y era mejor si le permitía a mi mente descansar. No habría manera en que ese joven pudiese perturbarme mientras dormía.

## UN MOLESTO MORTAL

Me asomé por la ventana, grandes nubes grises cubrían el cielo y los árboles se agitaban bruscamente con el viento. De seguro llovería más tarde. Fui hacia la cocina y encontré mi desayuno sobre la mesa junto con una nota.

Adhara, tu abuelo y yo nos fuimos a la madrugada hacia nuestro pueblo vecino, Mizar. Regresaremos al atardecer con una sorpresa para ti. Si el desayuno no es de tu agrado siéntete libre de comer lo que gustes. Nos veremos pronto. Iara.

¿Una sorpresa para mí? ¿De qué podría tratarse? ¿Qué había en Mizar? Tendría que esperar a que regresaran para averiguarlo. Comí las tostadas con mantequilla que me había preparado. Me estaba acostumbrado a su comida. El pan no había presentado un problema, los elfos preparaban algo bastante similar. Y en cuanto a la mantequilla, la había rechazado al principio; su consistencia me causaba desconfianza pero, al probarla, me di cuenta de que era sabrosa.

Pasé la mañana leyendo un libro que había encontrado en la habitación de mi madre. Se titulaba *Historias de Lesath*. Narraba sobre los distintos reyes y reinas que habían pasado por el trono de Lesath y de las grandes guerras que se habían desatado en el pasado. El libro debía tener más de cincuenta años y no decía nada sobre quién ocupaba el trono ahora. Le preguntaría a Iara luego. Me interesaba saber la historia del mundo de los humanos; los elfos no hablaban mucho sobre ellos y todo lo que sabía me lo había contado mi madre. Examiné los demás libros que encontré y tomé uno al azar, *La princesa y el leñador*. ¿Qué clase de título era ese? Lo abrí y tras unos segundos lo volví a cerrar. Me gustaban los libros de aventuras pero no logré encontrar ninguno que llamara mi atención. No tenía ganas de leer, había estado luchando contra el deseo de salir a caminar al pueblo en busca de Aiden; el mortal había despertado curiosidad en mí. Tomé mi capa y me coloqué la capucha, no podía contar con mi pelo para cubrirme las orejas con el viento. No vi a muchas personas, al parecer preferían quedarse en sus casas con aquel clima. Tras dar un par de vueltas me dirigí al mercado, el único lugar donde podía distinguir personas a lo lejos. Mis ojos recorrían las caras de las personas que me cruzaba buscando la suya. No tuve éxito. Recordé lo que mis abuelos me habían dicho la noche anterior, si no lo conocían ni habían oído hablar de él era probable que Aiden no frecuentara lugares con muchas personas. Tal vez Lachlan sabría algo sobre él, después de todo parecían tener la misma edad y lo había visto ayer junto a mí.

No tardé en encontrar la pequeña tienda; Lachlan estaba allí vendiéndole un brazalete de piedras verdes a una mujer adulta. Su expresión era serena, debía ser un

muchacho de carácter tranquilo. Iara había dicho que era un buen muchacho que ayudaba a su padre. Eso coincidía con la descripción que estaba haciendo en mi cabeza sobre él. Un joven de buen corazón y buen carácter que le gustaba ayudar a su familia.

—Hola, Adhara —dijo al verme.

—Hola, Lachlan —respondí.

—¿Se enojó Iara contigo ayer?

—No, solo se encontraba algo preocupada —respondí.

Me sonrió y tomó el amuleto con el brillante cristal azul que había llamado mi atención el día anterior.

—¿Vienes por esto? —preguntó.

—No, aún no he juntado el dinero. Solo pasaba a... visitar —respondí.

—Oh, ya veo —sus mejillas se sonrojaron.

Comenzaba a comprender lo de las mejillas. Lachlan debía encontrarme interesante, me preguntaba si Aiden también había notado el intenso color rosado en mis mejillas. Al parecer en este mundo era regla que si te sentías atraído por alguien tus mejillas debían teñirse de rojo. Al menos, aparte de resultarme irritante, eso era prueba de que pertenecía a este mundo.

—¿Quién era aquel muchacho con el que estabas ayer? ¿Vino contigo?

La verdadera razón detrás de mi visita; me alegró que fuera él quien sacara el tema.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—Jamás lo había visto por aquí. Pensé que había venido contigo desde... lejos.

Rio al terminar de hablar y recordé que no le había dicho exactamente de dónde venía, solo que era un lugar lejano.

—No, lo conocí ayer. Dijo que hacía un tiempo que estaba aquí en Naos —repliqué.

—Eso es extraño. Nunca lo había visto antes y conozco a todos aquí —respondió pensativo.

—Tal vez vive en las afueras del pueblo —dije intentando disimular mi sorpresa ante sus palabras.

Definitivamente había algo extraño. Al parecer no quería ser visto y cargaba con él una espada; no sabía mucho sobre este mundo pero sí lo suficiente como para saber que eso no era normal. Él también escondía un secreto.

—Tal vez —dijo considerando la posibilidad, pero por la expresión en su rostro adiviné que era improbable.

—Estas joyas son muy bonitas —dije actuando interesada en ellas para cambiar el tema de la conversación—. ¿Tu padre las hace?

—Mi madre —replicó sonriendo.

—Debe ser muy talentosa, hacer este tipo de joyas no es una tarea fácil.

—Así es, le lleva varios días hacer cada uno de estos —dijo señalando uno de los collares.

Miré hacia el cielo, las nubes se estaban volviendo más oscuras, se aproximaba la tormenta. A lo lejos alguien llamó mi atención. La chica de largo pelo negro, Louvain Merrows, caminaba en nuestra dirección. Su mirada furiosa fija en mí. No me interesaba escuchar lo que parecía estar pensando en decirme, había otro lugar donde quería ir antes de que la tormenta se desatara.

—Debo irme, adiós, Lachlan —dije alejándome.

—Nos vemos luego, Adhara —su voz sonaba sorprendida ante mi repentina despedida.

Corrí en dirección a la laguna, algo en mí me decía que de seguro lo encontraría allí. Lejos del resto de las personas. Ahora que lo pensaba, a pesar de las diferencias, él era un mortal y yo era algo... indefinido, compartíamos cosas en común. No nos molestaba estar solos y ambos teníamos un secreto. No podía dejar de pensar en qué ocultaba. ¿Qué haría escondido en Naos? ¿A qué le temía? Había dicho que cargar su espada era una mala costumbre. Eso significaba que temía ser atacado, que algún peligro lo hallara. ¿Estaba escapando? No me imaginaba quién podría querer lastimarlo, parecía ser gentil.

Podía ver la laguna a lo lejos. Una nueva pregunta se formó en mi mente. ¿Qué le diría? No tenía sentido que viniera aquí sin razón alguna en un día así. Pensé en diferentes excusas pero todas me sonaban tontas y ridículas. ¿Por qué debía darle una explicación? No estaba acostumbrada a hacerlo y no comenzaría ahora. Simplemente caminaría hacia él sin decir nada. No volvería a actuar de la forma humillante en que lo había hecho el día anterior sin importar cuánto me afectara estar cerca de él. De solo recordar la forma en que había fingido sufrir de insolación mi estómago comenzaba a revolverse. Distinguí una silueta a un lado de la laguna, era él. Me detuve, y comencé a caminar a su encuentro.

Antes de que pudiera llegar a su lado, se dio vuelta e intercambiamos miradas. Solía ser más silenciosa que una gacela al caminar e incluso al correr, pero él me había oído.

—Hola —dijo sin parecer sorprendido.

—Hola —respondí.

—¿Cómo te encuentras hoy, Adhara? —preguntó Aiden.

—Bien, lo de ayer fue algo atípico en mí —dije en tono tranquilo.

Era imprescindible que comprendiera que no era frágil.

—Lo supuse. Posees cierta fortaleza que es fácil de percibir —sus ojos me examinaban mientras hablaba.

—¿De verdad? Nunca me habían dicho eso.

Era verdad, los elfos no veían fortaleza en mí sino debilidad. Aunque mi aspecto fuera similar al de ellos una parte de mí era humana y siempre lo habían tenido presente.

Asintió con la cabeza, una sonrisa en su rostro.

—Tú también posees cierta fortaleza —comenté.

—¿Tú crees? —su expresión cambió, era más seria.

—Es evidente ante mis ojos —respondí.

Cualquiera lo habría notado. Su postura, sus movimientos, la mirada en sus ojos.

—No eres como el resto de las jóvenes que he conocido. Eres diferente —hizo una pausa—. Si me permites el atrevimiento hay algo en ti que ni siquiera parece ser humano.

Aparté mi mirada de la de él actuando ofendida. Era lo que cualquier mujer normal en mi posición hubiera hecho ante un comentario así. Pero yo no era normal, no era del todo humana y él lo había visto con la misma claridad con que yo veía que él ocultaba algo.

—No te ofendas, no lo he dicho a modo de ofensa sino como halago. Creo que hay algo especial en ti —dijo Aiden rápidamente.

—Será mejor que me vaya —repliqué.

No perdonaría tan fácil sus palabras o sospecharía que había algo de verdad en ellas.

—Quédate. No volveré a hacer un comentario así si te ha molestado —prometió, sus ojos fijos en los míos, su expresión suave.

—De acuerdo.

Cómo podía irme si me lo pedía de esa manera.

—Ayer dijiste que visitabas a tus abuelos ¿Qué clase de relación tienes con ellos? —había algo nuevo en sus ojos, curiosidad.

—A decir verdad, los he conocido hace solo días, pero ambos son muy amables y de buen corazón. No necesito pasar mucho tiempo con ellos para saber eso. Y ellos parecen estar genuinamente felices de que esté aquí. Al despertarme hoy encontré una nota diciendo que habían ido a Mizar y regresarían con una sorpresa.

Me pregunté qué edad tendría, había cierto aspecto infantil escondido en su rostro, no debía ser mucho más grande que yo.

—Así es. Suena agradable —respondió pensativo.

—¿Qué hay de ti? ¿Te encuentras solo aquí? —Creí notar un hilo de tristeza en su voz—. ¿Qué edad tienes? —pregunté.

—Veinte —se volvió hacia mí—. ¿Y tú?

—Diecinueve.

Éramos casi de la misma edad. Ninguno habló por unos segundos, ambos parecíamos estar perdidos en nuestros pensamientos. Quería conocer su secreto, pero

no me animaba a preguntarle. Además si lo hacía él también insistiría en saber más sobre mí.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Naos? —preguntó Aiden.

—Aún no lo sé —respondí pensando en ello—. ¿Qué hay de ti?

—No lo sé. No creo que este aquí mucho tiempo más —replicó mirando hacia la laguna como si esta pudiera darle la respuesta.

No quería que se fuera, no sabía por qué pero no quería que lo hiciera.

—No me gustaría que te fueras, disfruto tu compañía —dije evitando su mirada.

Eso no significaba que lo encontrara atractivo, solo que me parecía amable y me agradaba su compañía.

Su mirada se detuvo en mí, podía ver... afecto en sus ojos, si eso era posible. Pero no podía serlo, debía estar malinterpretando sus pensamientos. Se acercó a mí lentamente. Una sensación rara comenzó a crecer en mí, me sentía emocionada, ansiosa y algo asustada. ¿Cómo era posible que pudiera sentir todas esas cosas al mismo tiempo? Me obligué a tranquilizarme sin mucho éxito. Estaba tan concentrada en él que no vi venir lo que sucedió a continuación. Una ráfaga de viento golpeó contra nosotros arrancando la capucha que cubría mis orejas. Llevé las manos hacia mi pelo para taparlas pero era demasiado tarde; por la mirada incrédula en sus ojos era evidente que las había visto.

Silencio, viento, silencio, viento y más silencio. Intenté alejarme de él pero en cuanto me moví me tomó del brazo reteniéndome cerca de él.

—Eres una elfa —a pesar de su expresión sorprendida había certeza en su voz.

—Lo soy —respondí.

No tenía más remedio. Mis orejas fueron la confirmación a sus sospechas, jamás lograría convencerlo de lo contrario.

—¿Qué haces aquí en Lesath? Los elfos dejaron estas tierras hace años, tú misma lo has dicho.

—Te contaré la historia pero debes prometer guardar el secreto.

Sabía la verdad, no tenía sentido ser deshonesto con él. Asintió con la cabeza y me miró en silencio.

—Mi madre es mortal y mi padre es un elfo. Se conocieron cuando mi padre dejaba estas tierras y se enamoraron. Dejó Lesath con él y los demás elfos. Viven en el bosque de Alyssian desde entonces.

—¿Eres una elfa pero también eres humana? —preguntó atónito.

—Así es. No estoy segura de lo que soy. Me crié entre elfos pero nunca sentí que perteneciera a ese mundo a excepción de cuando estaba con mis padres. Esa es la razón por la que estoy aquí, para averiguar si soy más mortal que elfa, para averiguar si pertenezco al mundo de los hombres.

—¿Tus padres vinieron contigo? —preguntó Aiden.

—No, no pueden dejar el bosque —respondí.

—¿Has venido hasta aquí sola para averiguar si encajas en este mundo? —su pregunta era una acusación.

—Así es —respondí sin comprender su reacción. Sonaba enfadado.

—¿Acaso has perdido la cabeza? ¿Tu familia no significa nada para ti? —gritó.

—¡Cómo te atreves a hablarme así! No, no he perdido la cabeza y sí, claro que mi familia es importante para mí —respondí bruscamente.

Sus preguntas no tenían sentido y no había rastro de su usual tono amable. Era como si se tratara de una persona diferente.

—¿No conoces los peligros que acechan en Lesath? ¿No sabes nada del Concilio de los Oscuros? —preguntó enfadado.

—¿De qué hablas? No ha habido una guerra en Lesath hace décadas por lo que he leído. ¿Y qué es el Concilio de los Oscuros?

Nada de lo que decía tenía sentido, Lesath no era peligroso.

—Los elfos no deben saberlo, tiene sentido —dijo Aiden más para él que para mí.

—No comprendo nada de lo que estás diciendo —repliqué.

—Las cosas no son como parecen, las apariencias engañan.

Por la expresión en su rostro supuse que intentaba controlarse y sonar calmado.

—Ya lo creo, tú no eres tan amable ni, ni... encantador como pretendes ser. Y también escondes algo, las personas de aquí no suelen cargar armas y nadie en Naos parece conocerte a pesar de que estás aquí desde hace un tiempo —dije perdiendo la compostura.

—¿Has estado averiguando sobre mí? —preguntó Aiden sorprendido.

No me dio tiempo a contestar.

—Debes irte, regresa al bosque de Alyssian con tus padres —sonaba como una orden.

—No lo haré —espeté indignada.

—Lesath es peligroso, especialmente para alguien como tú Adhara —dijo, sus ojos fijos en los míos.

—¿No te agradan los elfos? —pregunté.

Su temperamento había cambiado abruptamente al descubrir mi secreto, no había otra explicación.

—Si me agradan, ese no es el punto. No soy yo de quien debes preocuparte —ahora sonaba frustrado, con una expresión cercana a la ira—. ¿Tu madre vivía aquí en Naos? ¿Realmente te quedas en la casa de tus abuelos? ¿O era solo una mentira?

—Es verdad. Vine a Naos a conocer a mis abuelos.

Qué demonios pasaba por su cabeza, cada pregunta que hacía tenía menos sentido que la anterior. Una gota mojó mi rostro y luego otra, un terrible relámpago resonó en los cielos. La tormenta finalmente nos había alcanzado.

—No puedes viajar con este clima. Ve con tus abuelos, quédate allí y mañana regresa al bosque con tu familia. No dejes que nadie descubra lo que eres —dijo acercándose a mí.

Tomó la capucha de mi capa y cubrió mi cabeza con ella.

—No, no pertenezco allí —grité.

—Tampoco perteneces aquí. Vete —su tono sonaba implorante.

¿Tanto le disgustaba como para rogarme que me fuera? Ya no sabía quién era, ni por qué me había sentido atraída hacia él.

—Aléjate de mí, Aiden —grité furiosa intentado apartarlo de mí—. No eres más que un molesto mortal.

—Y tú eres una elfa ingenua.

Golpeé su pecho con mis manos. Cómo se atrevía. ¿Quién era aquel monstruo enfrente de mí? Era más hermoso que los elfos, más irracional que el resto de los mortales y más molesto que ambas razas juntas. Sentí sus manos en mis mejillas, el contacto era cálido, confortante y despertó en mí emociones que jamás había experimentado. Pero mi furia era mayor, intenté alejarme pero me sostuvo con fuerza y no me lo permitió. Apenas podía pensar. Tomó mi rostro en sus manos con delicadeza y de manera repentina y decidida me estrechó contra él apoyando sus labios contra los míos. El torbellino de emociones que sentí dentro de mí era tan grande y feroz que no lo podía controlar. Furia, sorpresa, atracción, irritación, pasión. Sus labios eran dulces y cálidos, era la sensación más placentera que había experimentado en mi vida. Se apartó de mí bruscamente, parecía agitado; yo también lo estaba. No solía alterarme así pero luego de todo lo que había experimentado en los últimos minutos, no me sorprendía. Nuestros ojos se encontraron, era la primera vez que alguien me miraba de esa manera tan intensa. Su camisola se encontraba empapada y se había pegado a su piel resaltando su torso. Podía sentir el calor en mis mejillas, mi respiración aún continuaba agitada.

—Vete, Adhara, regresa con tu familia —su tono implorante y si era posible, a ese punto todo era posible, furioso.

Tras esas palabras comenzó a correr y se perdió de vista en el bosque.

La lluvia caía fuerte sobre mí pero apenas lo notaba. Quería correr tras él pero no lograba moverme. Lo que quedaba de aquella cálida sensación abandonó mis labios por completo. Mi cuerpo comenzó a estremecerse, aquellas emociones que había sentido con tanta fuerza comenzaron a desvanecerse y las reemplazó una sensación de vacío. La lluvia comenzó a caer con más fuerza. Reprimí un sollozo. No lloraría, no lo hacía desde que era una niña y no lo haría ahora. Ni siquiera estaba segura de por qué tenía la necesidad de llorar. Comencé a correr tan rápido como pude esperando dejar aquella abrumadora sensación detrás pero la escena se repetía en mi mente una y otra vez. Me había imaginado cómo sería mi primer beso en varias

ocasiones pero jamás había pensado que sería con un humano mientras discutíamos bajo la lluvia. En Alyssian los elfos de mi edad eran considerados demasiado jóvenes como para sentir este tipo de emociones; antes lo encontraba absurdo, pero ahora comenzaba a pensar que tenían algo de razón. La intensidad de aquellas emociones me asustaba, no había tenido ningún tipo de control sobre ellas. Eran más difíciles de controlar que la magia. Llegué a la casa en solo minutos. Fui hacia la puerta y luego dudé, no quería que mis abuelos me vieran en ese estado, era deplorable. Aguardaría un rato allí hasta lograr calmarme. Aiden se había comportado de manera inaceptable y aun así solo de recordar la forma en que me había sujetado amenazaba con despertar aquella sensación de vuelta. No quería pensar en él, ni en sus crueles palabras, ni en su beso. Era tan nocivo como hermoso. Era un engaño que había creado mi mente.

Sentí frío, mi ropa mojada se estaba volviendo difícil de ignorar. Tomé aire lentamente y me concentré en dejar mi mente en blanco. No me quedaría afuera helándome, me olvidaría de él, recuperaría mi usual carácter y entraría en la casa. Pensarlo fue más fácil que hacerlo. Escuché la voz de Iara, sonaba preocupada. Escurrí mi pelo y di un paso hacia la puerta. Quería estar sola, no quería escuchar sus regaños, ni darle explicaciones. Quería estar sola hasta volver a sentirme como siempre. ¿Qué se supone que le diría? ¿Recuerdas a Aiden? El joven que mencioné, misterioso y amable. Al final resultó ser una persona privada de razón que al descubrir lo que era me gritó, me ordenó que regresara a Alyssian, me besó y como si fuera poco cree que estoy en peligro. Reí sin ganas, seguramente lo entenderían...

La puerta se abrió y mi abuelo se asomó tras ella. Al verme corrió hacia mí, parecía asustado. Mi aspecto debía ser peor de lo que había imaginado. Puso su mano sobre mi cabeza como si con ella pudiera cubrirme de la lluvia y me dio un gentil empujoncito indicándome que entrara. Dirigí una rápida mirada al espejo, parecía que me había caído a la laguna. Mi ropa chorreaba agua, mi piel se encontraba pálida y había algo diferente en mis ojos, algo turbio.

Mi abuelo colocó una frazada alrededor de mí sin decir nada y me abrazó. Sentí una ola de gratitud hacia él. Me sorprendió que fuera tan intuitivo, parecía comprender que estaba enfada por algo y que no tenía ganas de hablar sobre ello. Palmeó mi espalda afectivamente y retrocedió.

—Ponte ropa seca y ven a la cocina, te prepararé algo caliente —dijo en voz amable.

—Gracias.

Gracias por ser tan comprensivo y maravilloso ¿Por qué Aiden no puede ser como tú? De solo pensar en su nombre sentía un temblor.

—¡Adhara! —gritó una voz familiar—. Mi niña... ¿Qué te ha ocurrido? ¿Qué tienes?

Iara me examinó horrorizada y se abalanzó hacia mí.

—No es nada, fui a dar un paseo cuando comenzó a llover. Me refugié debajo de un árbol y al darme cuenta de que no se detendría decidí volver de todos modos —respondí.

Lamenté no haberme escabullido y cambiado de ropa.

—Estábamos tan preocupados por ti. Helios estaba a punto de salir a buscarte.

—Lo siento. Debí darme cuenta de que con un día así de seguro llovería —respondí.

Mi abuelo me miró a los ojos y levantó las cejas. Entendía más sobre mí de lo que creía, al parecer sabía tan bien como yo que los elfos tienen una gran percepción de la naturaleza. Si los humanos se habían dado cuenta de que llovería por el color de las nubes era muy improbable que alguien como yo lo hubiera ignorado.

—Ve a ponerte a ropa seca —dijo Iara—. Te prepararé un chocolate caliente, debes estar helada.

—Y yo iré a buscar tu sorpresa —agregó Helios con una sonrisa.

Me cambié y sequé mi cabello con una toalla. Di un par de vueltas antes de ir hacia a la cocina. Aún no me sentía bien, me resultaba difícil desprenderme de la sensación de angustia e ira que intentaba apoderarse de mí. Me pregunté qué clase de sorpresa tendrían. Sería amable con ellos, actuaría emocionada incluso si era algo que no me agradaba. Ropa, joyas, libros... debía ser algo así. Al entrar en la habitación mi abuelo puso sus manos sobre mis ojos. Eso me irritó, todo estaba oscuro. No podía culparlo, solo intentaba hacer algo lindo por mí y yo me irritaba con facilidad, en especial ese día. Contó hasta tres y las retiró. En la mesa había una canasta con un pequeño zorro, no debía tener más de tres o cuatro semanas. Su pelaje era de un marrón rojizo y llevaba un moño azul en el cuello. Era adorable.

—Es hermoso —dije tomándolo en mis brazos.

Me miró de manera curiosa y bostezó haciéndose una pelotita de pelos en mis brazos. Tenía sueño.

—Escuchamos a Elric Hags hablar sobre él hace unos días en el mercado. Su hermano vive en Mizar y lo encontró solo en el campo, trabaja todo el día y no sabía qué hacer con él. Helios lo recordó ayer y pensó que te gustaría cuidar de él —dijo Iara mientras acariciaba la cabeza del zorrillo.

—Me encanta, gracias —respondí mirándolos con afecto—. Ambos son demasiado buenos conmigo.

—Estamos felices de tenerte aquí —respondió Iara.

—También yo, gracias abuela.

No se me ocurría un mejor regalo.

—Creo que Tarf sería un lindo nombre para él —dijo Helios pensativo.

—Tarf... —repetí mirado a la bolita de pelos.

—Puedes elegir otro nombre si no te gusta.

—No, Tarf es perfecto. Gracias, abuelo —me gustaba el nombre, le quedaba bien.

Cenamos y les conté sobre mi día. Les dije que había ido a visitar a Lachlan y luego a caminar por el pueblo. Me resultó más fácil disimular la ira que sentía al ver algo tan tierno y vulnerable como Tarf. Sus ojitos marrones seguían cada movimiento que hacía. Por fortuna la cena no se prolongó. Me sentía agotada, quería acostarme en la cama y dormir por días. Nunca me había dado cuenta de la forma en que tantas emociones pueden desgastarte. O mejor dicho nunca lo había experimentado. En Alyssian rara vez me sentía perturbada, los elfos tenían un carácter muy tranquilo y constante, aquí las emociones parecían sentirse de manera más intensa. Intenté persuadir a Tarf para que durmiera en la canasta pero parecía estar más interesado en la cama. Se acomodó a mi lado y se durmió en segundos. Cómo envidiaba su tranquilidad...

Alguien me sacudió arrancándome de mi sueño. Forzosamente abrí mis ojos, mi abuela se encontraba allí.

—Adhara, ¿te sientes mal?

—No.

La verdadera respuesta era sí.

—Lamento despertarte pero son las dos de la tarde, has dormido catorce horas —dijo alarmada.

—¿He dormido catorce horas? —pregunté incrédula.

¿Cómo era eso posible?

—Tal vez estés resfriada, ayer tomaste mucho frío —dijo Iara.

—Me siento bien —le aseguré.

—Aun así, será mejor que hoy te quedes descansando —dijo acariciando mi pelo —. Te traeré el almuerzo a la cama.

No era una mala idea, descansar sería bueno para mí.

—De acuerdo —miré alrededor pero no había rastros de la bolita de pelos.

—Tarf está en el jardín. Lo saqué un rato para que tomara aire.

Pasé el resto del día recostada en la cama leyendo libros. Me las había ingeniado para encontrar uno que contaba una historia de romance, aventura y peligro. Me sumergí en sus hojas y aun así no pude evitar pensar en sus palabras a pesar de mi esfuerzo por no hacerlo. Me encontraba más calmada y por primera vez desde aquella discusión me pregunté si habría algo de verdad en ellas. ¿Era posible que hubiera algún peligro oculto en Lesath del cual no sabía? Era improbable, pero no imposible. No sabía qué pensar, la única persona que creía que me encontraba en peligro era él. Mis abuelos hubieran sido los primeros en sugerir que regrese a Alyssian si ese fuera el caso. Y los habitantes de Naos ni siquiera sabían cómo blandir un arma, lo cual indicaba que vivían en paz y no temían ser atacados.

No confiaba en él, estaba convencida de que era cruel e incluso maléfico pero aun así sus palabras me sonaban más ciertas de lo que me habían sonado el día anterior. La tormenta de emociones que se había desatado en mí finalmente se había calmado y podía pensar de manera más clara. Sería descuidado de mi parte dar por sentado que era una mentira. Me levanté de la cama y fui en busca de mi abuelo. Incluso aunque mis preguntas le resultaran alarmantes, a diferencia de mi abuela, él sabría controlar su reacción.

Lo encontré en el jardín juntando las hojas esparcidas con un rastrillo. Aún no entendía por qué los humanos tenían la necesidad de hacerlo. Eran parte de la naturaleza al igual que el pasto, no sentían la necesidad de arrancar el pasto pero sí la de juntar las hojas y meterlas en una bolsa. Era extraño. Me pregunté qué pensarían los elfos al respecto, de seguro lo desaprobarían. Mi padre me había enseñado que todo tenía su razón de ser y que no debíamos interferir con la naturaleza. En Alyssian las hojas caídas viajaban junto al viento por el bosque. Ningún elfo jamás pensaría en juntarlas y meterlas en una bolsa. Me senté a su lado y lo observé mientras continuaba con su labor.

—Tengo algunas preguntas que hacerte —dije—. ¿Te molesta?

—Claro que no. ¿Están relacionadas con tu comportamiento de ayer? Parecías bastante alterada —respondió sentándose a mi lado.

Asentí con la cabeza. No se le escapaba nada.

—Ayer un muchacho vio mis orejas y se dio cuenta de lo que soy. Su reacción fue extraña, sin mencionar perturbadora. Dijo que Lesath no era un lugar seguro para mí, que debía volver a Alyssian cuanto antes —no había necesidad de mencionar el hecho de que me había besado y luego había desaparecido—. ¿Es esto cierto?

—No puedo pensar una sola razón por la cual te haya dicho algo así —replicó sorprendido—. Los elfos pasaron a ser parte de las grandes leyendas, las personas que los recuerdan lo hacen con pensamientos de grandeza y admiración. Y los jóvenes que escuchan historias sobre ellos parecen fascinados. Nadie en Lesath lastimaría a un elfo, Adhara —respondió Helios.

—Eso fue lo que pensé. Pero la forma en que me habló... —me gritó mejor dicho—. Sonaba como si realmente pensara que alguien quería hacerme daño. Como si los elfos ya no fueran bienvenidos aquí.

—Está equivocado. La reina Ciara se encontraba en el trono cuando los elfos dejaron Lesath, ella pensaba que era mejor para los humanos vivir en una comunidad libre de otras razas. Es por eso que dejamos de hacer negocios con los enanos y los goblins. Dijo que era con el fin de evitar guerras y conflictos entre las diferentes razas. Y funcionó, no ha habido una guerra desde entonces —hizo una pausa y continuó—. Esto no quiere decir que no sean bienvenidos. La reina emitió un decreto real por el cual cualquier hombre o mujer que dañe a un forastero de diferente raza

será severamente castigado. La reina Lysha, su hija, es quien gobierna ahora y piensa de la misma manera. Insiste en que estos son tiempos de paz y no de guerra. La niña es joven para ser reina, apenas tiene quince años, pero ha mostrado sabiduría respecto a estos asuntos.

—Ya veo.

Los elfos no sabían nada sobre esto porque una vez en Alyssian dejaron de preocuparse por el mundo de los hombres. Cada raza había decidido ir por su cuenta, estar con los suyos. Y yo siempre me encontraría en el medio de ambos...

—No tienes de qué preocuparte, estás segura aquí. ¿Crees que ese muchacho que mencionaste divulgue tu secreto? —preguntó poniendo una mano en mi hombro de manera afectuosa.

Su contacto ya no me resultaba molesto. Era reconfortante.

—No, no lo hará —estaba segura de ello.

No sabía por qué pero tenía la certeza de que no lo haría. Guardaría el secreto.

—Sé que te sientes más cómoda ocultando lo que eres y creo que por ahora es la decisión correcta. Pero no debes temer por lo que pensarán los demás, eres una elfa pero también eres humana, este también es tu lugar, Adhara, no lo olvides.

—No lo haré abuelo.

Me dijo exactamente lo que quería, lo que necesitaba escuchar. Pertenece aquí.

—Debo admitir que me cuesta creer que las palabras de aquel muchacho te hayan afectado de tal manera. Nos conocemos hace poco pero noté que sueles estar en control de tus emociones. Había algo diferente en ti ayer —dijo con tono suave.

—No volverá a suceder —le aseguré.

—Tal vez no sea algo malo, ayer lucías más vulnerable, más humana. Eres más parecida a nosotros de lo que piensas, Adhara.

Sus palabras me tomaron por sorpresa.

—Eres muy intuitivo —respondí.

Me sonrió.

Pasaron dos días hasta que decidí volver a la laguna y confrontar a Aiden. Su presencia ya no tendría efecto sobre mí, lo había decidido y no pensaba retractarme. Le diría que no tenía ninguna intención de irme y si eso le molestaba entonces era él quien debía marcharse. También le dejaría claro que si volvía a poner sus manos sobre mí no dudaría en alejarlo con mi espada, Glace, que llevaba escondida debajo de la capa. Lo mejor sería si evitaba mirarlo a los ojos, odiaba admitirlo pero eran mi debilidad.

Una vez que llegué allí me sorprendí al ver que no había nadie. El lugar se encontraba desierto. Examiné el suelo, no había rastros de pisadas. Me hubiese gustado ser yo la que lo hiciera abandonar Naos pero al parecer lo había hecho por su cuenta. Regresé algo frustrada, tanta preparación mental y el maldito jamás

escucharía lo que tenía para decirle. Tal vez era mejor de esa manera, una parte de mí seguía creyendo que había algo de verdad en sus palabras y era bueno que no tuviera la oportunidad de convencerme.

Me senté en el manto de pasto, Lachlan me había enviado una nota diciendo que nos encontraríamos allí, estaba preocupado por mi supuesto resfriado. De seguro Iara había exagerado todo. Era amable al preocuparse, sería un buen amigo para mí. Alguien con quien pasar tiempo y en quien confiar. Realmente me hacía falta alguien así. En Alyssian me había vuelto cercana con una elfa llamada Elani, era amable conmigo y solíamos pasar tiempo juntas. Pero siempre había sentido que faltaba algo, intentaba enseñarme magia y me ayudaba a practicar con la espada pero nunca hablábamos de cosas importantes. Nunca me había animado a decirle que a veces me sentía una extraña en Alyssian, que sentía que mi lugar no era junto a los elfos. Había sido más una compañera que una amiga. Aguardé unos minutos, no me gustaba esperar. Distinguí un grupo de jóvenes viniendo hacia mí, pero él no se encontraba allí. Louvain Merrows, la molesta chica que parecía odiarme, encabezaba el grupo. Detrás de ella una chica y dos chicos me miraban de manera curiosa. La chica tenía cabello rubio y rizado, su rostro, una expresión tímida. Los chicos de físico fornido pero tosco, los rasgos en su cara eran desproporcionados. Los tres la seguían con paso seguro, pendiente de cada movimiento que hacía. Eso explicaba su arrogancia, estaba acostumbrada a que los demás hicieran lo que ella quería, que cedieran ante sus caprichos. Se equivocaba si pensaba que yo me comportaría de la misma manera. Esta vez no evitaría confrontarla, aún tenía algo de ira en mí y sería bueno deshacerme de ella. Se paró frente a mí esperando que la saludara; no lo hice. La miré a los ojos sin decir una palabra. Intentó mantenerme la mirada pero luego de unos segundos miró hacia abajo. No aprendía, no podía intimidarme sin importar cuánto lo intentara.

—¿Esperas a Lachlan? —preguntó de manera acusadora.

—Ese no es asunto tuyo —respondí.

—Claro que es asunto mío. ¿Quieres saber por qué? —al hacer la pregunta llevó la mano hacia el pecho de manera presumida.

—No, no realmente. No sé quién eres o qué quieres pero no tengo ningún interés en hablar contigo.

Era el tipo de persona que estaba acostumbrada a recibir atención, lo mejor que podía hacer era ignorarla. Sus tres seguidores intercambiaron miradas incrédulas y susurraron algo que no me costó escuchar. Al parecer era la primera vez que alguien le contestaba de esa manera.

—Sé que te llamas Adhara, pero nadie en este pueblo ha sido capaz de decirme de dónde vienes —dijo.

La observé incrédula. ¿Había estado preguntando por todo Naos de dónde venía?

Ese comportamiento se encontraba lejos de ser normal. No respondí, no lo escucharía de mí.

—No puedes aparecer aquí de la noche a la mañana e intentar ocupar mi lugar, no me quedaré de brazos cruzados —dijo Louvain de manera exasperada—. ¿Te crees linda? No te servirá de nada, puedes dejar de actuar.

—Tú eres la que está actuando y no me interesa ver tu acto. A decir verdad ya me aburrí, deja de seguirme —espeté.

No comprendía de dónde venía su enojo. Sus ojos se volvieron vidriosos, parecía mortificada. No me importaba si la hacía llorar con tal de que dejara de molestarme.

—¡Lachlan y yo estamos comprometidos! —gritó extendiendo su mano y mostrándome un anillo.

—¿Por qué me dices esto? ¿Por qué habría de interesarme? —pregunté sorprendida.

Tal vez en Lesath, si un hombre estaba comprometido el resto de las mujeres no podían hablarle. Lo dudaba, sonaba tonto.

—Sé que te gusta Lachlan, no intentes disimularlo. Desde el primer día que llegaste a Naos intentas conquistarlo —dijo Louvain.

No pude evitar reír, si en verdad creía eso estaba alucinando.

—Eres aún más tonta de lo que pareces. El solo hecho de que pienses que intento conquistarlo es absurdo —no poseía un solo rasgo que me resultara atractivo. Cómo diablos había llegado a esa conclusión—. Si crees que me gusta, estás equivocada. Cásate con él.

—Mientes. ¿Por qué pasas tanto tiempo con él si no te interesa? —preguntó Louvain con una mirada sospechosa—. Cada vez que voy a visitarlo a su tienda tú estás allí.

—Es amable y su presencia no me resulta molesta a diferencia de la tuya —respondí.

Su expresión era una mezcla entre confundida y escandalizada. Tardó unos segundos en recomponerse.

—No quiero volver a verte cerca de él, regresa al triste pueblo del que saliste.

Me esforcé por ignorar que llevaba mi espada escondida. Sus palabras me molestaron, me hicieron recordar a cuando Aiden me había gritado que regresara a Alyssian.

—Dejemos algo en claro. Tú no vas a amenazarme ni a decirme qué es lo que puedo o no puedo hacer. Voy a quedarme en Naos el tiempo que quiera y por tu bien espero que no vuelvas a cruzarte en mi camino —repliqué.

Se sentía bien decirlo, era lo que me hubiese gustado decirle a Aiden.

—¿Quién te crees que eres? —la voz de Louvain sonó entrecortada e histérica—. ¿Dónde están tus modales?

—Los dejé en el mismo lugar en donde tú olvidaste los tuyos —respondí.

—Yo soy una dama y me comporto como tal.

—No sabía que en Naos comportarse como una dama significa perseguir a la gente por la calle y amenazarla. Además una dama resuelve sus propios asuntos, no arrastra a sus amigos para que lo hagan por ella.

Creí ver una lágrima en sus ojos pero se la quitó disimuladamente. Su expresión arrogante había desaparecido. Me resultaba irritante pero no tenía sentido seguir discutiendo.

—No me siento atraída por Lachlan, te lo aseguro. Ahora muévete —dije.

—No confío en ti y no me importa lo que digas. Ellos son Kala Bogles, Roland Kelpie y Cadell Clurilaun, me ayudarán a vigilarte. ¡No lograrás robármelo! —exclamó Louvain.

—Si en verdad están comprometidos significa que él prometió ser tuyo, por lo cual nadie intentará robártelo —repliqué.

¿Que tan difícil sería lograr que razone? ¿Cómo era posible que yo supiera más acerca de sus propias costumbres que ella? Mi madre me había dicho que en Lesath cuando alguien se comprometía era la promesa de pasar el resto de su vida con la otra persona.

—Creo que dice la verdad, Louvain —dijo el chico llamado Cadell.

—¿Ahora estás de su lado? ¿Crees que es más bonita que yo? Pensé que eras mi amigo —replicó enfadada.

—No estoy de su lado, solo digo que lo que dice tiene sentido —explicó de inmediato.

—Estamos de tu lado, Louvain, no debes preocuparte —dijo Kala palmeando su hombro y mirando al chico con reproche.

—Dejen de consentirla como si tuviera cinco años, le hará más mal que bien —dije alejándome del grupo.

—Vuelve aquí, aún no he terminado contigo —gritó Louvain con sus ojos todavía más vidriosos.

—Pero yo he terminado contigo —repliqué.

Escuché un sollozo detrás de mí. Seguí caminando. Me sorprendió que Lachlan se enamorara de alguien como ella, su carácter era tranquilo y el de ella estaba lejos de serlo, de hecho era muy molesto. No lograba comprender la situación, la forma en que se comportaba cuando estaba conmigo no era apropiada si en verdad estaba comprometido.

Tarf corrió hacia mí al verme. Era rápido pero algo torpe, aún le costaba correr sin tropezarse con alguna rama o roca que estuviera en el camino. Lo tomé en mis brazos y lo llevé hacia la casa. Mis abuelos lo consentían en todos los sentidos posibles. Siempre que emitía cualquier tipo de sonido corrían hacia él para acariciarlo o darle

comida.

La cena transcurrió tranquila, me había acostumbrado al sabor de la comida y cada día disfrutaba más de ella. Ya casi no pensaba en Aiden; cada vez que su rostro aparecía en mi mente pensaba en otra cosa, cualquier cosa que me ayudara a distraerme. Lo único que me molestaba era que siempre tendría un recuerdo suyo, el beso. Jamás me desharía de aquel recuerdo. Y no porque no pudiera, no quería hacerlo. Había decidido que no regresaría a la laguna, no me importaba si regresaba, yo seguiría con mi vida. Cuando estaba en la cama antes de dormirme era cuando más lo recordaba, mi mente no duraba más de unos segundos en blanco antes de dispararse y revivir la escena, aún me costaba creer que Aiden me hubiera besado. Me había imaginado cómo sería mi primer beso en varias ocasiones pero lo ocurrido era completamente diferente a cualquier cosa que hubiese podido imaginar. Afortunadamente, Tarf dormía enroscado a mi lado y acariciarlo era una buena forma de quedarme dormida.

## LA VERDAD SOBRE LESATH

La mañana siguiente llevé a Daeron a dar un paseo por el pueblo. Parecía feliz de salir a caminar luego de haber pasado días descansado en el establo. Avanzaba a paso rápido y se inquietaba cuando intentaba frenarlo, tenía tanta energía que tiraba de la rienda ansiando galopar. Me alejé un poco del pueblo hacia un gran campo. Un poco de aire fresco nos haría bien a los dos. Todo era tan silencioso y tranquilo allí. Lejos de los ruidos, las personas, de aquella chica loca y su grupo de seguidores. Y lejos de Aiden. Todos habían quedado atrás. Sentí la brisa rodear mi cara y mezclarse entre mi pelo, sonreí. Pateé sutilmente los flancos de Daeron y él me entendió a la perfección. Galopó a través del campo a la velocidad del viento, lleno de entusiasmo y de alegría. Era una de las sensaciones que más me gustaban en el mundo. Todo desaparecía de mi mente, solo éramos Daeron, yo y el gran campo enfrente nuestro. Sus cascos golpeaban contra el pasto con una fuerza y seguridad envidiables. Solía pensar que era libre y fuerte como él, jamás se asustaba de nada. Pero últimamente no estaba tan convencida. Había manejado la situación tan mal que me enfurecía de solo pensarlo.

Acaricié su cuello, sus crines flameaban elegantemente en el viento. Daeron era diferente de los demás caballos. Era especial. Su calma era imperturbable, su corazón noble y valiente; jamás se asustaba. Sus ojos poseían un brillo sincero y lleno de sabiduría. Era más grande de lo común, de músculos fuertes y galope majestuoso. Las primeras veces que lo había montado, hacía muchos años, me había bajado llorando de él. Se había rehusado a hacer lo que le pedía, apenas había logrado que caminara. Con el paso del tiempo, comenzamos a conocernos más y su noble espíritu ganó mi confianza y mi corazón. Era mi compañero. Siempre cuidaba de mí cuando estaba arriba de él. Lamentaba no haberlo sacado a pasear antes, no disfrutaba de estar encerrado. No parecía muy curioso respecto a los alrededores a pesar de que el paisaje era muy diferente del de Alyssian. De vez en cuando algo llamaba su atención, levantaba las orejas de manera atenta por unos segundos y luego seguía su camino. Para cuando regresamos a la casa ya era el mediodía. Le saqué la montura, cepillé su pelo y le di alfalfa y agua fresca. Sonreí y dejé escapar un suspiro, no me sentía tan relajada desde hacía días. Finalmente era yo de nuevo.

Entré en la casa y ayudé a Iara a pelar unas papas para el almuerzo. La comida ya no era un problema, los sabores ya me eran familiares y me estaba acostumbrando a ellos. Mis abuelos ya no tenían aquella mirada triste de los primeros días. Seguramente aún extrañaban a mi madre pero habían aceptado que era mejor así. Ella estaba feliz y ellos estaban felices por ella. Tarf crecía rápidamente, hacía solo días que me lo habían obsequiado y estaba convencida de que había crecido unos centímetros. Cuando terminamos de almorzar me dirigí a mi habitación y él me siguió con un ovillo de lana en la boca. Lo había encontrado en el costurero de Iara y

se había convertido en su nuevo juguete. Me urgió para que se lo arrojara y cuando lo hice corrió tras él entusiasmado; al atraparlo se enredó en él. Me reí y lo ayudé a desenredar sus pequeñas patitas. Iara golpeó suavemente la puerta y aguardó a que respondiera para entrar.

—El joven Lachlan Grey está en la puerta, quiere hablar contigo —dijo reprimiendo una risita.

—De acuerdo.

Debía tratarse de algo importante para que se tomara el atrevimiento de venir hasta aquí. Tal vez se encontraba molesto conmigo por hacer llorar a su prometida. No me extrañaría que hubiera salido corriendo a buscarlo luego de lo sucedido, a la chica le gustaba llamar la atención. O tal vez venía a decirme que ya no nos veríamos más, era evidente que eso era lo que Louvain quería. Era difícil de saber, las personas no solían actuar de manera muy lógica. El poco tiempo que llevaba aquí me bastaba para afirmarlo.

Al llegar a la sala vi a Lachlan paseándose nervioso. Su expresión, que solía ser serena, se encontraba algo turbada. No notó mi presencia hasta que Tarf entró corriendo detrás de mí. Se abalanzó hacia él y comenzó a olfatearlo de manera curiosa.

—Adhara, no te escuché entrar —dijo sorprendido y bajó su mirada hacia Tarf—. ¿Es tuyo?

Asentí con la cabeza. Noté que sus mejillas se habían sonrojado al verme. No lo comprendía; si se encontraba comprometido con alguien, por qué reaccionaba así al verme.

—Vine a disculparme contigo. Siento mucho haberme retrasado ayer, mi padre insistió en que lo ayudara con algunas labores. No sabía que Louvain tenía pensado confrontarte, de lo contrario la habría detenido. Discúlpame por las molestias que te ha causado —sonaba realmente afligido.

—Estoy algo confundida. Creí que te habías enfadado conmigo por haberla tratado mal. ¿Acaso no es tu prometida?

Nuevamente otra prueba de que las personas no actuaban de manera lógica. Yo hacía llorar a su novia y él se disculpaba conmigo.

—¿Ella te dijo eso? —su expresión era algo confusa.

—Sí, dijo que ambos estaban comprometidos y me mostró el anillo en su mano —hice una pausa, no había manera de que Louvain hubiera dicho una mentira tan descarada—. ¿Es cierto?

—Es difícil de explicar... —respondió Lachlan.

—No, no lo es. Es sencillo. ¿Están comprometidos o no lo están?

No veía cómo podía ser difícil de explicar, era un simple sí o no.

—Louvain y yo hemos estado saliendo un año y hace un mes le regalé aquel

anillo para su cumpleaños. Fue solo un obsequio, pero ella pensó que le estaba pidiendo que se comprometiera conmigo. Supongo que fue un error de mi parte darle un anillo, es fácil malinterpretarlo. Le dije que debía pensarlo y aún no le he dado una respuesta —llevó la mano hacia su frente y empezó a jugar con un mechón de pelo de forma pensativa—. No estoy seguro de lo que debo hacer.

—Ya veo. Todo se reduce a una pregunta —respondí.

Me miró sin estar seguro de lo que quería decir, lo cual me sorprendió, era tan evidente. Todas las historias de amor que mi madre me había contado siempre llevaban a la misma pregunta.

—¿La amas? —pregunté.

—No lo sé. Por momentos pienso que sí y por otros no estoy tan seguro. Louvain tiene una personalidad algo complicada...

—Si te refieres a que es caprichosa, arrogante y engreída estoy de acuerdo contigo —respondí.

Ambos tenían personalidades muy diferentes, no había duda de eso, pero mi madre una vez me dijo que el amor hacía cosas extrañas con las personas.

—Sé que aparenta ser todas esas cosas pero en el fondo posee un buen corazón. Realmente lo siento si ayer se pasó de la raya contigo —me hizo un gesto a modo de disculpa e intentó apoyar su mano sobre mi hombro. Me alejé un poco.

—Sus palabras no tienen importancia para mí, eres tú quien debe tenerlas en cuenta. Dijo que no quería que nos veamos, cree que tengo algún interés en ti —hice una pausa al notar que sus mejillas se sonrojaron—. Se encuentra terriblemente equivocada y no quiere aceptarlo por lo cual creo que debes tomar una decisión.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lachlan.

—Cada vez que nos vea hablando se enfadará. Para mí no es un problema, no me interesa lo que piense y a pesar de que me parece molesta, puedo lidiar con ella. Pero si tú decides que la amas podría convertirse en un problema para ti.

No sentía que fuera una pérdida de tiempo darle estos consejos. Él había sido gentil conmigo desde el principio y quería devolverle el favor.

—Hablaré con ella y tendrá que aceptarlo. Me gusta hablar contigo, Adhara —respondió con una sonrisa.

—¿Te sientes atraído por mi? —sentía curiosidad al respecto.

Me miró perplejo; su cuerpo tenso, su cara roja.

—Yo... mmm... —hizo una larga pausa—. Jamás había conocido a alguien que hablara de forma tan directa. Dices todo lo que piensas, ¿verdad?

—¿Por qué no habría de hacerlo? —pregunté.

Pasaron unos minutos sin que dijera una palabra. Comencé a impacientarme y tomé a Tarf en mis brazos para acariciarlo. Tarf bostezó y lentamente cerró los ojos.

—Creo que eres linda, frontal y posees mucho coraje. Me resultas algo

intimidante de cierta manera —parecía algo avergonzado al decir esto, pero sincero.

Me esforcé por reprimir una sonrisa, era difícil no disfrutar de esa clase de comentarios tras tantos años de vivir con los elfos. Era la primera vez que alguien me decía que me encontraba intimidante.

—Gracias, has sido muy amable. Me gustaría que seamos amigos Lachlan pero no quiero que mi presencia afecte tu decisión o tu relación con Louvain. No creo que sea justo para ti.

—Solo quiero que seamos amigos. Y en cuanto a Louvain, hablaré con ella. Creo que es hora de que tome una decisión. Como tú dijiste, todo se reduce a si la amo o no —su mirada había cambiado, parecía más relajado.

—Espero que tomes la decisión correcta —dije.

—¿Crees que seré feliz con alguien como ella? Eres la única persona en quien confío para una respuesta honesta.

—Es difícil de decir. Te responderé cuando lo sepa.

No quería dejarme influenciar por mis prejuicios hacia ella. A veces cuando alguien te atrae demasiado se puede reaccionar de forma extraña. Aiden era la prueba de eso. Si eso era lo que Louvain sentía cada vez que veía a Lachlan, me compadecía de ella.

—De acuerdo —dijo yendo hacia la puerta—. Aguardaré tu respuesta.

—Mañana pasaré por tu tienda, finalmente tengo el dinero para comprar el amuleto.

Helios me había dado algo de dinero en caso de que lo necesitara.

—Oh, lo siento Adhara, mi padre se lo vendió a un forastero hace unos días. No me encontraba allí, de lo contrario hubiera intentando guardártelo.

—Es una pena, era un lindo amuleto —respondí.

—La semana que viene mi madre tendrá nuevas piezas, si hay alguno parecido te avisaré —me aseguró.

Iara me insistió el resto del día para que le dijera la razón por la cual «el joven Lachlan Grey» como ella lo llamaba, me había venido a visitar. Finalmente le conté lo ocurrido con Louvain y sus amigos, y mi charla con Lachlan. Se había enfurecido al oírlo. No dejaba de decir cosas como «Louvain Merrows es una chica malcriada, siempre lo ha sido». A mi abuelo parecía divertirse la situación, parecía más preocupado por Louvain que por mí.

Los días que siguieron me llevaron a recorrer los demás pueblos que se encontraban cercanos a Naos. Ankaa, Rasnar, Mirfak y Wesen. Todos me resultaban parecidos, por no decir iguales. Nos quedamos en diferentes posadas. La mayoría eran ordenadas y acogedoras, a excepción de una en Mirfak que parecía sombría y sucia, pero no encontramos otro lugar en donde quedarnos. Iara había hecho su mejor esfuerzo por limpiar nuestra habitación sin tener mucho éxito. El polvo acumulado en

los muebles era tanto que le llevaría días deshacerse de él. Ese día recorrimos el pueblo en busca de frazadas para poner sobre la cama. Tarf parecía encantado con el viaje, correteaba por todos lados y a la hora de ir a la posada se escondía debajo de mi capa para evitar ser visto. Al principio fue difícil lograr que no hiciera ruido y saliera de la habitación, pero luego de la segunda posada pareció entenderlo y se quedaba durmiendo sobre la cama en silencio. Durante aquellos días disfruté de la compañía de mis abuelos que parecían inusualmente felices y no paraban de hacer sugerencias sobre los lugares que debíamos visitar. Las personas eran muy amables con nosotros. Todos parecían tener curiosidad sobre mí, notaban que era algo diferente al resto de las chicas de mi edad. O de cualquier edad en mi opinión. No me encontraba segura acerca de qué era lo que veían de diferente, pero solían hacer comentarios sobre la manera agraciada en la que caminaba o la confección de mis vestidos. Las mujeres en Lesath vestían un poco diferente, los vestidos eran más largos y usaban zapatos. Los míos eran un poco más cortos y llevaba botas. Me aseguraba de llevar mi capa sobre mi cabeza todo el tiempo, no volvería a tener otro incidente con mis orejas. También había desarrollado la costumbre de mirar a todas las personas con que nos cruzábamos, odiaba admitirlo pero en el fondo esperaba encontrar a Aiden. Era posible que estuviera en uno de esos pueblos, pero no me resultaría fácil encontrarlo. Seguramente se escondía en algún lugar donde hubiera poca gente.

Finalmente, al pasar una semana regresamos a Naos porque mi abuelo no podía ausentarse más del trabajo. Estaba algo decepcionada pero al mismo tiempo me alegraba de volver, me había acostumbrado a dormir en la habitación de mi madre y las posadas me había resultado algo incómodo. Tarf también parecía contento de volver, cada vez que escuchaba la palabra «casa» comenzaba a aullar y dar saltitos. Una de las cosas que más había extrañado era la comida de Iara, intentaba hacerla parecida a la de los elfos, simple y con poco condimento. Comer en las posadas había sido un problema, los sabores eran demasiado fuertes para mi gusto y en más de una ocasión sentí el estómago revuelto.

Una vez en casa los días se volvieron más rutinarios. A la mañana llevaba a Daeron a dar un paseo por los campos, regresábamos cerca del mediodía, ayudaba a Iara a preparar el almuerzo y el resto de la tarde lo pasaba con Helios en los cultivos o con Lachlan en su tienda. Nos estábamos volviendo buenos amigos. Solíamos ir a caminar cuando él terminaba sus tareas en la tienda; Tarf siempre venía con nosotros. Louvain y sus amigos intentaban actuar disimuladamente pero era evidente la manera en que nos seguían, siempre se encontraban cerca de nosotros. Me resultaba molesto pero Lachlan me había rogado que no les dijera nada. Me parecía increíble que aún no hubiera tomado una decisión, habían pasado semanas desde nuestra charla y él todavía parecía indeciso sobre lo que debía hacer.

Todo el pueblo parecía muy emocionado con la aproximación de una festividad a

la que ellos llamaban el Festival de los Valientes. Todos los años la reina Lysha y sus caballeros iban de pueblo en pueblo para realizar una serie de torneos de destreza, agilidad y fuerza. Todos los habitantes debían competir, había inclusive torneos para niños pequeños. Los ganadores recibían la bendición de la reina y cien monedas de oro. No comprendía por qué todos estaban tan emocionados, la mayoría de las personas en Naos no parecía calificar para ese tipo de torneos. Yo estaba ansiosa por anotarme en los duelos, los caballeros de la reina de seguro serían buenos rivales. Me encontraba en buena forma con la espada ya que en Alyssian solía entrenar la mayor parte de los días pero de todos modos comencé a ir al bosque para practicar. Me gustaba tener la espada en la mano, me olvidaba de todo por un rato y solo me concentraba en mis movimientos. Helios solía acompañarme ya que no le había dicho nada a Lachlan, seguramente le resultaría sospechoso si llegaba a enterarse.

Terminé de almorzar y fui hacia la puerta para ir a dar un paseo, Tarf corrió detrás de mí como siempre. Ya no era un cachorro, había crecido mucho en los últimos días y rara vez se separaba de mí. Sin saber por qué, caminé en dirección a la laguna, no había vuelto allí desde aquel día pero extrañaba el paisaje y estaba segura de que Tarf disfrutaría de chapotear en el agua; era un día caluroso. Caminé más lentamente al acercarme, quería asegurarme de que no hubiera ninguna silueta cerca de la laguna. Estaba desierta. De seguro ya se encontraba a miles de kilómetros de aquí. Ver el lugar en que me había besado me hizo estremecer. No me decepcioné por no poder controlarme, sabía que jamás olvidaría aquel momento. Me senté en el pasto y observé como Tarf corría hacia el agua y mojaba una de sus patas cuidadosamente para comprobar la temperatura. Escuché pasos detrás de mí. Mi corazón comenzó a latir con más fuerza. ¿Acaso era él? Era probable. Aún quedaba algo de furia enterrada en mí si la buscaba. Le diría lo que pensaba de él, que era un mentiroso, insensato y cruel humano, y que no se volviera a acercar a mí. Me di vuelta de manera precipitada con una mirada asesina en mis ojos. La persona se detuvo en seco y dejó escapar un gritito nervioso, era Louvain.

—¿Qué haces aquí? —pregunté de manera descortés.

—Te seguí hasta aquí. Solo quiero hablar, no te enfades conmigo —su tono de voz era más amable que de costumbre.

Aguardé en silencio.

—Lachlan me contó lo que le has dicho, que no quieres que tu presencia afecte su decisión o relación conmigo. Fue amable de tu parte. Lamento la manera en que me comporté, siempre supe que no tenías ningún interés en él pero aun así no pude evitar ponerme celosa —por la mirada en sus ojos azules y la manera en que jugaba con su pelo trenzado era evidente que no estaba acostumbrada a pedir disculpas.

—¿Si sabías que no me interesaba por qué te empeñaste en seguirnos? —pregunté confundida.

—No lo sé. Me sentí muy mal cuando me dijo que no estaba seguro de querer comprometerse y que debía pensarlo. Esperé ansiosa y no parecía querer hablar del tema, luego llegaste tú y comenzaron a pasar tiempo juntos y él aún me debe su respuesta. Me asusté —hizo una pausa y contuvo un sollozo—. Siempre fui la más linda del pueblo, luego llegaste tú, que eres tan bonita, y él parecía divertirse tanto cuando estaba contigo que sentí que explotaría de los celos.

No estaba segura sobre lo que debía decir, la forma en la que se había agitado al decir las últimas palabras me hacía recordar aquella furia intensa que había sentido cuando Aiden se perdió de vista en el bosque. Comprendí lo frustrante que debía ser para ella esperar que Lachlan se decidiera de una vez. Pero no estaba segura de entender lo de los celos.

—¿Ya no mandarás más a tus amigos a seguirnos? Me resulta muy molesto —espeté.

—Lo siento, les diré que ya no lo hagan más. Me he comportado como una niña, solo deseo que me acepte y casarme con él para no tener que preocuparme más por estas cosas —tiró una piedra a la laguna de forma impaciente.

Tarf se asustó y corrió a mi lado. Acaricié su cabeza para tranquilizarlo.

—¿Nunca has sentido celos de alguien? —preguntó Louvain.

—No.

Era ilógico sentir celos de alguien que estaba considerando pasar el resto de su vida contigo.

—¿De verdad? Es muy frustrante —me analizó con sus ojos tratando de decidir si decía la verdad—. ¿Alguna vez te has enamorado?

—Era otro tipo de emoción, no lo conocía mucho.

O mejor dicho nada. Me miró confundida. No la culpaba, ni yo lo entendía.

—Yo he amado a Lachlan desde el primer momento en que lo vi, desde entonces supe que él era el hombre con quien quería casarme. Y aquí estoy... esperando a que el cretino se decida —movió la trenza de manera impaciente.

—A veces los hombres pueden comportarse de manera cruel... —dije pensativa.

—Es verdad —respondió Louvain con una sonrisa—. Debo regresar, gracias por escucharme, Adhara.

Me quedé pensando en la conversación por un largo rato, aún pensaba que era caprichosa y presumida pero no podía negar que estaba pasando por un momento difícil. Pasar todas esas semanas esperando una respuesta tan importante era inhumano, no me sorprendía que la chica hubiera enloquecido. Luego de mi experiencia con Aiden había aprendido que hay determinadas emociones que están lejos de poder ser controladas. ¿Qué tan confundido podía estar Lachlan para tomarse tanto tiempo en responder? Podía comprender que tuviera dudas, Louvain no era fácil de tratar, menos para alguien de carácter tranquilo como él. Pero si en verdad la

amaba debía arriesgarse. Me puse de pie y comencé a caminar de vuelta, ya tenía mi respuesta.

Tarf corrió hacia la tienda donde se encontraba Lachlan y comenzó a aullar, ya se había familiarizado con él. Siempre que íbamos camino a las tiendas buscaba la de él y se adelantaba para saludarlo. Lachlan acarició su cabeza y levantó la vista buscándome. Su ropa se encontraba llena de tierra y de su frente caía sudor. Faltaban dos días para el Festival de los Valientes y todos parecían estar trabajando muy duro para que todo quedara impecable. Las tiendas estaban llenas de coloridas flores y más limpias que de costumbre.

—Te ves terrible —le dije.

—Lo sé, ayudé a mi padre y a los Kelpie a recorrer el pueblo para asegurarnos de que nadie hubiera colocado antorchas cerca de las casas. Y recogimos las ramas secas.

—¿Las ramas secas? —pregunté sorprendida.

—Así es, hace muchos años durante el festival una de las casas se prendió fuego y toda la familia murió en el incendio. No sabemos cómo empezó el fuego pero lo más probable es que haya sido a causa de una antorcha. Las usamos de decoración para iluminar los caminos. Tampoco ayudó que el jardín se encontrara lleno de ramas secas de un árbol muerto —respondió Lachlan.

—Qué extraño... —repliqué.

Las antorchas no se caen por sí solas y las ramas secas tampoco se prenden fuego por sí mismas.

—No realmente, no es la primera vez que sucede. Desde entonces nos aseguramos de que no ocurra ningún accidente —dijo tomando un trapo y quitándose el sudor de la frente.

—¿Competirás en algo? —pregunté.

—Soy bueno con el arco y la flecha, siempre me anoto en el torneo de puntería. ¿Qué hay de ti?

Reprimí una sonrisa, no me imaginaba a Lachlan con un arco y flecha.

—Soy buena con la espada, mi padre es un gran espadachín y me enseñó cuando era pequeña —intenté hacerlo sonar casual.

—No me sorprende, he observado que eres ágil para moverte —dijo observándome—. Eres la primer chica que conozco que sabe cómo utilizar una espada.

—Todos parecen muy contentos por el festival, no lo comprendo. No parecen ser buenos con las armas ni en los juegos de destreza —observé.

—No lo son, pero la reina Lysha siempre hace grandes banquetes y ceremonias con fuegos artificiales durante el festival —replicó Lachlan riendo—. Será mejor que no expreses tus observaciones al resto de las personas de Naos, son hombres de paz

pero podrían ofenderse.

No veía de qué podían ofenderse, si no sabían cómo blandir un arma era por decisión propia.

—Debo ayudar a mi madre a terminar de pintar unos carteles. ¿Vienes? Tu casa queda camino a la mía —dijo Lachlan.

Asentí con la cabeza y comencé a caminar tras él.

—Ya tengo mi respuesta. ¿Recuerdas tu pregunta?

—¿Crees que seré feliz con alguien como Louvain? —al hacer la pregunta su expresión se volvió más seria, había estado pensando sobre el asunto.

—Creo que Louvain realmente te ama y estaría dispuesta a cualquier cosa con tal de hacerte feliz. El hecho de que haya esperado semanas y semanas tu respuesta, y aún siga esperando y no te haya estrangulado es prueba de ello —dije.

Lachlan me miró confundido.

—¿Cómo pretendes averiguar si puedes ser feliz con ella si no lo intentas? Deja de hacer esperar tanto a esa chica y toma una decisión. No pareces el tipo de persona que hace sufrir a alguien a propósito —repliqué.

No te pareces a Aiden.

—Creí que odiabas a Louvain y ahora pareces enfadada conmigo —dijo Lachlan.

—No la odio, hay algo en su actitud que me molesta pero hoy vino a disculparse conmigo y me dijo que te amaba. La chica podrá ser caprichosa, vanidosa y muchas otras cosas pero al menos es honesta con respecto a sus sentimientos. Y estoy segura de que tú sabes lo que sientes, solo que te cuesta admitirlo. Creo que ya es hora de que lo hagas.

—Tienes razón, he sido un tonto. Tenía miedo de que el amor que yo siento por ella fuera mayor que el que ella siente por mí. Creí que estaba apresurada por comprometerse para poder presumir frente a sus amigos —parecía avergonzado al decirlo.

—Es tonto pensar de esa manera, nadie se comprometería a pasar el resto de su vida con alguien que no ama solo para presumir, ni siquiera alguien tan vanidosa como Louvain —espeté.

Jamás había escuchado algo tan estúpido.

—Ahora que lo dices así suena realmente tonto —replicó sorprendido.

—Lo es.

—Realmente me ama... —se dijo a sí mismo pasmado.

—¿No puedes ayudar a tu madre más tarde? Creo que hay otro lugar adonde debes ir primero —dije.

—Tienes razón, iré a la casa de Louvain. Le diré que la amo y que quiero comprometerme con ella —dijo lleno de dicha.

Antes de que pudiera evitarlo se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte abrazo.

—Gracias, Adhara.

Me contuve para no apartarlo de mí, solo estaba expresando su felicidad. Apoyé mi mano en su hombro por una milésima de segundo y la retiré. Al parecer su contacto aún me resultaba molesto. Me saludó y salió corriendo, con una sonrisa en su rostro.

Al llegar a la casa Iara me esperaba con la cena lista, sabía que había extrañado su comida durante nuestro viaje y se había empeñado por tener todo listo para mi llegada. Tarf entró corriendo y buscó su plato de comida que estaba junto a la mesa. Disfrutamos de una cena familiar todos juntos, la comida estaba deliciosa pero no hablamos mucho porque mis abuelos se encontraban cansados de ayudar con las preparaciones para el festival. Ambos estaban entusiasmados por verme participar en los duelos. Helios estaba convencido de que derrotaría a los caballeros de la reina, aseguraba que jamás había visto a nadie mover una espada tan rápido. Me estaba acostumbrado a vivir con ellos aunque muy en el fondo deseaba que algo emocionante pasara ya que mis días se estaban volviendo rutinarios. Una vez que terminamos de comer ayudé a Iara a levantar la mesa, a pesar de que se rehusó como siempre. Mis abuelos habían sido tan gentiles conmigo que sentí que debía hacer algo por ellos, en mis ratos libres había comenzado a hacer un cuadro de Tarf y esa mañana lo había terminado. No era perfecto como los dibujos de mi madre, la pintura no era mi fuerte, pero me había esforzado para hacerlo lo mejor posible y había obtenido un buen resultado. Era un cuadro bastante decente a decir verdad, los colores estaban bien mezclados, el cuerpo de Tarf detallado y su expresión había captado la ternura de sus ojos. Le pedí a ambos que aguardaran unos momentos y se los entregué esperando que les gustara.

—No soy muy buena pintando, pero es lo mejor que he hecho hasta ahora —dije.

—¡Adhara, es hermoso! Eres talentosa como tu madre —dijo Iara contemplando el cuadro con una expresión de cariño.

—Eres una artista, querida. Tarf se ve igual y los colores son exactos. Gracias —respondió Helios dándome un abrazo.

—Lo atesoraremos, lo pondremos aquí en la sala junto con los de Selene —dijo Iara acariciándome el pelo.

—Quería hacer algo lindo por ustedes —dije sonriéndoles, ambos se habían ganado mi afecto.

Nos dimos las buenas noches y me dirigí a mi habitación, me acosté y Tarf se acomodó al pie de la cama. Ahora que había crecido tanto ya no entraba conmigo en la almohada. Sentía calor pero una leve brisa entraba desde la ventana y me refrescaba la cara. Di un par de vueltas y luego lentamente me fui quedando dormida.

Mis ojos se abrieron en plena oscuridad, algo no andaba bien. Moví uno de mis pies lentamente, podía sentir el peso de Tarf, se encontraba profundamente dormido.

Miré alrededor pero no conseguí ver nada más que oscuridad. Sentí la presencia de alguien en la habitación, mi instinto jamás fallaba. Aguardé en silencio esperando oír algún sonido que revelara el lugar donde se encontraba el intruso pero no oí nada. Si había alguien, debía ser muy sigiloso, ni siquiera podía oír el ruido de su respiración. Si yo no podía verlo, él tampoco podía verme a mí. Llevé la mano hacia mi mesita de luz sin hacer ruido e intenté tomar la vela que había sobre ella, no era mucho pero era mejor que nada. Si lograba dársela en el ojo tendría mi oportunidad de escapar. Recordé la habitación en mi mente para evitar errores, tomaría a Tarf y correría hasta la puerta, mi espada estaba apoyada al costado de esta. Una vez que tuviera a Glace en mis manos el resto no sería problema. El intruso pensaba que dormía, tendría el elemento sorpresa. Me preparé para saltar de la cama cuando sentí una mano sobre mi boca, alarmada intenté salir por el otro costado pero un fuerte brazo me mantuvo contra el colchón. Intenté moverme, patear, incluso morderlo, pero se encargó de mantenerme inmóvil. Tarf cayó al piso y dejó escapar un aullido, intenté responderle pero me fue imposible. Tras minutos de silencio volvió a subir en la cama y se durmió nuevamente. Le faltaba desarrollar sus instintos, especialmente su instinto de supervivencia. Había algo en el contacto de sus manos que me resultaba familiar, no lo encontraba molesto como debería. Me sostenía con fuerza pero al mismo tiempo con cierta suavidad para evitar dañarme, la calidez de su tacto despertó un recuerdo en mí, una caricia bajo la lluvia. Aiden.

Estaba convencida de que era él. Acaso se había vuelto completamente loco, aún más de lo que ya estaba. Desaceleré mi respiración y dejé de forcejear, la única manera en que conseguiría escapar era si le seguía el juego.

—Aiden —balbuceé bajo su mano.

—No te asustes —respondió suavemente.

De todas las cosas que sentía, miedo no era una de ellas. Estaba convencida de que no me haría daño, era una certeza totalmente ilógica e infundada pero estaba segura de ello. Al menos en lo que se refiere al daño físico, el daño emocional ya era otro tema.

—¿Por qué rayos sigues aquí? ¿Tienes idea del peligro que te rodea? El Festival de los Valientes es en solo un día —me susurró enfadado.

—Ya no mientas, mis abuelos me aseguraron que nadie me haría daño y ellos no me pondrían en peligro. Aún estoy enfadada contigo, vete de aquí antes de que tome mi espada y te atravesara con ella —repliqué.

—¿Por qué eres tan obstinada? Solo intento ayudarte. Debo sacarte de aquí cuanto antes, Seith llegará al amanecer y si te encuentra... —cortó la frase de manera abrupta como si de solo pensarlo lo atemorizara.

—¿Has perdido la cabeza? Suéltame, no vuelvas a tocarme —intenté incorporarme pero sus manos aún sujetaban mis brazos.

—Sé que lo que digo no tiene sentido para ti pero es verdad y debes escucharme. Posees sentidos increíbles, supiste de inmediato que me encontraba en la habitación, úsalos. Escucha lo que tengo para decir y te darás cuenta de que no miento —dijo Aiden.

—De acuerdo.

No tenía otra opción y la determinación en su voz era prueba suficiente de que no mentía, aunque odiara admitirlo.

—Todos las personas que viven en Lesath creen que viven en paz y libertad, no ha habido un conflicto en años y la reina Lysha se encarga de distribuir riquezas para que todos vivan en armonía y no haya revueltas. Mantiene a todos contentos para que nadie note lo que realmente pasa. Ella no es quien realmente gobierna, es solo una marioneta, una farsa armada por aquellos que buscan poder. El Concilio de los Oscuros está integrado por cinco warlocks, magos oscuros terriblemente poderosos.

—Los warlocks están extintos —lo interrumpí, al menos eso decían los elfos.

—No, no lo están. Estos cinco sobrevivieron y son los que realmente controlan Lesath. Necesitan sirvientes que los ayuden a controlar el reino, es por eso que buscan a niños que poseen magia y les enseñan a utilizar magia oscura. El Festival de los Valientes es solo una excusa para probar sus habilidades, por eso hay torneos para niños. Una vez que los detectan queman sus casas y lo hacen pasar por un accidente, de esta manera pueden llevarse a los niños sin que nadie lo note, y se deshacen de los padres para que no los busquen —la ira en su voz aumentaba a medida que hablaba.

Me resultaba difícil de creer pero las palabras de Lachlan se repitieron en mi mente y todo cobró sentido. El incendio no había sido un accidente causado por una antorcha y ramas secas sino un astuto engaño obra de los warlocks. Me había estado preguntando por qué organizaban un festival con torneos de destreza si las personas del pueblo no sabían ni como blandir un arma. Aquí tenía mi respuesta. No era un simple festival, era una farsa y no les importaba si las personas no sabían manejar armas porque no buscaban guerreros, sino magos. Si a un humano le era concedido el don de la magia, sus poderes se revelarían a muy temprana edad. Los elfos encontraban de gran interés el hecho de que algunos humanos tuvieran la habilidad de convertirse en grandes magos. Si en verdad aún había warlocks y estaban buscando magos, era una manera astuta de observar el comportamiento de los niños y poder encontrarlos. El festival también les daba una excusa para ir de pueblo en pueblo; era inusual que los humanos tuvieran magia, no podía haber muchos magos en Lesath. Además, mi abuelo había dicho que la reina era una niña de quince años, cinco magos oscuros podrían manipularla sin dificultad.

—¿Ahora me crees? —preguntó aflojando la presión en mis brazos.

—Eso creo pero aun así sigo enfadada contigo —espeté.

A pesar de que finalmente sabía la razón por la cual se había comportado de

manera tan ruda todavía seguía pensando que su comportamiento había sido incorrecto.

—¿Por intentar ayudarte? Creí que los elfos sabían lo que era la gratitud pero veo que me he equivocado —dijo de manera sarcástica.

—¿Crees que te agradeceré por hablarme de manera descortés, atreverte a besarme y luego desaparecer sin siquiera justificarte o darme una explicación? Pues no lo haré y estaría loca si lo hiciera.

Tomé ventaja de su descuido y lo aparté de mí con un fuerte empujón. Se tambaleó en la cama y antes de que pudiera llegar a Glace me tomó de un brazo.

—Toma tus cosas, no tenemos mucho tiempo. Si no colaboras conmigo tendré que llevarte a la fuerza.

Apenas podía verlo pero el destello de sus ojos me era visible de alguna manera, sus hermosos ojos de los cuales me había intentado olvidar.

—No me iré contigo Aiden, no puedo viajar sola con un hombre —espeté.

Me sentía incómoda de solo pensarlo.

—Solo intento protegerte, no puedo dejarte sola con Seith en los alrededores, no sabrías adonde ir.

—No puedo abandonar a mis abuelos, los devastaría —repliqué.

—Si te encuentran, y créeme que lo harán, los matarán a ambos. Lo mejor que puedes hacer por ellos es marcharte, es la única manera de protegerlos —dijo con voz más suave.

Por más que odiara la idea de partir, debía hacer lo correcto. Me iría lejos para que nada malo les ocurriera, pero ¿por qué debía marcharme con aquel hermoso y cruel humano que no hacía más que confundir mis sentidos?

—De acuerdo, iré contigo. Pero una vez fuera de Naos seguiré mi camino sin ti —dije yendo hacia la mesita de luz para encender una vela—. Les dejaré una nota a mis abuelos, no puedo simplemente desaparecer.

—Date prisa.

En cuanto la habitación se iluminó Tarf corrió hacia mí y tomé su hocico en mis manos para evitar que aullara. Mis ojos fueron de manera casi instantánea a reposar en la figura de Aiden. Era como lo recordaba, su masculina figura, su hermoso rostro, sus cálidos ojos color chocolate. Le di la espalda abruptamente y comencé a escribir sobre un pedazo de pergamino. No volvería a caer bajo su encanto.

—Toma tus cosas. Algo de ropa, la capa y la espada también —dijo Aiden yendo hacia la ventana y mirando hacia fuera—. Tu caballo es muy veloz, nos ayudará a salir rápido de Naos sin ser detectados.

—¿Qué hay de Tarf? —pregunté mirando al zorrillo acurrucado a mis pies—. No puedo dejarlo.

Lo tomé en mis brazos y acaricié su cabeza de manera afectuosa.

—Lo siento pero solo nos demorará, por ahora deberás dejarlo aquí. Tus abuelos cuidarán de él —hizo una pausa y tras examinar mi mirada agregó—. Si tanto significa para ti volveré por él en cuanto estés a salvo.

—¿Lo prometes?

—Tienes mi palabra —me aseguró con una cálida sonrisa.

—Cuida de Helios y Iara, nos veremos pronto, Tarf —le susurré en sus orejas color canela y luego besé su cabecita.

Una vez que lo dejé en el piso me miró de manera triste pero se quedó en su lugar, entendía que debía quedarse.

—Date vuelta, no puedo ir en camión —dije intentando ocultar el rubor en mis mejillas.

Aiden fue hacia la ventana y salió con un ágil salto. Aguardé hasta asegurarme de que se había alejado y me cambié. Tenía el presentimiento de que sería un largo viaje. Tomé mis pantalones de montar, una refinada camisa blanca con un chaleco verde claro y mis botas. Arrojé la capa sobre mis hombros, até la funda de la espada a un cinturón y tomé mi bolsa de viaje. Caminé de manera silenciosa hasta la habitación de mis abuelos y dejé el pergamino sobre la mesita de luz. Ambos dormían plácidamente, apenas podía ver sus rostros en la oscuridad pero aun así los observé por unos segundos. No quería dejarlos. Me entristecía saber que al despertarse no me encontrarían. Recordé que era por su bien, si mi presencia los ponía en peligro debía marcharme. Al regresar a la habitación de mi madre sentí con mayor intensidad el peso de lo que estaba a punto de hacer. Cada paso me costaba, aún no me sentía lista para dejar la acogedora casa. Respiré profundamente y con una última mirada a Tarf me subí a la ventana. Aiden me ofreció su mano pero la ignoré, dejé caer mi bolsa de viaje al suelo y antes de que pudiera saltar sentí sus manos sobre mi cintura. Su tacto repentino me estremeció, me aparté de él en el momento en que mis pies tocaron el suelo. Le di la espalda para evitar mirarlo. Era plena noche y el clima no era bueno, el viento soplaba frío y las nubes cubrían la luna. Le hice un gesto a Aiden para que me siguiera hacia el establo. Daeron me esperaba con la cabeza fuera, sus sentidos eran iguales o más agudos que los míos. Tomé la montura y lo ensillé en silencio, luego la cabezada y tiré de las riendas para sacarlo del establo.

—Será mejor que yo vaya adelante y lleve las riendas, conozco bien esta zona y sé el camino que debemos tomar —dijo Aiden montando y estirándome una mano para ayudarme a subir.

—No lo creo, yo llevaré las riendas —dije protestando—. Soy muy buena, no encontrarás un jinete más veloz.

—No es un juego, Adhara. Se trata de ser cautos y no cometer errores.

De mala gana tomé su mano y me ayudó a montar. Cruzamos el pueblo al paso para no hacer ruido, ambos en silencio bajo el velo de la noche. A medida que

comenzamos a llegar a los límites del pueblo un dilema apareció en mi mente. Una vez que Daeron comenzara a galopar debía sujetarme de algo, de Aiden para ser más precisa. Mi equilibrio era bueno y podría intentar sujetarme de la montura pero si había algún tronco u obstáculo en el camino y lo saltaba, de seguro me caería. La proximidad que teníamos en ese momento era suficiente para hacerme estremecer de vuelta; sentí el impulso de rodearlo con mis brazos pero no lo hice. No comprendía aquel impulso, no comprendía por qué una parte de mí ansiaba su tacto cuando nos encontrábamos cerca. Aquella sensación era completamente nueva. Intenté distraerme y pensar en otra cosa. ¿Adónde iríamos? ¿Por cuánto tiempo debía mantenerme escondida? ¿Qué harían conmigo si me encontraban? Warlocks... ¿qué sabía sobre ellos? Eran una raza olvidada en el tiempo, no eran mortales pero tampoco inmortales. Eran hechiceros de magia negra y poseían poderes malignos. Los elfos estaban convencidos de que las líneas de sangre se habían terminado, lo que había causado su extinción, pero al parecer cometieron un error. ¿Cómo era posible que nadie en Lesath supiera sobre esto? La historia era más larga, estaba convencida de que Aiden no me había contado todo. Daeron comenzó a trotar en dirección al bosque, contemplé de manera algo nostálgica el pueblo de Naos y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que pudiera regresar. El trote se volvió más rápido hasta que se transformó en galope. Me sujeté de la montura decidida a mantenerme así. Las ramas de los árboles pasaban alrededor nuestro, sus hojas caían sobre nosotros y el viento no cesaba de soplar. Había algo extraño en el aire, el viento golpeaba contra nuestras espaldas como si intentara apresurarnos. La luna seguía oculta y se hacía más difícil ver el camino pero confiaba en Daeron, era demasiado perceptivo como para chocar contra algo. El galope se volvió más rápido y me resultó más difícil esquivar las ramas que sobresalían, finalmente una me tomó de sorpresa y me raspó el brazo. Me tambaleé y sentí la mano de Aiden en mi brazo.

—¿Acaso quieres caerte? Sujétate de mí —me ordenó.

Resignada rodeé su cintura con mis brazos. Me quedé en esa posición durante la siguiente hora, la calidez de su cuerpo era difícil de ignorar. Aiden solía mirar en todas direcciones constantemente; en todo el trayecto jamás se relajó, podía intuir su tensión. No parecía el tipo de persona que se asustaba fácil, su temor debía ser fundado y de seguro se trataba de algo cuya magnitud yo no comprendía. Tal vez lo buscaban a él también, era absurdo de mi parte pensar que solo temía por mí. A medida que el tiempo pasaba comencé a relajarme, mis manos ya no estaban duras y quietas como una piedra, mis piernas ya no se presionaban contra la cincha de Daeron y mi autocontrol comenzó a desvanecerse. Lentamente, sin ser consciente de ello, apoyé mi cabeza sobre su espalda y mis ojos se fueron cerrando de a poco.

## EL MAGO ENTRA EN ESCENA

Al despertar me sentí algo confundida, no recordaba haberme dormido y al darme cuenta de que me encontraba sujeta a la espalda de Aiden aparté mi cabeza de forma abrupta. Jamás me había sentido tan avergonzada.

—¿Te has despertado? —preguntó girando su cabeza hacia mí.

—¿Cuánto tiempo llevo dormida?

—Alrededor de dos horas —respondió con una sonrisa.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—Zosma. Es un pequeño pueblo hacia el sur. Conozco una posada allí que será un buen escondite.

Daeron se detuvo y comenzó a tirar de las riendas, quería descansar. Usualmente podía galopar durante horas sin necesidad de detenerse pero era de noche y encontrar un camino a través del bosque lo había agotado.

—Necesita descansar —dije desmontando.

—El lugar parece seguro.

Aiden desmontó y acarició el cuello de Daeron de manera afectiva. Ese gesto me enterneció, la mayoría de las personas trataban a los caballos como meros medios de transporte pero a él realmente parecía importarle. Se me adelantó en aflojarle la cincha y secó su sudor con una manta para que el frío de la noche no le hiciera mal. En ese momento me sentí algo avergonzada por haber pensado lo peor respecto a él. Me senté en el pasto y miré hacia el cielo, el manto de nubes negras se extendía haciendo menos visible las estrellas. No era una buena señal. Miré alrededor buscando rastro de algún animal, el lugar se encontraba desierto. En el resto del bosque podía oír el canto de los grillos o los ululeos de las lechuzas pero aquí todo era silencio. El viento golpeó contra mí de manera violenta, era frío y seco. Algo andaba mal, Daeron levantó la cabeza de manera abrupta, sus orejas paradas y atentas. Su reacción confirmó mis sospechas, algo maligno venía en nuestra dirección.

—Aiden...

Me hizo un gesto para silenciarme y caminó hacia mí.

—Yo también lo noté. Iremos silenciosamente hacia aquellos arbustos y nos esconderemos detrás de ellos. ¿Puedes hacer que Daeron se acueste?

Su intensa mirada se apoderó de mis ojos.

—Lo intentaré.

Tomé las riendas de Daeron y lo llevé hacia el arbusto, me senté y apoyé mi mano sobre el pasto sin sacar mis ojos de los suyos indicándole que me imitara. Me entendió a la perfección. De manera silenciosa dobló sus patas y se echó sobre el pasto. Era algo inusual que me obedeciera de manera tan rápida, debía estar

consciente de que nos encontrábamos en peligro. Llevé mi mano hacia la empuñadura de mi espada instintivamente. No sabía a qué me enfrentaba pero daría una buena pelea. Sentí la mano de Aiden sobre la mía y mis mejillas se tiñeron de rojo.

—Con suerte pasaremos inadvertidos, pero si algo ocurre seré yo quien pelee — me dijo de manera severa.

—Soy buena con la espada —insistí sin quitar mi mano de la suya.

—Cuanto menos sepan de ti, mejor.

Estaba a punto de responderle cuando sentí un escalofrío, al poco tiempo escuchamos pisadas. Espié a través de las ramas y vi una figura acercarse caminando, llevaba puesta una larga capa y una capucha cubría su rostro. Había algo en su manera de caminar que me inquietaba. Su paso era rápido y decidido, su convicción inquebrantable, como si el bosque le perteneciera. Aquel hombre no le temía a nada, era consciente de su poder y apartaría a cualquiera que se interpusiera en su camino. Sentí un repentino deseo de cortarle el paso y probarle que estaba equivocado. Lo analicé más detenidamente, era alto y su contextura era similar a la de Aiden. Creí distinguir su cabello oscuro pero no estaba segura; su rostro era un misterio, la noche y la capucha que llevaba lo ocultaban a la perfección. Caminó por delante del arbusto y tras unos pasos se detuvo. Permaneció allí inmóvil por varios minutos. Controlé mis nervios y me aseguré de no moverme. Creí escuchar algo y me esforcé por descifrar qué era. El extraño aún se encontraba tan quieto como una estatua, inmutable y aterrador. Me esforcé aún más y un susurro llegó a mis oídos. Un encantamiento. Debía actuar rápido, la magia no era uno de mis fuertes pero no era momento para dudar. Nos visualicé a Aiden y a mí en mi mente, rodeados por una barrera y susurré las palabras del hechizo. Aguardé impaciente deseando con todo mi corazón que resultara. Aiden parecía comprender lo que ocurría, con una mano me atrajo hacia él de manera protectora y con la otra tomó su espada. El extraño dio un paso, luego otro, observó los alrededores tan sigiloso como un halcón y siguió caminando hasta que finalmente se perdió de vista. Me mantuve alerta por un largo rato hasta estar segura de que se había ido. El bosque fue cobrando vida nuevamente, el canto de los grillos comenzó de nuevo y pequeños animalitos salieron de su escondite.

—¿Qué diablos era eso? —pregunté.

—Los niños que roban se vuelven sus aprendices y luego sus espías. Son aprendices de Nawa. Ese era Seith y es uno de ellos —respondió Aiden, la espada aún en su mano—. Nos has salvado, Adhara. No soy bueno con la magia pero sé que utilizó un hechizo y tú lo detuviste.

—Intentó revelar la presencia de otro humano y utilicé un encantamiento que funciona como un escudo. No estaba segura si funcionaría, a decir verdad yo tampoco soy buena con la magia —me costó admitirlo pero no veía una razón para mentirle.

Me dirigió una mirada tan fugaz que sentí que mi corazón se prendía en llamas.

Comencé a pensar que lo hacía a propósito, debía saber el efecto que sus ojos tenían sobre mí. Me pregunté si sería posible que yo tuviera algún efecto similar sobre él. Me avergonzaba intentarlo pero no quería verme débil frente a él, comprendía que nos encontrábamos en una situación peligrosa y quería demostrarle que podía valerme por mí misma. Además una pequeña parte de mí quería vengarse por aquel día bajo la lluvia. Llevé mi pelo hacia atrás de manera sutilmente seductora y, sin apartar mi mirada de él, me puse de pie de manera elegante. Escondió bien su reacción pero sus ojos siguieron todos mis movimientos y no pudo esconder su expresión deslumbrada. Fui hacia Daeron para asegurarme de que se encontrara bien, acaricié su cuello y lo examiné. Sus orejas estaban relajadas y no parecía alarmado. El misterioso sujeto se había ido pero no podía apartar su presencia de mi mente. Había algo maligno en él, algo perverso. No podía imaginarme mi reacción si me hubiera despertado con él en la habitación en vez de Aiden.

—¿Qué edad tienes en verdad?

Su repentina pregunta me tomó por sorpresa, me volví hacia él.

—Diecinueve —respondí—. Ya te le he dicho.

—Lo sé, pero eso fue cuando aún no sabía que eras una elfa...

Reprimí una risa, creía que por ser una elfa tenía ciento diecinueve en vez de solo diecinueve.

—Una parte de mí también es humana, tengo diecinueve —le aseguré.

—¿Aún sigues enfadada conmigo? —preguntó acercándose a mí, su expresión serena.

—Así es —hice una pausa y de manera decidida lo besé en la mejilla—. Pero también siento gratitud hacia ti.

Mi gesto debió tomarlo por sorpresa ya que me observó perplejo. Alejé mi rostro del de él pero tomó mi brazo y me mantuvo cerca. La proximidad era abrumadora, casi podía sentir sus labios sobre los míos. Sentí un fuerte impulso de permanecer allí hasta que me besara de vuelta, fue precisamente por eso que di un paso hacia atrás. Aún nos encontrábamos en peligro, lo último que necesitaba era perderme de vuelta en aquellas emociones.

—Recuerda eso la próxima vez que insistas en desobedecerme —dijo con una sonrisa, apretó mi brazo de manera afectuosa y luego lo soltó.

Puse más distancia entre nosotros.

—¿Quién era aquel sujeto? No era un warlock, de eso estoy segura pero aun así posee un aura sobrenatural —dije.

—Su nombre es Seith. Su incesante maldad y su continuo empeño por olvidar su lado humano es lo que lo hacen tan poderoso.

—La forma en que se quedo inmóvil no es natural. Era como si no sintiera ansiedad o... ningún tipo de emoción.

—Seith no posee sentimientos, odio, amor, exaltación, tristeza... no los siente. Su control de sí mismo es tan perfecto que solo se guía mediante su instinto o sus poderes. Encontró una manera de destruir su conciencia humana —respondió Aiden ajustando la cincha de Daeron.

—¡Eso es imposible! ¿Fue obra de los warlocks?

No sabía nada sobre magia oscura pero si en verdad era tan poderosa como para lograr eso, era algo a lo cual no nos podíamos enfrentar.

—No lo creo, fue obra de su voluntad. Ven, debemos continuar un poco más, sé que Daeron se encuentra cansado pero no podemos quedarnos aquí —dijo montando.

A la mañana del día siguiente llegamos a las afueras de Zosma. Por lo que podía ver el pueblo era muy pequeño y se encontraba en medio de la nada. Había sido extraño pasar toda la noche en compañía de Aiden, me esforzaba por no bajar la guardia ni por un segundo pero me era difícil luego de tantas horas de andar por el bosque. No veía cansancio en su rostro pero sabía que de seguro era bueno disimulándolo, cuando creía que no lo miraba cerraba sus ojos por una fracción de segundo. De seguro Helios e Iara ya habían leído mi nota, me pregunté cómo habrían reaccionado. Me sentía mal por irme de esa manera, sin despedirme pero era por su propio bien. Y ya comenzaba a extrañar a Tarf, sentía que me faltaba algo sin él correteando a mí alrededor. Daeron levantó sus orejas en cuanto vio el pueblo y comenzó a trotar apresurado, sabía que finalmente podría descansar.

Zosma tenía un aspecto sombrío, la mayoría de las casas eran de madera pero no estaban pintadas con colores claros ni tenían todo tipo de flores coloridas en sus jardines. La mayoría de las personas que veía llevaban capas que cubrían sus rostros y no se saludaban entre ellas como ocurría en Naos o en el resto de los pueblos. Parecían no conocerse. Era la primera vez que veía algo así, parecía olvidado en el tiempo. Luego de dar un par de vueltas llegamos a la posada que Aiden había mencionado. Parecía bien cuidada, la madera estaba bien mantenida y no amenazaba con desmoronarse en cualquier segundo como el resto de las casas. Tenía un aspecto limpio y había flores celestes y lilas adornando las ventanas. Un cartel colgaba de su puerta con forma de oveja «Posada: La oveja perdida». Un nombre extraño para una posada pero aparentemente todo en este pueblo lo era.

Aiden desmontó y sin previo aviso hizo un corto y particular silbido, lo miré desconcertada. Un momento después la puerta de la posada se abrió y de ella salió una muchacha de cabello corto con rizos dorados. Se apresuró hacia nosotros y tiró sus brazos alrededor del cuello de Aiden.

—Aiden Moor, me alegra ver que has vuelto. Haces meses que no he sabido nada sobre ti.

—Lo siento Goewyn, he estado ocupado —respondió.

La manera en que lo abrazó y la familiaridad con que le hablaba me sorprendió,

era evidente que se conocían bien. No supe qué pensar de esto, tal vez eran amigos pero también existía la posibilidad de que fueran algo más. Si era su novia y Aiden se había atrevido a besarme e irrumpir en mi habitación en el medio de la noche lo mataría. La examiné mejor, sus caderas eran anchas y su cuerpo no era muy proporcionado pero poseía cierta calidez en su rostro. Aguardé sin decir nada ignorando su pequeña demostración de afecto. Había tenido la sensación de que Aiden en cierta manera se encontraba solo, al igual que yo, pero al parecer me había equivocado. Verlo abrazar a otra mujer produjo una sensación extraña en mí, algo que no lograba descifrar. Y por una milésima de segundo sentí una mezcla de tristeza y enfado.

—Veo que no vienes solo —dijo la muchacha mirándome.

La observé de manera indiferente y no respondí.

—Goewyn, ella es Adhara —dijo Aiden ofreciéndome su mano para ayudarme a bajar.

La ignoré y desmonté de un rápido movimiento, esto pareció molestarlo.

—Adhara, ella es Goewyn, la dueña de esta posada y una vieja amiga.

Amiga, era su amiga. La examiné nuevamente, había algo en ella que no me agradaba. Quité la capucha de mi cabeza de manera cuidadosa, asegurándome de que mi cabello cubriera mis orejas, y me volví hacia ella.

—Oh, Aiden. ¡Es preciosa! No puedo culparte por estar solo durante tanto tiempo si la has estado esperando a ella —dijo Goewyn sonriendo—. Bienvenida a mi posada Adhara, es un placer conocerte. Haré lo posible para que te sientas a gusto aquí.

—Gracias, es amable de tu parte —respondí.

No comprendía por qué me trataba de manera tan amistosa, pero si pensaba que de esta manera ganaría mi confianza se equivocaba. ¿Y que había querido decir con que Aiden me había estado esperando? ¿Qué sabía sobre mí?

—No es así Goewyn, solo viajamos juntos —dijo Aiden algo sonrojado.

—No seas vergonzoso —replicó riendo—. Lucen cansados, los llevaré a los establos y luego les prepararé una habitación.

¿Una habitación? No podía dormir con Aiden en la misma habitación, o peor, en la misma cama. Era inquietante de solo pensarlo. No lograría dormir.

—Dos habitaciones —me apresuré a decir mirando a Aiden.

No lo objetó.

Una vez que acomodamos a Daeron en los establos y nos aseguramos de que tuviera alfalfa y agua fresca, la posadera y supuesta amiga de Aiden nos guio hacia las habitaciones. Por dentro todo parecía limpio y confortable, los muebles eran antiguos pero de buen gusto y las paredes parecían gastadas pero aun así se mantenían bien. Las habitaciones se encontraban una al lado de la otra, la 14 y la 15.

Tomé una de las llaves al azar y me apresuré a entrar, ansiaba estar sola. El espacio era pequeño pero tenía lo necesario, una cama, un viejo armario y una repisa. Me senté sobre la cama y tras asegurarme de que la colcha y las sábanas se encontraran limpias me dejé caer sobre esta. Había disimulado mi cansancio frente a Aiden pero ahora ya podía dejar de pretender, no era tanto cansancio físico como emocional. Al parecer él no era tan terrible y cruel como había pensado, era gentil; gracias a su ayuda me había salvado de una peligrosa situación. Había resultado fácil convencerme de que era una mala persona; aceptar la realidad era más difícil; tenía un corazón noble y me había salvado. Le había dicho que iría por mi lado una vez que estuviéramos a salvo pero no tenía intención de hacerlo. No sabría dónde ir y la idea de separarme de él no me agradaba. Lesath no era un lugar seguro y libre sino una farsa, un juego que los warlocks habían creado para manipular a los humanos. No vería a Iara, Helios y Tarf por un tiempo; además de haberles causado daño. Y como si eso fuera poco un humano sin sentimientos y de tremendo poder rondaba por la zona. Dormí un par de horas para recuperarme y pasé el resto de la tarde practicando con mi espada. La habitación era pequeña por lo que mi espacio era limitado. Practiqué movimientos de ataque y de defensa, esforzándome por mover mis pies y mis brazos a mayor velocidad de la que tenía. No era fácil, hasta hacía un día había estado conforme con mi velocidad y mi cuerpo ya se encontraba acostumbrado a ella. Mi maestro, un ágil y sabio elfo llamado Astran, me había asegurado que podía moverme más rápido si me esforzaba. Había practicado con él sin lograrlo del todo pero la situación ya no era la misma. No necesitaba aumentar la velocidad de mis movimientos para ganar un tonto duelo sino para sobrevivir. Hubiese sido cauto de mi parte prestarle más atención a la magia, pero nunca había tenido mucha paciencia para ello. Sabía que había magia en mí pero me era difícil controlarla, me las había ingeniado para lograr unos pocos hechizos en Lesath pero habían requerido un gran esfuerzo y no eran nada en comparación con lo que podían hacer el resto de los elfos. La magia es complicada y no siempre responde de la manera en que uno espera; en cambio, con la espada, uno tiene el control. Es por eso que había optado por ser un espadachín en lugar de una maga. Necesitaba poder defenderme. Me pregunté qué harían conmigo si me encontraban. Aiden parecía pensar que me encontraba en mayor peligro por ser una elfa, pero dado que también era humana y sabía muy poco sobre magia no podía encontrarme en un peligro mortal. Si acostumbraban a tener discípulos como Seith, yo no les serviría de mucho. Pero estaba convencida de que la historia era más larga y que no me había dicho todo lo que sabía. Cuando nos encontráramos solos lo obligaría a que me cuente el resto.

Salí de mi habitación y me dirigí hacia abajo, mi estómago se había estado quejando durante las últimas horas. Esperaba que la comida fuera decente ya que no volvería a probar los platos de Iara por un buen tiempo. ¿Qué tan difícil era usar

pocos condimentos y no hervir todo lo que fuera comestible? Tendría un intercambio de palabras con aquella joven atrevida, ya que no tenía más opción que quedarme allí haría lo posible para que las cosas fueran de mi agrado. No tardé mucho en encontrarla, tras revisar un par de habitaciones en la planta baja la hallé en la cocina limpiando las ventanas. La observé por unos momentos antes de hacerle saber que estaba allí, se movía de manera torpe y carecía de coordinación. Era imposible que Aiden estuviera interesado en ella, su único atractivo era su rostro; luego no había una sola cualidad en ella que valiera la pena. Me detuve en seco. ¿Por qué pensaba en ello? ¿Por qué me importaba si Aiden la encontraba atractiva? Me acerqué caminando de manera precipitada para que escuchara el sonido.

—Adhara, ¿te encuentras bien? —dijo apresurándose hacia mí.

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Aiden estaba preocupado por ti. Dijo que no habías salido de tu habitación en toda la tarde y cuando intentó entrar se encontraba cerrada con llave —dijo Goewyn.

—Me gusta la privacidad. No me siento cómoda con la puerta abierta en un lugar desconocido —respondí.

¿Aiden estaba preocupado por mí? Después de todo tenía sentimientos, me hubiese gustado que los hubiera utilizado en la laguna aquel día cuando me gritó y me besó.

—Me gustaría decirte que nada te pasará en mi posada, pero seguramente habrás notado que las personas en Zosma prefieren ocultar su identidad. La mayoría de los que vienen aquí es para ocultarse de alguien o porque quieren dejar atrás su pasado, es por eso que tienden a cubrir sus rostros. No son de fiar —dijo con tono más serio.

—Tiene sentido que las personas que viven aquí lo hagan porque no tienen otra opción, el pueblo tiene un aspecto nefasto y parece cubierto por un manto de niebla —observé.

Era el lugar más espantoso que había visto.

—Zosma está lejos de ser encantador pero no es un mal lugar para vivir. Ofrece más privacidad que el resto de los pueblos —dijo Goewyn con una sonrisa—. ¿Puedo ofrecerte algo de comer? Debes estar hambrienta.

Su costumbre de sonreírme todo el tiempo estaba comenzando a molestarme.

—Sí... me gusta la comida liviana, sin condimentos y las papas no me gustan hervidas. He notado que en algunos pueblos tienden a hervirlas y lo encuentro absurdo.

—Tienes gustos poco comunes, pero como gustes. —Hizo una pausa mientras se limpiaba las manos—. Aún falta un poco para la cena pero te prepararé una sopa de calabaza mientras esperas.

Asentí con la cabeza. Una sopa de calabaza era algo sencillo de hacer, no había manera de que la arruinara.

—Eres inusualmente bonita, Adhara. ¿De dónde eres?

—De lejos. Prefiero no hablar de ello —respondí simulando una sonrisa.

—Oh, lo siento. No quise ser entrometida. Es solo que Aiden no quiso decirme nada sobre ti —respondió algo sonrojada.

—¿Por qué querrías saber sobre mí? —pregunté.

—No lo sé, supongo que es porque eres importante para Aiden y él es importante para mí.

Su respuesta me dejó perpleja, no estaba segura de entender lo que quería decirme. ¿Creía que yo le interesaba a Aiden y eso le interesaba a ella porque estaba interesada en él? Era atrevido e incauto de su parte hacérmelo saber. No me sorprendía que estuviera interesada en él, Aiden era el humano más hermoso que había visto.

—Aquí tienes tu sopa, espero que sea de tu agrado —me dijo sonriendo y poniendo el plato enfrente de mí.

No comprendía por qué se esforzaba por ser tan amable conmigo si en verdad no le agradaba. Poseía más tacto que Louvain Merrows, lo cual no era muy difícil, pero al menos Louvain había sido honesta. Observé la sopa, me molestaba comer algo preparado por ella pero no podía morirme de hambre. Tomé un sorbo y aguardé, era aceptable.

—Si te molesta que Aiden me haya traído junto a él dilo, porque de ser así no me quedaré aquí —espeté mirando su rostro detenidamente para ver su reacción.

Ya tenía suficientes problemas sin sumarla a ella y no tendría uno más. No me sentía cómoda hospedándome en la casa de alguien que no me agradaba. Sus ojos se agrandaron y me miró por una fracción de segundo, una mezcla de confusión y... no podía ser... ¿Ternura?

—Adhara, creo que me has malinterpretado...

—¡Adhara!

Me volví y vi a Aiden acercarse a mí. La expresión en su rostro se ablandó al verme, sus ojos buscaron los míos.

—Fui a tu habitación a ver si habías abierto la puerta y ya no estabas, no te encontré en la sala... Pensé que habías salido al pueblo —dijo exasperado—. La próxima vez avísame donde estarás.

—¿Quieres que te avise en qué parte de la posada estaré? No lo creo —respondí.

Me molestaba cuando Iara estaba tan pendiente de mí pero esto era peor, se negaba a darme cualquier tipo de libertad más que poder estar sola en mi habitación.

—Sé que suena tonto pero es por un tema de seguridad —replicó Aiden.

—Estoy agradecida por lo que has hecho por mí pero no haré todo lo que me digas, Aiden —repliqué.

—Los dejaré para que hablen tranquilos —dijo Goewyn.

Aguardé hasta que cerró la puerta de la cocina tras ella.

—¿Puedes intentar actuar como una persona normal? —preguntó Aiden exasperado—. Goewyn no sabe la verdad sobre Lesath.

—¿Y no crees que le parece extraño que quieras saber adonde estoy a cada minuto del día?

Por unos segundos creí ver irritación en su mirada pero controló su expresión.

—No, Zosma es un lugar peligroso.

—No me quedaré aquí contigo si no eres honesto conmigo. Sé que no me has contado toda la historia, hay más sobre los warlocks que no me has dicho —dije manteniendo su mirada.

No tenía ninguna intención de irme pero él no lo sabía, era una buena amenaza.

—Te he dicho la verdad y no hay más que decir. Creí que lo habías entendido al ver a Seith en el bosque, sé que te asustó por más que no quieras admitirlo. Corres peligro aquí y solo estoy intentando mantenerte a salvo. ¿Por qué insistes en complicar todo? —su rostro ya no estaba relajado, ahora parecía enfadado.

—¿Por qué intentas mantenerme a salvo? —pregunté.

¿Por qué me gritas? ¿Por qué tienes este confuso efecto sobre mí?

—No lo sé, te vi y desde entonces siento la necesidad de protegerte —su mirada se perdió, como si estuviera recordando algo—. ¿Por qué fingiste estar insolada el día en que nos conocimos? Eres una elfa, sé que no es posible que te insolaras.

Sabía lo que quería hacer, cuestionaba mis acciones para que dejara de cuestionar las suyas.

—Debía pretender ser frágil como las personas normales para que no sospecharas lo que soy. En Naos me era difícil pretender que era como los demás —respondí con tono serio.

Había pensado una respuesta para aquella pregunta desde el día en que supo lo que soy; no volvería a tomarme desprevenida.

—¿Entonces honestamente pensaste que era un elfo? —preguntó con sus ojos fijos en mí como si supiera el efecto que tenían.

—A veces cometo errores —respondí simplemente.

Más desde que lo conocí. No parecía convencido pero aun así no dijo nada más al respecto. Goewyn volvió y no tardó en servir la cena, me encontraba hambrienta a pesar de haber tomado la sopa. La comida no tenía condimentos como había pedido, no era tan buena como la de Iara, pero tampoco era fea como esperaba. Aiden y Goewyn charlaron animadamente durante la cena, fingí estar perdida en mis pensamientos pero escuchaba cada palabra que decían. Quería entender mejor qué tipo de relación tenían. Al parecer se conocían desde hacía años y ambos tenían un amigo en común llamado Deneb, gran parte de la charla era sobre él. Aparentemente vivía en la posada pero ahora se encontraba en otro pueblo comprando provisiones y

volvería en unos días. Aiden estaba sumergido en su charla con Goewyn y apenas me miraba, por alguna razón esto me molestó, debía ser que me encontraba acostumbrada a sentir su mirada sobre mí. Sentí el irracional impulso de levantarme de la mesa e ir a mi habitación, pero no lo haría, sería tonto de mi parte. Además sabía que tenía una presencia fuerte frente a los humanos y por más que no hablara era suficiente con estar allí sentada. Comí en silencio jugando con un mechón de mi pelo. ¿Desde cuándo se había vuelto el centro de mi atención? Me irritaba ser consciente de lo pendiente que estaba de él, jamás me había ocurrido con nadie. Extrañaba un poco a Lachlan, no emocionalmente, pero en mis últimos días en Naos nos habíamos vuelto buenos amigos y me sentía relajada con él, nuestras charlas eran una buena manera de pasar el tiempo. Y a excepción de mi secreto eran completamente honestas, no tenía que concentrarme en lo que decía o en mentir de manera convincente. Me pregunté si ya se habría comprometido con Louvain, era muy probable. La última vez que lo había visto parecía completamente convencido e incluso feliz, me hubiera gustado asistir a su boda. Mi madre me había contado sobre ellas pero nunca había presenciado ninguna, los elfos tenían rituales muy diferentes para unirse cuando se amaban.

Un pensamiento nuevo apareció en mi mente, algo en lo que jamás había pensando hasta entonces. ¿Qué haría el día que decidiera unir mi vida a la de alguien? ¿Me casaría o haría un ritual élfico? De seguro me casaría con un humano, jamás había sentido nada por ningún elfo más que amistad y un poco de fascinación ante su belleza. Pero quería que mis padres estuvieran presentes. Haría ambos, de esa manera podría hacerlo en presencia de mis padres y luego de mis abuelos. No estaba segura si los elfos lo permitirían, no admitirían que otro humano entrara en su bosque, pero debía haber alguna manera de conseguirlo.

Sentí una mano sobre mi pelo y me sobresalté intentando apartarme. Aiden me sujetó del brazo con una mano para evitar que me pusiera de pie y con la otra continuó acariciándome el cabello. Lo miré incrédula por una fracción de segundo y finalmente encontré mi voz.

—¿Qué haces?

—Me gusta tu cabello, es suave y huele a flores —dijo intentando disimular sin éxito una sonrisa.

Sabía que a pesar de su reciente buen comportamiento, su mente no funcionaba bien. Su lado irracional asechaba de nuevo pero esta vez yo no sería su víctima. ¿Cómo podía ignorarme durante todo la cena y de repente tocarme de esa manera tan familiar?

—¿Qué ocurre contigo? —dije alejándome de él bruscamente.

Miré a Goewyn, no parecía enfadada sino que se reía como si encontrara divertida la situación. Era aún más extraña que el resto de las personas, la única explicación

que se me ocurría era que mi reacción y la forma en que lo había apartado de mí le agradaba.

—Siento haberte tomado por sorpresa. ¿En qué pensabas? —me preguntó de manera cariñosa acercándose a mí.

Había perdido la razón, era la única opción. Aun en la improbable posibilidad de que de pronto hubiera sentido la necesidad de expresarme sus sentimientos, si es que los tenía, se comportaba como si yo sintiera lo mismo.

—Mis pensamientos no son tuyos, Aiden.

No completamente. Me dirigí hacia las escaleras y apresuré el paso al darme cuenta de que me estaba siguiendo.

—Gracias por la comida Goewyn, todo estaba delicioso. Acompañaré a Adhara a su habitación, el largo viaje hasta aquí la ha afectado un poco —dijo Aiden a modo de disculpa.

Me contuve hasta llegar al piso de arriba pero en cuanto me volví hacia él para ponerlo en su lugar, apoyó su mano sobre mis labios y me indicó que lo siguiera. Me negué a entrar en mi habitación en su compañía pero tiró de mi brazo insistentemente.

—¿Has perdido la razón? No sé lo que ocurre contigo Aiden, pero no me siento cómoda estando cerca de alguien como tú. No permitiré que lo que ocurrió en la laguna vuelva a suceder, te lo advierto —dije mirándolo de manera peligrosa.

—Adhara tranquilízate, puedo explicarlo —me dijo manteniendo su distancia.

—Hazlo.

—Te encontrabas tan perdida en tus pensamientos que no notaste que tu pelo se desacomodó. Si no me hubiera apresurado en cubrir tus orejas, Goewyn se habría dado cuenta de lo que eres. Lamento haberte sorprendido así pero fue necesario —dijo con ese tono de voz extremadamente dulce que rara vez usaba.

—Oh, ¿cómo es posible que no lo notara? —pregunté para mí misma.

—Es inusual que no estés consciente de todo lo que ocurre a tu alrededor. ¿En qué pensabas? —ahora parecía curioso.

—Ya te lo he dicho, mis pensamientos no te pertenecen —respondí.

—¿Te encuentras asustada?

—No —intentaría ser algo honesta—. A decir verdad pensaba en el día en que decidiera unir mi vida a la de alguien, si lo haría con una boda como lo hacen ustedes o con un ritual élfico.

—Ah...

Parecía totalmente sorprendido con mi respuesta, no podía culparlo, incluso yo lo estaba. Intenté esconder mi rostro al sentir el rubor en mis mejillas.

—Tal vez deberías hacer ambos —dijo Aiden con una cálida sonrisa.

—Sí, he llegado a la misma conclusión —repliqué sorprendida.

Tras un largo silencio de intercambiar miradas, aparté mis ojos de él.

—Aún no comprendo por qué me has tratado de esa manera, con tanta familiaridad. Bastaba con que me acomodaras el pelo o... ¿En verdad crees que es suave y huele a flores? —pregunté confundida.

Nueva conclusión; Aiden era ambos, un cruel y dulce joven.

—Acostumbro a venir aquí solo, jamás he traído a alguien conmigo. Goewyn me conoce lo suficiente como para saber que no viajaría con una mujer solo a menos que estuviera en algún tipo de relación y no podemos contarle la verdad porque no sabe nada sobre los warlocks —hizo una pausa para ver mi reacción—. Basta con que nos hablemos de manera afectuosa.

—Lo pensaré. Me encuentro cansada, me gustaría estar sola —dije.

—De acuerdo, descansa —se detuvo y agregó—. En verdad pienso que tu pelo es suave y huele a flores.

Lo miré con alivio mientras salía por la puerta. Entender a Aiden era agotador, creaba situaciones que a nadie coherente se le ocurrirían. Ahora debía creer que se había comportado de esa manera porque Goewyn pensaba que nos encontrábamos involucrados amorosamente. Creería que yo era la demente luego de como me había comportado con ella. Quizás en verdad eran solo amigos, me costaba creerlo cuando recordaba la manera en que lo había abrazado aquella mañana. Fui hacia la cama y me hice un ovillo debajo de la colcha, no me gustaba el frío. Haría el esfuerzo de ser amable e incluso afectuosa con él frente a las demás personas de la posada, no podía creer la manera descuidada en que casi revelaba mi secreto. Caminé por los pasillos. Todo se encontraba oscuro y apenas podía ver, pero de alguna manera estaba segura hacia donde debía ir. Bajé las escaleras, crucé la sala y salí hacia afuera. La noche era fría y el manto de nubes aún cubría el cielo ocultando las estrellas. Me quejé, al parecer las nubes jamás se iban en aquel pueblo de desertores. Alguien me llamaba, no decía mi nombre, no lo sabía, pero aun así me llamaba. Seguí caminando a través del pueblo hasta que encontré una silueta cortándome el paso, apenas podía verlo en la oscuridad. Él no podía verme, solo observaba el pueblo frente a él, miraba a través de mí como si fuera aire. Sentí magia a su alrededor, era un mago. Sus intenciones eran buenas, su corazón bondadoso y utilizaba su magia con fines nobles. Quería saber dónde nos encontrábamos, el nombre de aquel pueblo perdido entre tinieblas que no recordaba haber visitado.

—Zosma —susurré.

No sabía la razón pero quería ayudarlo. No era a mí a quien buscaba sino a alguien que se encontraba cerca de mí. Su presencia era poderosa pero intentaba ocultarlo. Permanecía de pie en medio del pueblo, asegurándose de recordarlo para poder reconocerlo en cuanto lo viera. Estuvo allí por varios minutos aún sin poder verme hasta que finalmente se alejó hasta perderse de vista.

Me desperté agitada, era la primera vez que soñaba con algo, desde que nació tenía

sueño blanco. Llevé las manos hacia mi frente para comprobar la transpiración. Permanecí quieta varios segundos sin saber qué hacer, todo había sido tan real que me costaba creer que solo era un sueño. Me sentía extraña, era como si realmente lo hubiera experimentado a pesar de estar dormida. ¿Eso era lo que significa soñar? ¿Cómo algo que pasaba en mi mente podía parecer tan real?

Me costó tranquilizarme, jamás pensé que tendría un sueño, no era natural. Alguien lo había provocado a través de magia, aquel mago que había visto pero ¿quién era? Fui hacia la ventana, aún era de noche. Por un momento consideré ir en su búsqueda pero descarté la idea, era peligroso y de todos modos ya no sentía su presencia. Me volví a recostar e intenté quedarme despierta, no quería volver a soñar, solo quería descansar, relajar la mente. Pasé más de una hora dando vueltas en la cama, mis ojos comenzaron a cerrarse de nuevo cuando oí pasos. La puerta se abrió con un débil crujido, había olvidado trabarla. La luz de la vela que llevaba iluminó su rostro, era Aiden. Cerré los ojos pretendiendo que dormía. Se acercó hasta estar a un lado de la cama, sentía la luz de la vela sobre mi rostro, pasó la manga de su camisa sobre mi frente secándome la transpiración. Luego me cubrió con las sábanas que se habían deslizado por mi hombro y volvió a salir de la habitación, cerrando la puerta silenciosamente. Me sentí algo abrumada y protegida, no tardé en volver a dormirme.

Al despertar en la mañana el recuerdo de aquel sueño seguía latente en mi memoria. Me alegraba no haber vuelto a soñar, en lo que restaba de la noche había descansando plácidamente. Intenté convencerme de que el hecho de que Aiden hubiera entrado en la habitación para ver si me encontraba bien no tenía nada que ver con ello, pero sabía que era mentira. Al bajar a desayunar no encontré a nadie, había una canasta con pan junto a un tarro de manteca en la mesa. Tomé un poco de pan y comí silenciosamente preguntándome dónde se encontraban los demás. Zosma comenzaba a aburrirme, no me gustaba permanecer encerrada pero sabía que era mejor que recorrer el pueblo, solo encontraría rufianes y no quería llamar la atención. Debía encontrar un nuevo lugar para practicar con la espada y un compañero no estaría mal, practicar sola comenzaba a resultarme aburrido. Aiden parecía un espadachín competente y de seguro no le molestaría ayudarme. Una vez que terminé de comer fui hacia su habitación pero no se encontraba allí. Volví a bajar y fui hacia la puerta, la abrí silenciosamente para echar un vistazo y me detuve al ver a Aiden y Goewyn charlando en la entrada. Aquella extraña sensación se apoderó de mí con más fuerza que antes, no lo comprendía, era ridículo sentirme molesta cuando los veía juntos, ridículo. Pensé en Louvain y me pregunté si ella se había sentido de la misma manera al verme hablar con Lachlan, si lo que estaba experimentando era lo que las personas llamaban celos. No podía ser, no era lo suficientemente humana como para sentirlos. ¿O sí? Recordé la forma en que Louvain se había comportado y por un insólito momento la comprendí. Entendí aquella sensación irritante y

frustrante de querer apartarla de él y no poder hacerlo. Me desconocía. ¿Por qué me molestaba verlo con ella? ¿En verdad sentía ese tipo de atracción por él? Celos, lo poco que sabía sobre ellos me bastaba para saber que eran una emoción poderosa, irracional y dañina. Louvain me había enseñado eso, bajo ningún punto de vista podía comportarme de la misma manera que ella. Cerré la puerta y me dirigí hacia mi habitación, aguardaría hasta que Aiden subiera para pedirle ayuda. Esperaría allí, paciente y serena.

A medida que el tiempo pasaba comencé a inquietarme un poco, me paseé por la habitación, trencé mechones de mi pelo y finalmente tomé mi bolsa de viaje y cambié mi atuendo por uno un poco más llamativo. Era un delicado vestido de color verde agua, marcaba mi silueta, resaltaba mis ojos y no era muy largo, no me estorbaría con la espada. Quería verme atractiva. Debía pensar con claridad como normalmente lo hacía. Goewyn creía que éramos una pareja y parecía contenta al respecto; no comprendía aquel desagrado injustificado que sentía hacia ella. Solo eran amigos, les gustaba charlar tal como yo lo hacía con Lachlan. Tal vez no le había creído, por mi comportamiento era evidente que no teníamos este tipo de relación. No era mi culpa, no podía pretender una relación romántica que no existía. Pero de ahora en más me comportaría bien con ella, no quedaría en ridículo como Louvain, tomaría el asunto con madurez.

Tomé el libro que se encontraba en mi bolsa de viaje y me acomodé de manera agraciada en la cama perdiéndome en sus páginas. Al poco tiempo oí pasos, alguien se aproximaba. Escuché la puerta abrirse pero la ignoré, no aparté mi mirada de la página que estaba leyendo. Aiden aguardó en silencio esperando a que me diera por aludida que se encontraba en la habitación, pero no lo hice. Se aclaró la voz y se acercó aún más. Lo miré fingiendo una expresión sorprendida.

—Adhara, ¿te encuentras bien? —preguntó algo confundido mientras examinaba mi atuendo de manera disimulada.

—Claro que sí —respondí de manera casual.

—Anoche te movías seguido mientras dormías y ahora al entrar en la habitación no percibiste mi presencia. ¿Te encuentras perturbada por algo?

—Oí tus pasos incluso antes de que abrieras la puerta pero me encontraba concentrada en este libro, es muy interesante —dije enseñándole la tapa—. Mis sentidos se encuentran tan agudos como siempre, Aiden.

Me miró de manera sospechosa sin decir nada.

—Tengo un favor que pedirte —dije dejando el libro y poniéndome de pie frente a él.

Sus ojos siguieron las líneas del vestido y luego buscaron los míos.

—Eso es inusual, te escucho —respondió con una sonrisa.

—He pasado toda la tarde de ayer entrenando con la espada para agilizar mis

movimientos pero al hacerlo sola no he logrado buenos resultados ¿Podrías ayudarme? Necesito un oponente.

—Te ayudaré con gusto —replicó—. Es bueno que aprendas a defenderte en caso de que yo me vea imposibilitado de protegerte.

—Sé defenderme —dije yendo hacia Glace y tomándola en mis manos para mostrarle la forma en que agarraba la empuñadura—. Pero debo admitir que Seith parece un rival poderoso.

—Lo es —replicó en tono serio.

—Tú pareces un espadachín competente, practicar contigo me servirá de algo —dije sin apartar mi mirada de él.

Si él podía asumir que yo no sabía defenderme, yo asumiría que él era solo competente.

—¿Competente? Soy mucho más que eso —respondió algo molesto.

—Ya lo veremos.

Fui hacia la puerta.

—Aguarda... ¿Entrenarás con ese atuendo? —preguntó alarmado.

—Así es —respondí simplemente.

—No puedes entrenar así.

—No se interpondrá en mis movimientos, es suelto —le aseguré.

—No es eso, entrenaremos al aire libre y con ese vestido llamas la atención —replicó Aiden.

—¿A qué te refieres? —pregunté de manera inocente.

—Eres bonita Adhara, llamas la atención y con ese atuendo te encuentras aún más llamativa que de costumbre —dijo con tono suave apartando su mirada.

Me volví para esconder la expresión de triunfo de mi rostro.

—No te preocupes, me pondré la capa encima y entrenaremos en el jardín de atrás que se encuentra desierto, nadie nos verá.

Me siguió de cerca mientras bajábamos las escaleras. Oculté la espada debajo de mi capa para no alarmar al resto de los huéspedes pero la posada parecía desierta. Solo había visto a un anciano el día anterior pero no había rastros de él. Me preguntaba qué sentido tenía abrir una posada en un pueblo tan triste y gris como Zosma. Al entrar caminé silenciosamente hasta la cocina esperando no encontrarla en el camino pero estaba solo a metros de la puerta trasera cuando Goewyn se asomó tras una pila de ropa sucia que llevaba en sus manos.

—Buenos días Adhara, luces hermosa —dijo Goewyn.

—Gracias —respondí de manera amable.

—¿Te molesta si utilizamos el jardín? Adhara y yo practicaremos con la espada, pienso anotarme en el Festival de los Valientes del próximo pueblo —dijo Aiden.

—¡Qué gran idea! De seguro te irá de maravilla. ¿Tú también eres buena con la

espada, Adhara?

Antes de que pudiera responder, Aiden puso una mano alrededor de mis hombros y me acercó a él de manera cariñosa.

—Es ágil, un espadachín competente —dijo reprimiendo una sonrisa—. Jamás pensé que encontraría una muchacha bonita que supiera como blandir una espada.

Escondí la indignación en mi rostro y me esforcé por no apartarme de él. Su contacto me confundía, era cálido y agradable y aun así de cierta manera me perturbaba.

—Qué suerte tienes, ambos poseen muchas cosas en común. ¿Quién te enseñó a utilizar la espada, Adhara? —preguntó Goewyn sonando interesada.

—Mi padre —respondí.

Tal vez Goewyn se encontraba genuinamente contenta por nosotros, me resultaba difícil de creer que alguien pudiera actuar de manera tan convincente frente a una situación que le disgustaba. Quería saber la verdad, era hora de ver si realmente era tan buena controlando sus emociones. Sin pensarlo dos veces por miedo a arrepentirme me acerqué aún más a Aiden y pasé mi mano delicadamente por su rostro de manera afectuosa. La suavidad de su piel me sorprendió, esperaba que fuera más áspera.

—Y Aiden también es un buen maestro —agregué.

Su rostro se endureció y sus mejillas se sonrojaron levemente por una fracción de segundo antes de recobrar su tono habitual. Me hizo sentir mejor que yo no fuera la única cuyas mejillas se sonrojaran.

—Estoy segura de eso —respondió Goewyn con una sonrisa—. Hacen una pareja encantadora.

Su sonrisa parecía auténtica. Aiden tomó mi mano y me llevó hacia el patio sin decir una palabra. Su expresión era difícil de leer pero podía distinguir una mezcla de confusión y complacencia en él. Me guio hacia el medio de un grupo de árboles y soltó mi mano lentamente. Tomó su espada y tras mover sus pies rítmicamente para entrar en calor se volvió hacia mí. Esto sería interesante, sabía que era bueno pero tenía intriga sobre qué tan bueno. Tenía confianza en que podría vencerlo, eso de seguro llamaría su atención y dejaría de subestimarme. Tomé mi espada y lo miré de manera desafiante, aguardando. Se acercó hacia mí confiado y levantó su espada una milésima de segundo antes de que la mía chocara contra su pecho. Intentó esconder la sorpresa en sus ojos ante mi velocidad pero no logró hacerlo. Siempre era la primera en atacar, era un viejo hábito que tenía desde niña, los elfos siempre comienzan a la defensiva y son muy rápidos por lo que siempre atacaba primera y con toda la velocidad de la que era capaz.

—Creí que te iba ayudar a practicar, no que querías matarme —dijo Aiden sin bajar la guardia.

—Tengo control de mis movimientos, si no hubieras llegado a bloquear mi ataque hubiese detenido la espada antes que tocara tu pecho —dije en tono tranquilo—. ¿Tienes miedo que te lastime? Creí que solo era un espadachín competente.

Dejó escapar una risa y luego se concentró.

—Si peleas contra Seith te aseguro que estarás a la defensiva y no la ofensiva. Te atacaré una vez tras otra de manera veloz y quiero que te concentres en bloquear todos mis ataques. Tus brazos se mueven a una velocidad incomparable, concéntrate en la velocidad de tus pies.

—De acuerdo —asentí.

Tras estas palabras levantó su espada y arremetió contra mí a una velocidad mayor de lo que lo creí capaz. A pesar de la sorpresa no me costó detener su espada contra la hoja de Glace. Lo esquivé y tras adelantarse y cortarme el paso comenzó un nuevo ataque. Cada vez que mi espada chocaba contra la suya, la retiraba y atacaba de nuevo. Su técnica era muy buena y poseía gran velocidad para ser un humano. Por la forma en que tomaba la empuñadura adiviné que era mejor para la parte ofensiva que para la defensiva, al igual que yo. Continuamos practicando durante dos horas sin detenernos a descansar. Intentaba agarrarme desprevenida pero jamás descuidaba mi guardia, rechacé todos sus golpes e incluso lo atacé cuando tenía la oportunidad; era aburrido solo defenderse. Cada movimiento que él hacía era calculado y cauteloso, noté que intentaba hacer ataques más abiertos y no acercar su espada demasiado a mi cuerpo. Luego de ver mi técnica no podía dudar que era buena, pero al parecer tampoco podía evitar ser cuidadoso por miedo a dañarme. Era dulce de su parte intentar cuidarme pero no me era útil. Si debía enfrentarme con Seith de seguro no estaría preocupado por causarme un rasguño, sino que buscaría la manera más rápida y eficiente de quitarme la vida. Practicar con él era mejor que practicar sola, pero aun así necesitaba a alguien que me atacara de manera más violenta y me presionara lo suficiente como para aumentar la velocidad de mis movimientos.

—Intenta lastimarme —dije.

—No puedo hacer eso —respondió Aiden.

Tal vez si lo provocaba su actitud se volvería más agresiva. Me adelanté y tras esquivar su espada lo amenacé con la mía. Retrocedió sorprendido y aguardó mi movida en vez de atacar. Nuestras espadas chocaron con fuerza y volvieron a chocar una y otra vez.

—No voy a lastimarte —dijo en tono de advertencia.

—¿Por qué? ¿Por qué te esfuerzas por cuidarme? ¿Por qué me salvaste?

Dirigí a Glace hacia él y se tambaleó hacia atrás. Me observó con una expresión imposible de leer y devolvió el ataque.

—¿Por qué me confundiste con un elfo? ¿Por qué aceptaste escaparte conmigo? —preguntó.

Esquivé su ataque mientras lo miraba perpleja. Era como si nuestras inhibiciones hubiesen desaparecido entre el duelo y la adrenalina.

—¿Cómo se relaciona eso con lo que te pregunté? —dije jadeando.

Él también parecía agitado, cansado por el duelo.

—Sospecho que la respuesta es la misma.

Sus palabras me desarmaron. Comprendí lo que quería decir, que los dos sentíamos algo. Levanté a Glace en mis manos y lo atacé antes de que pudiera decir algo más. Fui veloz y agresiva e intenté concentrarme en el duelo en vez de sus palabras. Mis ataques lo obligaron a moverse más rápido y repeler mis ataques en vez de atacar. Tras unos minutos parecía frustrado e intentó esquivar mi espada sin éxito, no lograba salir de la posición defensiva. Eso pareció enfadarlo, tras dos intentos fallidos se movió con una velocidad inhumana y logró atacarme. Pude bloquearlo a solo centímetros de mi hombro de forma tan precipitada que fui descuidada y lastimé su mano con la hoja de Glace. Hizo una mueca de dolor y bajó su espada.

—Aiden, lo siento —exclamé yendo hacia él—. ¿Te duele?

—No es nada, siento el ardor del acero al quemar mi piel, se me pasará en unos minutos. ¿Tú te encuentras bien?

Asentí con la cabeza, era él quien se había lastimado, no yo. Intercambiamos una larga mirada, ninguno parecía estar dispuesto a hacer mención de lo que habíamos dicho mientras peleábamos. Sin la adrenalina de por medio ambos cuidamos nuestras palabras.

—Ese último ataque estuvo muy bien, al menos uno de los dos logró mejorar su velocidad —observé.

—Tienes buena defensiva y mejor ofensiva, eres una buen rival, Adhara. A Seith no le resultará fácil vencerte —replicó Aiden.

Sonreí, había logrado mi propósito.

—¿Entonces crees que soy algo más que solo competente?

Aiden dejó escapar una risa.

—Eres un poco más que competente. ¿Qué opinas de mí?

—Eres bueno —admití.

Me acerqué a él y tras pensarlo tomé su mano para analizarla. El tajo no parecía profundo pero aún sangraba.

—¿Quieres que la vende? —pregunté mirándolo a los ojos.

—De acuerdo —asintió—. ¿Posees algún don élfico para sanar?

La manera en que me miró al hacer la pregunta me resultó inquietante. Me preguntaba si lo hacía a propósito o si no tenía idea sobre el efecto que tenía sobre mí.

—No —respondí.

—Tu contacto es cálido, ya no siento esa sensación de ardor.

Permanecí con él un momento más y luego solté su mano. No volvería a perder el control sobre mis emociones.

—Tal vez debería hacerlo Goewyn.

Me arrepentí en cuanto dije las palabras.

—Prefiero que lo hagas tú —replicó.

El corazón se me aceleró y aparté mi mirada de sus ojos marrones. Sabía que me había sonrojado y me sentía vulnerable cuando me miraba de esa manera. Un viento frío comenzó a soplar y me apresuré a sostener el vestido con mis manos para evitar que se levantara. Aiden me dio un pequeño empujoncito en la espalda y me llevó dentro de la posada. Revisé el armario y los cajones hasta que encontré uno que contenía vendas.

—Será mejor que no uses más ese vestido por aquí —comentó Aiden apoyando su mano sobre la mesa.

—¿Por qué lo dices? —pregunté con curiosidad.

—Es inadecuado para practicar con la espada y es algo... revelador —evitó mis ojos al decirlo.

Lo miré de manera sospechosa mientras reprimía una sonrisa. Tomé su mano con suavidad y limpié la herida con un paño mojado. Intentó ocultar su expresión pero pude ver una mueca de dolor, aún debía sentir ardor. Lo vendé cuidadosamente y me aseguré de que las vendas no estuvieran demasiado ajustadas.

—Aiden, ¿te has lastimado? —preguntó Goewyn al entrar en la cocina.

—Es solo un rasguño —respondió.

—Deben ser más cuidadosos. ¿Tú también te lastimaste, Adhara? Tengo más vendas arriba —me dijo preocupada.

—Me encuentro bien —le aseguré.

Comenzaba a pensar que honestamente le agradaba; era eso o sabía actuar mucho mejor que yo, lo cual me resultaba difícil de creer.

—Lucen cansados, prepararé la cena.

Cenamos en silencio y luego subimos a nuestras habitaciones. Me encontraba cansada, no tardé en dormirme. Debía ser pasada la medianoche cuando una voz me despertó. No estaba segura si provenía del pasillo o de la habitación de al lado. Transcurrieron unos segundos en silencio y la volví a oír.

—¿Por qué huiste de mí, Aiden? ¿Qué estás ocultando?

Me levanté sobresaltada, Aiden se encontraba en peligro, nos habían encontrado. Me concentré en sentir su presencia, era fuerte y poseía magia, no había duda de eso. Pero no era la presencia de Seith, eso era un alivio, sabía que perdería si me enfrentaba a él. Puse la capa sobre mi camisón ocultando mis orejas tras la capucha y tomé a Glace. Caminé en silencio hasta estar detrás de la puerta de su habitación y apoyé mi mano sobre el picaporte. Abrí la puerta con un rápido movimiento y apunté

mi espada hacia el extraño que se encontraba en la habitación.

—Aléjate de él, no te atrevas a moverte —dije.

Sus ojos se cruzaron con los míos. Era él, el mago con el que había soñado la noche anterior. Tenía una apariencia joven y desaliñada; pelo negro ondulado y revuelto, ojos de un intenso color gris, y su ropa y su gran capa gastadas. Tenía la apariencia de un simple joven pero no me engañaba, algo en sus ojos revelaba el enorme poder que ocultaba. Me analizó detenidamente con una mirada incrédula, al parecer yo tampoco lo engañaba a él.

—Tú eres quien apareció en mi sueño —dije sin bajar la espada.

—Tú eres quien apareció en el mío. Tú respondiste mi llamado.

Aiden me hizo bajar la espada y se puso delante de mí.

—¿Por qué has venido? —me preguntó enfadado.

Venía a ayudarlo y él se enfadaba, nunca podía terminar de descartar que su cabeza no funcionara bien.

—Creí que te encontrabas en peligro —respondí.

—Estoy bien, regresa a tu habitación —me ordenó Aiden.

—¿Quién eres? —me preguntó el mago acercándose.

—¿Quién eres tú? —pregunté confundida.

—Mi nombre es Zul Florian, soy un mago.

—Vete de aquí —lo interrumpió Aiden.

—No hasta que me expliques lo que está ocurriendo —dije sin moverme de mi lugar.

—Tú no eres humana. Eres... una elfa —dijo el mago maravillado observándome detenidamente.

—No, no lo es. Ella no tiene nada que ver contigo, Zul —se volvió hacia mí enfadado—. ¿Tú le dijiste que nos encontrábamos en Zosma?

No respondí pero mi mirada debió haberme delatado porque maldijo en voz baja.

—¿Por qué no me dijiste que soñaste con él, Adhara? —preguntó Aiden acusándome.

—¿Porque no sabía quién era! —repliqué enfadada—. Exijo que me digas lo que está pasando en este instante.

—Querías ocultarla de mí. Luego de todo este tiempo que llevamos peleando contra los warlocks... Ella es el milagro que hemos estado esperando y tú la estabas ocultando. ¿Acaso has perdido la cabeza, Aiden? —lo acusó el mago.

No sabía quién era pero al menos pensaba como yo.

—Ella no tiene nada que ver con nuestra guerra. Este no es su lugar, volverá a su hogar con su familia y tú no se lo impedirás —dijo Aiden furioso.

—¿Por qué no dejas que ella decida eso? —replicó Zul.

Él me diría la verdad. Aiden me tomó de un brazo de manera protectora e impidió

que fuera hacia al mago. Sabía que no me había dicho toda la historia, quería ocultarme algo.

—¿Qué sabes sobre Lesath? —me preguntó Zul.

—Sé que es todo una farsa, los warlocks controlan a la reina Lysha y son quienes en verdad gobiernan Lesath y buscan a aquellos que poseen magia para volverlos sus aprendices —respondí.

—¿Por qué crees que estás en peligro? ¿Crees que ellos te verían como un posible aprendiz? —preguntó.

Miré a Aiden confundida.

—No sigas —dijo mirando al mago de manera amenazante.

—Los elfos partieron de estas tierras hace años, pero no todos se fueron. Uno de ellos, Ailios, sabio y con asombrosos conocimientos sobre la magia, pensó que algún día Lesath se encontraría en peligro y los humanos no tendrían a nadie a quien acudir. Por eso se quedó aquí y permaneció oculto en alguna parte de Lesath. A medida que el tiempo pasó se dio cuenta de que había algo maligno, una amenaza oscura de la que nadie sabía. El Concilio de los Oscuros había ascendido al poder lentamente, de alguna manera descubrieron a Ailios y lo persiguieron ansiosos por atraparlo y saber sus secretos. Era demasiado tarde para ir en busca del resto de los elfos y no lograría vencer a los cinco. No podía confiar en los hombres, debía esperar a que algún elfo volviera. Entonces antes que los warlocks lo arrinconaran buscó un lugar alejado y se encerró en él con un poderoso encantamiento. Solo alguien con sangre élfica puede cruzar la barrera que creó. Nadie puede entrar en él, ni humanos ni warlocks, solo alguien como él. Tú... —dijo Zul—. Los warlocks tomaron esto a su favor y pusieron un hechizo sobre el suyo, Ailios tampoco puede cruzar la barrera hasta que otro elfo rompa el encantamiento. Es un prisionero.

—Pero si él no podía irse de Lesath como es que yo pude entrar sin problema. El camino se encontraba desierto, no había guardias vigilándolo —dije.

—Los warlocks no temen que los elfos regresen, creen que se han ido para siempre. Solo vigilan el lugar donde se encuentra Ailios para asegurarse de que no pueda escapar —respondió Zul—. Él tiene algo que ellos quieren.

—¿Crees que yo pueda romper la barrera? —pregunté.

—No lo harás —dijo Aiden.

—Eres una elfa —replicó Zul ignorándolo.

—No del todo. Mi padre es un elfo, mi madre es mortal.

El mago me miró de manera incrédula. ¿Era posible que yo pudiera ayudarlos a liberar a Ailios y derrotar a los warlocks? Sabía que sus palabras eran verdad. Había escuchado sobre Ailios; varios de los libros sobre magia que había leído en Alyssian habían sido escritos por él, los elfos no lo mencionaban mucho. Solía pensar que se encontraba en tierras aún más lejanas con otro grupo de elfos pero se encontraba

cautivo aquí en Lesath.

—Si tu padre es un elfo posees sangre élfica. Puede que haya una parte mortal en ti pero solo con verte, con sentir tu presencia, me basta para saber que también eres una elfa —dijo Zul acercándose a mí—. Tú puedes salvarnos.

—Ella regresará a Alyssian donde pertenece. No la meterás en esto Zul, no te lo permitiré.

—Yo no pertenezco a Alyssian, sino aquí. ¿Cómo pudiste ocultarme esto, Aiden? —grité enfadada.

—Tú conoces sobre la oscuridad y la crueldad de los warlocks, Aiden. ¿No deseas vengarte? ¿Terminar con ellos? —dijo Zul enfadado.

—No a expensas de ella, no destruiré su vida para acabar con ellos —replicó apuntando su espada hacia el mago—. No me interesa el odio, ni la venganza. Ya no me arrastres por aquel camino, no puedes ganar y yo ya no quiero perder.

—Es su decisión, no la tuya. Este también es su mundo —se volvió hacia mí, su mirada implorante—. ¿Me ayudarás?

Aiden lo amenazó con su espada, Zul creó un escudo a su alrededor sin apartar la mirada de mí.

—No te mentaré. Correrás grave peligro, si los warlocks se enteran de tu existencia te buscarán sin descanso por todo Lesath y te obligarán a que los lleves con Ailios. Dudo que te maten pero jamás te dejarán ir. Si me ayudas podremos llegar a él primero y liberarlo. Él sabe los secretos más antiguos de la magia, nos ayudará a vencerlos —dijo el mago.

Lo pensé detenidamente. No podía huir, si quería vivir en este mundo tendría que hacer lo posible para ayudar a derrotarlos, de lo contrario nunca viviría en paz. Y aunque volviera a Alyssian a informarle a los demás elfos lo sucedido no sabía si actuarían. Habían jurado no volver a interferir en el mundo de los humanos y se encontraban sujetos a su palabra. Si actuaban sería para liberar a Ailios, no interferirían en Lesath y mis padres no me permitirían regresar. Quedaría encerrada en Alyssian sabiendo que mis abuelos, Tarf y Aiden corrían peligro aquí.

—Te ayudaré —dije decidida.

—Eres mi única esperanza, gracias —dijo Zul con un gesto triunfal.

—No, regresarás a Alyssian —espetó Aiden, el fuego en sus ojos irradiaba ira.

—Me quedaré aquí. ¿Por qué insistes en deshacerte de mí, Aiden? —repliqué enfadada.

Quería que me fuera, me quería lejos de él.

—¡Porque no perteneces aquí!

Sus palabras me dolieron, me sentí rechazada.

—Este es mi mundo ahora, si no me quieres en él iré por mi cuenta y no volverás a verme —respondí sin mirarlo.

Sentí la mirada de Aiden sobre mí, permaneció en silencio y luego salió de la habitación pegando un portazo.

## UNA NOCHE EN EL SÓTANO

Permanecí un largo rato en la habitación de Aiden hablando con Zul. Me era fácil hablar con él, aún más fácil que hablar con Lachlan. Había cierta calma en su presencia que me tranquilizaba y no me resultaba perturbadora como la de Aiden. Rara vez apartaba su mirada de la mía pero no estaba segura de lo que sus ojos veían en mí. Su expresión no revelaba nada, era imposible de leer. No era un simple humano, estaba lejos de serlo.

No parecía aludido por el hecho de que Aiden se hubiera ido; analizó la habitación cuidadosamente antes de sentarse en el suelo y comenzó a hablar. Me contó que había sido criado por un mago llamado Talfan. Los warlocks habían descubierto sus poderes en el Festival del Reto a los Valientes cuando solo tenía cuatro años; la noche en que incendiaron su casa, Talfan lo había rescatado y les hizo creer a los warlocks que había muerto en el incendio. Había perdido a su familia y desde entonces aprendió todo lo que pudo sobre la magia para algún día poder derrotar a los warlocks. Aiden se había unido a ellos hacía cuatro años pero no me habló mucho de él. Me pareció justo contarle mi historia ahora que yo sabía la suya. Le expliqué la razón por la cual había decidido venir a Lesath; mi afán por descifrar si era más mortal que elfa, conocer mejor a mis padres y mis abuelos. Parecía fascinado por mi historia, jamás me interrumpió o dio algún indicio de desinterés.

—¿Qué es el Concilio de los Oscuros, exactamente?

Al fin alguien respondería mis preguntas.

—Es un Concilio formado por los warlocks que sobrevivieron a la extinción de su raza y que controlan Lesath. Son cinco: Akashik, Blodwen, Sabik, Mardoc y Dalamar. Todos son extremadamente poderosos y poseen magia negra pero hay uno, el más viejo de todos, que posee aún más poder, Akashik. Los warlocks pueden vivir más de doscientos años pero no son inmortales, eventualmente van a morir. Es por eso que quieren apoderarse de Ailios, para aprender los secretos de la inmortalidad. Él sabe la ubicación del Corazón del Dragón. ¿Conoces la historia de Darco y Nawa?

—Los primeros dragones. Ambos nacieron del mismo huevo, primero Darco y después Nawa —respondí.

—Exacto. Los warlocks veneran a los dragones, para ellos representan poder e inmortalidad. Es por eso que el Concilio de los Oscuros lleva la marca de Darco, el primero y más poderoso de los dragones, y sus aprendices representan a Nawa, el segundo en nacer —replicó el mago—. En las épocas de paz entre dragones y humanos, Darco creó una piedra del color de la sangre, el Corazón del Dragón; quien la posea recibirá el don de la inmortalidad. De esta manera cuando los humanos hallaran un líder digno y virtuoso, este podría gobernar por siempre. Pero dicho líder jamás existió. Luego llegaron las épocas de los caballeros y las doncellas, y los

humanos comenzaron a ver la matanza de dragones como un acto de valentía.

—Los dragones dejaron Lesath y partieron hacia la tierra de Serpens, y el Corazón del Dragón quedó perdido en el tiempo —terminé por él.

—Así es. Todos creyeron que la piedra se había ido para siempre ya que solo los dragones conocen el camino a la tierra de Serpens; pero los warlocks descubrieron que antes de irse Darco escondió el Corazón del Dragón en caso de que dicho líder algún día llegara a existir y le confió su ubicación a otro ser inmortal.

—Ailios... —espeté incrédula, los elfos jamás me habían contado esa parte de la historia.

Había tanto que Aiden no me había dicho, todo el tiempo que estuvimos juntos y jamás había mencionado nada de esto. Me preguntaba adónde se había ido y si volvería; pero no quería pensar en él.

—¿Hay más magos aparte de ti que el Concilio no haya encontrado? —pregunté.

—No que yo sepa. Los viejos magos solían formar órdenes pero ya no queda ninguno de ellos a excepción de Talfan. Por lo que me contó, durante muchos años no nacieron magos en Lesath y los magos de las antiguas órdenes murieron sin poder transmitir su conocimiento a las nuevas generaciones.

Noté cierta tristeza en su voz.

—¿Cómo lograste entrar en mi mente mientras dormía?

—Un hechizo. Estaba intentando encontrar a Aiden, pero antes de que pudiera llegar a él tu presencia se interpuso y terminé en tus sueños —respondió Zul con una sonrisa—. Gracias por decirme dónde estaban, nunca hubiese encontrado este lugar por mi cuenta.

—Me alegra que nos hayas encontrado, de lo contrario no sabría la verdad sobre lo que está ocurriendo —hice una pausa y agregué—. Fue una sensación extraña, jamás había soñado algo antes. Por segundos no me encontraba segura si había sido real o no.

—¿Es una característica élfica o solo te ocurre a ti? —preguntó interesado.

—Los elfos no suele soñar pero hay algunos, pocos, que sí lo hacen.

Ambos permanecemos en silencio un rato. Mi ira estaba bajo control pero sabía que solo era porque Aiden no se encontraba en la habitación. ¿Cuál era la verdadera razón por la cual había intentado ocultarme del mago? Era difícil de decir, quería protegerme pero estaba más que dispuesto a mandarme a Alyssian, lejos de él.

—¿En verdad crees que pertenezco aquí o solo lo dijiste para convencerme de que te ayude? Tu respuesta no cambiará mi decisión —le aseguré.

—No hay duda de que eres una elfa Adhara, tu apariencia es prueba de ello, al igual que tu presencia, eres... cautivadora. Pero también posees un lado mortal. Por lo que vi en tu discusión con Aiden, tus emociones son más parecidas a las nuestras que a las de ellos, no posees ese control inquebrantable característico de los elfos —

analizó mi mirada asegurándose de que no me hubiera ofendido.

—Me es difícil tratar con él, es la persona más complicada que he conocido —dije frustrada.

—Sé a lo que te refieres —dijo riendo.

Su risa tenía algo inusual, como si no estuviera acostumbrado a reírse mucho. Su expresión se volvió más suave, no tan seria. Sus ojos grises eran profundos y misteriosos, era la primera vez que veía ojos de aquel color. De no ser por ellos Zul no parecería más que un simple joven. Pero algo en su mirada era una clara advertencia del poder que ocultaba.

—Necesito descansar, hace días que no duermo —dijo apartando su mirada y yendo hacia la cama.

Su intuición era buena, como si hubiera escuchado mis pensamientos. Era extraño que quisiera ocultar lo que en verdad era, no muchos humanos eran capaces de utilizar magia. Pero yo conocía bien aquella sensación, la que lo urgía a ocultar una parte de sí mismo.

—Regresaré a mi habitación —dije poniéndome de pie y yendo hacia la puerta.

—Puedes quedarte aquí si quieres —sugirió pensativo.

—Me gusta la privacidad —respondí ocultando mi confusión.

Qué lo llevaría a pensar que pasaría el resto de la noche junto a alguien que conocía hacía solo una hora, me pregunté desconcertada.

—También a mí —hizo una pausa—. Si Aiden intenta convencerte de que vayas con él no lo hagas. De seguro eres capaz de manejar la situación, pero llámame si me necesitas —dijo con una mirada significativa.

Esa era mi respuesta, quería asegurarse de que seguiría aquí en la mañana. Al menos creía que era capaz de defenderme, el joven mago comenzaba a agradarme. Regresé a mi habitación y me acosté en la cama, me vendría bien dormir unas horas.

Al despertarme, los rayos del sol se asomaban por la ventana. Había estado atenta a la presencia de Aiden toda la noche tras las palabras de Zul, pero este jamás irrumpió en mi habitación. La posibilidad de que se hubiera ido y no planeara regresar aún rondaba en mi mente. Quería pensar que no se iría sin despedirse, a decir verdad quería pensar que no se iría. No comprendía su furia insensata, quería ayudar a salvar el mundo en el que él vivía, en el que tal vez viviría yo también. ¿Por qué reaccionaba de esa manera? Si se había tomado el trabajo de protegerme era porque le importaba, incluso había sugerido que ambos sentíamos algo durante el duelo de espadas, y si ese era el caso, ¿por qué quería que me fuera? Ninguna respuesta que pudiera pensar tendría sentido, al igual que nada de lo que él hacía tenía sentido.

Me levanté de la cama y me puse el vestido violeta que llevaba puesto el día en que lo conocí. No sabía cuánto tiempo Zul planeaba quedarse aquí pero sabía que iría con él cuando partiera. Esto me inquietaba un poco, me pregunté si sería extraño

viajar sola con el mago. Debía encontrar a Aiden, quería despedirme de él. Y no era solo porque me sentía agradecida de que me hubiera salvado de Seith. El temor de no saber si lo volvería a ver me había obligado a ser honesta conmigo misma. Necesitaba verlo porque tal vez sí sentía algo por él.

La sala se encontraba desierta, busqué en los pasillos y finalmente me dirigí a la cocina. Al entrar contemplé una escena que me detuvo en seco. Goewyn se encontraba en los brazos de un joven pero no podía ver de quién se trataba; su rostro estaba oculto mientras la besaba, su pelo era castaño. Mi corazón, cuyo ritmo rara vez se aceleraba, comenzó a latir de manera rápida y violenta contra mi pecho. Sentí una especie de malestar que jamás había sentido antes. Permanecí allí sin saber qué hacer hasta que decidí hacerme notar y cerré la puerta detrás de mí de manera ruidosa. Goewyn se alejó un poco de él y al verme dejó escapar una risita. No pude ignorar la sensación de alivio que sentí; intenté pretender que no sabía a qué se debía, pero sí lo sabía. No era Aiden quien la besaba, sino un hombre a quien nunca había visto y que no me importaba.

—Adhara, has madrugado hoy. Siento que nos hayas encontrado en esta situación vergonzosa —dijo intentando reprimir una sonrisa—. Él es mi esposo, Deneb.

—¿Él es tu esposo? —pregunté sin lograr esconder mi sorpresa.

—Así es —respondió mirando al hombre a su lado—. Ella es Adhara, es la novia de Aiden. Ambos llegaron aquí hace dos días.

Me sentí avergonzada ante mis irracionales celos. Solo eran amigos y Goewyn había sido amable y sincera conmigo desde el momento en que habíamos llegado. Qué ilusa había sido, era la primera vez que mi criterio sobre alguien fallaba de esta manera. ¿En qué clase de ser me había convertido? Sabía que los celos no podían ser nada bueno. Jamás volvería a sentirlos me prometí, incluso si eran justificados.

—Vaya, jamás pensé que sucedería —dijo Deneb en tono alegre—. Ha estado solo desde que lo conozco. Es un gusto conocerte, Adhara.

Era unos años mayor que Goewyn, corpulento y de apariencia algo tosca, pero su expresión era cálida y bondadosa. Su aura era muy similar al de ella.

—Gusto en conocerte —respondí—. Goewyn, ¿has visto a Aiden?

—No, no lo he visto bajar de su habitación —replicó pensativa—. Creí escuchar gritos en la noche. ¿Todo se encuentra bien?

—Discutimos y no lo he visto desde entonces.

Se fue en mitad de la noche y al parecer no planea regresar.

—¿Por qué discutieron? —preguntó Deneb con curiosidad.

Goewyn golpeó sus costillas suavemente con una mirada de reproche. No era de su incumbencia pero sería cauto inventar algo que justificara la presencia de Zul, quien no tardaría en despertar.

—Un amigo de Aiden llegó ayer a la noche sin aviso y eso pareció molestarle.

Estaban discutiendo, intenté calmarlo y ambos terminamos discutiendo —dije con una sonrisa inocente, no dudarían de mi palabra.

—Eso es inusual, es la primera vez que alguien viene en busca de Aiden —dijo Deneb—. No pensé que tuviera muchos amigos.

—Iré a buscarlo —dije yendo hacia la puerta.

Era mejor si no decía nada más, la situación ya era sospechosa de por sí. Fui hacia el jardín y tras recorrerlo no encontré rastro de él. Si dentro de un rato no aparecía tendría que ir a buscarlo en el pueblo. No quería volver a entrar en la posada, me dirigí hacia los establos donde se encontraba Daeron. Cepillé su pelo, trencé sus crines y permanecí un largo rato allí junto a él. Todo era más sencillo cuando me encontraba junto a él y la paz que lo rodeaba. En mi mente los problemas se volvían menos graves y me permitía relajarme. Esto no era lo que tenía en mente, el camino que yo había elegido se había desviado haciéndome llegar aquí. Mis días en Naos habían sido felices; además Iara, Helios y Tarf tenían un lugar importante en mi vida. Aun así no lamentaba del todo la situación en la que me encontraba, era emocionante pensar que tenía tanto por enfrentar y aprender. En Alyssian nunca me había sentido importante, aquí gran parte del destino de Lesath parecía depender de Zul y de mí. Me pregunté cuántas personas en Lesath sabían acerca de las mentiras que envolvían a toda la tierra. Era imposible de saber, pero dudaba de que solo fuéramos nosotros. Era inusual que los humanos tuvieran magia, pocos de ellos nacían con el don, pero a juzgar por las personas de los pueblos, la mayoría de ellos parecía haber olvidado que la magia existía. Debía ser fácil para los warlocks mantener el engaño cuando gran parte de Lesath ignoraba que había magia y magos en sus propias tierras.

A juzgar por Seith de seguro los demás Nawas utilizaban magia, sería cauto de mi parte aprender hechizos defensivos. No tenía mucha paciencia en lo que se refería a la magia pero mi espada no siempre sería la mejor defensa en comparación con sus poderes. Mi padre siempre había insistido en que le dedicara el mismo entusiasmo a la magia que a la espada, pero no había sido el caso.

Escuché unos pasos detrás de mí y me volví con un ágil movimiento. Zul se detuvo desconcertado. Creí entender su incertidumbre, a mí solía sucederme lo mismo; no estaba acostumbrada a que las personas escucharan mis pasos. A la luz del día su aspecto era aún más sencillo y a la vez misterioso. Su gran capa se encontraba agujereada en algunas partes y estaba cubierta de polvo en otras. La camisola que llevaba no se ajustaba a su cuerpo sino que era demasiado grande para él y llevaba amarrada una larga tela como si fuera un cinturón alrededor de ella. En las manos llevaba guantes negros de una tela brillante, era la única prenda que parecía nueva y no tenía aspecto desgastado. Su negro pelo revuelto le daba apariencia muy joven, a simple vista parecía un simple granjero; eso era hasta ver el único rasgo que lo traicionaba, sus perturbadores ojos.

—Adhara —saludó con una sonrisa amistosa.

—Zul —respondí de la misma manera.

—¿Tu caballo? —preguntó mirando a Daeron—. Parece veloz, eso es bueno. Compraré un caballo y así viajaremos más rápido.

—Puedes montar conmigo —sugerí.

Me pregunté si su contacto me incomodaría como el del resto de las personas. Era poco probable, su presencia había penetrado en la intimidad de mi mente cuando apareció en mis sueños y la sensación fue extraña pero no molesta. De cierta manera había generado una especie de vínculo entre nosotros.

—¿Aiden aún no ha vuelto?

Negué con la cabeza. Zul miró hacia los alrededores susurrando unas palabras que no logré escuchar y luego cerró sus ojos. Transcurrieron varios minutos hasta que los abrió, pero al hacerlo no dijo nada, solo se acercó a Daeron y palmeó su cuello. El maldito debía haber viajado toda la noche y ahora se encontraba en otro pueblo.

—Zul, tengo un favor que pedirte —dije acercándome a él.

—Te asistiré en lo que pueda —replicó con curiosidad.

—No soy buena con la magia, nunca me interesó lo suficiente como para hacer el esfuerzo de controlarla. Dada la situación me sería útil aprender hechizos defensivos.

Mis palabras tuvieron un fuerte impacto sobre él, sus ojos se volvieron aún más peligrosos.

—Ayer creí percibir que tu magia no era tan poderosa como cualquiera esperaría que fuera. ¿Pero me estás diciendo que no sabes nada acerca de ella? ¿No puedes conjurar un hechizo? —su tono era incrédulo y encerraba una acusación.

—No me mires de esa manera, tú también habrías desistido si tus intentos hubieran sido insignificantes y patéticos en comparación con los de los demás elfos que podían manipular la magia a su voluntad —dije algo ofendida—. Solo sé hechizos básicos. ¿Me ayudarás?

—Te enseñaré lo que pueda. No tiene sentido que vengas si no sabes defenderte, no me sirves muerta —dijo en tono serio.

Sus palabras me molestaron pero no podía negar la verdad en ellas. Al menos era honesto y no pretendía que le importaba más de lo que en verdad lo hacía. No le interesaba enseñarme porque sintiera afecto por mí, sino porque era la única que podía ayudarlo a derrotar el mal contra el que había estado luchando.

—Aprecio tu honestidad pero debes ser más cauto con tu elección de palabras, mago —le advertí.

—Fue tonto de mi parte decir eso, lo retiro —comenzó a alejarse y luego agregó—. Creo que nos llevaremos bien, Adhara.

El tiempo lo diría, no olvidaría su comentario. Era extraño que el hecho de que fuera brutalmente claro conmigo me resultara atractivo. Pero tenía sentido, los

humanos raramente decían exactamente lo que pensaban. Luego estaba Aiden, en quien las acciones y las palabras jamás coincidían. Zul era la primera persona que me hablaba con claridad y sin juegos. Esperaba que en verdad pudiéramos ser amigos.

Al llegar el atardecer decidí arriesgar una visita al pueblo en búsqueda de Aiden. Me cercioré de que la capa cubriera la mayor parte posible de mi rostro y aseguré la espada a mi cinturón. El pueblo se encontraba envuelto en sombras, las personas raramente hablaban entre sí o hacían algún gesto amistoso. Llevar el rostro cubierto parecía ser una regla que todos cumplían. Eso complicaba las cosas. ¿Cómo lo encontraría si todos ocultaban su identidad? Caminé por diferentes calles concentrándome en la presencia de aquellos que pasaban junto a mí. Algunos eran gentiles, otros peligrosos, pero ninguno era él. Comencé a fastidiarme ante la inutilidad de la situación cuando algo llamó mi atención. Un hombre que caminaba a solo unos metros de mí. Era la primera persona en Zosma que llevaba su rostro descubierto. Era joven y su aspecto era inusual. Largo y lacio pelo rubio caía por sus hombros como una catarata de luz. Su paso era seguro y despreocupado. A diferencia de los demás parecía no tener nada que ocultar. ¿Quién era? ¿Y por qué se encontraba Zosma? Las demás personas no parecían notarlo, pasaban a su lado sin siquiera levantar la mirada. Algo andaba mal, era imposible que alguien como él pasara desapercibido. Resolvería el misterio. No parecía haberse percatado de mí, lo seguí sigilosamente llena de curiosidad. No parecía saber adónde iba, recorrió las mismas calles varias veces de la misma manera en que yo lo había hecho. Debía estar buscando a alguien, era la explicación más lógica. Aguardé un momento quieta para evitar levantar sospechas cuando sentí una mano sobre mi hombro. Con un solo movimiento tomé la empuñadura de Glace y me adelanté de un salto perdiendo el contacto con quienquiera que fuera.

—¿Adhara?

—¿Goewyn? —pregunté volviéndome hacia ella.

Llevaba sus dorados rizos sueltos y un simple vestido. Todos en Zosma debían conocerla ya que vivía aquí y no había muchas posadas en el pueblo.

—Lamento haberte asustado —se disculpó.

—¿Cómo supiste que era yo?

—Tu vestimenta es un poco inusual y caminas de forma agraciada. Jamás había visto a alguien moverse con tanta gracia, pareces una gacela —sonrió y luego su expresión se volvió más severa—. Debemos volver a la posada, no es seguro que estés aquí.

Asentí con la cabeza y levanté la vista para buscar al sujeto que había estado siguiendo.

—Antes dime algo, ¿qué piensas de aquel hombre que se encuentra allí? El de pelo rubio que llega hasta sus hombros —dije señalando disimuladamente hacia él.

—¿A quién te refieres? No veo a nadie que responda a esa descripción —replicó Goewyn confundida mientras observaba en la dirección que había señalado.

¿Cómo era posible que no lo viera? Se encontraba a solo metros de nosotras y su aspecto contrastaba con todos los que se encontraban a su alrededor.

—Es la única persona cuyo rostro no está cubierto, su pelo brilla tanto como el sol —hice una pausa para ver su reacción pero parecía aún más confundida—. ¡Es aquel sujeto que se está alejando allí!

Esta vez apunté mi dedo hacia él para asegurarme de que viera a quién me refería.

—¿Cómo puede saber el color de su pelo? Todo su cuerpo e inclusive su cabeza se encuentran cubiertos por una capa gris —dijo esta vez con una mezcla de certeza ante lo que veía y confusión tras mis palabras—. No hay nadie con pelo rubio y si lo hay no puedo verlo, todos están cubiertos.

Mi corazón dio un pequeño salto, no lo veía de la misma forma en que yo lo hacía. Ella, al igual que el resto del pueblo, no podía ver lo que realmente era. ¿O era yo la que veía algo irreal?

—No tardará en anochecer. Debemos darnos prisa, Adhara —dijo tomándome del brazo y tirando de él—. Si Aiden se enterara de que estás aquí sin duda se enfadaría.

Tenía mis dudas al respecto y era improbable que lo averiguara ya que nunca se enteraría. Mi temor se había cumplido, se había marchado y no regresaría. Me esforcé por ignorar el nudo que sentía en el estomago. Me resultaba molesto que Goewyn tironeara de mi brazo, pero no intenté soltarme porque no conocía bien el camino de regreso y coincidía con ella en que debíamos apresurarnos. El enemigo nos había encontrado. Debía ser un Nawa y era a nosotros a quien buscaba en las calles.

—¿Por qué dejaste la posada? —preguntó Goewyn en tono amable.

—Tenía curiosidad sobre el pueblo —mentí.

—¿También tenías curiosidad sobre dónde se encontraba Aiden? —preguntó con tono casual.

Reprimí el deseo de probar sus reflejos con mi espada. Odiaba que se hubiera dado cuenta de que me importaba Aiden y que lo estaba buscando. Odiaba que fuera verdad. Pero no odiaba a Goewyn, solo había sido amable conmigo y debió preocuparse por mí para venir en mi búsqueda. Era lógico que pensara así, si en verdad fuera la pareja de Aiden. Pero no lo era y aun así me encontraba allí buscándolo, lo cual me hacía sentir como una idiota.

—No me es fácil comprender a Aiden, a decir verdad nada de lo que hace o dice tiene sentido. Es como si jamás hubiera escuchado hablar de algo llamado razón —dejé escapar un suspiro de frustración—. De seguro nació sin ella.

Goewyn comenzó a reír sin ser capaz de detenerse. No debí decirle eso, me había dejado llevar. Ahora yo quedaría como la insensible y él sería el noble caballero que pretendía ser.

—No me malinterpretes, somos muy... unidos —de hecho le encanta gritarme, desaparecer por semanas, infiltrarse en mi habitación en medio de la noche y hacer toda clase de estupideces—. Es solo que pensamos de manera diferente.

Yo pienso, él no.

—Conozco a Aiden hace cuatro años. Deneb lo encontró herido en el camino mientras volvía de otro pueblo y lo trajo a la posada. Se quedó con nosotros un par de semanas y desde entonces vuelve cada cinco o seis meses a pasar unos días aquí —me dedicó una sonrisa y prosiguió—. Cierta parte de él siempre parecía estar ansiosa por encontrar a alguien a quien nunca tuviera que dejar y que jamás lo dejara a él, pero al mismo tiempo hay cierta soledad en él de la cual no consigue liberarse. Las primeras semanas que se quedó con nosotros solía hacerme preguntas sobre mi relación con Deneb la mayor parte del tiempo.

—Debo admitir que me he equivocado contigo Goewyn, al principio no me agradabas mucho pero en verdad eres una persona muy bondadosa —dije.

Mis palabras la tomaron por sorpresa pero no parecieron molestarle. Aprecié que me contara la manera en que se habían conocido, respondía muchas de mis preguntas. Sus palabras no hacían más que confirmar mi teoría, había algo extraño en él. Si quería encontrar a alguien a quien jamás tuviera que dejar, entonces ¿por qué insistía en que me fuera a tierras lejanas de las que jamás volvería? El nudo en mi estómago empeoró, no sabía por cuánto tiempo más podría ignorar la sensación de tristeza que sentía.

—No debes preocuparte —dijo palmeando mi espalda—. Puedes dudar de su sanidad mental pero no dudes de sus sentimientos hacia ti. Él jamás te dejará ir, no lo hará.

Si supiera la verdad no diría eso, pero se encontraba tan convencida de lo que decía que sería una pérdida de tiempo negarlo. Podía ver la posada aparecer en la oscuridad frente a nosotras, era más tarde de lo que había pensado. La luna ya iluminaba el cielo y las estrellas comenzaban a aparecer. Debía encontrar a Zul y contarle acerca del extraño sujeto, de seguro él podría explicarme lo sucedido. Miré hacia atrás para asegurarme de que no nos hubiera seguido, el camino se encontraba desierto. Con el enemigo tan cerca, Zul decidiría que partiéramos esta misma noche, estaba segura de ello. No me molestaba viajar de noche, todo era más tranquilo y silencioso. Me pregunté si ya habría comprado un caballo como dijo que haría. Eso facilitaría las cosas, le resultaría difícil encontrar a alguien que le vendiera un caballo a esta hora y si lo hacía tendría mis serias dudas sobre el estado del animal. Nos encontrábamos a solo unos pasos de la puerta cuando esta se abrió y dos figuras corrieron hacia nosotras. Eran Zul y, para mi sorpresa, Aiden.

—¡Has ido al pueblo! —gritó Aiden con tono acusador.

Lucía ansioso, y sus condenados y hermosos ojos buscaron los míos. Al verlo allí

delante de mí sentí una mezcla de alivio, alegría y enojo.

—Guarda tus acusaciones...

—Debería darte vergüenza, Aiden —me interrumpió Goewyn—. Desaparecer así y preocuparla de esa manera, fue al pueblo porque no sabía dónde más buscarte, no puedes enfadarte con ella.

No dejaba de asombrarme la rapidez con que cambiaban mis emociones, hacía solo minutos Goewyn había comenzado a agrardarme y ahora la detestaba. ¿Cómo podía delatarme de esa manera? ¿Qué tan difícil era guardar un secreto? La mirada de Aiden se volvió más intensa, parecía disfrutar de las palabras que había oído. De seguro se divertiría imaginándome buscándolo por todo el pueblo.

—Te dije que no debías preocuparte por ella Aiden, hela aquí sana y salva —dijo Deneb acercándose a la puerta—. Debieron verlo, creí que el pobre explotaría de ansiedad.

Justicia. Esa era la palabra perfecta. Goewyn me había avergonzado de tal manera que era solo justo que Aiden se sintiera de la misma forma.

—No vuelvas a asustarme así. ¿De acuerdo, cariño? —dijo Aiden con una falsa expresión de calma tomando mi rostro en sus manos.

Era difícil decir qué me resultó más desconcertante, la forma en que había acariciado mis mejillas o la manera rápida y descarada en la que montaba de nuevo su pequeña obra.

—No lo haré si tú prometes dejar de comportarte como ayer, no es muy caballeroso de tu parte —dije en tono cariñoso y con una sonrisa inocente.

Su expresión cambió por una milésima de segundo y nadie pareció notarlo.

—Adhara —dijo Zul, quien por su mirada parecía no comprender la situación.

—Zul —respondí recordando el peligro en el que nos encontrábamos—. Debo hablar contigo.

—Después de que yo hable contigo —interrumpió Aiden, su tono ya no era tan amable—. ¿Nos darían unos minutos?

Goewyn y Deneb asintieron, y entraron en la posada intercambiando murmullos. Zul permaneció en su lugar.

—¿Qué sucede? ¿Qué has visto? —preguntó Zul intentando leer mi expresión.

—Solo un minuto Zul, permítenos un momento —dijo Aiden, su tono se volvió severo y sus ojos amenazantes.

—Un minuto —respondió el mago y se alejó un poco.

—No hay tiempo para esto Aiden, cualquier cosa sin sentido que quieras decirme tendrá que esperar —hice una pausa, la cual fue suficiente para que mi ira escapara—. Sabes que si regreso a Alyssian no volveremos a vernos y aun así insistes en que me vaya. No regresaré, elijo este mundo. Si mi presencia te molesta eres tú quien debe irse.

—Quédate. Yo iré contigo.

Me quedé estupefacta.

—¿De qué hablas?

—Si quieres quedarte en Lesath aceptaré tu decisión e iré contigo y Zul —respondió en tono serio.

—¿Por qué? Esto va más allá de tu poco sentido común, dime qué te ha hecho cambiar de opinión —le exigí intentando controlarme—. Actuaste como si te importara y luego quisiste deshacerte de mí.

¿Qué demonios pasaba por su mente?

—Mis motivos son asunto mío e intentaré no confundirte en el futuro. Pero debes saber que sí me importas y que nunca fue mi intención deshacerme de ti —dijo mientras le hacía un gesto a Zul para que se acercara—. Ahora cuéntame qué ha ocurrido.

Ignoré mi perplejidad ante su respuesta, no era momento de discutir. Zul se encontraba a solo un paso de mí, la pregunta clara en sus ojos.

—En el pueblo vi a un sujeto extraño, no llevaba su rostro cubierto como el resto de las personas y su apariencia era muy llamativa. Era alto y con largo pelo rubio. Había cierta elegancia en su forma de caminar que es inusual en los hombres. Goewyn no lo veía de la misma manera, al señalárselo para ver su reacción me dijo que no podía ver su rostro ya que se encontraba cubierto, ninguna de las personas a su alrededor parecían notarlo.

Por la expresión de alarma en sus rostros me di cuenta de que había estado en lo cierto al pensar que se trataba del enemigo.

—Zafir —dijo Aiden.

—No hay duda de ello —respondió Zul.

—¿Cómo es posible que ella haya visto su verdadera apariencia? —preguntó Aiden pensativo.

—Es una buena pregunta, tal vez sus ilusiones no funcionen con Adhara —replicó el mago.

—¿Quién es Zafir? —pregunté.

—Es uno de ellos, un Nawa. Es un ilusionista. Las personas no podían ver su verdadera apariencia porque utilizó sus ilusiones, puede hacer que las personas lo vean de manera diferente a lo que realmente es —explicó Aiden.

—Ya veo. Al parecer sus engaños no sirven conmigo, lo vi con tanta claridad como los veo a ustedes dos en este momento —dije con una sonrisa.

Esto era bueno, no debía preocuparme mucho por él si su magia no podía afectarme.

—¿Qué crees que hace aquí? —preguntó Aiden.

—Parecía buscar a alguien, merodeaba por las mismas calles una y otra vez —

respondí.

—De seguro me busca a mí, pudo haberme seguido hasta aquí —sus ojos grises se tornaban más oscuros con cada palabra.

—¡Debiste ser más cuidadoso! —espetó Aiden.

—No respondiste a ninguno de los mensajes que te envié, pensé que te encontrabas en peligro —replicó Zul enfadado—. No saben acerca de ella, debemos irnos de aquí antes de que nos descubran.

—No. Si actuamos de manera precipitada cometeremos un error. Zafir está cerca de aquí y no sabemos si se encuentra solo, puede haber alguien en el bosque esperando a que huyamos para interceptarnos. Lo mejor será quedarnos escondidos en la posada hasta mañana, partiremos al amanecer —dijo Aiden.

—No me gusta la idea pero creo que tienes razón, suelen operar de esa manera. En cuanto el sol se ponga nos marcharemos de aquí —respondió el mago.

Me di un baño con agua caliente para relajar mis músculos y aclarar mi mente. Confiaba en ellos, se las habían ingeniado para escapar del enemigo todo este tiempo. No sentía como si nos encontramos en un peligro mortal, no realmente. Zafir no parecía peligroso y si lo era no lograría vencernos a los tres. Era solo una complicación, no era como Seith; él sí era letal. Había cierta oscuridad en él de la que no se podía escapar; temía el día en que finalmente tuviéramos que enfrentarlo. Me pregunté cuántos Nawas habría y cómo serían. Eran humanos, sus poderes no podían ser tan grandiosos. El verdadero problema eran los warlocks, no sabía mucho sobre ellos por lo que no podía estar segura de qué esperar. Solo sabía que utilizaban magia negra, la cual era peligrosa y de naturaleza maligna. Y el hecho de que durante años gobernaran Lesath sin despertar sospechas era prueba de lo ingeniosos que eran, subestimarlos sería un error.

Pensé en mis padres, si algo malo me sucedía los devastaría. Me dejaron ir porque pensaron que en Lesath tendría la oportunidad de ser feliz, de encontrar a alguien con quien construir mi futuro. En la misión que emprendía, mi vida y mi futuro pendían de un hilo. Era demasiado para arriesgar, lo sabía. Pero algo en el fondo de mi ser me decía que no me encontraba en Lesath solo por decisión propia, era el destino. Si no poníamos un fin a esta situación jamás se detendría. Es cierto que la mayor parte de la población llevaba una buena vida pero no por eso podía olvidarme de aquellos cuyas vidas habían sido robadas para servir a oscuros propósitos. En un mundo donde la magia era un don que pocos afortunados recibían, ese don se había convertido en una condena. Sentenciaban a sus familias a la muerte y sus vidas se volvían un camino oscuro y solitario que llevaba a su propia destrucción. Seith era la prueba de ello.

Además, ¿qué pensarían mis padres de que viajara sola en compañía de dos hombres? No parecía apropiado, pero en comparación con el resto era el menor de mis problemas. Zul parecía respetuoso y confiaba en Aiden.

Sacudí mi cabeza para disipar mis pensamientos, si el peligro se encontraba cerca debía mantenerme alerta. Opté por pantalones de montar y botas en vez de un vestido; en caso de una emergencia debía estar preparada. Mi pelo aún seguía mojado, lo até con un listón y dejé que cayera sobre mi hombro. Observé el viejo reloj sobre mi mesita de luz, era hora de cenar. Al abrir la puerta me sorprendí al ver a Aiden sentado en el pasillo. Al verme se puso de pie y me dedicó una corta sonrisa.

—¿Qué hacías allí sentado? —pregunté de manera sospechosa.

—Medidas de seguridad, con Zafir cerca no podemos descuidarnos.

—Deberías cuidar tus espaldas en vez de la mía. Ambos sabemos que soy mejor con la espada —respondí señalando a Glade para que viera que me encontraba preparada.

Observé su mano y me di cuenta de que ya no llevaba la venda que le había puesto.

—Soy mejor de lo que crees —respondió en tono tranquilo sin parecer ofendido por el comentario—. Y tú te encuentras en más peligro que yo.

—Zul no duda de mis habilidades —respondí.

Sabía que eran dos personas completamente diferentes y que no debía compararlas, pero me molestaba que el mago tuviera fe en mis habilidades cuando me conocía desde hacía solo un día, mientras que Aiden me sobreprotegía constantemente. Ese comentario pareció molestarle, apartó sus ojos de los míos y dejó escapar una risa amarga.

—Si no conoces sus verdaderas intenciones tus instintos no son tan buenos como pensé —replicó alejándose de mí y yendo hacia las escaleras—. Por cierto, luces encantadora con el pelo de esa manera.

No era idiota, sabía que Zul me quería mantener a salvo porque me necesitaba para que lo ayudara a liberar a Ailios. Esperaba que con el tiempo eso cambiara y pudiéramos ser amigos. Me acerqué a un espejo que había en el pasillo y contemplé mi reflejo en él; tenía razón, el listón celeste resaltaba el color de mi pelo.

Al llegar al pie de la escalera encontré a Aiden y a Zul discutiendo en voz baja, ambos parecían molestos pero no lograba entender el conflicto. Se detuvieron al verme y aguardaron en silencio hasta que me reuní con ellos. Caminamos juntos hasta el comedor, cuando vi algo en la ventana que llamó mi atención. Alguien se acercaba a la posada, iba en dirección a la puerta principal. No logré verlo con claridad hasta que la luna iluminó su brillante pelo. Era Zafir.

—Es él —dije exaltada señalándolo por la ventana.

Ambos se sobresaltaron y miraron en la dirección que señalé.

—No logro verlo, ante mis ojos es solo un joven cubierto con una capa gris —dijo Zul examinándolo—. Lo único que lo delata es la forma en que camina.

—Es Zafir —afirmó Aiden.

Se escuchó un leve golpe en la puerta principal y a continuación los pasos de Goewyn yendo hacia ella. Aiden me tomó la mano y tiró de mí en dirección a un viejo armario; Zul nos siguió y los tres nos metimos dentro. Había poco espacio, nuestros cuerpos se encontraban amontonados y era prácticamente imposible realizar el menor movimiento. Escuché a Zul susurrar unas palabras sin entender su significado, probablemente un hechizo. Sentí la presencia de la magia en el aire, era una presencia muy débil. Aguardé esperando que fortaleciera el hechizo pero no lo hizo. Eso era extraño, desde el momento en que conocí al mago estaba segura de que poseía grandes poderes mágicos, pero no parecía el caso. ¿Era posible que me hubiera equivocado? Intenté ver su expresión, pero me resultó imposible debido a la oscuridad. Si Zul no era capaz de más magia nos encontrábamos en mayor peligro de lo que me había imaginado.

—Bienvenido a «La oveja perdida». ¿En qué puedo ayudarlo? —dijo la voz de Goewyn.

—Gusto en conocerla señorita, busco habitación por una noche —respondió una voz, era clara y masculina.

—Por supuesto, pase.

Aiden maldijo y sentí su cuerpo tensarse a mi lado. Era una sensación extraña, encontrarme a tanta proximidad de él en medio de la oscuridad. Sentía la presión de su brazo contra el mío; su rostro se encontraba a solo centímetros. Luché por mantener mi concentración en lo que pasaba en la habitación y no distraerme.

—Su habitación es la número 5, de seguro la encontrará cómoda —dijo la alegre voz de Goewyn.

—Estoy seguro de que lo haré. Me gustaría hacerle una pregunta antes de retirarme a mi habitación, si no es molestia —la voz se volvió aún más agradable de lo que ya era.

—Por supuesto.

—Estoy buscando a mi hermano, el pobre ha escapado de casa y no tiene adónde ir. Tal vez usted lo haya visto. Es joven, su pelo es negro y desprolijo, sus ojos son de color gris y lleva ropa terriblemente desgastada.

La descripción coincidía a la perfección con Zul. Los tres nos quedamos tan inmóviles como estatuas de piedra. Silencio. Teníamos el elemento sorpresa de nuestro lado, en cuanto Goewyn le respondiera podíamos abalanzarnos sobre él y acabarlo. Me pregunté que sentiría al matar a alguien. Si la situación lo requería, ¿sería capaz de hacerlo? No estaba segura. Aiden aún se encontraba completamente inmóvil, ni siquiera respiraba. Zul parecía estar sufriendo algún tipo de dolor, su mano temblaba levemente y parecía estar hablando consigo mismo. Me esforcé por escuchar lo que decía, apenas pronunciaba las palabras. «Es mi culpa», eso era lo que estaba diciendo. Debía controlarse y prepararse para lo que pasara, sus lamentos no

nos servirían de nada. También me apenaba un poco verlo así. Tomé su mano temblorosa y la apreté con suavidad.

—No lo es, componte. No puedes pelear así —susurré.

Eso pareció hacerlo reaccionar, su cuerpo se volvió más rígido. Solté su mano y la llevé hacia la empuñadura de Glace.

—No, lo siento. No lo he visto —respondió Goewyn.

Una ola de alivio recorrió mi cuerpo, sentí a ambos aflojarse a mi lado.

—¿Está segura? Lamento ser insistente pero creí ver duda en sus lindos ojos.

Su actitud me resultaba molesta. La halagaba para obtener información, era falsa caballerosidad.

—Hace unos días vino alguien similar a quien me describió, pero recordé que sus ojos eran azules, no grises. Y su ropa no parecía desgastada ahora que lo pienso —respondió Goewyn con tono más seguro.

—Ya veo, es una lástima espero que nada malo le haya sucedido. Si recuerda algo estaré en mi habitación, señorita.

Estaría eternamente agradecida con Goewyn, poseía mejores instintos de lo que pensaba. Escuchamos cómo subía las escaleras hasta que el ruido de sus pasos se perdió. Aiden me susurró en el oído que esperaríamos aquí mientras él hablaba con Goewyn y luego se fue. Aguardé impaciente sin quitar mi mano de la empuñadura, con el enemigo tan cerca sería tonto bajar la guardia. Zul parecía pensar lo mismo, sin hacer ruido pasó delante de mí presionándome contra el fondo del armario y ocupó el lugar de Aiden, que era el más cercano a la puerta. Me hizo un gesto para que permaneciera detrás de él y extendió sus manos en forma defensiva delante de mí.

—Si Zafir abre esta puerta lo detendré con un hechizo, en cuanto lo inmovilice mávalo con tu espada —susurró.

No respondí. Quitar una vida era algo imperdonable, los elfos me lo habían enseñado y yo creía en ellos. Si clavaba mi espada en alguna de sus piernas lo heriría lo suficiente como para que no pudiera escapar, eso sería suficiente. No sería necesario matarlo. Aguardamos pacientemente por unos minutos hasta que alguien abrió la puerta, era Aiden.

—Síganme en silencio —susurró.

Hicimos como nos pidió siendo cautelosos y observando las escaleras en todo momento. Nos guio hasta una habitación que no conocía, parecía una alacena, se encontraba sucia y algo descuidada a diferencia de las demás. Goewyn tenía algo en su mano, parecían ser tablas de madera, me acerqué aún más y pude ver unas pequeñas escaleras que descendían.

—Allí está el sótano, no está muy limpio pero nadie los encontrará. En cuanto pueda bajaré sus cosas de la habitación y se las traeré —dijo indicándonos el camino.

—Gracias Goewyn, estoy en deuda contigo —dijo Aiden—. Bajaré yo primero y

luego te ayudaré a bajar, Adhara. Está oscuro abajo.

Asentí con la cabeza. Zul no parecía estar convencido de estar haciendo lo correcto, miró a Goewyn de manera desconfiada y se quedó inmóvil en su lugar. Estaba de acuerdo en que permanecer tan cerca del enemigo era un jugada muy arriesgada, pero no tenía razones para desconfiar de Goewyn, se había ganado mi confianza.

—Yo también te lo agradezco, Goewyn —dije con una sonrisa honesta.

—Me alegro de poder ayudarlos —respondió levantando la mirada hacia la puerta—. Debo volver rápido, no quiero levantar sospechas.

Descendí por la pequeña escalera sin poder ver más allá de un escalón, mis pasos eran cuidadosos pero seguros. Estiré la mano buscando a Aiden pero sus manos me encontraron primero, me tomaron de la cintura y sin siquiera consultarme me levantó contra su pecho, bajó un par de escalones y me depositó en el suelo. Mi desconcierto ante su acción debió notarse porque mi cuerpo estuvo rígido durante todo el trayecto.

—Puedo moverme en la oscuridad mejor que tú —espeté.

No respondió, pero claro, él ya sabía eso. Lo que había hecho era completamente innecesario.

Escuché la voz de Goewyn susurrar algo y a continuación Aiden me entregó una vela, su luz era escasa pero era mejor que nada. Zul no tardó en estar a mi lado, a juzgar por su rostro no quería estar aquí y parecía esperar un ataque en cualquier momento. Caminé un poco para recorrer la habitación; a excepción de un par de mantas sucias en el suelo se encontraba vacía. Era húmeda y fría y las paredes estaban cubiertas de polvo.

—Dame la vela —dijo Aiden enseñándome con su mano un pequeño farol vacío.

Se la di y luego de colocarla en su interior la apoyó sobre el suelo en el centro de la habitación. La noche sería larga y silenciosa, podía sentirlo. Todos permanecemos quietos por un largo rato. Zul fue el primero en moverse, comenzó a pasear por la habitación en forma pensativa. Sus ojos nunca dejaban la compuerta sobre las escaleras. Aiden estaba a solo pasos míos, su expresión indescifrable. Las primeras horas pasaron sin que nadie hablara, los tres parecíamos estar bajo la impresión de que cualquier sonido que produjéramos nos delataría. Luego, cuando comencé a aceptar la idea de que lo mejor que podía hacer era intentar dormir un rato, Zul se acercó a mí y en voz tan baja que apenas podía oírlo empezó a hablarme acerca de la magia. Lo que dijo no era muy diferente de lo que yo ya sabía; la magia proviene de la naturaleza, sus elementos y en algunos casos de los seres vivos, no siempre responde a nuestro llamado, los hechizos son complejos y debemos pensarlos y pronunciarlos con exactitud para obtener el resultado correcto, si la concentración de uno se ve interrumpida la magia puede simplemente desaparecer en solo segundos... Había tres hechizos defensivos que era importante que aprendiera. Uno de ellos ya lo

sabía, lo había conjurado la noche en que cruzamos a Seith en el bosque. Los que restaban, uno era para la protección de la mente frente a otros hechizos y el otro para protegerse físicamente. Los elfos podían usar ambos al mismo tiempo sin que esto fuera un problema pero yo tendría suerte si podía dominar uno, me resultaría imposible utilizar los dos al mismo tiempo. ¿Cuerpo o mente? ¿Qué debería priorizar en caso de que no tuviera otra opción? Sabía la respuesta, de uno dependía el otro, la mente. El hechizo no era complejo, debía imaginar una especie de muro impenetrable alrededor de mis pensamientos y mantenerlo allí. Esa era la parte fácil, la parte difícil era que el muro funcionara, en otras palabras que la magia respondiera a mi llamado. Memorice las palabras del hechizo y las repetí un par de veces en mi mente para asegurarme de que las recordaba. Aiden, que había estado observándonos en silencio, se puso de pie y tomó las frazadas sucias que se encontraban en el suelo. Vi asombrada cómo las sacudía una y otra vez sin decir nada. No podía recostarse allí, jamás lograría deshacerse de todo el polvo que las envolvía. Tras unos minutos sonrió al parecer satisfecho con su trabajo y se volvió hacia mí. Al entender lo que se proponía intenté controlar mi expresión, era amable de su parte pero no me recostaría sobre ellas. Me las ofreció con una mano y negué con mi cabeza.

—Estoy bien —le aseguré.

—Debes descansar, mañana viajaremos la mayor parte del día —replicó sosteniendo las frazadas delante de mí.

Zul se aclaró la garganta y me miró con reproche, adiviné que mi repentina falta de atención lo había molestado.

—Lo siento, continúa explicándome —me disculpé.

Las frazadas cayeron a mi lado abruptamente y Aiden se fue a sentar lejos de nosotros. No me importaba si lo había ofendido, luego de todo lo que me había hecho no podía esperar otra cosa.

—Es hora de que tú y yo aclaremos algunos temas, Aiden —dijo Zul en tono severo—. ¿Qué mejor oportunidad?

—Si no tienes otra cosa mejor que hacer —replicó Aiden.

Me pregunté la razón por la que Zul se encontraba tan enfadado con él, no lo comprendía, ambos eran amigos pero no parecían llevarse bien.

—Mi vida tiene un solo propósito y moriría por cumplirlo. ¿Cómo puedes ser tan egoísta? Te has negado a ayudarme y lo acepté a pesar de no comprender tus motivos. Pero te has esforzado por ocultar a la única persona que no solo puede ayudarme sino que a diferencia tuya está dispuesta a hacerlo —dijo el mago—. Al parecer has olvidado que me debes la vida.

—No, no lo he olvidado —replicó Aiden—. No puedes sacrificar la vida de alguien solo porque no eres lo suficientemente fuerte para lograr tu cometido. Sé que estas dispuesto a dar tu vida a cambio de Lesath y eres valiente, pero esa es tu carga,

no la de ella.

Una sensación abrumadora comenzó a llenarme. ¿Era esa la verdadera razón por la que quería que vuelva a Alyssian?

—Adhara tomó la decisión de ayudarme, no la tomé yo por ella —dijo Zul.

—¿Le habrías dado la opción de elegir de haberla encontrado tú? —espetó Aiden—. ¿Le habrías permitido regresar con los elfos? ¿O habrías insistido en que vaya contigo o en algo peor?

—Le pedí a Adhara su ayuda y ella aceptó, no la obligué —respondió Zul.

—Si se hubiese negado y no estuviera yo para protegerla, ¿habrías dejado que se marche?

Observé al mago pero su rostro era imposible de leer.

—¿De qué se trata esto realmente? Puedes engañar a Goewyn y a su esposo con sus peleas de pareja pero no a mí. Si fuera por ti ella estaría de regreso en Alyssian, condenada a vivir en un lugar donde jamás podrá ser feliz. ¿Cómo es eso menos cruel que lo que yo le pido? —dijo Zul parándose a solo centímetros de él.

Esa era una buena pregunta, una excelente pregunta de hecho y quería saber la respuesta.

—Responde, Aiden —dije al ver la manera en que titubeó y guardó silencio.

—¿Crees todo lo que él dice? Por si no lo recuerdas fui yo quien te salvó de que Seith te encontrara, no él —respondió oscuramente.

—Aún no respondes la pregunta —dijo Zul antes de que pudiera hablar.

Lo teníamos acorralado, no tenía más opción que decir la verdad. Al parecer Zul se encontraba igual de intrigado que yo respecto a las contradicciones de Aiden. Era un alivio que ambos pensáramos de la misma manera, necesitaba a alguien con quien poder hablar.

Lo miré intensamente esperando a que hablara cuando algo llamó mi atención, un ruido. Levanté mi mano para que ambos permanecieran en silencio justo a tiempo para escuchar la madera sobre nuestras cabezas crujir. Intercambiamos miradas de alerta y miedo. Todo permaneció en silencio por unos minutos en los cuales procuramos quedarnos inmóviles y de repente escuchamos el ruido de la puerta de la habitación que se encontraba arriba de nosotros. Silencio, pasos, silencio.

—Es ella... —susurró Zul.

Miré al mago pero sus ojos no se apartaban de las escaleras. ¿Quién era ella? Observé a Aiden, parecía igual de confundido que yo.

—Esta parece ser la alacena, se encuentra lejos de las demás habitaciones, nadie nos escuchará. ¿Qué haces aquí, Sorcha? —preguntó la musical voz de Zafir.

—Lo mismo que tú, busco al mago —respondió una voz femenina—. Una de las ventanas se encontraba abierta y decidí revisar la posada yo misma.

—Te dije que esperaras en las afueras. ¿Me crees incapaz de hacer mi trabajo?

—Seguiste su rastro hasta aquí. Por lo tanto, si aún no lo has encontrado, evidentemente eres incapaz de hacerlo —hizo una pausa y agregó—. Me estoy comenzando a impacientar.

Mis ojos buscaron los de Zul, tenía miedo de que sus nervios nos traicionaran. Para mi sorpresa parecía estar en control de la situación, sus ojos no contenían miedo sino que brillaban peligrosos y llenos de concentración.

—No me sorprende, el mago te venció más de una vez, es natural que no puedas controlar tus ansias de venganza —respondió Zafir con aire de superioridad.

—Cállate, cuando lo encuentre lo veré agonizando en mis manos hasta que la vida lo abandone —dijo la mujer en tono furioso.

—Eso es asumiendo que eres capaz de hacerlo, claro está —rio fríamente—. ¿Alguna noticia de Seith?

—Aún se encuentra en Naos, había rumores sobre una joven excepcionalmente bella y misteriosa y quería investigar al respecto —respondió Sorcha en tono aburrido.

Mi cuerpo se volvió rígido y mi pulso se aceleró, un solo pensamiento se apoderó de mi mente: mis abuelos, Tarf. Debía volver por ellos. Sentí una mano en mi hombro, era Aiden.

—No parece importante. ¿Averiguaste algo al respecto? —preguntó Zafir.

—Nada que requiera nuestra atención. Al parecer era de otro pueblo y visitaba a sus parientes, su abuelo le mostró un retrato y no hay nada especial en ella —dejó escapar una risa sin ganas—. Qué pérdida de tiempo, no es más que un pueblo repleto de tontos granjeros.

Estaban a salvo. Me aflojé contra el cuerpo de Aiden, que parecía compartir mi sensación de alivio.

—Coincidimos en algo. Ahora deja de estorbarme y lárgate de aquí —respondió el ilusionista.

—Ese mago infame aún se encuentra en Zosma, puedo sentirlo. Tienes hasta el amanecer para registrar el resto del pueblo.

La madera se resquebrajó bajo sus pies mientras caminaba en la que, pensaba, era la dirección hacia la puerta.

—En verdad no puedes controlar tus ansias por matarlo. ¿No es así, Sorcha? —dijo Zafir en tono divertido—. Es por eso que continúas cometiendo errores.

—Guarda silencio o mi próximo error será matar a uno de los míos. Nadie extrañaría tus ilusiones Zafir, eres el más débil y lo sabes.

—El Concilio sabe lo valiosos que pueden ser mis cambios de apariencia —replicó este.

—El Concilio está comenzando a impacientarse, en especial Blodwen; quiere al mago muerto y demorarnos es peligroso.

Silencio. Escuché el ruido que hizo la puerta al abrirse, luego más pasos y un portazo. Silencio.

## UNA AMENAZA DE FUEGO Y HIELO

Intercambiamos miradas por unos minutos sin decir una sola palabra. De seguro aún se encontraban dentro de la posada, no podíamos arriesgarnos a que nos escucharan. Aiden comenzó a hacer gestos con las manos indicándonos que guardáramos silencio y que partiríamos luego del amanecer. O al menos eso fue lo que entendí. Miré a Zul, hizo un gesto afirmativo y se sentó contra la pared. Lo imité.

Aiden se sentó a mi lado, me encontraba demasiado perdida en el momento como para reaccionar ante su proximidad. Iara, Helios y Tarf se habían encontrado en peligro mortal, me imaginé la expresión en sus caras al ver a Seith en la puerta preguntando por mí. Mi abuelo era muy intuitivo, debió darse cuenta de la oscura maldad que lo envolvía en cuanto lo vio. Me pregunté de quién era el retrato que les había enseñado y solo podía pensar en una respuesta, mi madre. Debía volver por ellos, estaban a salvo por ahora pero en el momento en que finalmente me descubrieran regresarían por ellos.

—Están a salvo —susurró Aiden en voz tan baja que apenas logré escucharlo.

Me volví hacia él, me dedicó una sonrisa amable intentando tranquilizarme. Asentí con la cabeza. Era inquietante que pudiera adivinar mis pensamientos pero inexplicablemente también me resultaba confortante, como si él también se preocupara por ellos. Aiden llevó su mano hacia la mía y la tomó con suavidad. Lo miré sorprendida sin estar segura de lo que debía hacer. No quería retirarla, me gustaba la sensación que me producía su contacto pero no quería que lo supiera. Comencé a inquietarme ante mi dilema cuando algo llamó mi atención. La respiración de Zul se había vuelto precipitada e irregular, no parecía estar nervioso sino enfadado. Sus ojos grises indescifrables, su mirada perdida. Habíamos conseguido escapar de nuestros enemigos, qué podría estar molestándolo tanto. No pareció notar en lo más mínimo que lo observaba y si lo había hecho, parecía no importarle.

Sentí una leve presión en mi mano y mi atención volvió a Aiden. Su expresión disgustada me sorprendió, ya que su mano aún se encontraba en la mía. Ambos parecían irrazonablemente molestos a pesar de que nos encontrábamos a salvo, tal vez pensaban que se trataba de un truco para que abandonáramos nuestro escondite. No, mi instinto me decía que no se trataba de eso. La mente de Zul era completamente desconocida para mí y la de Aiden era confusa y sería en vano intentar adivinar lo que pasaba por ella.

El resto de las horas pasaron considerablemente rápido dado que nadie habló ni dio señal alguna de estar despierto; debió ser la constante atención a cada ruido o movimiento que escuchábamos. Entre el silencio y la concentración me era fácil percibir hasta el más mínimo movimiento cercano a la habitación donde nos

encontrábamos. Un solo factor me distraía de vez en cuando pero había decidido ignorarlo. Aiden parecía estar tan atento como yo a pesar de que sus ojos se encontraban cerrados, y Zul jamás quitó sus ojos de la compuerta sobre nosotros. Mi cuerpo se encontraba relajado, me resultaba fácil controlar mis nervios, lo cual consideraba una bendición de los elfos ya que podía sentir la tensión en los otros dos.

La voz de aquella mujer había llamado mi atención. Sorcha. Me pregunté cómo sería, su maldad era evidente por la forma en que hablaba, al igual que su odio por Zul y su voz contenía una emoción fuerte que no podía descifrar. De seguro ya era pasado el amanecer, no estaba cansada, pero sabía que tarde o temprano el sueño me alcanzaría y no podía permitirlo. No era que no confiara en los instintos de Zul y Aiden, era saber que los míos eran mejores. Y por lo visto no me encontraba equivocada, el ruido de pisadas fuera de la alacena llamó mi atención y me concentré en ello siguiendo el sonido. Dos segundos después la puerta crujió y alguien ingresó en la habitación, fue en ese momento en el que los humanos a mi lado reaccionaron. La vieja compuerta comenzó a abrirse lentamente permitiéndole la entrada a pequeños rayos de sol. Zul fue el primero en ponerse de pie, su mirada desafiante. Aiden soltó mi mano y tomó su espada.

—Aguarden —dije sintiéndome aliviada.

La cara de Goewyn apareció tras la puerta, alarmada ante nuestra reacción. Bajó nuestras bolsas de viaje en silencio y miró a Aiden con curiosidad. Todo lo acontecido debía parecerle raro e inusual ya que no sabía nada acerca de los warlocks. No sabía por qué buscaban a Zul, ni siquiera sabía que era un mago. Me pregunté a qué errónea conclusión habría llegado su mente desinformada.

—Aquel sujeto extraño se fue hace una hora —dijo Goewyn.

—Gracias por tu ayuda, Goewyn —respondió Aiden con un abrazo afectuoso.

—No tienes nada que agradecerme. Por fortuna no le creí cuando dijo que Zul era su hermano, algo en su rostro me hizo pensar que mentía —dijo devolviéndole el abrazo—. Aiden, si se encuentran en peligro deberías ir a la corte de la reina Lysha, de seguro te ayudará.

Zul dejó escapar una risa... extraña, no había otra manera de describirla.

—No, todo estará bien, no debes preocuparte —replicó Aiden ignorándolo.

—¿Qué es lo que quiere ese hombre? —preguntó Goewyn.

—Lo siento, pero lo mejor para ti y para Deneb es que no sepan nada al respecto —respondió Aiden.

—Si no tienen adónde ir, no dudes en regresar. Cuídate y cuida de Adhara —dijo Goewyn.

—Lo haré —prometió—. Saluda a Deneb de mi parte.

Se volvió hacia mí y antes de que pudiera adivinar sus intenciones me abrazó. Palmeé su espalda para demostrarle mi agradecimiento y disimular mi incomodidad

ante su tacto. No volvería a cambiar mi opinión sobre ella, era una persona de buen corazón y nos había salvado.

—Ha sido un gusto conocerte, Adhara. Espero que nos veamos pronto.

—Gracias por todo Goewyn, has sido muy amable. Me alegro de haberte conocido.

Tomé mi bolsa de viaje para asegurarme de que no me olvidaba nada, cuando un pequeño objeto brillante cayó de la bolsa de Aiden. Lo reconocí en cuanto lo vi, era el collar con el cristal azul que Lachlan vendía en el mercado.

—Adiós Zul, eres bienvenido a volver cuando gustes —se despidió Goewyn.

—Te agradezco tu hospitalidad y tu ayuda, te debo más de lo que te imaginas —respondió Zul.

El mismo amuleto que alguien se me había adelantado a comprar. No podía tratarse de una simple coincidencia. Levanté mi mirada y me encontré con la suya. Su expresión oculta tras una máscara de compostura.

—Explica esto, Aiden —dije dejando el collar en sus manos—. Quiero la verdad.

Zul nos miró intrigado y Goewyn dejó escapar una risita antes de desaparecer por la compuerta.

—Iré a buscar el caballo que compré —dijo el mago yendo hacia las escaleras aún mirando con curiosidad la joya—. No se demoren.

Asentí con la cabeza, mis ojos en los de Aiden. Su mirada se volvió menos vergonzosa y más determinada. Su cambio de actitud me desconcertó. Se acercó a mí y extendió su mano ofreciéndome el amuleto.

—Te vi en el mercado de Naos observándolo y sentí el impulso de comprarlo para ti —dijo en tono suave.

Su respuesta me desarmó, la sinceridad en sus ojos era innegable, su mirada era cálida. Pero no recordaba haberlo visto en el mercado. De hecho, nadie en el pueblo lo conocía y Lachlan, a excepción de aquel día que fue en mi búsqueda, jamás lo había visto.

—No te vi en el mercado, ni en el pueblo, solo en las afueras —respondí en tono severo, quería toda la verdad.

—Te seguí, me mantuve lejos para que nadie me viera —admitió analizando mi expresión.

—¿Por qué?

¿Cómo era posible que no lo viera?

—Al principio sentía curiosidad sobre ti. Luego, cuando me enteré de que eres una elfa, no podía dejarte allí sola. Debía asegurarme de que volverías a Alyssian como te había dicho...

Debió notar la expresión en mi rostro porque se calló abruptamente.

—¿Jamás te fuiste de Naos? ¿Luego de aquel día permaneciste allí todo el

tiempo? —pregunte incrédula.

Su silencio era una confirmación. Algo andaba mal con mis sentidos, algo andaba mal conmigo. Recordé mis últimas semanas en Naos, jamás percibí su presencia a pesar de que a menudo intentaba encontrarlo entre la gente del pueblo.

—¿Los pueblos que visité junto a mis abuelos? ¿Tuviste la osadía de seguirme allí también? —pregunté con una mezcla de enojo y gusto.

Asintió con la cabeza y antes de que pudiera hablar me detuvo.

—No eras consciente del peligro que corrías y solo sabía la ubicación de Seith. Mi intención no era espiarte, sino protegerte. Quería darte la oportunidad de despedirte de tu familia —hizo una pausa y leyó mi expresión—. La única razón por la cual no me viste fue porque mantuve mi distancia.

Sus intenciones no habían sido malas y de seguro había permanecido en las afueras, lo cual hacía imposible que percibiera su presencia. Aun así sentía una mezcla de emociones dentro de mí.

—Tú haces que dude de mis instintos, lo cual es absurdo. No puedes seguirme, ni tomar decisiones por mí, Aiden —hice una pausa y antes que sus ojos me convencieran de desistir agregué—. Aún no respondes la pregunta de Zul.

—Pensé que lo mejor para ti sería regresar con tu familia, hubiese sido egoísta de mi parte pedirte que te quedaras... sin importar cuánto lo deseara —hizo una pausa abrupta—. Disculpa si mis intentos por mantenerte con vida te han molestado. Sé que mi comportamiento te resulta confuso, pero he aceptado tu decisión y apreciaría que dejes de cuestionar las mías.

Confusión apenas comenzaba a describir lo que sentía. Quería que me quedara pero pensó que sería egoísta pedírmelo, las palabras se repitieron en mi mente. Al menos esta vez lo que decía tenía sentido, solo intentaba ayudarme y me había salvado de Seith lo cual había ayudado en gran medida a mantenerme con vida.

—De acuerdo, no te cuestionaré más si tú haces lo mismo por mí —dije en tono suave.

Sonrió y se acercó aún más; retrocedí un paso desconfiando de sus intenciones y aguardé sin decir nada. Volvió a acercarse y llevó el collar en dirección a mi cuello.

—¿Puedo?

Desearía haber estudiado más sobre los mortales para que sus acciones dejaran de sorprenderme constantemente. Reprimí una sonrisa, dudaba que hubiera servido de algo, al menos en lo que respectaba a Aiden.

—Sí.

Le di la espalda y sujeté mi pelo. A pesar de mis mejores esfuerzos no pude evitar estremecerme cuando sus manos tocaron mi cuello. Lo hizo de manera tan delicada que apenas lo noté, sentí la joya sobre mi pecho y la admiré, en verdad era hermosa. Llevé la mano hacia el cristal cuando sentí una calidez tan abrumadora que me detuve

en seco. ¿Era posible que hubiera besado mi cuello? Me volví con una velocidad inhumana, se encontraba a solo un centímetro de mí o menos. Lo miré expectante, preguntándome si me besaría; por alguna razón me sentía impaciente y ansiosa por saber qué pasaría. Se inclinó hacia mí lentamente, mi corazón se aceleró.

—Adhara —dijo la voz de Zul desde la habitación de arriba.

Aiden permaneció allí sin moverse, sin decir una palabra. Puse unos centímetros entre nosotros para poder pensar con claridad.

—Zul —respondí saliendo de mi trance.

—Todo está listo para partir, será mejor que nos apresuremos.

Aiden tomó sus cosas, agarró mi bolsa de viaje y desapareció tras las escaleras. Lo seguí intentando no pensar en lo que había ocurrido, tendría suficiente tiempo para hacerlo más tarde, ahora debía concentrarme en que nuestros enemigos no nos hallaran. Zul me esperó al final de las escaleras, no me ofreció ayuda pero me examinó atentamente.

Quería saber si mi reciente conversación con Aiden me había afectado en alguna manera negativa, la cual pudiera perjudicar mi atención durante nuestra huida. No sabía cómo ni por qué pero a veces era como si su mirada me hablara, comprendía a la perfección lo que quería decir.

Asentí con la cabeza, me dedicó una sonrisa y comenzó a caminar delante de mí. Salimos por la puerta de atrás. El caballo de Zul era algo petiso, color chocolate con crines negras y una mancha blanca en la frente. Daeron, quien se encontraba a su lado, era el doble de su tamaño; al pequeño le costaría trabajo mantener nuestro galope.

No me sorprendí cuando Aiden montó a Daeron y me ofreció su mano para ayudarme a subir, sabía que si el mago compraba un caballo para él no me quedaría otro compañero de viaje. No me molestaba montar con él, pero tras aquella escena en el sótano hubiese preferido unos momentos a solas. Decidimos que la mejor estrategia era salir de Zosma silenciosamente, yendo al paso y cubriendo nuestros rostros como el resto de las personas del extraño pueblo. Me sentía aliviada de dejar Zosma atrás, el lugar era sombrío y ocultaba todas las desgracias de Lesath.

Al llegar al límite del bosque Zul desmontó y analizó el suelo mientras susurraba unas palabras. Los elfos podían utilizar magia sin necesidad de hechizos pero cuando los utilizaban lo hacían en voz alta, decían que la magia fluía con mayor fuerza. Zul parecía no saberlo, lo cual me hacía dudar sobre sus habilidades.

—El camino se encuentra libre, no hay rastros de ellos —dijo el mago.

—Debemos ir en dirección al Norte, tendremos que evitar los pueblos hasta que les perdamos el rastro —dijo Aiden.

—El bosque es peligroso, Seith suele merodear por aquí —respondió Zul—. Conozco un lugar donde estaremos seguros por unos días, necesitamos tiempo para

planear lo que haremos.

Aiden le dirigió una mirada curiosa que no obtuvo respuesta. El mago comenzó a adentrarse en el bosque y lo seguimos en silencio. Me pregunté adónde nos llevaría, si no podíamos ir a los pueblos pero tampoco permanecer en el bosque, no quedaban muchas opciones. Deseaba que hubiera un lugar en el cual pudiéramos tener un poco de paz, donde pudiera pensar tranquilamente sin tener que preocuparme por el enemigo o por actuar normal frente a los demás humanos. Aiden y Zul debían sentir lo mismo, no podía ser fácil para ellos pretender que sus vidas eran normales y que compartían la misma ignorancia que el resto de las personas. Su actuación se encontraba lejos de ser impecable, de seguro las personas notaban algo peculiar en ellos, algo atípico.

El camino se encontraba desierto, no había rastros de otro ser vivo cerca de nosotros a excepción de aves y pequeños animalitos. Aun así continuamos al paso con cautela, ya que el suelo se encontraba repleto de ramas secas que harían ruido al quebrarse si galopábamos sobre ellas. Zul parecía conocer bien el camino, no se detuvo ni dudó sobre qué dirección tomar ni una vez, tampoco volteó al cabeza para asegurarse de que siguiéramos detrás de él.

—No reconozco este camino —dijo Aiden en tono serio—. ¿Hacia dónde nos llevas?

—Gunnar —respondió Zul.

—¿El bosque de Gunnar? —preguntó alarmado deteniendo a Daeron.

—Así es.

—No podemos ir allí, ese bosque es peligroso. He oído historias sobre él, es oscuro y es el único lugar de Lesath donde quedan Garms —espetó Aiden.

—Hay una cabaña abandonada de la cual nadie sabe, me he quedado en varias ocasiones y jamás nos buscarán allí. Nadie entra en aquel bosque —hizo una pausa y agregó—. Prefiero enfrentar a un Garm que a los Nawas.

—¿Qué es un Garm? —pregunté sintiéndome excluida de la conversación.

No me gustaba no saber de qué hablaban.

—Es un perro de gran tamaño, el doble de un lobo, son muy territoriales —respondió el mago.

—¿Le temes a un perro? —pregunté mirando a Aiden de manera incrédula.

—¡No es solo un perro! —replicó molesto—. Son salvajes, feroces, y sus dientes y garras son letales. Son astutos cazadores y decir que son territoriales apenas comienza a describirlos, son sádicos.

Nunca había escuchado hablar de tales criaturas pero coincidía con Zul, prefería enfrentarme a ellos antes que a los Nawas. Por más feroces que fueran no dejaban de ser perros.

—Es nuestra única opción, en este momento ningún otro sitio es seguro. Y en el

improbable caso que nos siguieran los Garms también serán un obstáculo para ellos. No me importa tu aprobación Aiden, iremos allí —dijo Zul en tono severo.

—¿Qué sabes de este lugar? ¿Por qué habría una cabaña abandonada en el bosque de Gunnar? Me suena a que es una trampa... —continuó Aiden.

—Pertenece a un minero, cerca de ella hay una mina de plata. Se encuentra en buenas condiciones y está allí desde hace años —le aseguró el mago.

Ambos intercambiaron miradas molestas, ninguno estaba dispuesto a ceder. No parecía una mala idea, era mejor que rondar por el bosque sin lugar adónde ir. Y había algo en el modo en que Zul hablaba de ella, era más que una simple cabaña, era un lugar seguro al cual podía escapar. Aiden había confiado en que estaríamos a salvo en la posada, se sentía a gusto en ella. Zul debía sentir algo similar por aquella vieja cabaña.

—Creo que deberíamos ir —dije.

Se volvieron a mí sorprendidos.

—Es mejor que permanecer en el bosque y apreciaría un poco de privacidad. Si crees que allí estaremos a salvo confiaré en tu criterio, Zul.

El mago asintió con la cabeza, me dedicó una corta sonrisa y continuó por el camino. Aiden me miró acusándome y lo siguió.

—En verdad espero que estés en lo cierto, no me va a ser fácil protegerte de un grupo de Garms —espetó luego de unos minutos.

No comprendía por qué le molestaba tanto la idea de ir allí o su irracional miedo a los grandes perros. Considerando de lo que veníamos escapando, no sonaba peligroso.

—Prefiero enfrentar a cincuenta Garms antes que a Seith —respondí.

Era verdad y no me avergonzaba decirlo, incluso los elfos serían cautos con él. El hombre inspiraba miedo. A Aiden pareció sorprenderle mi respuesta, permaneció pensativo por unos instantes antes de responderme.

—Probablemente tengas razón —dijo.

Cualquier ser racional optaría por enfrentarse a un grupo de perros antes que a aprendices de magia negra.

—Tu confianza en Zul no parece ser un problema —comentó en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—En todo este tiempo apenas logras confiar en mí pero te bastaron dos días para confiar en él.

Dada la forma en que se había comportado conmigo no comprendía por qué lo cuestionaba. Era verdad, me había resultado más fácil confiar en Zul, pero no era muy difícil saber el porqué; había sido honesto conmigo desde el principio y me resultaba más fácil relacionarme con él.

—Zul no me dejó en medio de la tormenta aquel día en Naos luego de gritarme o

me espió durante días o intentó obligarme a volver a Alyssian —sentí su cuerpo tensarse delante del mío—. Sé que tus intenciones fueron buenas pero aun así optaste por actuar de esa manera.

No respondió, parecía estar en alguna especie de lucha interna. Sabía que tenía razón, no podía negarlo.

—Tal vez es un error que confíes en él.

Las palabras fueron un susurro, no podía estar segura de si hablaba con sí mismo o conmigo. ¿Un error? Lo dudaba. Confiaba en mis instintos pese a sus esfuerzos de que no lo hiciera.

—Puedo oírte —dijo la voz del mago.

Miré a Zul pero seguía de espalda, había sido una advertencia. Por lo que había escuchado de sus conversaciones, el mago había salvado su vida hace unos años, lo cual era un gran gesto. Sin embargo, su amistad parecía más frágil que las ramas que crujián bajo los cascos de los caballos.

—Confío en Zul de la misma manera en que confié en ti cuando me llevaste a la posada de Goewyn. A pesar de que no podía pensar en una sola razón por la cual debía hacerlo, confié en ti —dije llevando mi mano hacia su hombro gentilmente.

No respondió pero su cuerpo ya no se encontraba tan tenso. No sería fácil viajar con ambos. Evidentemente no estaban acostumbrados a pasar tiempo juntos, debían llevar vidas bastante solitarias. En parte comprendía cómo se debían sentir, yo solía sentirme sola en Alyssian. A excepción de mis padres y dos jóvenes elfos con los que había logrado entablar una especie de amistad, no me resultaba fácil relacionarme con el resto. Eso había cambiado desde mi llegada a Lesath, rara vez había pasado tiempo sola.

Continuamos nuestro camino por el bosque durante el resto del día. Zul se detuvo en varias ocasiones para asegurarse de que el camino se encontrara despejado. Aún no comprendía la manera en que funcionaba su magia, en vez de permitir que fluyera a través de él la concentraba en sus manos y la restringía continuamente. No podía descartar que fuera poderoso pero luego de verlo utilizar magia tampoco podía asegurarlo. Era un enigma.

No nos detuvimos hasta el atardecer. El cielo comenzó a cubrirse de nubes negras y no tardaría en oscurecer, buscamos un lugar protegido en el cual pasar la noche en caso de que lloviera. Luego de dar vueltas por un rato sin suerte decidimos detenernos bajo un gran árbol cuyas ramas parecían lo suficientemente grandes para cubrirnos. Aiden desmontó y comenzó a desatar los bultos que había puesto en la montura de Daeron. Uno de ellos era una vieja carpa, la cual le tomó solo unos minutos armar. Debía estar acostumbrado a dormir en ella; en Naos siempre se mantuvo en las afueras, lo mismo que en los otros pueblos. No pude evitar sentir algo de tristeza por él, me pregunté si no tendría un lugar adónde ir, un hogar o algún

familiar con quien quedarse.

Zul también tenía una carpa dentro de sus bultos, era aún más pequeña que la de Aiden y le llevó más tiempo armarla. Todos parecíamos demasiado cansados como para hablar. Comimos en silencio la comida que Goewyn nos había preparado y permanecimos atentos a los alrededores.

No fue hasta que terminamos de comer que me pregunté adónde dormiría. En la carpa de Aiden apenas entraban dos personas y no estaba dispuesta a dormir amontonada con él, y en la carpa del mago apenas entraba una. Tendría que dormir a la intemperie.

Me puse de pie y comencé a buscar un lugar adecuado, el pasto crecía mejor cerca de los árboles y no muy lejos de allí había un gran tronco con hojas acumuladas a su alrededor. Me senté sobre él para comprobar si me serviría.

Aiden y Zul se acercaron a mí con miradas inquietantes, los miré sorprendida. Me observaron en silencio esperando a que dijera algo.

—¿Te sientes mal? —preguntó Aiden arrodillándose a mi lado y observándome detenidamente.

Negué con la cabeza, mitad sorprendida mitad indignada. Me pregunté por qué siempre llegaba a la conclusión errónea. Solo porque me había alejado un poco de donde se encontraban y me había sentado sola, no significaba que no me sintiera bien.

—Los elfos rara vez sufren de malestar —respondió el mago con certeza en su voz mirando a Aiden.

Esa era una de las razones por las cuales me agradaba Zul, nunca me subestimaba. Él y mi abuelo eran los humanos que mejor me comprendían.

—Ella no es una elfa del todo, su madre es humana y es normal que los humanos a veces sientan malestar —replicó Aiden.

El mago lo ignoró y se volvió hacia mí.

—¿Prefieres dormir a la intemperie antes que en una de las carpas? —preguntó Zul.

—Sí —respondí asombrada.

Debía saber bastante de los elfos para adivinarlo. Aun así se había equivocado en el motivo, no se trataba de que prefiriera dormir sobre la naturaleza que dentro de una carpa, sino de que no quería dormir en una carpa con uno de ellos.

—¡No puedes dormir aquí afuera! —espetó Aiden—. Es peligroso.

—Estaré bien —le aseguré.

—No creo que sea una buena idea Adhara, no es que dude de tus habilidades pero te encuentras más vulnerable aquí que dentro de la carpa —dijo Zul en tono suave.

Aparté mi mirada pensando en una manera de convencerlos de que no corría peligro allí. Observé los alrededores, había oscurecido demasiado rápido, apenas

podía distinguir la figura de Daeron y del otro caballo pastando cerca de donde nos encontrábamos. Una imagen invadió mi mente, un sujeto en medio de la oscuridad, su silueta inmóvil y acechante. Podía imaginarme a Seith salir de entre los árboles caminando silenciosamente hacia mí mientras dormía.

—Adhara —escuché la voz de Aiden.

Me volví hacia él apartando esa horrible imagen de mi cabeza.

—Tú dormirás en la carpa y yo dormiré afuera. Haré guardia por las dudas.

Escondí mi sorpresa manteniendo una expresión calma, al parecer sabía la verdadera razón por la cual insistía en dormir en aquel pilón de hojas.

—Necesitas dormir, todos debemos descansar —dije evitando su mirada.

—Dormiré a un lado de la carpa, así tú puedes dormir tranquila y escucharé si alguien se acerca —dijo en tono sereno sin apartar su mirada de la mía.

Por primera vez sus palabras tenían sentido, dormiría mejor allí y sería bueno que alguien permaneciera afuera en caso de que los Nawas estuvieran cerca. Asentí con la cabeza y me puse de pie. Zul parecía pensativo pero no objetó la idea, se ofreció a cambiar de lugar con Aiden cada un par de horas.

Me encontraba exhausta, desde la noche anterior en el sótano que no le había dado descanso a mis sentidos, me había esforzado por estar atenta a todo lo que pasaba a nuestro alrededor. La carpa era chica pero no parecía incómoda, me recosté sobre una manta que se encontraba en el piso y disfruté de una sensación de tranquilidad que no sentía desde hacía días. No soñé nada, como de costumbre. Descansé pacíficamente, hasta que los primeros rayos del sol comenzaron a entrar a través del lienzo de la carpa y me despertaron. Era demasiado sensible a la luz, de seguro los demás aún se encontraban durmiendo. Disfruté de unos últimos minutos a solas, me puse ropa limpia y salí de la carpa en silencio. Aiden se encontraba dormido sobre el pasto a solo unos metros míos. Era la primera vez que lo veía dormir, me detuve unos segundos para contemplarlo; su rostro se encontraba relajado y había cierta ternura en su expresión que era difícil de ignorar.

Fui hacia Daeron para asegurarme de que se encontrara bien; al verme se acercó para que acariciara su cabeza. Descansar le había hecho bien, parecía contento y listo para continuar. Peiné sus crines para asegurarme de que no tuviera nudos y analicé su cuerpo. Se encontraba más flaco, el pasto era mejor en Alyssian y los elfos cuidaban a sus caballos excepcionalmente bien. Mi padre solía pasarle diferentes ungüentos en sus patas todo el tiempo para mantenerlas fuertes y sanas. De seguro Daeron extrañaba nuestro hogar más que yo.

Esperaría un rato y los despertaría, era mejor si partíamos temprano para recorrer más camino durante el día, con suerte llegaríamos al bosque de Gunnar por la noche. Fui hacia la carpa de Zul para ver si aún dormía y me detuve en seco al ver que estaba vacía. Miré hacia los alrededores, no había rastros de él. ¿Dónde podría haber ido?

Miré el suelo detenidamente en busca de huellas hasta que logré encontrarlas. Busqué mi espada, mi capa y las seguí. No tenía sentido que despertara a Aiden, no había señales de peligro; si alguien lo hubiera secuestrado durante la noche nos habría atacado a todos, no solo a él.

Las huellas no iban muy lejos, zigzagueaban entre los árboles y se detenían abruptamente frente a unos grandes arbustos. Algo no andaba bien, a solo metros de donde me encontraba había otro par de huellas y no pertenecían a Zul. Tomé a Glace en mi mano mientras decidía qué hacer; se encontraban cerca, podía sentirlo. Me preparé para atravesar los arbustos cuando escuché un grito, era una mujer. Me agaché y me deslicé entre las ramas sigilosamente, al salir de las hojas pude ver lo que sucedía.

Zul yacía con su espalda contra el suelo y una mujer se encontraba parada frente a él. Pelo del color del fuego caía por sus hombros y su cuerpo se encontraba cubierto por una corta capa roja. Sorcha, sabía que era ella a pesar de que jamás la había visto.

El mago gritó palabras que no comprendí y un torbellino de aire se formó en el espacio que los separaba. El viento comenzó a soplar con fuerza de manera descontrolada, me aseguré de aferrarme bien al suelo para no revelar mi posición. La fuerte ráfaga obligó a Sorcha a retroceder. Pese a sus intentos de acercarse, Zul tomó un pequeño objeto que se encontraba a su lado y se puso de pie. Era una daga, podía ver el sol reflejarse en su hoja de acero. Luego todo ocurrió muy rápido. El mago arrojó la daga mientras recitaba un encantamiento, esta voló en el aire con la velocidad de una flecha envuelta en una llamarada de color azul. Sorcha cerró sus ojos anticipando su muerte en el mismo instante en que la daga se detuvo de manera abrupta frente a su pecho. Era como si un escudo invisible la hubiera detenido, miré hacia los alrededores buscando al responsable del conjuro pero el claro se encontraba desierto.

Un grito de victoria llenó al aire, Sorcha tomó la daga y tras decir unas palabras esta se consumió en llamas anaranjadas y se volvió cenizas. Zul dio un grito desesperado, la ráfaga de viento que surgió de la palma de su mano arremetió con fuerza contra la mujer y se convirtió en una brisa al llegar hasta ella. Su magia no funcionaba, había sentido la magnitud de la fuerza de sus anteriores hechizos y este último había sido un pálido reflejo de los demás. Deseé haber aprendido más sobre magia para poder comprender lo que pasaba. Zul era un mago poderoso pero no ganaría este encuentro. Sorcha se acercó a él y lo tomó por la camisa antes de que este pudiera evitarlo. No podía escuchar lo que parecía estar susurrándole al oído pero a pesar de la distancia a la que se encontraban pude notar que donde sus manos lo tocaban se iba convirtiendo lentamente en hielo. Debía actuar, no tenía otra opción. Cubrí mi cabeza con la capucha de la capa esperando que ocultara mi identidad, tomé la empuñadura de Glace con mayor fuerza y corrí de manera rápida y sigilosa hacia

Sorcha. No se percató de mi presencia hasta que me encontré a solo pasos de ella. En el momento en que se volvió hacia mí actué con rapidez produciéndole un profundo tajo en la pierna. Sus intensos ojos azules me impactaron, fijó su mirada en mí intentando ver el rostro que se escondía tras la capucha. Podría haber sido aún más silenciosa y atacarla sin que se percatara de mi presencia, pero mi maestro elfo me había enseñado que solo los cobardes atacaban por la espalda. Cayó de rodillas frente a mí con un grito de dolor.

—Adhara —dijo Zul mirándome con una mezcla de alivio y furia.

Llevé mi espada hacia su cuello para evitar que se moviera y volví mi mirada al mago para asegurarme de que se encontraba bien. No parecía tener ninguna herida grave pero había algo nuevo en sus misteriosos ojos grises, horror.

—¿Quién eres? —preguntó Sorcha.

No respondí, era mejor si no hablaba.

—Mátala.

Miré a Zul incrédula ante sus palabras. No podía matarla, quitarle la vida a alguien era un acto imperdonable para los elfos. Y dada la situación también era innecesario, no era una cuestión de vida o muerte. Nos encontrábamos en posición de poder, ella era la víctima. Solo consideraría matar a alguien en una situación de defensa extrema en donde no tuviera otra opción. Miré al mago y negué con la cabeza.

La reacción de Zul fue inesperada, se abalanzó sobre Sorcha y sujetó su brazo intentando inmovilizarla. No comprendía lo que estaba sucediendo hasta que el brazalete en forma de serpiente que llevaba en su brazo cobró vida y se abalanzó hacia mí enroscándose en mi brazo. Sentí sus colmillos atravesando mi piel y una aguda punzada de dolor me recorrió el cuerpo. Tomé la cabeza de la serpiente y de un fuerte tirón la arrojé hacia el aire y la corté en dos con Glace. Odiaba la magia y las artimañas que envolvían a aquella mujer pero aun así no podía matarla, sin importar cuanto lo deseara. Me dirigí hacia Sorcha y tras esquivar sus manos que intentaban tocarme deslicé la hoja de mi espada a través de su hombro causándole un profundo tajo. No gritó pero podía ver la agonía en su rostro mientras permanecía inmóvil frente a mí. Retiré la espada y me alejé de ella. El dolor en mi brazo se estaba volviendo difícil de ignorar, analicé la herida y me alivié al ver que la sangre parecía limpia, no había veneno.

—Ya no eres rival para mí, Zul Florian. Deberás matarme si quieres romper el sello —dijo Sorcha.

Miró al mago con desprecio y para mi sorpresa comenzó a correr hasta perderse de vista. Podía alcanzarla pero sería una pérdida de tiempo, Seith y Zafir seguro se encontraban cerca. Debíamos marcharnos antes de que nos encontraran.

—¿Te encuentras bien? —dijo Zul agitado mirando la herida.

—Estaré bien, la serpiente no era venenosa.

—Gracias, Adhara —dijo con una profunda gratitud en sus ojos.

—Me alegro que te encuentres bien Zul, pero no comprendo lo que sucedió. ¿Por qué se detuvo la daga frente a ella? Sorcha no detuvo el hechizo y no había nadie más allí. ¿Y a que se refería con que debes matarla para romper el sello? ¿Qué sello?

Zul evadió mi mirada pero pude ver el cambio en su expresión; no era enojo, era furia. ¿Había cometido un error al perdonarle la vida? Quería pensar que no, pero la mirada del mago me decía que sí.

—No quiero hablar de eso. Te debo una explicación y te la daré pero este no es el momento. Cuando contemos con más tiempo y tranquilidad te lo explicaré, Adhara —hizo una pausa y agregó—. No le menciones nada sobre la daga a Aiden, por favor.

Quería entender lo que había visto pero Zul parecía estar fuera de sí. La forma en que intentaba controlar su temperamento y se esforzaba por responder con tranquilidad, sus ojos turbios y su mirada inquietante me recordaban la manera en que me había sentido tras discutir y besarme con Aiden aquel día bajo la lluvia. Me pregunté si mi abuelo había visto lo perturbada que me encontraba con la misma claridad con la que yo lo veía en Zul.

—No diré nada, hablaremos de ello cuando te encuentres mejor —dije en tono amable.

—Gracias. Debemos cerrar esa herida, estás perdiendo sangre —dijo analizando mi brazo.

Arrancó de su capa un pedazo de tela y lo ató cuidadosamente sobre la herida para detener la sangre. Por el aspecto de su ropa era evidente que no le molestaba cortarla pero aun así era un lindo gesto. Moví un poco el brazo, el dolor era molesto pero soportable.

—¡Adhara!

Conocía esa voz y sonaba molesta, levanté la cabeza y vi a Aiden corriendo hacia nosotros con su espada en mano. Su expresión era seria y había mil preguntas en su rostro. Nos miró exigiendo una explicación y sus ojos se detuvieron en la sangre que recorría mi brazo.

—¿Qué sucedió? ¿Estás herida? —dijo sujetándome de los hombros y viendo si tenía sangre en algún otro lado.

—Estoy bien, es solo el brazo —le aseguré.

—Debemos irnos, Sorcha sabe que estamos aquí y los demás Nawas deben estar cerca —dijo Zul en tono urgente.

—¿Qué diablos sucedió aquí? —preguntó Aiden volviendo su mirada al mago.

—Te lo contaremos en el camino, no podemos quedarnos aquí —respondí.

Zul comenzó a correr de regreso y lo seguí, ninguno de los dos nos encontrábamos en el mejor estado para pelear si Seith o Zafir nos encontraban. Aiden

me tomó de la muñeca y tiró de mí para que corriera junto a él. No pude evitar una mueca de dolor cuando moví el brazo pero no pareció notarlo; su expresión era seria, comprendía la gravedad de la situación.

Aiden desarmó las carpas, mientras Zul y yo ensillábamos los caballos. Partimos al galope sin importar que el ruido de las ramas pudiera delatarnos. Continuamos durante horas sin siquiera parar para asegurarnos de que no nos estuvieran siguiendo. Daeron avanzaba a gran velocidad a través de los árboles y el pequeño caballo de Zul se esforzó por mantener el ritmo.

## LA CABAÑA

Aiden había insistido en varias ocasiones en que le contáramos lo sucedido, pero Zul reiteraba que era mejor no hablar y apresurarnos a llegar a Gunnar. Al ritmo que íbamos nos aseguró que a la noche llegaríamos al límite del bosque. El brazo aún me molestaba pero el pedazo de tela que el mago había atado a mi brazo había hecho un buen trabajo deteniendo la sangre. Aiden estaba molesto y el hecho de que me sostuviera de él con un solo brazo para dejar el otro en reposo no había pasado desapercibido. Sus continuos comentarios molestos se habían vuelto fáciles de ignorar, no podía dejar de pensar en lo que había ocurrido. Veía la daga volando por el aire como un destello azul y deteniéndose en el pecho de Sorcha en vez de perforarlo. Había sentido la intensidad de la magia, parte del poder que Zul se esforzaba por esconder. No tenía sentido, sabía que Sorcha pensó que moriría y no había tenido tiempo de actuar. ¿Quién había detenido la daga? Zul parecía más sorprendido que ella ante lo sucedido y parecía bastante determinado, dudaba que hubiera detenido el hechizo y yo no puede haberlo hecho, ni siquiera de forma inconsciente, apenas podía lograr conjuros básicos y sencillos.

¿Y a que se refería Sorcha con el sello? La magia era demasiado compleja, pero debía aprender más sobre ella. ¿De qué otra forma lograría vencer a nuestros enemigos cuando todos ellos se valían de la magia?

Al llegar al atardecer los caballos comenzaron a agitarse y nos vimos obligados a continuar al paso. Sabía que Daeron podía continuar galopando durante horas pero no quería cansarlo. Zul parecía más compuesto pero algo seguía mal en su mirada. Aiden parecía no poder contener su frustración.

—Dime qué sucedió Zul, dímelo ahora —dijo Aiden.

—Me desperté temprano y salí a caminar por los alrededores para decidir qué camino sería más rápido. Sorcha me encontró, peleamos y cometí un error con un hechizo. Adhara me salvó —respondió el mago en lo que aparentaba un tono tranquilo.

—¿Cómo pudiste ser tan imprudente? —preguntó en tono furioso al mago y luego se volvió a mí—. Debiste despertarme. ¿Por qué fuiste sola en su búsqueda?

No me agradaba que me hablara con aquel tono brusco.

—No sabía que se encontraba en peligro, las carpas estaban intactas y tú dormías profundamente, no había forma de que el enemigo lo hubiese secuestrado —respondí en tono severo—. Y como bien sabes, no te debo ningún tipo de explicación respecto a mis decisiones.

—No seas testaruda Adhara, esa herida en tu brazo se ve mal y podría haber sido peor. ¿Se dio cuenta de lo que eres? —preguntó Aiden de manera urgente.

—No lo creo, cubrí mi rostro y apenas hablé. A decir verdad creo que se

encontraba más interesada en Zul, aun después de que yo aparecí, su atención se concentró en él. Lo único que sabe con seguridad es que soy una mujer.

Al decir las palabras me di cuenta de la verdad en ellas. Sorcha no me había prestado demasiada atención, sus ojos azules se habían fijado en Zul la mayor parte del tiempo. Era como si eliminar al mago hubiese sido su único objetivo y ni siquiera mi repentina aparición la había podido distraer de él. Observé a Zul para contemplar el efecto de mis palabras y para mi sorpresa su mirada se encontraba fija en la mía.

—Eso es bueno, pensarán que eres un aprendiz o algo. ¿Utilizaste magia? —continuó Aiden.

—No, te lo he dicho, no soy buena con la magia. Utilicé mi espada, apenas vio el primer ataque y el segundo... Digamos que podría haber hecho un mejor esfuerzo en reducir la velocidad y entorpecer mi técnica pero la treta con aquella serpiente me enfureció tanto que no pude evitarlo —dije enfadada al recordar lo sucedido.

—¿Qué serpiente? —preguntó Aiden de manera curiosa.

—Un hechizo, el brazalete en su mano se transformó en una serpiente y atacó su brazo —respondió Zul—. Ocurrió demasiado rápido, lamento no haberla detenido a tiempo, Adhara.

—Debo admitir que incluso a mí me sorprendió, no estoy acostumbrada a ese tipo de tretas. Los elfos jamás se valdrían de algo así —respondí.

—¿Era venenosa? —preguntó Aiden alarmado volviéndose a mí de forma repentina.

—No, no lo era —respondí en tono tranquilo.

Ahora que lo pensaba ni siquiera estaba segura de que se tratara de una serpiente real. Sabía que la magia podía transformar un objeto o un animal en otro pero no crear uno. Nunca había oído de alguien que transformara un objeto en un animal, los elfos jamás lo harían. Este era otro tipo de magia, magia oscura empleada con fines egoístas que carecían de respeto hacia los seres vivos.

—¿Cómo logró escapar? —preguntó Aiden pensativo—. A juzgar por tu relato tenías la situación bajo control.

—Huyó, corrió como una cobarde. Podría haberla alcanzado pero no vi la necesidad de hacerlo.

Aparté mi vista de él y le sugerí que volviera su vista al camino. Aiden no juzgaría lo sucedido; mientras Zul y yo peleamos contra aquella Nawa, él se encontraba plácidamente dormido. No pude evitar preguntarme qué hubiera sucedido si Aiden hubiese llegado durante el duelo.

—¿Por qué no acabaste con ella?

Miré hacia al costado sorprendida y me encontré con dos misteriosos ojos grises, su mirada era intensa e intentaba aparentar serena pero también parecía acusadora.

—No está en mí decidir sobre quién vive y quién muere, Zul. Si no te molestaba

tomar la decisión debiste hacerlo tú —respondí molesta ante su acusación.

—Deberás aprender a tomar la decisión si quieres sobrevivir. Sorcha es maligna y tú lo sabes, desperdiciaste la oportunidad de acabar con uno de nuestros enemigos —dijo el mago aún sin suavizar su mirada.

—Sé que es nuestra enemiga y créeme que el pensamiento cruzó mi mente pero no pude hacerlo. Quitarle la vida a alguien es un acto imperdonable para los elfos. Haré lo necesario cuando mi vida dependa de ello, pero en este caso ella se encontraba indefensa, no yo —hice una pausa y agregué—. Tú no pudiste hacerlo, ¿por qué me lo exiges a mí?

El mago apartó la mirada y permaneció pensativo. Algo cambió en su expresión. Se encontraba enfadado pero parecía ser más consigo mismo que conmigo. Lo había salvado, no podía objetarme no haber cumplido con su pedido.

—Tienes razón, Adhara. En verdad aprecio lo que has hecho por mí —dijo el mago con una breve sonrisa.

Sus ojos se posaron en los míos por unos segundos, luego adelantó su caballo y no volvió a hablar. Sabía que ocultaba algo, algo que lo atormentaba. Sus poderes se habían visto reducidos y, tarde o temprano, Sorcha nos encontraría y se enfrentarían de nuevo. Esperaría a que se sintiera mejor y le insistiría en que me cuente la verdadera historia.

Mis pensamientos se volvieron a Aiden, no había emitido una sola opinión durante mi discusión con Zul y eso era extraño. Él siempre tenía una opinión, aun cuando no quisiéramos oírla. Y su furia parecía haberse evaporado; pensé que lo escucharíamos sermonearnos por horas pero no parecía tener ganas de hablar. Su cuerpo se había vuelto más rígido, su expresión sombría y algo parecía molestarlo profundamente. No podía ver bien su rostro porque se encontraba delante de mí, pero por unos breves segundos creí ver tristeza en su mirada. Observé al mago y comparé su expresión con la de Aiden, ambos parecían estar envueltos en algún agonizante pensamiento. Era la primera vez que lo veía en aquel estado, era Zul quien constantemente parecía sufrir una pesada carga, no él. Humanos, su comportamiento no tenía sentido. Escapamos de Sorcha victoriosamente y en vez de alegrarse de ello parecían vencidos.

Avanzamos el resto del día hasta que los últimos rayos del sol desaparecieron y un manto de estrellas cubrió el cielo. El bosque ya no era el mismo, los árboles eran diferentes, sus troncos, más bajos y gruesos, y las ramas, secas y sin hojas, se enredaban entre sí. A medida que nos adentrábamos se volvió más oscuro, las ramas formaban una especie de techo sobre nosotros y la luz de la luna no lograba pasar a través de ellas. Debíamos estar entrando en el bosque de Gunnar. Daeron comenzó a observar a su alrededor y a caminar en forma más sigilosa. Sus orejas, que solían estar relajadas, se encontraban paradas atentas a todo ruido que se escuchara en los

alrededores. Ya no había conejos, ardillas y ciervos observándonos desde su escondite. En cambio pude distinguir alces, zorros y juraría haber visto un oso a la distancia. A medida que nos adentrábamos más en la noche la temperatura comenzó a descender, era mucho más frío que el bosque del que veníamos. Pensé en Tarf y en su pelaje anaranjado, los zorros que había visto aquí tenían pelajes grises y blancos.

Aiden y Zul parecían haber vuelto a la realidad, se encontraban atentos y alinearon los caballos para avanzar juntos a paso moderado. El mago parecía conocer el camino, lo cual me sorprendió, todo se encontraba demasiado oscuro como para poder orientarse. Aiden me tomó del brazo para que me sujetara de él con mayor fuerza, no le gustaba estar aquí y miraba al mago con desconfianza.

Quería negar el hecho de que él y yo pudiéramos compartir un pensamiento, pero me costaba creer que alguien hubiese construido una cabaña aquí. Los animales eran más salvajes, debía ser oscuro incluso de día y había una clara advertencia de peligro en la atmósfera del lugar. Hasta el más tonto de los humanos se daría cuenta de que este no era un buen lugar para vivir, no había duda de eso. Un fuerte aullido rompió el silencio de la noche y los caballos se detuvieron en seco, llevé mi mano hacia la empuñadura de Glace y pude ver a Aiden haciendo lo mismo con su espada. Zul se volvió hacia nosotros indicándonos que nos tranquilizáramos con un gesto de su mano. Aiden no parecía estar dispuesto a soltar la espada y por segunda vez en el día coincidía con él.

—Es un lobo, no un Garm —susurró el mago.

Continuamos avanzando en forma cuidadosa sin bajar la guardia. No le tenía miedo a un par de perros pero la oscuridad jugaba a su favor y aún sentía dolor en mi brazo. Los aullidos continuaron durante un largo rato poniendo nerviosos a los caballos. Un nuevo ruido irrumpió en la noche, sonaba parecido a un aullido pero no lo era, permanecemos en silencio escuchando atentos, era un ladrido. Zul retrocedió y detuvo su caballo delante de Daeron, su mano levantada en dirección a los árboles que se elevaban frente a él. Vi un destello entre las sombras y a continuación cuatro grandes siluetas comenzaron a hacerse visibles, dejaron su escondite detrás de los árboles y comenzaron a avanzar hacia nosotros. A lo lejos parecían cuatro grandes osos pero a medida que se acercaban su forma se volvía más clara bajo la poca luz que lograba filtrarse entre las ramas. Eran perros. Su forma era similar a la de los lobos pero su cuerpo era más ancho, sus patas más grandes, su hocico más chato y sus orejas eran largas y caídas. Los cuatro poseían un pelaje negro que los ayudaba a camuflarse con la noche.

Aiden desmontó de un salto y levantó su espada en el aire de forma amenazante. ¿Acaso quería que lo mataran? En el suelo se encontraba en desventaja y jamás lograría escapar de ellos corriendo. Tomé su capa y tiré de ella para que se subiera al caballo.

—No lograremos pasar. Debemos pelear y escapar en cuanto tengamos la oportunidad —dijo Aiden—. Zul, los dos de la derecha son tuyos, los otros dos son míos.

El mago asintió y desmontó quedando a solo centímetros de los feroces perros.

—Yo pelearé también —protesté tomando la espada con mayor fuerza.

—No te atrevas a poner un pie en el suelo, Adhara. Tu brazo se encuentra herido y no te pondré en más peligro —dijo Aiden en tono cortante—. Aguarda allí. Zul y yo nos encargaremos de ellos.

No podía cumplir con lo que me pedía cuando podía ver aquellos grandes colmillos y letales garras que amenazaban con hacernos pedazos. No sabía si la magia de Zul funcionaría, y en cuanto a las habilidades de Aiden sabía que era bueno, pero no sabía si lo suficientemente bueno como para derrotar a los grandes perros.

Los Garms se abalanzaron sobre nosotros como acechantes sombras desprendiéndose de la oscuridad. Sus rabiosos ojos destellaban en la noche, lo que hacía más fácil poder verlos. Zul se mantuvo firme en su lugar y aguardó mientras uno de las Garms saltaba sobre él. Por un segundo pensé que no lograría detenerlo pero, antes de que las garras del animal destrozaran su hombro, un destello de luz plateada chocó contra su cuerpo y el perro voló por los aires en dirección a un tronco. El aullido de dolor heló mi sangre. Los demás Garms corrieron hacia Aiden, se movían tan rápido en la oscuridad que apenas lograba verlos. Desmonté y me paré a su lado con la espada en alto.

Aiden maldijo al verme pero antes de que pudiera decir algo una de las bestias se arrojó sobre él y apenas consiguió esquivarlo. Giró sobre sus pies y antes de que el perro pudiera volverse lo atacó causándole una herida en una de sus patas. Eso no sería suficiente para detenerlo, el espíritu de estos perros era demasiado salvaje, para ellos era matar o morir. Intenté advertírsele pero oí una pesada pata golpear contra el suelo a solo centímetros de mí justo a tiempo para ver al diabólico animal saltar encima mío. Estaba a punto de girar hacia la derecha cuando sentí un ladrido proveniente de la oscuridad a mí alrededor. Otro Garm se encontraba cerca de mí y no podía verlo. Tomé la empuñadura con fuerza con una mano, agarré el extremo del filo de la espada con la otra y, utilizando a Glace como escudo, la sostuve en el aire frente a mí para detener los colmillos del animal que se encontraban a centímetros de mi cuello. Su mandíbula golpeó contra el acero de la espada con tal fuerza que caí hacia el suelo de espaldas con el Garm encima de mí. Recurrí a toda mi fuerza para mantener la espada en su lugar mientras la gigantesca bestia se esforzaba por morderme. Mi brazo me dolía terriblemente, las garras del animal rasguñaron mis hombros en su desesperado intento por apartar la espada y acabar conmigo. Era demasiado pesado como para intentar apartarlo y a cada instante mis fuerzas flaqueaban y su mandíbula se acercaba más a mi cuello. Mi último recurso era la

magia y no podía valerme de ella, los encantamientos que sabía protegerían mi mente pero no mi cuerpo.

Un aturdidor ladrido fue la única advertencia de la bestia que me acechaba, el otro Garm aún se encontraba allí. Vi sus terribles ojos destellando en la oscuridad. El pánico se apoderó de mí, no había forma de que pudiera defenderme de esta nueva amenaza. Apenas conseguía detener al Garm que se encontraba sobre mí. Intenté mirar a mi alrededor en busca de ayuda pero solo veía oscuridad, los podía oír peleando pero no podía verlos. Tenía la impresión de que había más perros además de los primeros cuatro y me pregunté cuántos serían. La bestia se preparó para embestirme, pateé con lo que quedaban de mis fuerzas al Garm que me mantenía cautiva, este aulló de dolor pero no se movió. Volví mi vista desesperada a mi nuevo atacante, sus garras rozaron mi piel cuando una espada lo atravesó y cayó golpeando el suelo. Era Aiden. El Garm gruñó y cubierto en sangre intentó levantarse, Aiden lo ignoró y de un fuerte empujón quitó al gran perro que se encontraba sobre mí. Aliviada me puse de pie y contemplé la situación. No podía ver a Zul pero lo escuchaba batallar cerca con uno de los animales, sus gritos resonaban en los árboles haciendo eco. Aiden lanzaba ataques contra el veloz perro sin éxito, este evitó todos sus ataques y se abalanzó hacia él mordiendo su pierna. No podía permitir que lo lastime, Aiden me había rescatado, había salvado mi vida. Al ver la expresión de dolor en su rostro sentí una extraña sensación dentro de mí. Una sensación profunda, inquietante y perturbadora. Sentí como si su dolor me provocara dolor a mí, no había otra manera de describirlo. Blandí mi espada frente al Garm obligándolo a retroceder, este gruñó y retrocedió unos pasos de mala gana.

—Aiden, ¿te encuentras bien? —pregunté sin apartar la vista del animal.

—Apenas logró atravesar la bota, es solo un rasguño —dijo respirando de manera agitada.

Había ira en los ojos del gran perro, su pelo se encontraba erizado y mostraba sus dientes en forma amenazante. Permanecí entre Aiden y el Garm, me obligué a calmarme y aguardé con Glace en mis manos, sabía que pronto atacaría de nuevo.

No me equivocaba, el diabólico animal se balanceó hacia atrás y luego dio un gran brinco hacia adelante. Me preparé a repeler su ataque cuando sentí una mano en mi hombro. Aiden me apartó de un empujón con la espada lista en su mano. Lo miré perpleja, molesta ante lo que había hecho. Una gran roca voló desde la oscuridad e impactó contra el cuerpo del Garm tirándolo al suelo y aplastándolo. Zul. Me volví y vi al mago salir ileso de entre los árboles, sus ojos peligrosos como siempre, su expresión segura. Era la primera vez desde que lo conocía que se veía seguro y victorioso. No parecía haber más perros, solo quedaba el Garm que Aiden había herido, el mago hizo un gesto para que me quedara allí y fue a enfrentar al animal.

—¿Jamás harás lo que te pido? —preguntó molesto.

Aiden me tomó de los hombros y tocó los largos rasguños. No eran tan profundos como parecían, me ardían un poco pero confiaba en que la sensación pasaría en unas horas. El brazo era lo que realmente me dolía, la herida se había abierto y el pedazo de capa del mago se encontraba cubierto en sangre.

—Mientras tus pedidos sigan siendo irracionales y caprichosos, no. No lo haré —respondí sonriendo—. Gracias por ayudarme, me encontraba en una situación difícil para defenderme.

—¿Difícil? Yo diría imposible —dijo Aiden devolviéndome la sonrisa—. Gracias a ti también.

Mis ojos se perdieron en los suyos, era como si una fuerza mayor me llevara hacia él.

—El empujón fue algo brusco además de innecesario —dije recordando su agresión.

—No había tiempo de ser sutil. No quiero que intentes protegerme, yo te protegeré a ti —hizo una pausa y puso una mano sobre mi mejilla—. Jamás dejaré que te dañen.

La sinceridad en sus palabras y la intensidad de su mirada me desarmaron. Lucía cansado y agitado, su respiración acelerada. Y aun así, lucía hermoso. Sentir la calidez de su mano en mi mejilla hizo que se acelerara mi propia respiración.

Un fuerte alarido interrumpió mis pensamientos y ambos nos volvimos. Zul había acabado con el último de los Garms. El mago caminó hacia nosotros con paso veloz y seguro. Su ropa se encontraba rasgada y estaba transpirado pero no veía heridas. Habíamos sobrevivido a los diabólicos perros.

—¿Cómo se encuentra tu brazo?

—Ha estado mejor, pero estaré bien —le aseguré—. ¿A cuánto estamos de la cabaña?

—En una hora estaremos allí —respondió Zul—. Has demostrado un gran coraje hoy, Adhara.

Para mi sorpresa el mago tomó mi mano y la besó. La situación me resultó extraña pero me sentí halagada. Zul no dejaba de sorprenderme, había tantos aspectos de su personalidad que no conocía. La forma en que hablaba era como si no hubiera esperado otra cosa de mí.

Aiden miró al mago de una forma que inspiraba miedo y este soltó mi mano.

—Te dije que no era seguro venir aquí —dijo en tono molesto—. Tuvimos suerte de que no eran tantos.

—Lo peor ya ha pasado, dudo que encontremos más en lo que resta del camino —replicó Zul.

—Debemos darnos prisa. En cuanto lleguemos limpiaré tu herida, Adhara. Tengo vendas en la alforja —dijo Aiden.

Me tomó del brazo con suavidad y me llevó tras él hasta Daeron. Había compostura en su expresión pero su mirada indicaba lo contrario. El gesto del mago lo había molestado; me pregunté si eran celos.

Recorrimos lo que nos faltaba de camino y, tal como había dicho Zul, tardamos una hora en llegar allí. La cabaña era chica, vieja y lucía sombría en la oscuridad. Era extraño verla en el medio del bosque sin ninguna otra construcción cerca. Zul sacó una llave de entre su capa y tras un fuerte crujido la puerta se abrió. La madera no solo se encontraba vieja sino que tenía pequeños hoyos en ella. El mago nos pidió que aguardáramos y se adentró en la habitación. Aiden parecía tenso a mi lado, aún no confiaba en que la cabaña fuera segura. Esperaba que aquí finalmente pudiéramos descansar. Debíamos planear lo que haríamos y debía encontrar una manera de enviarles un mensaje a Iara y Helios para que se fueran de Naos. Tarde o temprano el enemigo se enteraría de mí y sus vidas serían las primeras en correr riesgo.

Zul dijo unas palabras y una gran cantidad de velas se prendieron al unísono iluminando la habitación. Era diferente a lo que esperaba. La sala era espaciosa y se encontraba razonablemente limpia, había un hogar con dos viejos sillones azules frente a él y un estante con varios libros.

Fui hacia uno de los sillones y me desplomé sobre él sosteniendo mi brazo contra mí para no manchar nada con sangre. Aiden examinó el lugar y luego salió por la puerta y regresó unos minutos después con nuestras bolsas de viaje. La sala se encontraba helada, era la primera vez que experimentaba clima frío en Lesath, el resto de los lugares en donde había estado habían sido cálidos. Zul volvió con leña en sus manos y tras acomodarla en el hogar susurró unas palabras. El fuego surgió de manera tan repentina que me sorprendió, no parecía haber ningún problema con su magia.

Aiden se sentó a mi lado con vendas en su mano y tomó mi brazo con suavidad, su mirada se volvió turbia en cuanto vio la sangre seca sobre mi piel. Recordé la manera en que me había sentido cuando aquel Garm había mordido su pierna y me pregunté si él también sentiría mi dolor como yo el suyo.

—Aguarda aquí, iré a buscar agua para limpiar la herida —dijo Aiden.

—La cocina está allí y hay una habitación con una cama por aquella puerta —dijo Zul—. Adhara puede dormir en la habitación, y tú y yo dormiremos aquí, Aiden.

—De acuerdo —respondió.

No tardó en regresar con un paño mojado y limpió mi herida en forma delicada. Me ardía en los lugares en donde me habían rasguñado los Garms, pero me encontraba demasiado cansada como para quejarme. Cerré mis ojos y confié en que Aiden trataría la herida de forma correcta, parecía ingeniárselas bien por sí solo. La serpiente carecía de veneno pero la profundidad de la herida me había debilitado. Todo el esfuerzo que había hecho por sostener la espada tenía consecuencias y estaba

comenzando a sentir las. Sentía el cuerpo cansado, pesado y cada movimiento que hacía con el brazo significaba una agonía. La sensación era abrumadora y desconocida. No perdí la calma, solo necesitaba un poco de reposo y nos encontrábamos seguros allí.

Aiden me levantó en sus brazos y me llevó hacia la habitación que Zul le había indicado; estaba despierta pero demasiado cansada como para abrir los ojos. El colchón era cómodo y confortante, sonreí sin poder evitarlo. Sentí su mano acariciar mi pelo mientras me daba un beso de buenas noches en la frente, lo oí ponerse de pie y sin estar consciente de lo que hacía tomé su mano en la mía para evitar que se fuera.

Al abrir los ojos la mañana trajo consigo incertidumbre, no lograba recordar con claridad lo que había ocurrido luego de que llegáramos a la cabaña. Alguien estaba tomando mi mano, me asombré al ver a Aiden durmiendo acostado en el piso a un lado de la cama, nuestros dedos entrelazados. Pudiendo haber dormido cómodo en uno de los sillones había optado por pasar la noche en el suelo para cuidar de mí. Gestos como ese eran difícil de ignorar, sabía que el lazo entre nosotros se estaba volviendo más profundo, más fuerte, podía sentirlo. Era algo nuevo, diferente de todas las emociones que había experimentado en Alyssian. Intenté soltar su mano cuidadosamente pero en ese momento sus ojos se abrieron. Permaneció unos segundos quieto y luego su mirada se volvió hacia mí.

Zul entró en la habitación y al ver que nos encontrábamos despiertos nos indicó que fuéramos a la cocina a comer algo. Había algo inquietante en su mirada, no estaba segura de lo que era. Salió de la habitación de la misma forma sigilosa en la que había entrado. Aiden se puso de pie y lo siguió sin decir nada.

Analiqué mi brazo para ver en qué estado se encontraba, aún sentía dolor pero ya no era tan punzante como ayer, la herida parecía estar sanando correctamente. Las marcas de los Garms seguían allí, pero no me ardían. Tomé mi bolsa de viaje y busqué uno de los vestidos élficos que había traído, no debía montar, ni luchar, ni ensuciarme así que aprovecharía la ocasión. No tenía un espejo para observar el resultado pero sabía que su claro color resaltaba mis ojos. No tenía dudas de que con aquel vestido parecía más elfa que humana pero tenía el presentimiento de que hoy sería un día tranquilo, nuestros enemigos no nos encontrarían.

Al llegar a la sala pude sentir ambas miradas sobre mí, intenté no mirarlos a los ojos para evitar sonrojarme. Había flores en la mesa y todo tipo de frutas cortadas en rodajas. Miré a Zul perpleja ante su esfuerzo y este me devolvió una sonrisa. Aún había algo inquietante en su mirada pero parecía estar de mejor humor.

Aguardé a que termináramos de comer para discutir lo que pasaría con mis abuelos, el ambiente era tan pacífico que me daba pena regresar a la realidad y a nuestros problemas pero debíamos aprovechar la oportunidad para encontrar soluciones. Debíamos dejar de escapar y decidir lo que haríamos. Era hora de que

convirtiéramos a los warlocks en víctimas y dejáramos de serlo nosotros.

—Debemos hablar sobre lo que haremos, no podemos seguir escapando. Tarde o temprano descubrirán lo que soy y para entonces necesito que mis abuelos se encuentren en un lugar seguro. Aiden, el día que fuiste por mí para evitar que Seith me encontrara me prometiste que volveríamos por ellos cuando me encontrara segura —dije mirándolo fijamente.

—Es verdad y cumpliré mi promesa. Pero creo que es mejor si les enviamos un mensaje, si tú misma vas en su búsqueda solo los pondrás en mayor peligro —respondió en tono tranquilo.

—Aiden tiene razón —dijo Zul—. Me comunicaré con Talfan y le contaré lo sucedido. Él nos dirá qué hacer y adónde enviar a tus abuelos.

El mago dejó la habitación y regresó con un viejo pergamino y una pluma en sus manos. Lo extendió sobre la mesa y puso una vela blanca en cada uno de los extremos del pergamino y tras recitar unas palabras las velas se prendieron. Luego tomó la pluma y comenzó a relatar en el pergamino lo ocurrido desde que nos encontró en la posada de Goewyn. Una vez que terminó de escribir las palabras desaparecieron. Conocía este tipo de magia; los elfos utilizaban un método similar para comunicarse a distancia. La respuesta tardó en llegar pero finalmente las palabras comenzaron a aparecer en el pergamino una tras otra.

Las estrellas nos han bendecido. Adhara es la única que puede liberar a Ailios. Solo los warlocks conocen la ubicación precisa adónde se encuentra. Deben infiltrarse en el castillo y conseguir el mapa; el baile de máscaras es una buena oportunidad para que puedan entrar sin ser reconocidos. Una vez que lo consigan vengan hacia Saiph, los estaré esperando.

Aiden maldijo en voz baja, las instrucciones parecían no agradarle. Infiltrarnos en un baile de máscaras sonaba divertido, jamás había asistido a un evento así y desconocía toda esa parte del mundo de los hombres. Zul esperó a que las letras desaparecieran y respondió.

Es arriesgado, pero no hay otra opción. Lo haremos. ¿Qué hay de los abuelos de Adhara? Debemos enviarlos a un lugar seguro.

Las palabras desaparecieron y esta vez la respuesta llegó rápidamente.

Envíalos conmigo. Será un honor hospedar a los familiares de esta valiente joven. Estarán a salvo aquí.

Zul me miró esperando mi aceptación antes de responder. Si Talfan y Zul se las había ingeniado para permanecer ocultos todos estos años no podía pensar en un lugar más seguro que su hogar. Asentí con la cabeza de inmediato.

—Estoy seguro de que Iara, Helios y Tarf estarán bien allí. Y una vez que consigamos el mapa podrás reunirte con ellos —me aseguró Aiden poniendo una mano en mi hombro de manera afectuosa.

—Eso espero. ¿Cómo haremos para enviarles un mensaje?

—Me encargaré de ello, escríbeles una carta y yo intentaré dibujar un mapa para que sepan cómo llegar adonde se encuentra Talfan —dijo el mago.

Aiden parecía tener mucho que decir pero antes de que pudiera comenzar Zul le hizo un gesto para que aguardara. Una vez que la carta y el mapa estaban listos el mago se paseó por la habitación pensativo.

—Nunca fui a Naos, no puedo hacerlos aparecer con magia en un lugar en el que nunca estuve y debemos ser sigilosos —dijo más para sí mismo que para nosotros.

Le tomó un rato encontrar la solución, recitó un conjuro y una pequeña forma apareció en medio de la sala, no pude ver de qué se trataba hasta que su figura se encontró clara y completa. Era un chacal. Su pelaje era una mezcla entre marrón y negro y sus puntiagudas orejas se erigieron atentas en nuestra dirección. Miré al mago confundida, seguía convencida de que no se podía crear animales de la nada.

—No es real, es una sombra que tomó la apariencia de un chacal verdadero. Un pájaro es más vulnerable a la vista y con un sobre en su pico llamaría la atención. Por lo que oí, Naos se encuentra repleto de chacales, pasará desapercibido —Zul se volvió al animal y le habló en tono claro—. Sabes adónde debes ir, quiero que seas veloz y sigiloso, entra en la casa de noche y entrégale este sobre a las personas que viven allí.

El chacal dejó escapar un pequeño aullido y tomó el sobre de forma cuidadosa entre sus dientes sacándolo de la mano del mago. De no haber sabido que Zul lo había conjurado jamás habría adivinado que no era real, el parecido era asombroso. Lo seguí hasta la puerta y vi como desaparecía en el bosque, era más veloz que un verdadero chacal.

—Sabremos cuando lo haya entregado porque el hechizo llegará a su fin y lo sentiré.

—Gracias, Zul.

—No tienes nada que agradecer —respondió.

—Ahora que enviamos el mensaje debemos concentrarnos en lo que sigue. Entrar en el castillo y dentro de la cámara del Concilio de los Oscuros es suicidio, nos descubrirán —dijo Aiden—. El mapa podría estar en cualquier lado, nos llevaría horas encontrarlo y dudo que contemos con ese tiempo.

—El baile de máscaras es la ocasión perfecta, de seguro la cámara se encontrará

vacía y nadie nos reconocerá. Es nuestra única opción Aiden, sin el mapa jamás encontraremos a Ailios —respondió el mago.

Entendía por qué Aiden se rehusaba, todos nuestros enemigos reunidos en un solo lugar era una amenaza que solo un idiota ignoraría. No había forma de que nosotros tres derrotáramos a los cinco warlocks más Seith, SORCHA y Zafir. Cada vez que pensaba en su nombre mi mente se perdía en la oscuridad. Seith, solo lo había visto por unos breves segundos y su imagen no cesaba de acecharme desde entonces.

—¿Qué opinas, Adhara? —preguntó el mago analizando mi expresión.

—Si es la única opción de conseguir el mapa, no tenemos otro camino. Pero si nos descubren no podremos vencerlos, todos nuestros enemigos se encontraran allí —respondí.

—Eso no es seguro, los warlocks estarán allí pero Seith, SORCHA y Zafir no atienden esa clase de eventos. El Concilio de los Oscuros los quiere lejos de los ojos de la sociedad —replicó Zul—. Y corremos con una ventaja; con las máscaras no nos reconocerán.

Con Seith fuera de la cuestión, la idea parecía menos peligrosa e incluso posible. El propósito de ocultar nuestra identidad en un evento de aquella magnitud era tentador. Toda mi vida me había preguntado cómo sería el mundo de los hombres. Esta era una oportunidad inusual pero también engañosa. Lo que vería no sería del todo real, la reina Lysha solo era una marioneta de los warlocks, todo sería un escenario diseñado para satisfacer los deseos de los nobles y evitar sospechas de lo que realmente pasaba. Lo que las personas veían como la gentileza de una joven en verdad era la ambición de cinco oscuras almas.

—Adhara no vendrá con nosotros. No discutiré ninguna otra posibilidad, considérenlo un hecho —dijo Aiden en tono firme.

—Iré, no puedes evitarlo. Soy parte de esto también Aiden, si ustedes están dispuestos a enfrentar ese peligro, también yo —respondí en tono amenazante.

Debí verlo venir.

—Lo siento Adhara, pero estoy de acuerdo con Aiden. Es demasiado arriesgado, si algo te sucediera todo estaría arruinado —dijo Zul.

Lo miré incrédula, que Zul tomara el lado de Aiden sí era algo inesperado. ¿Cómo podía estar de acuerdo con él?

—¿Cómo te atreves? A diferencia de él, tú conoces mis habilidades. Si no fuera por mí ni siquiera estarías aquí —dije indignada—. Creí que nos entendíamos, Zul.

El mago se acercó a mí y me tomó de los hombros.

—No estoy poniendo tus habilidades en duda. Tú misma lo dijiste, si nos descubren no podremos vencerlos, solo estoy intentando mantenerte a salvo —dijo.

Antes de que pudiera responder, Aiden se interpuso entre nosotros.

—Que sus palabras no te engañen, él no intenta protegerte a ti sino a su misión.

Puso tu vida en riesgo desde el momento en que pidió tu ayuda pero no puede dejar que mueras antes de que hagas lo que necesita —replicó Aiden furioso.

Zul apartó a Aiden del camino con un empujón y este se abalanzó sobre el mago empujándolo con más fuerza. Corrí hacia Aiden y lo sujeté para evitar que causara más daño, tomé su brazo y tiré con fuerza para mantenerlo en su lugar. Esto pareció tranquilizarlo.

—No negaré que pensaba de esa manera cuando la conocí, Adhara lo sabe. Pero ya no es así. En verdad me importa y no quiero que la dañen —replicó el mago—. Cuida tus palabras, Aiden, tú no eres el único bueno aquí.

Sabía que decía la verdad, no estaba segura de lo que había provocado el cambio, pero sabía que no me veía de la misma manera. Aiden maldijo pero parecía más calmado, lo dejé ir y me puse delante de él. Sostuvo mi mirada por un largo rato y luego salió de la cabaña sin decir una palabra.

Durante el resto del día Zul intentó enseñarme hechizos defensivos. No me resultó fácil pero luego de mucha práctica comencé a entender cómo funcionaban; todo dependía de una combinación de concentración y armonía mental que eran difíciles de lograr. Podía sentir la magia fluir en mí cuando hacía el hechizo de manera correcta. Zul era un mejor maestro que Celaneo, sus explicaciones eran más fáciles de seguir. Celaneo era un elfo que sabía mucho sobre magia y había sido mi maestro en Alyssian. Les había enseñado a muchos jóvenes elfos a controlar su magia pero por alguna razón su actitud conmigo había sido diferente. No se esforzó por enseñarme, creyendo que no sería capaz de hacerlo. Él había sido gran parte de la razón por la cual había decidido dedicar mi tiempo a la espada.

En dos ocasiones intentó utilizar hechizos que me impactaron físicamente y logré repelerlos. No le encontraba la misma emoción que sentía cuando tenía una espada en mi mano pero reconocía que me serían útiles y esenciales para mi supervivencia.

El mago no parecía alterado por su pelea con Aiden. Una vez que terminamos de practicar fue hacia la cocina y comenzó a juntar los ingredientes para preparar la cena. Conocía bien el lugar y se encontraba familiarizado con la ubicación de cada cosa, estaba a gusto, como si fuera su hogar. Me acerqué a él y le ofrecí mi ayuda, me gustaba cocinar y era bastante buena para ello. Mi paladar se había acostumbrado a la comida que preparaban los humanos, aún no aprobaba algunas especias ni que hirvieran las papas pero ya no me disgustaba su gusto. Mientras cocinábamos lo ojeaba de a ratos esperando que sacara el tema de lo que había ocurrido con Sorcha pero no parecía tener ganas de hablar. Apenas podía contener mi curiosidad, no me gustaba no comprender lo que había ocurrido, era frustrante. Tal vez si comenzaba hablando de otro tema la conversación eventualmente llegaría a lo que quería saber.

—Pareces muy a gusto aquí, Zul —dije casualmente—. ¿Cómo encontraste esta cabaña?

El mago pareció dudar por unos segundos pero luego su expresión se ablandó.

—Hace seis años volví a Nuskan, el pueblo en donde nací, a buscar información sobre mis padres, quería saber cómo eran y dónde habían vivido. Luego de investigar durante mucho tiempo descubrí que mi padre era un minero y tenía una cabaña en el bosque de Gunnar. Muy poca gente sabía sobre ella y al no saber quién era se rehusaron a darme información. Me costó encontrarla pero lo hice y desde entonces vengo aquí seguido. Hay algo aquí que me hace sentir bien.

Comprendí de lo que estaba hablando, me imaginé que debía tener una sensación similar a la que yo había tenido en la casa de mis abuelos. Una sensación de pertenencia a pesar de no haberlos conocido durante la mayor parte de mi vida. Zul continuó contándome acerca de sus padres, Caela y Elian Florian. Las personas de Nuskan que los recordaban le habían dicho que habían sido personas gentiles, siempre dispuestas a ayudar. Me contó que su madre había sido buena bordando y confeccionaba vestidos. Y por lo que había oído de su padre, solía ausentarse con frecuencia para ir a las minas, pero cuidaba de su familia y trabajaba duro por ellos.

Una vez que terminamos de cocinar me llevó hasta la sala, fue hacia el estante de libros y volvió con un viejo libro de tapa roja. Al abrirlo sacó un pequeño retrato pintado a mano y me lo entregó cuidadosamente ya que el papel parecía desgastado y frágil. Era una pareja con una niña que no parecía tener más de dos años y un bebé. La mujer sin duda era la madre de Zul. Su largo pelo negro caía ondulado sobre sus hombros y sus enigmáticos ojos grises hacían resaltar su bello rostro, era una mujer hermosa. Su padre también tenía pelo oscuro pero sus ojos eran azules y su rostro poseía rasgos más fuertes que los de su hijo. Las miradas de ambos eran cálidas y gentiles. La niña era una réplica de su madre y el bebé, que en ese momento era Zul, dormía plácidamente en sus brazos. Al ver sus caras tuve una sensación de angustia, parecían tan felices y seguros de su futuro juntos. Los warlocks habían destruido a su familia, comprendía porque se esforzaba tanto por cumplir con lo que se había propuesto y buscar la manera de acabar con ellos. Miré al mago, percibí tristeza en él mientras veía la imagen de sus padres pero su rostro no la reflejaba. Debía haber visto el retrato cientos de veces.

—¿Por qué no llevas el retrato contigo en vez de dejarlo aquí? —pregunté con curiosidad.

—Lo pensé en varias ocasiones, pero Zada piensa que pertenece aquí con las cosas de mi padre y estoy de acuerdo con ella —respondió Zul.

—¿Zada?

—Mi hermana, es la niña del retrato —dijo señalándola.

Mis ojos se volvieron a aquel infantil rostro y tuve una sensación de alivio, una vida tan joven e inocente no merecía morir.

—¿Sobrevivió al incendio? —pregunté sorprendida.

—Talfan la salvó, nos salvó a ambos. Yo tenía cuatro años y ella seis. Él ha sido como un padre para nosotros, nos ha dado un hogar y para él somos como sus hijos —dijo el mago con una sonrisa mientras guardaba el retrato en el libro y lo regresaba a su lugar en el estante.

Talfan debía ser una persona muy bondadosa, no cualquiera se arriesgaría para salvar la vida de dos niños que no conocía y criarlos como si fueran sus hijos. Zul no se encontraba tan solo como había pensado después todo.

—¿Zada posee magia también? —pregunté pensativa.

—No, solo yo. Pero es muy buena con las armas. Arco y flecha, espada... —hizo una pausa y continuó—. Siempre se esforzó por ser buena dentro de sus habilidades, al no tener magia aprendió a dominar todo tipo de armas.

Sonaba como algo que yo haría si me hubiese encontrado en su posición. La chica debía tener un espíritu fuerte luego de haber pasado por algo así.

—¿Los warlocks saben sobre ella?

—No, me ayuda cuando lo necesito pero desde las sombras. Jamás se ha encontrado en el mismo lugar que ellos. Sé que puede cuidar de ella misma pero hasta que no sea estrictamente necesario no la pondré en peligro, es la única familia que me queda —respondió Zul.

Asentí en silencio sin decir nada. No estaba completamente de acuerdo en que no la dejara pelear pero comprendía por qué lo hacía. Terminamos de cocinar y en una hora todo estuvo listo en la mesa.

Aún no había señal de Aiden, su costumbre de desaparecer cada vez que no estaba de acuerdo con algo comenzaba a irritarme. Era exactamente lo mismo que había hecho en Zosma. Pero esta vez no iría a buscarlo, me quedaría aquí esperando a que regresara.

El cielo se había oscurecido, Zul y yo estábamos por sentarnos a comer cuando la puerta finalmente se abrió. Estaba sereno y no enfadado, como pensé que estaría. Se acercó a nosotros y sin decir nada se sentó a la mesa. El mago lo observó de reojo mientras comía y le preguntó si se encontraba más calmado. Aiden asintió con la cabeza y solo habló para elogiar el gusto de la sopa de calabaza que había preparado. A lo cual Zul respondió que era a mí a quien debía felicitar. Lo hizo sin dudar. Algo en su expresión me recordó a cuando habíamos practicado por primera vez con la espada. Podía comprender que mis habilidades lo hubieran sorprendido, pero no que se asombrara por el hecho de que pudiera cocinar algo tan simple como una sopa de calabaza.

Una vez que terminamos levantamos la mesa entre todos y permanecemos un rato en los sillones frente al fuego. La temperatura bajaba mucho de noche y el calor de las llamas era demasiado tentador como para rechazarlo. Por primera vez desde que había dejado la casa de Iara sentí una atmósfera de tranquilidad. No debíamos

escapar, ni escondernos, nos encontrábamos a salvo aquí. Aiden y Zul parecían pensar lo mismo. El mago se encontraba leyendo un libro sentado frente al hogar. Sus ojos pasaban las palabras con rapidez, a juzgar por su expresión se encontraba demasiado concentrado como para estar atento a los alrededores. El libro era azul y contenía un símbolo extraño en la tapa, parecía ser de magia, dudaba que fuera uno de los libros del estante que habían pertenecido a su padre.

Aiden se encontraba de mejor humor y aunque percibía que no había bajado la guardia por completo, ya que su espada se encontraba cerca de él, parecía relajado. De a ratos nuestras miradas se cruzaban y me preguntaba en qué estaría pensando. Mi corazón se aceleraba levemente cada vez que sus ojos encontraban los míos. Era una sensación extraña pero a este punto ya me había acostumbrado a ella. Muy dentro de mí una vocecita me decía que él era la razón por la que había venido a Lesath, él era lo que buscaba. Pero no podía aceptarlo del todo, no aún. Si alguien me hubiese preguntado en Alyssian qué esperaba encontrar, quién sería la pareja ideal para mí, Aiden era todo lo contrario a lo que habría respondido.

El mago se levantó repentinamente y fue hacia la puerta hablando en voz baja para sí mismo, parecía haberse olvidado que nos encontrábamos allí porque abrió la puerta y salió por ella sin decir una palabra.

—¿Zul? —pregunté en voz alta para que pudiera oírme.

—Adhara —sus ojos se asomaron desde la puerta.

Lo miré con curiosidad esperando algún tipo de explicación de por qué había salido a la noche helada en vez de permanecer allí frente al fuego.

—Necesito tomar un poco de aire fresco, regresaré en unos minutos —replicó desde afuera y cerró la puerta.

Lo ocurrido con Sorcha aún le preocupaba, la magnitud del asunto debía ser más seria de lo que había pensado. Una parte de su mente siempre estaba pensando en ello, como si trabajara sin cesar para resolver algún tipo de acertijo. Me frustraba no comprender lo que había ocurrido frente a mis ojos, necesitaba entenderlo. Estaba a punto de ponerme de pie para ir tras el mago cuando Aiden vino hacia mí y se sentó a mi lado.

—¿No hay nada que pueda decir que te haga cambiar de opinión sobre el baile de máscaras? —preguntó.

—Nada.

—De acuerdo —replicó Aiden en tono resignado—. Si intento evitar que vengas encontrarás la forma de venir de todos modos y te encontrarás en mayor peligro que si planeamos todo cuidadosamente.

Sus palabras me tomaron desprevenida, pensé que intentaría convencerme de que no fuera al baile e incluso que trataría de obligarme a no ir.

—Sé que aun si te encierro en una habitación de alguna manera llegarías allí. Eres

astuta —dijo con una cálida sonrisa—. Prefiero que enfrentemos el peligro juntos a darme vuelta en medio de la noche y que mi corazón se detenga al verte allí en medio del salón rodeada de ellos.

Permanecí perpleja por unos segundos. Sabía que no podía detenerme y había optado porque trabajáramos juntos en vez de forzarme a quedarme. Por fin había elegido la opción correcta.

—No pensé que fueras capaz de razonar de esta manera. Creo que ahora nos entenderemos mejor —dije devolviéndole la sonrisa—. Sé que tus intenciones son buenas y solo buscas protegerme.

—Sé que quieres librar a Lesath de los warlocks porque has optado por este mundo y no podrás vivir aquí tranquila mientras ellos gobiernen, y haré todo lo que pueda para que logremos derrotarlos —Aiden hizo una pausa y puso su mano en mi mejilla—. Pero si debo elegir entre salvar a Lesath o a ti, te salvaré a ti.

Una sensación abrumadora se apoderó de mí. El calor de su mano sobre mi piel y la intensidad de su mirada no me dejaban pensar. No podía controlar las emociones que sentía, ellas me controlaban a mí. Era extraño sentirme así, iba en contra de todo lo que los elfos me habían enseñado. La mente controla a las emociones, no las emociones a la mente.

Aiden se inclinó hacia mí y nuestros labios se rozaron, una sensación cálida y placentera se apoderó de mí.

La puerta se abrió en forma repentina y Zul entró por ella con la mirada perdida. Me sobresalté tanto que esto llamó su atención y nos observó de manera curiosa. Sus ojos se posaron en la mano de Aiden que aún seguía en mi rostro. Hice un esfuerzo para evitar sonrojarme y me alejé un poco de él obligándolo a retirar su mano.

—Es tarde, es mejor que vayamos a descansar —dijo el mago.

Asentí. Me puse de pie para ir hacia la habitación pero me detuve cuando Zul salió de la sala y fue a buscar leña. Antes no me había animado a decirlo pero ahora lo haría. Miré a Aiden ignorando el rubor en mis mejillas.

—Es cierto que quiero derrotar a los warlocks pero esa no es la única razón por la que quiero ir al baile de máscaras. Tú enfrentas el mismo peligro que yo si nos descubren, no soportaría encontrarme lejos de allí mientras tu vida corre peligro —dije en voz baja para que solo él pudiera oírme.

Me había costado decir esas palabras pero sabía que debía hacerlo, él me había abierto su corazón, era hora de que yo le abriera el mío.

## UNA CORTA VISITA

Estaba dormida cuando un ruido de voces me despertó. Eran Aiden y Zul, ambos se encontraban discutiendo en la sala pero no podía escuchar en forma clara sobre qué se trataba. Había descansado bien y sería inútil intentar seguir durmiendo, me cambié y no tardé en unirme a ellos. Una vez que me vieron abandonaron su charla y me pidieron disculpas por haberme despertado. Luego de preguntar varias veces a qué se debía su discusión fue Zul quien finalmente me respondió que estaban planeando cómo actuar durante el baile de máscaras.

Había dos puntos en los que se habían puesto de acuerdo y ambos parecían estar conformes con la decisión. El primero era que los tres debíamos saber bailar las danzas típicas que solían hacer en estas festividades, y que yo debía trabajar en hacer que mis movimientos fueran más humanos y menos élficos. En otras palabras debía moverme en forma más lenta y descoordinada. No iba a ser fácil, pero era necesario.

El segundo punto era que Aiden entraría solo en las cámaras del Concilio de los Oscuros en busca del mapa y que Zul y yo aguardaríamos por él en la fiesta. En esto no estaba de acuerdo, era demasiado peligroso que fuera solo. Comprendía que era más fácil que se escabullera una persona sola en vez de tres, pero si algo le ocurría tardaríamos en llegar a él y podría ser demasiado tarde. Me ofrecí a ir con él pero ambos se negaron rotundamente a la idea. Estaba acostumbrada a que Zul se pusiera de acuerdo conmigo y ambos le ganáramos el argumento a Aiden, era irritante que esta vez ambos se pusieran en mi contra.

Había mucho por aprender, Aiden era el único que tenía una idea sobre los bailes de la corte y aun así no lo hacía muy bien. Luego de un par de intentos frustrados, decidió que era mejor que primero nos concentráramos en mí. Pasé la tarde caminando alrededor de la sala, sentándome, poniéndome de pie, comiendo, de la forma más torpe de la que fui capaz. Era difícil. Era como ir en contra de mi naturaleza, debía pensar cada movimiento que hacía, la forma en que lo hacía y no podía evitar pensar lo tonta que me veía al hacerlo. A pesar de mis esfuerzos ambos insistieron en que aún llamaba la atención y que debería practicar durante días. El hecho de tener la mirada de Aiden sobre mí no ayudaba. No quería que me viera moverme de esa forma insulsa y sin gracia, quería cautivarlo. Mis palabras no habían pasado desapercibidas sino que parecían haber quedado grabadas en su mente. Era la única explicación a su buen humor y al hecho de que no pudiera alejarse de mí por más de cinco minutos. Su mirada era tan intensa que la mayor parte del tiempo debía concentrarme en evitar sonrojarme. Finalmente les pedí a ambos que me dejaron a solas en la sala por un rato para poder practicar. No era momento de distracciones. Aunque estaba comenzando a aceptar el hecho de que no podría luchar eternamente contra estos sentimientos, y que en verdad Aiden era dulce y gentil, y no irracional y

cruel como había pensado al principio, de nada serviría que cediera ante ellos ahora, si en una semana el peligro que enfrentaríamos reclamaría su vida.

Estar sola me ayudó, me concentré en recordar la forma en que se movía Goewyn quien, en mi opinión, era un tanto torpe incluso para una humana, e intenté moverme de la misma manera. Lo repetí una y otra vez hasta que mis movimientos dejaron de ser fluidos y se volvieron más mecanizados. Sabía que aún no lo conseguía por completo pero era un progreso. Era una tarea difícil sino imposible, como pedirle a un lobo que se comportara como un perro.

Era suficiente por un día, salí para tomar un poco de aire. El viento era frío y los rayos del sol no lograban filtrarse entre las ramas de los árboles. Era como si siempre fuera de noche en el bosque de Gunnar, no me extrañaba que nadie se adentrara en él, el lugar era frío y oscuro a cualquier hora del día. Los Garms se habían adueñado del único lugar en el cual los humanos no intentarían cazarlos.

—Adhara —la voz del mago interrumpió mis pensamientos.

—Zul —respondí.

—Has hecho un buen trabajo hoy, un poco más de práctica y estarás lista —dijo apoyando su mano sobre mi hombro.

—Eso espero —hice una pausa y agregué—. ¿Tú como te encuentras? Ayer a la noche lucías preocupado.

El mago me miró en silencio por unos segundos antes de responder. Parecía sorprendido de que lo hubiera notado.

—Eres muy intuitiva. Me salvaste y es justo que sepas lo que sucedió, pero debes prometerme que no se lo dirás a nadie —dijo Zul, sus ojos grises me miraban fijamente atándome a la promesa.

—Lo prometo —respondí.

—Sorcha y yo hemos sido enemigos por mucho tiempo, en varias ocasiones intentó matarme y logré escapar. El otro día cuando me encontró decidí que debía acabar con ella de una vez por todas y cuando tuve la oportunidad conjuré el hechizo —hizo una pausa y continuó—. La magia es muy compleja, para que un hechizo funcione la voluntad es fundamental. Si uno tiene la más mínima duda sobre el resultado del hechizo, se deshace. Estaba seguro sobre lo que debía hacer cuando lancé esa daga, pero en el momento en que iba a clavarse en su pecho mi voluntad se quebró, muy dentro de mí pensé que no quería que muriera. Eso provocó que el hechizo se detuviera. Fue inconsciente, no fue mi intención pensar en ello.

Apartó la mirada, parecía enfadado consigo mismo. Al fin lo que había visto tenía sentido, Zul había detenido su propio hechizo.

—¿Te dio pena terminar con su vida?

—Sí, creo que eso fue —respondió rápidamente—. Sorcha es una asesina, un alma oscura y de no ser por Talfan yo podría haber sido como ella.

—Hay verdad en tus palabras, comprendo porque sentiste pena por ella. Eres una persona de buen corazón Zul, no puedes culparte por no haber podido matarla — recordé algo que me molestó y continué—. Lo que no comprendo es cómo pudiste pedirme que terminara con ella cuando tú mismo sentiste pena y no pudiste hacerlo. Eso es de cobarde.

—Lo sé y lo siento pero hay una razón por la cual te pedí que lo hicieras. Sorcha tomó ventaja de lo que sucedió y conjuró magia muy antigua para sellar mis poderes. Matar es el peor acto que uno puede hacer contra una persona, yo intenté matarla pero a último momento mi voluntad se quebró, tuve mi oportunidad y fallé, ahora no puedo dañarla. Es magia antigua —su calma desapareció, había furia en su voz—. Mis hechizos no funcionan con ella. Tú me salvaste, Adhara, no puedo permitir que nos encuentre hasta averiguar cómo romper el sello.

Entendí que encontrarse indefenso ante un enemigo era la peor situación en la que uno se podía encontrar. La mente de Zul debía estar trabajando sin cesar en busca de la respuesta, algo que le permitiera poder luchar contra Sorcha. El mago era poderoso pero esa debilidad lo estaba consumiendo.

—Lo siento Zul, de haber sabido esto hubiese considerado hacer algo al respecto cuando me lo pediste —dije recordando la escena.

—No tienes nada de que disculparte Adhara, es mi culpa. Debí prever que algo así podía suceder —respondió el mago aún con la mirada perdida.

—Hasta que encontremos una solución debemos evitar que nos encuentre y si lo hace yo te protegeré —le aseguré.

Estas palabras llamaron su atención, se volvió hacia mí y me observó por un momento.

—Eres gentil y hermosa, Adhara —hizo una pausa y agregó—. Sorcha es mi problema, quiero que te mantengas a salvo.

Miré al mago sorprendida sin decir nada. Zul tenía una tendencia a darme respuestas inesperadas. Sus halagos me agradaban pero no podía descifrar en qué forma me veía.

Permanecimos allí por un rato, ambos perdidos en nuestros pensamientos hasta que Aiden salió para avisarnos que la comida estaba lista. La cena no fue tan silenciosa como de costumbre; ahora que finalmente nos habíamos puesto de acuerdo en un plan para el baile de máscaras, Aiden y Zul no cesaban de hablar sobre todos los preparativos que debíamos hacer. El castillo de la reina Lysha se encontraba en Izar, iríamos allí un día antes del baile y debíamos encontrar algún lugar seguro en las afueras donde pasar la noche. Lo cual no sería una tarea fácil. El tema de la vestimenta también parecía ser un problema, solo concurrían las personas más adineradas de Lesath y comprar la ropa adecuada sería costoso. Y por último, las invitaciones. Zul dijo que podría hacer unas con magia pero que primero debíamos

encontrar al menos una verdadera.

Quería ayudar, verlos trabajar en cada detalle mientras yo no aportaba nada me hacía sentir inútil. Había pensado en utilizar uno de mis vestidos para evitarles gastos ya que el dinero con el que contábamos ni siquiera alcanzaba para comprar sus trajes, pero ambos estaban de acuerdo en que no hacían más que resaltar mi aspecto élfico. Aiden debió pensar que su comentario me había ofendido porque luego de eso me aseguró que todos mis vestidos eran de perfecta confección y de ser otras las circunstancias serían aptos para la ocasión. No pude evitar reírme ante su reacción ya que no me había sentido ofendida, es más, pensaba que probablemente tuvieran razón. Por primera vez desde que nos habíamos conocido estaba siendo cauto para evitar que discutiéramos. Era reconfortante saber que era consciente de que últimamente nos habíamos llevado bien y que no quería arruinarlo.

Era pasada la medianoche cuando me desperté de manera abrupta. Un sonido había despertado mis sentidos, aguardé en silencio hasta que volví a oírlo, sonaba como madera resquebrajada, era la puerta. Tratando de mantener la calma salté de la cama y tomé a Glace, yendo silenciosamente hacia la puerta. Todo se encontraba tan oscuro que no podía ver. Aiden y Zul dormían en la sala a solo metros de la puerta que daba afuera, pensé alarmada. Me acerqué sigilosamente, caminado con cuidado para evitar que el piso de madera crujiera con mis pasos. Intenté distinguir alguna silueta pero no logré ver nada. Me encontraba intranquila, la imagen de alguien atacándolos mientras dormían no dejaba de repetirse en mi mente. Los sentidos de Aiden eran bastante agudos para ser humano, era imposible que no hubiese escuchado nada.

Me agaché y gateé por el piso hacia el sillón en donde se encontraban, había alguien más en la habitación, podía sentirlo. Contuve la respiración y aguardé en silencio esperando que el más mínimo ruido delatara la posición del intruso. Me costó concentrarme lo suficiente pero finalmente logré escucharlo, respiraba en forma agitada y parecía estar más cerca del sillón que de la puerta. Tomé la empuñadura con fuerza y me arrojé hacia la figura con toda la velocidad de la que era capaz. Podía ver la silueta delante de mí cuando mi cuerpo chocó contra algo que se interpuso en mi camino. Caí al piso y la persona con la que había chocado cayó arriba de mí. Solo veía su silueta debido a la oscuridad, no podía atacar si no sabía de quién se trataba. Debía inmovilizarlo. Estiré la mano buscando su cuello pero en el momento en que coloqué mi espada contra él una mano se cerró sobre el mío. Habíamos actuado de la misma manera.

Zul gritó unas palabras y apareció fuego en el hogar iluminando la habitación. Sus ojos marrones se encontraron con los míos y ambos nos miramos sorprendidos. Era Aiden. Giré la cabeza en el acto para ver al intruso y me quedé perpleja al ver a una joven de largo pelo oscuro e impactantes ojos grises. Era la viva imagen de la

mujer que había visto en el retrato. Era la madre de Zul.

—Zada —dijo el mago aliviado.

No, no era la madre, era la niña que estaba a su lado en el retrato. Su parecido no dejaba de asombrarme, debía ser doloroso para Zul ver a su madre cada vez que veía a su hermana.

—Soltaré tu cuello si bajas la espada —dijo Aiden riendo.

Me volví hacia él, había calidez y cierta diversión en su mirada.

—Primero suelta mi cuello y luego bajaré la espada —respondí con una sonrisa.

Retiró su mano y me miró expectante aguardando a que cumpliera con mi parte. Al bajar la espada me di cuenta de lo pesado que era su cuerpo, con la adrenalina del momento no lo había notado pero ahora apenas podía respirar. Debió darse cuenta por mi expresión ya que se puso de pie enseguida y me ayudó a levantarme.

—Lo siento —se disculpó—. ¿Te encuentras bien?

—Por un momento pensé que aún te encontrabas dormido en el sillón —dije tomando su mano.

—Yo no dudé de que te encontrabas agazapada en alguna parte de la habitación —hizo una pausa y agregó—. No eres la única con buenos instintos.

Sus palabras me hicieron sonreír, sabía que algún día creería en mis habilidades y dejaría de subestimarme.

—¿Qué haces aquí? —dijo el mago abrazando a su hermana.

—Talfan me envió, vine a ayudar —respondió Zada.

Una vez que su hermano la soltó vino hacia nosotros. Era muy bonita para ser humana, sus facciones eran femeninas y delicadas, y sus ojos eran enigmáticos como los de Zul.

—Es bueno verte, Zada —dijo Aiden saludándola de manera familiar.

—Te ves bien, Aiden —dijo analizando su aspecto—. Solía preocuparme por ti pero veo que te encuentras bien.

No pude evitar preguntarme a qué se debía su preocupación, me había hecho recordar a algo que Goewyn me había dicho. Zada se paró enfrente de mí y me ofreció su mano en forma amistosa. Su expresión era calma pero emanaba cierta fortaleza que no había visto en ninguna de las mujeres de Lesath.

—Soy Zada Florian, la hermana de Zul. Es un gusto conocerte.

Tomé su mano e intenté mostrarle la misma amabilidad, su tacto al igual que el de Zul no me incomodaba como el del resto de las personas.

—Soy Adhara Selen Ithil. Zul me ha hablado de ti, es un gusto conocerte para mí también.

Sus ojos se abrieron sorprendidos por un instante y luego volvieron a la normalidad, no comprendí cuál podría ser la causa pero dada la rapidez con la que se había recompuesto su expresión decidí que era mejor no preguntar.

—Lamento sorprenderlos así en mitad de la noche, no pensé que llegaría antes del amanecer —se disculpó.

—Nos diste un buen susto —replicó Aiden—. Tuviste suerte de que Adhara y yo chocáramos antes de alcanzarte, de lo contrario podrías haber resultado herida.

—¿A qué te refieres con que Talfan te envió a ayudar, Zada? —preguntó Zul abruptamente—. Si tu intención es venir con nosotros a Izar la respuesta es no.

Era extraño ver a Zul actuar de manera protectora, era la primera vez que veía aquella mirada severa y a la vez afectuosa.

—Relájate hermano, esa no es la razón por la cual estoy aquí. Esta es solo una parada, Talfan me envió a buscar a los abuelos de Adhara para que los guíe hasta Saiph.

Una sensación de alivio comenzó a expandirse por mi cuerpo. Iara y Helios atravesando Lesath solos era una imagen perturbadora; Zada parecía capaz de manejar un arma, ella cuidaría de ellos.

—Oh —respondió Zul pensativo—. Es una buena idea. Hace no más de una hora el chacal que había conjurado se desvaneció, eso significa que los abuelos de Adhara ya recibieron la carta con las instrucciones. Debes apresurarte si quieres encontrarlos.

Helios era inusualmente perceptivo, no le tomaría mucho tiempo preparar todo y dejar la casa luego de leer la carta. Me sentía mal por ellos, de no ser por mí podrían haber continuado con sus vidas pacíficamente en Naos. Esperaba que con el tiempo, si resultábamos victoriosos en nuestra misión, pudieran volver a su hogar y disfrutar de la misma paz que habían tenido hasta ahora.

—Partiré mañana al atardecer, Talfan me dio un amuleto que me guiará hasta ellos —replicó Zada—. No tardaré en encontrarlos.

—¿Los encontrarás con magia? —pregunté sorprendida.

—Así es, pero para que el hechizo funcione necesitaré algo que pertenezca a ellos —dijo volviéndose hacia mí—. Ropa u objetos...

—Creo tener un viejo libro de mi abuelo que guardé en mi bolsa de viaje —respondí—. Creí que no poseías magia.

—Talfan conjuró el hechizo, debo colocarle este amuleto a alguna de sus pertenencias y la pequeña flecha en su centro me guiará hasta ellos —replicó sosteniendo un antiguo amuleto de oro en la palma de su mano.

Me asomé a contemplarlo con curiosidad, había escuchado hablar de objetos como ese en Alyssian pero era la primera vez que veía uno. La flecha en su interior era una pequeña ramita y la cadena de oro tenía hojas entrelazadas en ella. Era élfico.

—¿Dónde lo obtuvieron? —pregunté incrédula.

Zada me miró sorprendida sin entender a qué se debía mi reacción.

—Es élfico —dijo el mago con una mezcla de certeza y confusión en su voz.

—Talfan dijo que lo adquirió recientemente, no sé dónde lo encontró —dijo Zada

aún confundida.

Era increíble que objetos élficos aún continuaran perdidos en el mundo de los humanos. Una prueba más de que en algún momento ambos mundos había coexistido juntos. Todo habría sido más fácil para mí si hubiese nacido en esa época, podría pertenecer a ambos mundos sin tener que decidirme por uno.

Zul tomó el amuleto y se perdió en sus pensamientos mientras lo contemplaba. Sus ojos se encontraban concentrados en la pequeña flecha como si estuviera esperando que se moviera. Esta vez pude ver con claridad a través de su mente, en sus manos se encontraba la respuesta que había estado buscando. De tener algo de ella aquella flechita lo llevaría hacia la ubicación exacta de Sorcha, podría tomarla por sorpresa, acabar con ella y romper el sello.

—Sabía que te sentirías intrigado por él —dijo Zada—. ¿Cómo crees que funcione su magia?

Estas palabras rompieron su trance y dirigió la vista hacia su hermana.

—No lo sé, aún no lo he podido descifrar —dijo el mago ablandando su expresión—. Pero a juzgar por su aspecto no cabe duda de que es élfico.

Tras decir esto me dirigió una mirada significativa sin que los demás lo vieran. Era la única persona en la sala que había adivinado sus verdaderos pensamientos.

—Es tarde, deberíamos seguir durmiendo. Mañana tendremos tiempo de hablar —dijo Zul.

Una vez que el mago me aseguró que dormiría en el suelo para que su hermana pudiera descansar en el sillón regresé a mi habitación. Estaba desvelada pero sabía que quedaban pocas noches de sueño tranquilo, pronto deberíamos partir hacia Izar para el baile de máscaras y allí no podríamos bajar la guardia ni por una fracción de segundo.

Deseaba poder ver a mis abuelos, disculparme con ellos. Dejar su casa no podía ser una decisión fácil, habían vivido allí la mayor parte de sus vidas, guardaba recuerdos, momentos felices. Mi madre, su hija, se había criado allí. Me dormí reviviendo momentos de mis pocos días en su compañía, ansiando el momento en que nos reencontráramos y podría hablar con ellos y sostener a Tarf en mis brazos.

Me desperté temprano, por la posición del sol había amanecido hacía no más de una hora. Al llegar a la sala solo vi a Aiden durmiendo, Zul y Zada no se encontraban allí. De seguro tenían mucho de qué hablar, parecía haber pasado una significativa cantidad de tiempo desde la última vez en que se habían visto. El mago parecía cómodo con ella. Desde el poco tiempo en que lo conocía, me había dado la impresión de que no solía tratar con gente. A juzgar por su historia, desde muy joven su único interés había sido aprender magia y no parecía tener amigos o alguien con quien tuviera un vínculo afectuoso además de Zada, Talfan y Aiden. Me sentía mal por él, ser extraño en su propio mundo debía ser triste y solitario, con suerte una vez

que lográramos terminar con los warlocks tendría la oportunidad de tener una vida normal. Aiden no tardó en despertarse y aprovechamos que la sala se encontraba vacía para practicar con la espada; era importante poder moverse en lugares donde el espacio fuera reducido ya que debíamos estar preparados para pelear en cualquier tipo de circunstancias. Nuestros duelos me resultaban entretenidos, era un oponente digno pero al mismo tiempo no podía evitar ser demasiado cuidadoso, lo que me daba más de una oportunidad para desarmarlo y hacer movimientos que utilizados con la intención de matar serían letales. En más de una ocasión sus expresiones lo traicionaron y por momentos parecía pensar que el filo de mi espada rozaría su piel. Siempre me detenía a tiempo, no era tan evidente como él, pero no había un solo segundo en el cual me descuidara o no midiera el alcance de mis movimientos para evitar lastimarlo. Nos estábamos volviendo cercanos, ya no había rastros del Aiden que me había dejado en medio de la tormenta, su personalidad siempre me había resultado intrigante y desde que habíamos llegado a la cabaña se había vuelto algo... encantador.

Zul y Zada regresaron alrededor del mediodía. Ambos se encontraban de buen humor, era inusual ver al mago sonreír. Tenían rasgos parecidos, era el contraste entre ambos lo que los diferenciaba. Zul era desaliñado, su ropa era vieja, y su pelo despeinado y revuelto. Mientras que Zada llevaba un vestido color lila de simple costura pero aun así limpio y refinado, y su pelo negro se encontraba recogido permitiendo que algunos mechones cayeran sobre su rostro.

El mago sacó una bolsa llena de monedas de oro y la puso sobre la mesa. Talfan nos había enviado dinero para que pudiéramos comprar la vestimenta adecuada y de alguna manera se las había ingeniado para conseguir una lista con los nombres de los nobles que vivían en un pueblo vecino y que afortunadamente se veían imposibilitados de asistir. Esto simplificaba las cosas, lo único que quedaba por hacer era conseguir las invitaciones.

Zada nos explicó que el baile de máscaras se realizaba todos los años y era una celebración en honor a la reina. La mayor parte de los nobles de Lesath eran invitados pero también era costumbre realizar un sorteo para que cuatro familias más humildes pudieran unirse al festejo. Era sorprendente el alcance que tenía un evento como ese, personas de todas partes de Lesath asistirían a él, recorrerían grandes distancias por pasar un solo día en el castillo de la reina.

Pasamos gran parte de la tarde aprendiendo los bailes tradicionales, Zada acostumbraba a ir a celebraciones que hacían en su pueblo y era buena bailando. La mayoría de ellos eran simples y reiterativos en todos sus pasos, eran fáciles de aprender pero debía hacer un gran esfuerzo por moverme en forma lenta. Aún me quedaba mucho por practicar, al bailar con Zada para memorizar los pasos, Zul y Aiden compararon nuestros movimientos y coincidieron en que aún eran más élficos

que humanos. Aunque una parte de mí se esforzaba por conseguirlo, otra parte se resistía un poco. Zada era coordinada y elegante para ser humana pero ante mis ojos la forma en que se movía era lenta y algo insulsa, no podía permitir verme así ante los ojos de Aiden.

Zada bailó una pieza con cada uno y luego sugirió que bailáramos los cuatro a la vez para coordinar el baile entre parejas. Esta idea me incomodaba, no estaba segura de querer encontrarme a tanta proximidad de Aiden, su tacto hacía cosas extrañas con mis emociones y eso era peligroso.

—¿Bailarías conmigo, Adhara? —dijo el mago ofreciéndome su mano.

Lo miré perpleja por unos segundos antes de responder, no era la pregunta lo que me sorprendía, era quién la hacía. Esperaba que Aiden se ofreciera a bailar conmigo, no Zul, quien hacía solo un rato había expresado que aprender a bailar era una gran pérdida de tiempo. Sus ojos se encontraban fijos en los míos esperando una respuesta.

—De acuerdo —respondí tomando su mano.

Me acercó hacia él y cuidadosamente apoyó su mano en mi cintura, analizando mi expresión para asegurarse de que no me resultara molesto. Éramos casi de la misma estatura por lo que no debía levantar la cabeza para mantener su mirada. El silencio a nuestro alrededor era tan pronunciado que no pude evitar mirar. Aiden se encontraba rígido, su mirada furiosa en el mago. Zada observaba a su hermano de una manera que me resultaba imposible de descifrar; afecto, confusión, sorpresa, todo se encontraba en sus ojos.

Zul comenzó a guiarme haciendo los movimientos que habíamos aprendido, mantenía una distancia prudente entre nosotros pero aun así era la primera vez que me encontraba tan cerca de él. Era extraño, no me sentía incómoda pero tampoco a gusto, estaba alerta. Jamás había visto sus ojos con tanta claridad, eran enigmáticos, peligrosos y profundos.

—¿Cómo lo estamos haciendo? —preguntó Zul.

—Relaja los hombros y muévete un poco más lento —replicó Zada—. Bailaré con Aiden por unos minutos, rotaremos en círculo y cambiaremos de pareja como les enseñé.

El mago asintió y comenzó a moverse en forma más lenta hacia el otro lado de la habitación. Lo miré en forma curiosa pero no me respondió. Me movía en forma cuidadosa, con cautela, sabía que no estaba acostumbrada al tacto con las personas.

—¿Por qué nos estamos alejando de ellos? —pregunté.

—No quiero que nos escuchen —respondió en voz baja—. Zada no sabe nada acerca de lo que pasó con Sorcha. Mantén mi secreto Adhara, no quiero que se preocupe.

—No le diré nada, lo prometo —le aseguré.

Me sonrió y girándose comenzó a volver hacia los demás. Me pregunté si esta

era la razón por la cual Zul se encontraba bailando conmigo, era difícil de saber, sus intenciones rara vez eran claras. Nos acercamos a ellos comenzando a movernos a su alrededor, debíamos girar tres veces y luego hacer una corta reverencia y cambiar de pareja.

—No le encuentro sentido al baile, pero hacerlo contigo es agradable —dijo el mago con una sonrisa—. A decir verdad jamás me interesaron este tipo de cosas.

La honestidad en sus palabras me hizo sentir simpatía por él, de alguna manera me sentía identificada con lo que estaba experimentado. Confiaba en mí, eso me hacía estar más relajada.

—Sé a lo que te refieres —respondí.

Tras girar por última vez nos detuvimos y se dirigió hacia Zada mientras Aiden ocupaba su lugar. Sus ojos se apoderaron de los míos mientras hacía una reverencia y luego tomó mi mano y me llevó hacia su pecho. Tal como había previsto no hizo esfuerzo alguno por mantener una distancia cauta, su mano bajó hacia mi cintura en forma delicada pero firme. Bailar con Zul no había sido una mala idea, al menos podía pensar con claridad cuando me encontraba junto a él. Intenté poner más distancia entre nosotros antes de que mis emociones comenzaran a jugar en contra pero su brazo no me lo permitió. Aiden era más alto que yo y esto le permitía sostenerme mejor. Su mirada encerraba una acusación.

—No es necesario que bailemos tan cerca —dije en voz baja para evitar que los demás me escucharan.

—Tal vez el baile no lo requiera pero es necesario para mí —replicó en un susurro.

Debió notar el efecto que estas palabras tuvieron sobre mí, mis ojos se abrieron sorprendidos y una sensación extraña recorrió mi cuerpo provocando que me confundiera en uno de los pasos. ¿A qué se refería? ¿En verdad tenía la necesidad de que me encontrara a tanta proximidad de él? Hacía solo días se encontraba ansioso por enviarme a Alyssian y ahora parecía incapaz de poner unos centímetros entre nosotros.

—Eres el humano más complejo que he conocido, Aiden. Jamás comprendo tus acciones.

Dejó escapar una risa y su expresión se ablandó. Era mejor bailando que Zul, me guiaba en forma despreocupada, seguro de cada paso que hacía. Esto me extrañó, dado el estilo de vida que llevaba y la distancia que solía mantener con las personas de los pueblos en los que se quedaba, jamás hubiera adivinado que sería bueno en algo como esto.

—Este mundo y nuestra forma de sentir son desconocidas para ti —dijo más para sí mismo que para mí.

Asentí sin estar segura de lo que estaba pensando, sus acciones debían tener

perfecto sentido en su cabeza y solo ahora se estaba dando cuenta de que en la mía carecían de sentido alguno. Permaneció pensativo por unos segundos antes de volver a hablar.

—Mis acciones suelen irritarte y discutimos frecuentemente pero aun así desde que te regalé el amuleto no te lo has quitado ni por un segundo —dijo tocando el cristal azul en mi cuello.

Sus palabras me molestaron pero había verdad en ellas. Por fortuna no sabía que solía observar el amuleto antes de dormirme.

—Fue un obsequio. ¿Preferirías que no lo usara? —pregunté fingiendo una expresión confundida.

Me miró perplejo y luego pensativo. Debí esforzarme para reprimir una sonrisa, él solía confundirme todo el tiempo, me resultaba divertido que esta vez fuera al revés. Aproveché su silencio para pensar, sabía que la sensación que tenía al verlo se volvía más fuerte con cada día que pasaba junto a él. Era un hecho, no podía ignorarlo. Pero me daba miedo entregarme a lo que sentía. Las relaciones entre los elfos eran algo diferentes, en ellas había cariño, respeto y compañerismo. Sus sentimientos no poseían la misma intensidad que las emociones humanas. Y a juzgar por lo que los elfos solían decir sobre las relaciones afectuosas entre humanos, y sobre todo acerca del amor, no tardaría en perder la cabeza y no volver a tener un pensamiento racional en mi vida. No podía estar segura de que fuera verdad hasta experimentarlo, la única evidencia que tenía sobre el tema era mi madre y no era demasiado prometedora. Después de todo ella había abandonado su hogar, su familia, su vida para estar con mi padre. Él se había vuelto el centro de su vida. ¿Podía ser Aiden quien estuviera destinado a convertirse en el centro de la mía? ¿A robarse mi juicio y ser el dueño de mis pensamientos? ¿Qué recibiría a cambio? ¿Una eternidad de discusiones y gestos irritantes? No, sabía que no era así, por más irritantes que fueran siempre habían tenido la finalidad de protegerme. Y aunque odiara admitirlo, últimamente disfrutaba de su compañía y sus habilidades en verdad eran admirables para tratarse de un humano, sin mencionar su belleza y esos cálidos ojos.

—Ahora hacemos un último giro y terminamos con una reverencia —dijo Zada.

Ambos nos sobresaltamos un poco al escuchar su voz, por un momento me había olvidado de su presencia y al parecer también Aiden. Nos detuvimos y, lentamente como si se rehusara a hacerlo, Aiden me dejó ir.

—Ya saben los pasos, solo les queda practicar un poco y estarán bien —nos aseguró Zada con una sonrisa.

—Gracias, apreciamos toda tu ayuda Zada —respondió Aiden volviendo a la realidad.

—Me alegra poder ser de ayuda en algo, no suelo ser de mucha utilidad —respondió con una mirada de reproche a su hermano—. Oh, por cierto. Adhara,

necesito algo que haya pertenecido a alguno de tus abuelos, debo partir en un rato.

Era un alivio que hubiese llevado uno de sus libros conmigo. La noche en que dejé la casa de mis abuelos, Aiden me había apresurado tanto que apenas había tenido tiempo de tomar mis cosas.

—Iré a buscarlo —dije yendo hacia la habitación.

—Iré contigo —dijo en tono amistoso.

Antes de que pudiera responder comenzó a seguirme y una vez que entramos en mi habitación cerró la puerta casualmente. Busqué mi bolsa de viaje sin decir nada. Tras sacar mi ropa tomé un viejo libro envuelto en uno de mis vestidos, *Historias de Lesath*. Lo había encontrado en la habitación de mi madre, pero a juzgar por su apariencia era lo suficientemente viejo como para haber pertenecido a uno de mis abuelos.

—Es lo único que tengo, espero que sea útil —le dije entregándole el libro.

—Gracias, de seguro servirá —hizo una pausa y continuó—. Lo que estás haciendo es muy noble Adhara, no muchos pondrían en riesgo su vida por ayudar a un grupo de desconocidos.

—No es solo por ellos, he decidido quedarme en Lesath y siento que pelear contra aquella oscuridad es lo correcto. Es extraño pero a veces creo que me encontraba destinada a venir aquí y ser parte de esta aventura —respondí—. Y ahora que lo dices a pesar de que conozco a Zul y Aiden desde hace poco tiempo me cuesta pensar en ellos como desconocidos.

Durante mis diecinueve años con los elfos no había logrado forjar una relación tan cercana como lo había hecho con ellos en solo días. Mi apariencia podría ser más élfica que humana pero era innegable que gran parte de mí pertenecía a este mundo.

—Ellos también sienten aprecio por ti, creo que has hecho una diferencia en sus vidas sin siquiera saberlo —respondió.

—¿A qué te refieres?

—Ambos llevan vidas solitarias, es bueno que permanezcan los tres juntos —dijo escogiendo sus palabras cuidadosamente—. Jamás había visto a Zul relacionarse así con alguien a excepción de mí.

—Oh, creo que entiendo lo que quieres decir. He notado que no le gusta la compañía de otras personas —dije pensativa.

Recordé la manera distante en la que se había comportado en la posada con Goewyn y Deneb e incluso conmigo al principio.

—Posees buenos instintos —respondió Zada.

—Zul mencionó que eres buena con las armas —dije analizando su aspecto—. Pero pareces algo desprotegida.

—Llevo una daga escondida bajo el vestido, y mi arco y flecha en la montura. No debes preocuparte, Adhara, protegeré a tus abuelos —prometió en tono serio—. El

Concilio de los Oscuros no sabe nada acerca de mí, cargar un arma a la vista solo llamaría la atención.

Algo en su tono de voz había cambiado, no le gustaba que la subestimaran; no podía encontrar eso ofensivo al ser una cualidad que yo también compartía.

—Una vez que nos encontremos seguros en Saiph me concentraré en practicar hasta que regresen —agregó—. Cuando vayan en busca de Ailios iré con ustedes, con o sin la aprobación de mi hermano.

—Es lo justo, también eran tus padres. Debió ser frustrante no hacer nada durante todo este tiempo —repliqué.

Sus grises ojos se volvieron vidriosos por unos segundos, su expresión dolida. No debí haber mencionado a sus padres. Poseía más fortaleza que el resto de las jóvenes que había conocido pero también era frágil.

—No te imaginas cuánto. Acabaré con ellos en cuanto tenga la oportunidad —dije en tono severo—. Y luego continuaré con Sorcha.

—¿Sorcha? —pregunté sorprendida.

—Es una Nawa, intentó matar a Zul en varias ocasiones. Iré tras todos aquellos que amenazaron a mi familia —tras una pausa agregó—. Si él no termina con ella antes, yo lo haré.

Me aseguré de que la expresión en mi rostro permaneciera igual, si le decía que Sorcha había estado cerca de acabar con su vida y que ahora era inmune a su magia sin duda saldría en su búsqueda en este instante.

—Eres valiente para ser humana, Zada. Cuando el día llegue te ayudaré a terminar con ellos. Los elfos consideran el quitar la vida un acto imperdonable pero sería aún más imperdonable permitir que semejante maldad continúe oscureciendo a este mundo —dije en tono serio.

Era verdad, sabía que cuando el momento llegara no dudaría en hacerlo. Zada era agradable, era inusual pensar que podía ser amistosa con una humana. El resto de las que había conocido me habían resultado aburridas y hasta irritantes. El rostro de Louvain Merrows apareció por una fracción de segundo en mi mente. Goewyn había sido una molestia al comienzo pero había probado ser una buena amiga, nos había mantenido a salvo. Pero Zada era diferente, me resultaba más fácil relacionarme con ella.

—Gracias Adhara, en verdad apreciaría tu ayuda —respondió con una sonrisa—. Tal vez en Saiph puedas enseñarme algo, Aiden dijo que eres increíble con la espada.

¿Aiden había admitido que era increíble con la espada? Me hubiese gustado oír eso.

—Te enseñaré lo que pueda —respondí.

—El sol no tardará en bajar —dijo poniéndose de pie y yendo hacia la puerta—. Cuida de Zul. Intenta no lastimarlo, por favor.

—¿Por qué habría de lastimarlo? —pregunté perpleja.

La idea era absurda. ¿Qué le haría pensar que podría lastimar a Zul? ¿Acaso no había salvado su vida de las manos de aquella maldita mujer?

—Rara vez discutimos, pero no utilizaría mi espada solo por un desacuerdo —dije ofendida ante aquel pensamiento.

Zada reprimió una risa y luego su expresión se volvió seria de nuevo.

—Me refiero a sus sentimientos —respondió.

Y sin decir otra palabra salió por la puerta.

Zada poseía la misma habilidad que su hermano para sorprenderme con comentarios inesperados y repentinos. Nunca me había detenido a pensar en los sentimientos de Zul; a pesar de sus halagos o sus acciones, no podía estar segura de que se sintiera atraído hacia mí. Al conocernos solo me había visto como un medio para alcanzar un fin, cumplir su misión. Y a medida que nos fuimos conociendo nos unió un vínculo más fuerte debido al entendimiento y la confianza que compartíamos. No sabía mucho sobre el comportamiento de los humanos pero el de él se acercaba más al de amistad, no me miraba de la misma manera en que Aiden lo hacía. ¿O podría ser que sí lo hiciera pero de una manera menos transparente? Sus intrigantes ojos siempre habían sido un misterio. Zada lo conocía mejor que yo, tal vez había visto algo que se encontraba oculto para mí.

Si esto era cierto, temía que pudiera salir lastimado ya que yo no sentía lo mismo. Lo cual no me habría molestado si se tratara de otra persona, pero no quería lastimar a Zul, ya había sufrido suficiente. Con suerte Zada se encontraba equivocada, mis instintos eran mejor que los de ella. Escuché pasos en el pasillo y miré hacia la puerta preguntándome de quién se trataría. Aiden caminaba de manera más sigilosa, no era él.

—Adhara.

—Zul.

—¿Puedo pasar? —preguntó el mago.

—Claro —respondí casualmente.

Entornó la puerta tras él sin que se cerrara del todo.

—Conozco a mi hermana, sé que te siguió porque quería hablar contigo a solas. ¿Sospecha algo? —dijo en voz baja—. Me conoce lo suficiente como para saber que algo me preocupa por más que intente ocultarlo.

—Quería agradecerme por ayudarte —respondí.

—¿Mencionó algo acerca de los warlocks o los Nawa?

—No —mentí.

Si le contaba acerca de sus intenciones de acompañarnos a buscar a Ailios o de pelear contra Sorcha solo lo preocuparía.

—¿Solo te agradeció por ayudarme? —preguntó en tono sospechoso.

—También dijo que mi presencia te había cambiado, que me aprecias —agregué.

No le temía a su respuesta, no me gustaba especular, quería respuestas concretas. Pero no pareció molestarle, sonrió de manera extraña.

—Zada es observadora. Me gusta poder hablar contigo, a decir verdad nunca he tenido un amiga —hizo una pausa y agregó—. ¿Está bien que utilice esa palabra?

—Sí —respondí—. Yo también pienso en ti de esa forma.

—Lamento lo que dije en Zosma, fue tonto de mi parte.

—¿Te refieres a que no te sirvo muerta? —dije reprimiendo una risa.

—A eso mismo —respondió riendo ante mi expresión.

Regresamos a la sala y los cuatro descansamos frente al hogar aguardando hasta el atardecer para despedir a Zada. Nosotros nos pondríamos en marcha al día siguiente, llegaríamos a Izar un día antes del baile y nos hospedaríamos en algún lugar en las afueras. El plan era sencillo; una vez dentro del castillo debíamos anunciarnos ante la reina, luego aguardaríamos el momento ideal para que Aiden se infiltrara en la cámara del Concilio mientras Zul y yo aguardábamos en el salón principal, y una vez que volviera con el mapa nos iríamos dejando Izar esa misma noche.

Los recintos del Concilio se encontraban escondidos dentro del castillo, era improbable que alguien lo vigilara ya que nadie conocía de su existencia. Con suerte Aiden tendría el camino libre hacia la cámara y los cinco warlocks se encontrarían en el baile escondidos bajo falsas identidades que utilizaban para justificar su presencia allí. Akashik era el único cuya identidad era un misterio. Al dibujar un mapa del castillo, Zul me había explicado qué rol desempeñaba cada uno.

Blodwen era conocido como William Connaught, el consejero real, siempre al lado de su majestad la reina controlando sus pensamientos. Sabik era Evard Glaistig, el encargado de la guardia real y del ejército de la reina. Mardoc, Lucius Darlison, controlaba la recaudación de impuestos y distribuía lo necesario a la población más carenciada. Las necesidades del pueblo era una prioridad si buscaban evitar revueltas. Y Dalamar, Larson Acmar, el representante de la reina frente a los nobles. No poseían poder alguno en los asuntos reales pero al ser la población con más recursos y riqueza era importante mantenerlos bajo control.

De solo pensar en aquel esquema, una sensación de desagrado se apoderaba de mí. A pesar de que la mayor parte de la población vivía pacíficamente no eran dueños de su propia vida. Los warlocks tomaban todas las decisiones y si descubrían a algún mago lo condenaban a una vida de oscura servidumbre convirtiendo el don de la magia en una maldición. Su acto se encontraba demasiado bien orquestado como para que las personas sospecharan algo. Todos sentían amor y respeto por la reina Lysha. En cambio yo tenía lástima por ella, la habían convertido en una marioneta, en alguien que seguía órdenes en vez de darlas.

Me pregunté qué sentiría al estar en aquella sala rodeada de seres cuya oscuridad era infinita. Debía ser valiente, debía verlos con la misma mirada ingenua que estaban acostumbrados a recibir. No permitiría que ni un solo gesto revelara mis verdaderas emociones.

—¿En qué piensas? —preguntó Aiden.

—En el baile, en los warlocks... —respondí.

—No debes preocuparte, todo saldrá bien —respondió Zada—. Debo partir ahora, con suerte no me llevará más de dos días encontrar a tus abuelos.

—Gracias Zada, confío en que se encontrarán seguros contigo —dije aceptando su mano para despedirme.

Me miró dando gracias a mis palabras y se volvió hacia su hermano, quien la abrazó afectuosamente durante unos segundos.

—Estaré bien Zul, eres tú quien debes cuidarse. Nos veremos pronto, esperaré por ti en Saiph —dijo Zada en tono suave.

—Nos veremos pronto —le aseguró el mago dejándola ir.

—Ha sido un placer, Zada —dijo Aiden despidiéndose—. Ten cuidado, Gunnar es más peligroso de noche que de día.

Zada asintió y nos miró a todos por última vez antes de desaparecer tras la puerta. Unos momentos después escuchamos los cascos de su caballo mientras galopaba perdiéndose en la noche.

## SENTIMIENTOS PELIGROSOS

Descansamos un rato antes de comenzar con los preparativos para ponernos en marcha al día siguiente. La tranquila atmósfera que había reinado en los últimos días había desaparecido. Ambos parecían estar ansiosos y continuamente repetían lo planeado en voz baja para asegurarse de que recordaban hasta el último detalle. Nos llevaría dos días llegar hasta Izar y una vez allí contábamos con un día para conseguir las invitaciones y la vestimenta adecuada. La idea de utilizar un antifaz era extraña para mí, jamás me había puesto uno, pero tenía la sensación de que sería algo incómodo de usar. Practiqué mis movimientos humanos una vez más antes de irme a dormir. Caminaba en forma lenta y poco agraciada, era lo mejor que podía hacer. La noche pasó rápido y al llegar la mañana no me sorprendí al encontrar a Aiden y Zul en medio de una discusión, ahora que íbamos en dirección al peligro ya no habría más paz.

—¿Qué ocurre? —pregunté mirando a ambos.

El mago y Aiden intercambiaron miradas.

—Solo un pequeño desacuerdo en cuanto a nuestras identidades —dijo Zul en tono molesto mirando a Aiden.

—No comprendo —respondí.

—Adhara, una vez en Izar tu nombre será Katherine Ashford, yo seré tu hermano Devan Ashord y Aiden será Michael Vandersen, tu prometido —replicó el mago.

No podía decir que me encontraba del todo sorprendida, Aiden me había dicho que no me perdería ni un segundo de vista una vez que nos encontráramos en Izar y qué mejor forma de hacerlo que convirtiéndose en mi prometido. Zul me observó esperando que le respondiera, parecía impaciente.

—¿Crees que es un mala idea? —le pregunté al mago sin comprender a qué se debía su enojo.

—Pensé que te encontrarías incómoda ante tal situación —respondió confundido.

El mago me conocía y hubiese estado en lo cierto si se tratara de otra persona, pero era Aiden y nos habíamos vuelto cercanos estos últimos días. Me sorprendió que no se hubiera dado cuenta. O tal vez sí lo sabía y había preferido ignorarlo.

—Pensaste mal —dijo Aiden.

—Es solo por una noche, estaré bien —respondí.

Zul asintió y sin decir nada fue a terminar de empacar las cosas para partir. Las palabras de Zada se repitieron en mi mente: «Intenta no lastimarlo». ¿Podía ser que no estuviera preocupado por mí sino que en verdad no quería verme pretendiendo ser la prometida de Aiden?

—No es solo por una noche, desde el momento en que llegemos a Izar debemos actuar como Katherine Ashford y Michael Vandersen.

Miré a Aiden sin saber qué decir y salí de la cabaña en dirección a los caballos. Daeron parecía completamente recuperado, golpeaba el suelo con su casco ansioso por partir. Hacía días que no veíamos la luz del sol y eso lo había irritado, todo era sombras y oscuridad. Mi brazo ya había sanado y me encontraba en perfectas condiciones, aun así esperaba que no nos cruzáramos con ningún Garm.

Atamos las bolsas de viaje a las alforjas, y tras una última mirada a la cabaña partimos dejando el bosque de Gunnar detrás.

Nos llevó tres días llegar a Izar, recorriendo los caminos más olvidados y remotos en los que Zul y Aiden pudieron pensar para evitar cruzarnos con algún Nawa. Tres días de marcha constante y pocas horas de sueño durante los cuales la paranoia de ambos aumentaba con cada paso que nos acercaba a Izar. Una vez que finalmente llegamos a las afueras del pueblo, el paisaje se volvió mejor de lo que había sido en los últimos días. Un extenso prado verde se extendía delante de nosotros y se podían distinguir pequeñas casas a lo lejos. Avanzamos con cuidado atentos a nuestros alrededores en busca de la posada que Aiden había elegido. Nos llevó un rato hallarla ya que se encontraba en la otra punta del prado, alejada del resto de las construcciones. Al verla comprendí la razón por la cual Aiden creía que estaríamos a salvo allí, el lugar se caía a pedazos. La posada era sucia, descuidada y sombría. No podía imaginarme quién pagaría por pasar una noche allí. Aiden vio mi expresión de desagrado y desmontó sin decir nada ofreciéndome su mano para ayudarme a bajar. Frente a la puerta había un viejo cartel con las letras tan despintadas que apenas podía leerse «Posada».

—Interesante elección de nombre —dijo Zul.

Dejé escapar una risa ante el comentario e incluso Aiden sonrió. Era extraño que el mago bromeara sobre algo. Observé su expresión, la cual se fue endureciendo a medida que se acercaba a la entrada. Una vez que golpeó la puerta su respiración se volvió entrecortada y aquella silenciosa amenaza en sus ojos volvió a aparecer.

Tras un largo silencio golpeó de nuevo y esta vez escuchamos pasos del otro lado, la madera crujía con cada paso que daba. La puerta se abrió lentamente y un señor mayor asomó su cabeza. Nos observó detenidamente uno por uno y sus ojos se detuvieron en la espada de Aiden.

—¿Qué desean? —preguntó en forma brusca.

—Necesitamos alojamiento por una noche —respondió Aiden.

—Son un grupo extraño —agregó aún sin abrir del todo—. ¿Qué asuntos tienen aquí?

—¿A qué se refiere con extraño? —dije ofendida por el comentario.

Aiden me lanzó una rápida mirada de advertencia. Zul asintió y miró al anciano esperando una respuesta.

—No lo dije a modo de ofensa —se disculpó de inmediato el hombre tras ver mi

expresión—. Solo me refería a que no estoy acostumbrado a ver un grupo de viajeros como ustedes. Dos jóvenes, uno con ropa vieja y desgastada, el otro cargando un arma y una hermosa joven con finas prendas. Es extraño.

¿Era así como nos veían de afuera? Los humanos solo se limitaban a ver lo que sus ojos les mostraban a simple vista. De tener algo de percepción se habría dado cuenta del peligro que se ocultaba tras la mirada de Zul y no solo en su aspecto descuidado. Y en cuanto a Aiden, hubiera notado que era diferente del resto de las personas, más perceptivo, más audaz; pero lo único que había llamado su atención era el hecho de que tuviera una espada.

—Es rudo mantener a huéspedes aguardando en la puerta —replicó Aiden enfadado—. Mi nombre es Michael Vandersen, la dama a mi lado es Katherine Ashford, mi prometida y este es su hermano. Tuvimos un largo viaje hasta aquí lo que explica nuestra apariencia y el hecho de que cargue un arma, de seguro ha oído que a la noche hay animales salvajes en los caminos. Si va a negarse a brindarnos alojamiento dígalo y seguiremos nuestro camino.

Sus palabras y su tono severo surtieron efecto, el hombre nos dirigió una última mirada nerviosa y abrió la puerta indicándonos que pasáramos.

—Los caballos necesitan un lugar para descansar, el viaje fue largo y deben reponerse —dije señalando hacia Daeron.

—Desde luego, señorita. Mi hijo los llevará al establo y les pondrá un poco de avena y agua fresca —respondió el posadero—. ¡Glendon!

El mago tomó nuestras bolsas de viaje y aguardó a mi lado sin decir nada, su rostro inexpresivo y su mirada atenta. La madera volvió a crujir y un muchacho de contextura grande y cabello rubio apareció tras la puerta.

—Lleva los caballos a los establos y atiéndelos. Tenemos huéspedes.

Su hijo no respondió, se quedó allí parado como si no lo hubiera escuchado. Su mirada se encontraba fija en mí, llevé mis manos hacia mi pelo para asegurarme de que cubriera mis orejas y al ver que estas se encontraban perfectamente ocultas tuve una sensación de alivio.

—Glendon, ¿me has escuchado? —preguntó su padre confundido.

Sus ojos se volvieron a él y luego se sorprendió al ver a Aiden y Zul, era como si recién hubiese notado su presencia. Al igual que su padre parecía carecer del más mínimo instinto.

—¿En qué puedo ayudarte, padre?

—Encárgate de los caballos —repitió impaciente ante el comportamiento extraño de su hijo.

—Desde luego. Pero antes dime, ¿quiénes son? —dijo volviéndose a mí.

Al igual que el resto de los humanos que me habían mirado en forma similar, no tardó en bajar la mirada. Me había llevado tiempo entender la razón; tras observar a

Louvain y sus amigas en Naos había notado que cuando recibían atención por parte de un muchacho bajaban la mirada en forma tímida. Yo, por mi lado, la sostenía.

—La señorita y los caballeros pasarán la noche aquí —respondió.

Estas noticias parecieron agradarle a Glendon ya que sonrió y fue hacia los caballos guiándolos a un costado de la posada.

—Puede guiarnos a nuestras habitaciones —dijo Zul en tono cortante.

El mago parecía aburrido con la situación, lanzó una última mirada a los alrededores y se adelantó indicándole al posadero que se corriera de la puerta. Aiden me tomó de la mano y me llevó tras él, recordándome que debía actuar como su prometida cuando intenté soltarme. El interior de la posada no era horrible como esperaba que fuera; los muebles eran viejos pero estaban en buen estado, el lugar parecía limpio y todo se encontraba ordenado. En una esquina de la sala había un hogar de piedra y un perro marrón acostado junto al fuego. Sus orejas eran largas y graciosas, y su cara, arrugada. La forma en que se encontraba allí durmiendo plácida y despreocupadamente me recordó a Tarf.

—¿Cuántas habitaciones desean?

—Dos —respondió Aiden.

El posadero tomó dos viejas llaves y se las entregó.

—Se encuentran pasando aquel pasillo, la señorita puede dormir en la habitación junto a la ventana, es la mejor de la posada —dijo sonriéndome.

—Es amable de su parte —respondí.

—Mi nombre es Lars, estaré aquí si me necesitan.

Zul siguió sus indicaciones y se alejó sin decir nada. Lo seguimos y una vez en la habitación Aiden abrió la que se encontraba junto a la ventana indicándome que entrara. En verdad debía ser la mejor de la posada, era espaciosa, las cortinas parecían de seda y había un jarrón con flores silvestres en la mesita a un lado de la cama. Aiden entró detrás de mí y un alarmante pensamiento cruzó mi mente.

—No dormirás aquí —espeté.

—Nos encontramos en Izar, el lugar más peligroso de Lesath para alguien como tú, no te quedarás sola —replicó.

—Todos dormiremos aquí —dijo el mago—. O mejor dicho, tú dormirás mientras Aiden y yo hacemos guardia.

Quería quejarme, pero dado el peligro que corríamos su pedido era razonable.

—¿Por qué pidieron dos habitaciones si nos quedaremos todos aquí? —pregunté.

—Sería sumamente extraño que durmieras con tu hermano en la misma habitación —replicó el mago—. Katherine Ashford.

Aiden reprimió una sonrisa pero no podía estar segura si se debía al comentario de Zul o a mi expresión perpleja. En parte comprendía lo que el mago me quería decir, debía tomar conciencia de que mientras estuviéramos en Izar sería una humana

llamada Katherine Ashford. Y no me había comportado de esa manera frente a Glendon.

—En cuanto amanezca iremos al pueblo a buscar lo que necesitamos —dijo Aiden—. Será mejor que descanses Adhara, mañana será un largo día.

—Me encuentro bien —respondí.

—Mañana marcharemos toda la noche, no puedes pasar dos días sin dormir —dijo Zul sentándose en el piso a un lado de la puerta.

Dormiría un par de horas. Los próximos días serían agitados y era probable que no nos detuviéramos hasta llegar adonde vivía Talfan. Ansiaba ese momento más que nada, quería ver a mis abuelos y disculparme por todos los problemas que les había ocasionado.

Me recosté en la cama e intenté dejar mi mente en blanco. En Alyssian jamás había tenido problemas para lograrlo, aquí debía concentrarme. El baile, los warlocks, Seith, Aiden... eran preocupaciones nuevas y difíciles de disipar.

El amanecer no tardó en llegar; me sentí mal por Zul y Aiden al despertar y verlos recostados junto a la puerta con los ojos abiertos. Se pusieron de pie y dijeron que irían a la otra habitación mientras me cambiaba. Busqué en mi bolsa de viaje por algo que no llamara la atención y encontré un vestido de corte sencillo que había pertenecido a mi madre, debió mezclarse con mis cosas cuando estaba en la casa de mis abuelos en Naos.

Cruzamos la sala silenciosamente, nos encontrábamos a punto de salir por la puerta cuando oímos un ladrido y el gran perro marrón que había visto el día anterior se abalanzó sobre nosotros. Aiden intentó callarlo pero ladraba y movía su cola sin prestarle atención.

—Brandi —grito Lars—. Ven aquí.

El perro corrió hacia su amo y se sentó a su lado silenciosamente.

—Lo siento —se disculpó—. Espero que hayan pasado una buena noche.

—Encontramos las habitaciones cómodas —dijo Zul en tono cortante llevando su mano hacia el picaporte.

—Aguarden, les traeré algo para que desayunen.

—Tenemos asuntos en el pueblo —replicó el mago.

—Las tiendas no abren hasta dentro de un rato, tomen asiento y coman algo —insistió Lars.

—Mi hermano es algo impaciente —dije a modo de disculpa—. Ven a desayunar, Daven.

El posadero nos guio hacia la cocina y nos indicó que nos sentáramos a la mesa. El mago lo siguió de mala gana, y antes de que tomara asiento, me acerqué a él.

—No puedes reprocharme cuando tú mismo eres incapaz de actuar como un humano normal —le susurré.

Zul reprimió una sonrisa.

—Soy un humano normal —me respondió.

No, no lo era. Era un mago, poseía magia, eso lo hacía diferente. Aiden nos observó con curiosidad intentando oír lo que estábamos diciendo. Escuché pasos en la sala y dirigí mi mirada hacia la puerta, era Glendon. Sus pasos eran burdos y pesados, y llevaba flores en sus manos. Se acercó a mí y me las ofreció, eran las mismas flores silvestres que se encontraban en la mesita de mi habitación. Esta vez reaccionaría en la forma debida, lo miré sorprendida y luego bajé la mirada en forma tímida.

—Por favor, acepte estas flores, Katherine Ashford —dijo sosteniéndolas enfrente de mí.

No estaba segura sobre lo que debía hacer ahora, si las aceptaba significaba algún tipo de aprobación sobre su gesto y si no lo hacía era descortés.

—No me agrada ver a otros hombres halagando a mi prometida —dijo Aiden poniéndose de pie.

Lo miré sorprendida ante su reacción.

—Lo siento, no lo sabía —dijo Glendon—. Eres un hombre afortunado.

Apoyó las flores sobre la mesa y desapareció tras la puerta. Aiden volvió a tomar asiento con su mirada aún en las flores. Zul parecía divertido por la situación, su expresión se suavizaba cuando encontraba algo gracioso.

Lars nos entregó platos con rodajas de pan y un poco de queso, y se sentó en la mesa junto a nosotros.

—Glendon es un muchacho impulsivo, no fue su intención disgustarlos —dijo el posadero.

—Agradézcale por las flores, fue un lindo gesto —dije amablemente.

—Eres demasiado amable, hermana —dijo Zul mirándome de forma significativa.

Sonreí y aparté la mirada de él para evitar reírme. El mago sabía que estaba actuando de forma tímida para aparentar ser más humana.

—No puedo culpar a su hijo —intervino Aiden—. Katherine es hermosa, en verdad soy un hombre afortunado.

Su comentario me tomó por sorpresa y pude sentir el rubor aparecer en mis mejillas, mantuve la mirada en el plato para evitar que lo notara.

Nos apresuramos a terminar de comer y nos pusimos en marcha. Izar era diferente de todos los demás pueblos en los que había estado. Menos rústico. Las casas eran más grandes y no estaban decoradas con flores como en Naos. Eran simples pero con una mejor estructura. Los caminos eran de piedra en vez de tierra, los caballos llevaban sus crines peinadas de manera prolija y tiraban de carros más elegantes y sofisticados de los que había visto hasta ahora. Estaba acostumbrada a ver granjeros con carretas, me sorprendió que Izar fuera tan diferente de los demás pueblos. También noté que las mujeres de aquí llevaban vestidos más refinados, todos en tonos

claro y con finas telas. Recordaba que mi abuelo me había dicho algo al respecto; era en señal de respeto en caso de que la reina se encontrara en el pueblo.

A medida que comenzamos a acercarnos pude ver el gran castillo de piedra elevándose en el centro. De solo verlo, oscuros pensamientos cruzaron mi mente; allí se encontraban toda la maldad de Lesath. Recorrimos varias tiendas hasta que finalmente encontramos una que parecía prometedora, era más amplia que las demás y tenía hermosos vestidos exhibidos en la entrada. Una mujer de esbelta figura se acercó a recibirnos, llevaba un vestido rosado y su pelo rojo y ondulado se encontraba adornado por un moño.

—¿En qué puedo ayudarlos? —preguntó amablemente.

—Mi prometida necesita un vestido para el baile de la reina Lysha —dijo Aiden posando sus manos en mis hombros.

—¡Oh, que joven encantadora! —espetó—. Por supuesto. ¿Cómo te llamas, querida?

—Katherine.

—Mi nombre es Breena. Ven conmigo, te traeré varios vestidos para que puedas elegir —dijo indicándome que la siguiera.

Me llevó hacia una pequeña habitación con un espejo y comenzó a traer vestidos de todos los colores. Eran largos, amplios y elegantes. Un detalle llamó mi atención, era la primera vez que veía algo así, miré a la vendedora confundida preguntándome para que servirían.

—¿No te gustan? —preguntó Breena consternada.

—No comprendo por qué hay lazos en la parte de atrás.

—Es un corsé, querida —respondió algo confundida—. Las damas de la corte los utilizan, se acostumbra a usar en festejos a los que asiste la reina.

No debí preguntar sobre los lazos, la mujer encontraba extraño que no supiera lo que eran. Me reí en forma inocente como si encontrara la situación divertida.

—Es mi primera vez en Izar, soy de Naos y allí no hay este tipo de vestidos —dije a modo de disculpa.

Analiqué el resto de los vestidos que quedaban en la pila hasta que finalmente encontré uno que llamó mi atención. Era celeste con dorado en las mangas y en el cuello, su tela era delicada y fluía como agua en mis manos. Me lo probé. Breena me ayudó con los lazos, tiró de ellos y sentí la tela ajustarse contra mi cuerpo. No era cómodo, de eso no había duda, pero al verme al espejo no pude negar que se veía bien. Su tono iba perfecto con mi piel y resaltaba mi figura mejor que mis vestidos.

—Te ves preciosa, tienes buen ojo Katherine. Este vestido es perfecto para ti —dijo Breena entusiasmada—. Solo nos queda arreglar tu cabello.

Sus manos se extendieron hacia mí, al darme cuenta de sus intenciones retrocedí abruptamente alejándome de ella.

—No me gusta que toquen mi cabello —dije asegurándome que mis orejas se encontraran cubiertas.

—Lo siento, algunas damas acostumbran a llevarlo recogido —hizo una pausa y me observó por un momento—. Tu cabello es tan lindo que sería un lástima recogerlo, buscaré un lazo dorado y puedes llevarlo de costado para que no te moleste con el antifaz.

Asentí con la cabeza, y aguardé allí hasta que regresó con el lazo y un antifaz dorado en su mano.

—Tu prometido se encuentra ansioso por verte —dijo con una risita—. Este antifaz irá perfecto con tu vestido y resaltará tus ojos.

Tomé el lazo entrelazándolo en mi pelo hacia un costado y Breena me colocó el antifaz. No era incómodo pero era algo extraño. Observé el resultado en el espejo, combinaba con las mangas y el cuello, y tal como Breena había dicho resaltaba el verde de mis ojos.

La vendedora me dio un empujoncito fuera de la habitación y me llevó hacia donde aguardaban Aiden y Zul. Había olvidado lo incómodo que me resultaba el tacto de las personas, disimulé mi expresión e intenté ser amable. Ambos quedaron perplejos al verme. Zul me observó asombrado y me sonrió, Aiden me miró de una manera tan intensa que me hizo apreciar el antifaz que llevaba puesto. No pude evitar sonreír, me sentí halagada con su reacción.

—Luces preciosa —dijo Zul.

Hice una corta reverencia en forma de agradecimiento como me habían enseñado y le dediqué una mirada significativa.

—Eres la criatura más hermosa que mis ojos han contemplado —dijo Aiden.

Sus palabras me helaron, aquellas emociones abrumadoras que había sentido con anterioridad se apoderaron de mí en forma rápida e inesperada. Aiden se acercó y antes de que pudiera conseguir que mi cuerpo reaccionara me besó en la mejilla. Lo observé detenidamente recuperando el control sobre mí misma. No podía explicarme lo que había sucedido, jamás en mi vida me había sentido tan vulnerable como en ese momento. Podría haber sacado una espada y atravesarme con ella, y mi reacción, o mejor dicho mi falta de ella, no hubiera sido diferente.

—Adha...

—Katherine —lo interrumpió el mago con tono severo—. ¿Te encuentras bien?

Con cada segundo que pasaba comenzaba a apreciar más el hecho de que el antifaz cubriera parte de mi rostro.

—¿Por qué no habría de estarlo? —pregunté con tono seguro deshaciéndome de cualquier rastro de vergüenza que hubiera en mi rostro.

Ambos intercambiaron miradas dudosas. Aiden me miró de forma expectante, le dediqué una sonrisa y volví mi atención hacia la vendedora, quien parecía algo

confundida con la situación.

—Lo llevaré —afirmé.

—Luces encantadora, querida —hizo una pausa y se volvió a Aiden—. Forman una pareja magnífica.

—Gracias por sus amables palabras —respondió asintiendo.

—Deberá tener cuidado con los demás caballeros, su prometida sin duda será la joven más bonita en aquel salón —dijo Breena entusiasmada.

—Sin duda —replicó Aiden.

Este comentario pareció no agradarle tanto, su expresión cambió como si de un segundo a otro le hubiera dado un dolor de cabeza. Parecía preocupado, estaba mejorando en mi habilidad para descifrar su comportamiento.

—Ve a cambiarte Katherine, yo pagaré por el vestido —me dijo Aiden.

Asentí con la cabeza y regresé a la habitación donde se encontraba mi ropa. Pasamos el resto de la mañana en una tienda de ropa de hombres. Su atuendo era sencillo pero elegante; pantalones oscuros, botas más refinadas y cortas que las que solían usar para montar, una camisola blanca de lino y una corta capa de terciopelo negro. Aiden eligió una camisola con un detalle dorado en el cuello que iba perfecto con mi vestido, no podía negar lo apuesto que se veía en su nuevo atuendo. Se encontraba tan hermoso que sentí un fuerte impulso de ir hacia él y dejar que me tomara en sus brazos.

Zul era una persona diferente. Ya no parecía un chico desprolijo, se veía más compuesto y masculino. Fue hacia un espejo y observó por unos segundos su reflejo con mirada desconfiada. Me pregunté en qué estaría pensando pero su expresión era indescifrable; aún con el antifaz puesto, sus ojos se veían claramente. Había un brillo característico sobre ellos que era imposible de ignorar. Fue allí cuando me di cuenta de algo tan evidente que no comprendía cómo lo había pasado por alto: Zul era atractivo. No en la misma forma abrumadora de Aiden, sino de modo más enigmático y sutil.

Una vez que contamos con todo lo necesario Aiden y yo regresamos a la vieja posada. El mago dijo que aún necesitaba conseguir las invitaciones y que era preferible que fuera por ellas solo. Al principio no estaba convencida con la idea, no era seguro para ninguno de nosotros vagar solos por Izar, pero Zul insistió y parecía necesitar algo de tiempo a solas. Conocía esa sensación, hacía días que nos encontrábamos todos juntos y a veces ansiaba unos minutos de soledad para aclarar mi mente. Aiden repasó conmigo todo lo que debíamos hacer desde que partiéramos al castillo hasta que nos encontráramos a salvo lejos de Izar. Habíamos hablado tanto al respecto durante tanto tiempo que podía oír sus recomendaciones en mi mente constantemente. «Intenta no hablar con nadie, no bailes más de lo necesario, no mires a los warlocks directo a los ojos, quédate en algún rincón y no en el centro del salón,

pretende ser tímida, muévete en forma torpe». La lista era interminable.

Al llegar a la posada no había rastro de Lars o de su hijo y aprovechamos la oportunidad para practicar con la espada en la habitación. Hacía tiempo que no nos encontrábamos completamente solos y él también pareció notarlo, había cierta tensión entre ambos que era difícil de ignorar. Intenté concentrarme en la espada; Aiden había mejorado, mis movimientos lo habían obligado a moverse con la mayor rapidez de la que era capaz. Yo no era tan afortunada, practicar con él me había ayudado a mejorar mi defensiva, pero aún me sentía cómoda ya que él cuidaba sus movimientos constantemente para evitar lastimarme. Si iba a progresar de manera significativa necesitaba luchar con alguien que no me tuviera consideración alguna. Alguien despiadado. Seith tarde o temprano nos encontraría y entonces no me quedaría otra opción más que enfrentarlo, un rival como él me empujaría más allá de mis propios límites, me haría luchar no por la victoria, sino por mi vida. Me preguntaba cómo sería su rostro. Al pensar en él solo podía ver una oscura silueta en medio de la noche, silenciosa e inmóvil, como una estatua.

A medida que avanzaba la tarde Aiden comenzó a lucir cansado, hasta que nos detuvimos y le sugerí que descansara por un rato. Había pasado la noche despierto y no tendría otra oportunidad para descansar en los próximos días. Se resistió al comienzo pero terminó cediendo ante el sueño. Vigilé la puerta perdida en mis pensamientos. Me sentía levemente ansiosa, el peligro se aproximaba con cada minuto que pasaba; mejor dicho, nosotros nos acercábamos a él. Mis padres jamás me perdonarían haberme puesto en una situación tan riesgosa. Ahora que las consecuencias de mi decisión se volvían más reales, no podía evitar pensar en el daño que les causaría a mis padres si esta oscuridad reclamaba mi vida. No lo sabrían por un largo tiempo, pero tras pasar los años y no tener noticias de mí comenzarían a sospecharlo hasta que finalmente un día conocerían la verdad.

«No dejaré que eso pase», pensé para mí misma, acabaría con ellos, no ellos conmigo. Mis motivos eran fuertes, algún día cuando pudiera contarles, ellos me entenderían. Al menos mi madre; mi padre era un elfo y sin duda pensaría que había perdido la razón. Alyssian, aquel mundo que era tan perfecto para él, había sido una prisión para mí. Ellos eran lo único bueno que aquel lugar guardaba. Aquí había encontrado un mundo donde mi existencia no era insignificante, donde mis habilidades eran tan buenas o mejores que las del resto de las personas, un lugar donde podía construir mi vida, donde tenía amigos. Aquí había encontrado a Aiden, el único capaz de adueñarse de mi mente, de mí, de lo que era.

Aiden respiró en forma profunda llamando mi atención. Su rostro se volvía infantil cuando dormía y su expresión angelical era tan cautivadora que no podía apartar mi mirada de él. Lucía tan vulnerable que un escalofrío recorrió mi cuerpo. No quería ponerlo en peligro, quería que estuviera a salvo. En ese momento sentí el

peso de lo que estábamos por hacer y tuve miedo por lo que podía pasar si nos descubrían. Llevé mi mano hacia el pelo de Aiden y lo acaricié, no dejaría que nada le pase.

Miré por la ventana y me sorprendí al ver que había comenzado a oscurecer, Zul ya debería haber llegado. Fui hacia la sala y vi a Lars sentado frente al hogar con su perro sentado a su lado, ambos se veían a gusto descansado frente a las llamas. Me acerqué a ellos haciendo ruido ya que de lo contrario no oirían mis pasos. Brandi levantó sus orejas y vino corriendo hacia mí.

—¿Puedo ayudarte en algo, Katherine? —preguntó el posadero.

—¿Ha visto a mi hermano? No se encuentra en su habitación —dije acariciando al perro.

—La última vez que lo vi estaba en el jardín —respondió pensativo—. Tal vez aún se encuentre allí, parecía disfrutar del aire fresco.

Asentí con la cabeza y me dirigí hacia la puerta.

—Han sido buenos huéspedes, silenciosos —dijo Larson—. He disfrutado de su compañía.

—No comprendo —dije extrañada por sus palabras—. A juzgar por la apariencia de la posada parecería que no le interesa recibir huéspedes.

—Soy un hombre solitario, Katherine. Disfruto vivir aquí con mi hijo, alejado del pueblo —hizo una pausa y siguió—. Prefiero hospedar poca gente, aquellos de corazón bondadoso que no se dejan engañar por las apariencias. No damas pretenciosas o caballeros refinados.

—Es una sabia elección —dije sonriendo—. Pocos esperan que un lugar que aparenta ser descuidado también pueda ser cómodo y cálido.

Yo no podía incluirme dentro de esos pocos, era Aiden quien había descubierto el lugar. Hice un gesto a modo de disculpa y abrí la puerta, no quedaba mucho tiempo. El mago se encontraba sentado en el pasto viendo el sol desaparecer tras el horizonte. Su expresión era calma, no parecía estar preocupado como de costumbre.

—Adhara.

Su oído se había acostumbrado a la forma silenciosa en la que caminaba, aun así me sorprendió; los humanos jamás me oían acercarme.

—Zul.

Se volvió hacia mí y me hizo un gesto para que lo acompañara. Me senté a su lado.

—¿Tienes las invitaciones? —pregunté.

—Las tengo —respondió—. Regresé hace horas pero necesitaba un poco de aire. La calma antes de la tormenta.

—Sé a lo que te refieres, he tenido esa sensación todo el día —repliqué.

—No es necesario que vengas —dijo el mago.

La forma en que lo miré bastó para que se retractara. Era más que necesario que fuera, el solo pensamiento de que ellos estuvieran allí sin mí era inconcebible. Solo una persona cobarde y descorazonada los dejaría ir solos a arriesgar sus vidas.

—Solo digo.

—Me conoces mejor que eso —respondí.

El mago permaneció pensativo por unos segundos.

—Estaremos bien —le aseguré—. Los tres saldremos de allí con ese mapa.

Tenía que creer eso, no aceptaría otra opción. Zul era poderoso, probablemente más de lo que me imaginaba y Aiden era hábil, rápido y audaz, un gran espadachín para ser humano. Estaríamos bien.

—Desearía que fueras tú.

Zul habló en voz tan baja que apenas logré oírlo. Lo miré confundida sin entender a qué se refería, sus palabras no tenían sentido. Su mirada se volvió hacia mí, había algo nuevo en sus ojos, determinación. El mago me tomó de los hombros y sin previo aviso se inclinó hacia mí acercando su rostro al mío. Adiviné su intención y lo esquivé de un rápido movimiento antes de que nuestros labios se encontraran. No me sentía abrumada o inmersa en un torbellino de emociones, podía pensar con total claridad y me encontraba perpleja ante lo que había ocurrido.

—¿Qué haces? —pregunté poniendo distancia entre nosotros.

—Intento enamorarme de ti —respondió Zul.

Podía ver en su mirada que estaba arrepentido de lo que había hecho. Su expresión era de tormento, por primera vez desde que lo conocía no intentó ocultar sus emociones; agonía, furia, confusión, frustración.

—¿Por qué harías algo así? —pregunté esforzándome en no gritarle.

—Para olvidarme de Sorchá —replicó el mago.

—¿De qué hablas?

¿Qué diablos tenía que ver Sorchá con esto? ¿Había intentado besarme para olvidarse de su problema con Sorchá? ¿Cómo se atrevía?

—Estoy enamorado de ella. Es una maldición que me persigue desde el primer día en que la vi —dijo en voz baja.

Me resultaba difícil creer en sus palabras y aun así sus ojos decían la verdad. Sorchá era un alma oscura, no había visto más que maldad en ella. Él lo sabía, él la odiaba.

—Zul... Tú intentaste matarla.

—Ponte en mi lugar, Adhara. Ella es una Nawa, es una de ellos. Tarde o temprano acabará conmigo si no la detengo —replicó.

—Esta es la verdadera razón por la cual falló tu hechizo —dije comprendiendo lo que había ocurrido—. Sorchá no dudó al intentar matarte, lo hubiera hecho de no haberme encontrado allí. ¿Cómo puedes estar enamorado de alguien que quiere

terminar con tu vida?

—¿Puedes evitar lo que sientes por Aiden?

Me tomó por sorpresa. Pensé en negarlo pero luego de la forma en que Zul se había abierto conmigo no podía mentirle.

—No —respondí evadiendo su mirada.

Fue allí cuando comprendí la terrible situación en la que se encontraba. No era posible, de serlo el destino del mago sería uno cruel, matar a quien amaba o morir por sus manos. Tarde o temprano se encontraría con Sorcha y si no lograba matarla, ella lo mataría a él.

—Estos sentimientos te destruirán, Zul —dije lamentando cada palabra.

—Lo sé.

Su expresión era de agonía. Ignoré el hecho de que había intentado besarme y lo abracé intentando reconfortarlo. Era una sensación extraña, hacía solo minutos me encontraba furiosa con él y ahora quería protegerlo de aquel dolor que no se merecía. Zul apoyó su cabeza en mi hombro y escondió su mirada.

—Zada jamás me perdonaría si llegara a enterarse. A veces pienso que lo sospecha. Crucé caminos con Sorcha en demasiadas ocasiones, le parece extraño que aún no la haya matado.

—Ella cree que sientes algo por mí, me lo ha dicho —hice un pausa y agregué—. Tú le hiciste creer eso.

—Es lo mejor que puedo hacer, es mejor que la verdad.

Mis instintos no me habían fallado, Zada había visto lo que Zul quería que viera.

—Lo he intentado, en verdad creí que podía enamorarme de ti, Adhara. Eres hermosa, valiente, bondadosa... salvaste mi vida. Pero ella siempre está en mi mente, invade mis sueños y no hay nada que pueda hacer al respecto.

Siempre había pensando en el mago como alguien racional y cauto, incluso por momentos había notado que pensábamos en forma similar. Me costaba creer que pensara de esa manera, que hubiera intentado sentir algo por mí cuando amaba a otra a persona.

—Has actuado de forma estúpida. No puedes obligarte a sentir algo que no existe y aun si te enamoraras de mí sufrirías de todos modos —respondí.

—Tú me rechazarías, Sorcha quiere acabar con mi vida —murmuró desde mi hombro.

Tenía un punto, no podía negarlo.

—Ahora ya no puedes dañarla, no te queda más que evadirla hasta que averigüemos cómo romper el sello —dije pensativa—. Si nos encuentra, yo me enfrentaré a ella.

Zul dejó escapar un suspiro.

—Una parte de mí en verdad la odia. Es contradictorio, sentirme atraído por ella y

odiarla al mismo tiempo.

—Sé a lo que te refieres, aunque probablemente no en igual medida —respondí.

El mago dejó escapar una sonrisa. Debía sentirse aliviado de finalmente poder desahogarse y hablar con alguien sobre el tema. Me pregunté por cuánto tiempo había guardado el secreto.

—Lamento haber intentado besarte —se disculpó.

Mi cuerpo se volvió algo rígido ante el recuerdo de lo sucedido. Zul lo notó pero no se movió, permaneció con la cabeza apoyada en mi hombro. De seguro le resultaba más fácil hablar sin tener que mirarme a los ojos.

—Conociendo tu carácter sé que para ti debe haber sido un acto... impertinente. En verdad lo siento, Adhara —hizo una pausa pensativo y agregó—. Aunque debo admitir que me había preparado para recibir un cachetazo o algo peor.

—Puedes agradecerle a Aiden por eso —repliqué—. Probablemente jamás vuelva a sentirme tan turbada o fuera de mí misma como aquella vez.

—Fue antes de que los encontrara —era una afirmación no una pregunta.

—Así es. En nuestro segundo encuentro me besó de manera repentina mientras discutíamos.

—Aiden es imprudente —dijo el mago riendo.

—Sí, lo es —respondí.

Permanecimos allí un rato, ambos pensativos y en silencio. Era un alivio saber que Zul no tenía ese tipo de sentimientos hacia mí pero me sentía mal por él. Al desaparecer los últimos rayos del sol oímos un ruido y al girar mi cabeza vi a Aiden caminando hacia nosotros. El mago levantó su cabeza de mi hombro y se puso de pie evitando mi mirada. Aiden nos miró en silencio como si estuviera esperando algún tipo de explicación, su mirada era acusadora.

—Es hora, debemos cambiarnos —dijo Zul.

—¿Por qué se encontraban aquí afuera? No es seguro —dijo Aiden ignorando al mago.

—Estábamos tomando un poco de aire fresco —repliqué.

Me dirigí hacia la habitación y desenvolví el vestido. Aiden y Zul fueron a cambiarse a la habitación de enfrente para darme privacidad. Intenté no pensar en mi conversación con el mago. Era momento de permanecer con la mente en frío y actuar sin ningún tipo de distracción. Al terminar de pasar mis brazos por las mangas me di cuenta de un problema con el que no había contado. Intenté tirar de los lazos del corsé para ajustarlo pero no resultó una tarea sencilla. Solo tenía una opción y me hacía sentir nerviosa. Decidí que era mejor terminar de arreglarme y lidiar con eso luego. No sería tan vergonzoso con la máscara puesta. Decidí que quedaría mejor si en vez de usar el lazo dorado utilizaba el mío celeste. Fui hacia el espejo y entrelacé el lazo en mi pelo asegurándome de que cubriera mis orejas. Luego puse el antifaz

sobre mis ojos y contemplé el resultado. El antifaz resaltaba mis ojos verdes y mi pelo caía en forma delicada sobre mi hombro derecho, cubriendo mis orejas. Sujeté el vestido con mis manos para asegurarme de que no se cayera, ya que los lazos se encontraban flojos, y esforzándome para evitar que mis mejillas se sonrojaran fui hacia la habitación de enfrente. Pude oír a ambos discutiendo pero hablaban en forma tan rápida que no logré entender lo que decían. Aguardé un segundo en silencio, aún sin comprender sus palabras, golpeé la puerta. Las voces cesaron y un momento después Aiden abrió la puerta bruscamente.

—Adhara —dijo sorprendido—. Creí que eras Lars.

Sus ojos se posaron sobre mí y decidí que era mejor decirlo de una vez antes de que me sintiera demasiado avergonzada.

—¿Podrías ayudarme con los lazos del corsé? La vendedora los ajustó en el negocio y no puedo hacerlo yo misma —dije intentando no sonar tímida.

Aiden me observó confundido y luego bajó su vista hacia el vestido comprendiendo.

—Por supuesto.

Me indicó que fuéramos a mi habitación y tras un momento de pensarlo, asentí. Ya era demasiado vergonzoso sin el mago allí para presenciárselo, era mejor si estábamos solos. Fui hacia el espejo y me paré frente a él evitando su mirada. Aiden se paró detrás de mí y pude ver por el reflejo que parecía algo indeciso.

—Emm... Jamás he hecho esto antes —confesó.

En cierta forma era un alivio escuchar eso, permanecí seria e intenté no sonreír.

—Debes tirar de los lazos para que el vestido quede ajustado y luego hacer un moño para que no se afloje.

Tomó los lazos y comenzó a tirar de ellos en forma suave, la tela del vestido empezó a presionarse contra mí.

—Dime si está demasiado ajustado —dijo.

Contemplé mi figura ante el espejo y una vez que el vestido se vio al igual que en la tienda, le hice una seña para que se detuviera. Aiden hizo un nudo y se alejó para contemplar el resultado.

—¿Luzco humana en él? —pregunté volviéndome.

—Luces... bien —respondió.

Busqué sus ojos pero evadió mi mirada. Su expresión no revelaba mucho, pero sí tenía que adivinar, parecía algo enfadado.

—Iré a terminar de vestirme —dijo yendo hacia la puerta.

—¿Estás enfadado? —pregunté.

Se detuvo.

—¿Sientes algo por él? —preguntó dándome la espalda.

—¿De qué hablas?

—Zul, los vi en el jardín —replicó.

—¿Por qué pensarías que siento algo por él? —pregunté confundida.

Jamás había dado ningún tipo de indicio de que me sintiera atraída por Zul. Zada lo había notado, de lo contrario no me hubiera pedido que no lo lastimara, y el mago sabía que lo rechazaría.

—Su cabeza se encontraba en tu hombro, Adhara. Sé que te incomoda el tacto de las personas pero no parecía molestarte —dijo aún de espaldas.

Pensé en lo que Aiden había visto y comprendí que pudiera sentir celos. Yo me había sentido de la misma manera al verlo con Goewyn.

—Zul es mi amigo, no tengo otro tipo de sentimientos hacia él —respondí—. Posees buenos instintos Aiden, de usarlos lo sabrías.

Se volvió hacia mí.

—Me gusta como te queda el lazo celeste.

Tras decir esto salió por la puerta. Pensé en lo ocurrido en el jardín, era un alivio que no hubiese presenciado cuando el mago intentó besarme. Hubiese sido difícil convencerlo de que solo éramos amigos después de eso. Tomé mi espada y la pasé por debajo del vestido amarrando la funda a mi cintura, la parte de abajo era tan amplia que la tela caía naturalmente ocultando el arma.

Una vez que todos nos encontrábamos listos, Aiden dejó el dinero que le debíamos al posadero sobre la cama y salimos silenciosamente por la ventana. Sería demasiado sospechoso que Lars nos viera vestidos para el baile de la reina, ningún noble se hospedaría en su posada. Cabalgamos en silencio hacia el castillo yendo por las afueras del pueblo evitando ser vistos. Debíamos encontrar un lugar cerca del castillo para dejar los caballos, pero lo suficientemente oculto como para poder escapar desapercibidos una vez que tuviéramos el mapa. Nos llevó un largo rato hallar el lugar indicado, todos los alrededores del castillo estaban adornados con antorchas y había guardias vigilando todas las entradas y salidas. Atamos los caballos junto a un grupo de pinos que se encontraban junto a las murallas de los jardines reales. La noche y las ramas de los árboles proporcionaban un escondite perfecto.

## EL BAILE DE MÁSCARAS

Salimos hacia el camino que iba a la puerta del palacio y nos mezclamos con los demás invitados que se encontraban allí. Era extraño, todos llevaban máscaras. Había algo emocionante y misterioso en no saber sus identidades o ver solo una parte de sus rostros. Mi antifaz no era incómodo como pensé que sería, me agradaba usarlo. En cierta forma me resguardaba del resto de las personas, era como si pusiera cierta distancia. Al acercarnos a la entrada vi que había estatuas a cada lado de la puerta. Eran leones. Ambos se encontraban sentados y había un escudo entre sus patas, debía ser el escudo de la familia real; en él había un dragón y un unicornio enfrentados. Un guardia se acercó a nosotros y nos pidió las invitaciones; Zul se las entregó de manera confiada. Las examinó por unos segundos y nos indicó que continuáramos hacia adentro. Un pasillo con una larga alfombra bordó guiaba el camino hacia una enorme sala llena de personas. El castillo era muy lujoso, armaduras resplandecientes en las paredes, cuadros que a juzgar por la perfección de sus trazados habían sido pintados por los mejores artistas de Lesath, candelabros de oro, tapices y otros objetos de gran valor. El salón se encontraba lleno de gente; noté que la mayoría de las mujeres llevaba el pelo recogido, pero no me preocupé, me gustaba como lucía el mío. Los vestidos eran de colores claros y tal como había dicho la vendedora muchos de ellos tenían corsés. A medida que nos fuimos adentrando en la sala vi varias cabezas volviéndose hacia mí, me moví en forma torpe como había practicado intentando no llamar la atención. Aiden también pareció notar las miradas y me tomó de la mano manteniéndome a su lado. Zul parecía incómodo, miraba a los alrededores con una expresión compuesta, pero podía ver la mirada inquietante tras su antifaz. Era protocolo que los recién llegados hicieran una fila frente al trono de la reina para que les diera la bienvenida. Nos pusimos al final de la fila y aguardamos nuestro turno. Este era el mundo de los humanos, o al menos una parte de él; por más que todo fuera una farsa, la forma en que se comportaban los invitados era real. Algunos de ellos parecían prestarle demasiada atención a las apariencias, hacían reverencias por aquí y por allá; los hombres hablaban sobre sus negocios y las mujeres mostraban sus joyas. Otros parecían más tímidos y se reservaban para sí mismos y para sus acompañantes. Aiden me dio un pequeño empujoncito indicándome que debíamos avanzar, fue ahí cuando lo vi, un refinado hombre de pelo blanco. Su expresión era de seguridad, su rostro una inquebrantable máscara de gracia, su sola sombra emanaba poder y su mirada, maldad. Aquel hombre me inquietaba. Apreté la mano de Aiden en señal de alerta, este me lanzó una corta mirada de advertencia y en voz tan baja que apenas logré escuchar sus palabras me susurró «warlock». Me esforcé por controlar mi expresión y miré disimuladamente, aquel refinado señor era un mago oscuro, un warlock. A su lado había un trono adornado con rubíes y sobre él, sentada en forma

majestuosa, una joven de largo cabello rubio. La reina no aparentaba más de quince años, demasiado joven para tanta responsabilidad. Sus inocentes ojos azules seguían a cada persona que se paraba frente a ella. Su vestido era hermoso y la corona en su cabeza era de oro. Todos en la habitación la miraban con admiración y recelo, yo la veía diferente. Era una prisionera, una marioneta y las riquezas que la rodeaban jamás lograrían compensar eso. Sentía lástima por ella, crecer en medio de tanta oscuridad era una condena que nadie merecía. Su madre había muerto joven y su padre había caído en batalla, de seguro obra de los warlocks. Qué forma más fácil de gobernar desde las sombras que con una niña en el trono. El warlock nos hizo un gesto indicando que era nuestro turno, para mi sorpresa Zul se puso delante nuestro guiando el camino. Su expresión era difícil de leer, sus pasos indicaban confianza pero a medida que se acercaba más a aquel refinado hombre la mirada en sus ojos se volvía más incierta. Si aún no había descubierto lo que era, pronto lo haría, su presencia era demasiado poderosa como para que el mago la ignorara. Al llegar a él hicimos una reverencia y aguardamos a que nos presentara frente a la reina.

—Bienvenidos al palacio de su majestad, mi nombre es William Connaught —dijo el warlock.

William Connaught, repetí el nombre en mi mente pensativa; era Blodwen el supuesto consejero real.

—Es un gusto conocerlo —respondió Zul—. Yo soy Daven Ashford de Wesen, la señorita es mi hermana Katherine Ashford y su prometido Michael Vandersen.

Blodwen asintió al escuchar cada nombre saludando en forma cordial. Me encontraba algo sorprendida de que Zul nos presentara, había asumido que sería Aiden quien lo haría. Fuimos hacia el trono y la reina nos recibió con una sonrisa amable.

—Su majestad la reina Lysha —dijo Blodwen—. Ellos son Daven Ashford, Katherine Ashford y Michael Vandersen.

Hice una reverencia al escuchar mi nombre tal como me habían enseñado.

—Sean bienvenidos, espero que disfruten de la festividad —dijo la reina Lysha.

—Le agradecemos la invitación, nos sentimos honrados de encontrarnos aquí frente a usted su majestad —respondió el mago con una sonrisa.

—Su vestido es magnífico *lady* Katherine, posee excelente gusto —dijo la reina.

—Se lo agradezco su majestad —repliqué en tono humilde.

Hicimos una última reverencia y nos alejamos del trono, esperaba no volver a encontrarme con la reina por el resto de la noche. Fuimos hacia el centro de salón y permanecimos allí tomando bebidas por un rato antes de ir hacia un rincón para evitar sospechas. El vino parecía ser la única opción pero su gusto era demasiado agrio para mí, levanté la copa dos o tres veces pretendiendo que tomaba pero no dejé que tocara mis labios.

—Era un warlock —dijo el mago cuando nos encontrábamos lejos del resto de las personas.

—Así es —respondió Aiden—. Blodwen.

—¿Creen que sospechó algo? —pregunté.

—No, has hecho un buen trabajo, Adhara —me aseguró Aiden.

—En verdad parece humana —dijo Zul.

Era un alivio oír eso, me daba miedo pensar en lo que sucedería si descubrían lo que en realidad era. Derrotar a cinco warlocks era una perspectiva poco prometedora luego de ver a solo uno de ellos.

—Aguardaré un poco más y en cuanto vea la oportunidad me escabulliré —dijo Aiden.

Regresamos hacia el centro del salón para no llamar la atención. Noté miradas curiosas sobre mí, hombres y mujeres volteaban la cabeza y me seguían con la mirada al pasar. No me incomodaban, me había acostumbrado a recibir atención; no lo consideraba algo malo, era mejor que ser ignorada. Aiden parecía estar pendiente de las miradas y no se apartaba de mi lado, esperaba que esto no lo retuviera con nosotros y lo distrajera del plan. Cuando los músicos comenzaron a tocar lo miré de manera significativa, pero no parecía estar de acuerdo con que fuera el momento oportuno. En vez de alejarse sigilosamente e ir hacia el pasillo se acerco a mí y me ofreció su mano. La tomé y me puse en la posición que Zada me había enseñado. Aiden puso su mano sobre mi cintura y me acercó a él. Repasé los pasos en mi mente y luego dejé que me guiara.

Hice un gran esfuerzo para evitar entregarme a las emociones que se despertaban en mí; nos encontrábamos en peligro, debía estar alerta. Aiden parecía estar teniendo el mismo problema: por momentos sus ojos se encontraban perdidos en los míos y luego parecía recordar donde nos encontrábamos y su mirada se volvía cauta y alerta. Bailar con él había sido mala idea, supe eso cuando comencé a sentir algo que era desconocido para mí, ansiedad. Deseaba que se quedara conmigo pero al mismo tiempo quería que fuera en busca del mapa y regresara pronto para no preocuparme por él. Necesitaba verlo regresar a salvo. Aguardé a que terminara el paso para que no fuera extraño y me detuve. Debía mantener la mente fría, teníamos una misión que cumplir y un precio que pagar si algo salía mal. Me miró confundido rehusándose a soltar mi mano.

—Es hora —le susurré.

Su expresión se volvió seria pero finalmente asintió con la cabeza y me dejó ir. Le dirigió una rápida mirada de advertencia al mago, me miró una vez más y comenzó a alejarse lentamente. En ese momento sentí un fuerte impulso que se adueñó de mí, jamás había experimentado algo similar, no podía pensar con claridad, solo podía ver su espalda alejarse y luchar para no seguirlo. Se dirigía a un lugar peligroso donde no

podía ayudarlo, solo podía esperar. Aiden era valiente, estaba dispuesto a enfrentarse al peligro solo y por más que quisiera no tenía la certeza de que nada malo le ocurriría, por eso debía saber la verdad. Fui tras él, tomé su brazo, tiré de él hacia mí obligándolo a darse vuelta y sin dudarle, sin siquiera pensarlo, lo besé.

Esto lo tomó por sorpresa, le llevó un momento darse cuenta de lo que ocurría pero una vez que lo hizo puso sus manos en mis mejillas y comenzó a besarme. La música cambió a una melodía diferente y las personas comenzaron a moverse alrededor de nosotros; me alejé un poco de él intentando recuperar algo de control sobre mí misma.

—Si no voy ahora nunca lo haré —susurró Aiden.

Antes de que pudiera responder se fue, perdiéndose en la multitud. Esta vez no lo seguí, intenté calmar las emociones dentro de mí y me obligué a pensar de manera racional. Era Katherine Ashford, era humana y debía actuar como tal hasta que consiguiéramos el mapa y nos pudiéramos ir.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el mago luego de aparecer a mi lado.

—Creo que he perdido la cabeza —repliqué sin poder evitarlo.

—Debo admitir que estoy algo sorprendido —dijo Zul—. Eso fue tan diferente a la forma en que sueles comportarte.

Lo mire rogándole que evitara otro comentario de ese tipo, reprimió una sonrisa y desvió su mirada. Si Aiden pensaba que sentía algo hacia el mago eso sin lugar a dudas aclararía su mente. Ahora que lo sabía no podía volver atrás. Un hombre pasó frente a nosotros y volví mis pensamientos hacia él, su aspecto era similar al de Blodwen; pelo blanco, apariencia refinada y poderosa, y una expresión de gracia tras su máscara. Llamé la atención del mago y lo señalé de manera disimulada. Ambos lo seguimos con la mirada, se detuvo frente a dos hombres de contextura grande y se presentó como Evard Glaistig, el encargado de la guardia real. Era un warlock, Sabik. Lo analizamos durante un tiempo, su conducta era intachable, nadie jamás sospecharía de lo que en verdad era. Me pregunté cómo sería en verdad cuando no pretendía ser Evard Glaistig. ¿Cuál era la verdadera naturaleza de los warlocks? ¿En verdad eran seres dominados por la oscuridad? Era difícil de imaginar cuando solo veía hombres mayores con costosas prendas y buenos modales. Zul se alejó de manera repentina, fui tras él preocupada de lo que habría causado su reacción, pero al alcanzarlo parecía haberse tranquilizado. Recompuso su expresión sin decir nada al respecto. No insistí en saber lo que había ocurrido, era la segunda vez que el mago cruzaba camino con los responsables de la muerte de sus padres, eso no podía ser fácil.

—Deberías bailar con alguien. Zada dijo que es costumbre que los hombres inviten a las mujeres a bailar.

—Bailaría contigo pero se vería extraño si bailo con mi hermana —respondió

Zul.

Una chica pasó frente a nosotros y le di un empujoncito al mago en su dirección. Llevaba un vestido color verde y un antifaz adornado con plumas. El cuerpo del mago se tensó, permaneció pensativo unos segundos y con una mirada de resignación fue hacia a ella. Sabía que no le gustaba bailar pero los warlocks parecían estar afectándolo y necesitaba calmarse, además cualquier mujer que no fuera una Nawa e intentara matarlo sería una buena opción para él. Fui en dirección a la puerta por la que sabía que Aiden debía haber salido para ir hacia las recámaras donde se encontraba el mapa y me detuve al ver a dos guardias custodiándola. Debían estar allí para asegurarse de que los invitados no fueran a merodear por el castillo. Permanecí cerca aguardando ver algún rastro de Aiden. Caminé de un lado hacia el otro pretendiendo observar los candelabros que adornaban el salón hasta que vi a la reina acercándose y resignada me alejé de la puerta. No volvería a hacer otra reverencia en lo que restaba de la noche. Comencé a buscar al mago para ver cómo le estaba yendo, creí distinguirlo no muy lejos de mí cuando una imagen heló mi sangre. Apareció frente a mí como un fantasma, un joven alto de pelo castaño y atuendo negro. Se movía de forma segura y con una calma inusual, su expresión era vacía. Los ojos detrás del antifaz eran marrones, era la primera vez que veía su rostro pero sabía que era él, Seith.

—¿Me concede este baile? —su voz carecía de todo tipo de emoción.

Una sensación de terror me invadió. ¿Sospechaba de mí? ¿O era simple casualidad? Intenté actuar de manera natural.

—Mi prometido no tardará en llegar —dije a modo de disculpa.

—Permítame acompañarla hasta que regrese —respondió.

Su tono no era sugestivo, era autoritario. Quería negarme pero no parecía la mejor idea dada las circunstancias. El antifaz cubría parte de su rostro pero parecía joven, debía ser dos o tres años mayor que yo. Intenté descifrar su expresión pero resultó una tarea imposible. Si Zul era difícil de leer en ocasiones, Seith era otro asunto.

—De acuerdo.

Me ofreció su mano y no tuve más remedio que tomarla. Su piel era fría y la sensación que tuve fue peor a la que había experimentado con el resto de los humanos. Comenzó a guiarme y lo seguí completamente consciente de cada uno de mis movimientos. La forma en que Seith bailaba, al igual que cuando caminaba, era inusual incluso inhumana. Ninguna persona era capaz de movimientos tan estáticos, era como ver a una estatua cobrar vida. De seguro me veía humana junto a él.

—¿Tu nombre?

—Katherine Ashford —respondí.

Me miró a los ojos y pretendí estar viendo a las parejas que bailaban a nuestro lado. No sabía cuánto tiempo aguantaría, sentía que su oscuridad me envolvía. Tenía

miedo, una sensación que nunca había sentido antes de llegar a Lesath.

—No recuerdo haberte visto con anterioridad, aun con el antifaz.

—No suelo venir a Izar, soy de Wesen —respondí.

Cada uno de mis sentidos se encontraban alerta ante todos sus movimientos, si intentaba algo solo me llevaría segundos sacar mi espada. Miré su rostro por un breve momento intentando encontrar algún gesto que lo delatara. Nada, sus intenciones eran un misterio. Me pregunté si era posible que hubiera utilizado algún hechizo y aún no hubiera sentido sus efectos. Era poco probable. ¿Por qué se encontraba en el baile? Aiden había dicho que los Nawas no asistían a eventos públicos.

La mirada de Seith comenzó a inquietarme, debía sospechar algo. De lo contrario por qué se encontraba bailando conmigo. La incertidumbre se estaba apoderando de mí, debía averiguar la verdad, prefería enfrentarme a él antes de convertirme en parte de su juego. Me armé de determinación y le devolví la mirada. Sus ojos se encontraban fijos en los míos y aun así no me decían nada, era como mirar a una de las armaduras que se encontraban en el pasillo. Era extraño, quería encontrarlo feo pero noté a varias mujeres observándolo y me di cuenta que era algo apuesto. No me importaba su apariencia, era un ser maligno ante mis ojos.

—Katherine.

Reconocí la voz y me volví aliviada. El mago se abrió paso entre las personas y se acercó a nosotros.

—Devan.

Seith se detuvo y le dirigió una mirada que aparentaba ser curiosa; a decir verdad era inexpresiva.

—Lamento interrumpirlos, debo consultar algo con mi hermana —dijo Zul.

El Nawa hizo un corto gesto de asentimiento y se alejó sin decir nada. Zul me tomó del brazo y tiró de mí alejándome del resto de las personas. Sus ojos se habían vuelto peligrosos, su expresión era de horror. La imagen de Seith acosaba mi mente, miré de manera paranoica alrededor de nosotros convencida de que en cualquier momento nos atacaría. No había rastros de él. Zul también lucía intranquilo, miraba en todas direcciones y se encontraba a la defensiva. El mago me había salvado de aquella pesadilla, sentí una profunda gratitud hacia él.

—Sorcha se encuentra aquí, la he visto —susurró en tono desesperado.

—También Seith. Gracias por sacarme de allí —respondí.

—¿Era él con quien bailabas? —preguntó alarmado—. No lo reconocí con la máscara. ¿Intentó lastimarte?

—No, pero debe sospechar algo —repliqué.

—Debemos salir de aquí. No puedo arriesgarme a que Sorcha me reconozca.

—Vayamos por Aiden.

Un hombre de antifaz negro pasó a mi lado y se tropezó tirando su bebida, me

corrí justo a tiempo logrando que cayera sobre la alfombra y no en mi vestido. Este se disculpó de inmediato y me ofreció traerme algo para beber a modo de disculpa. Sus ojos eran negros al igual que su antifaz, una extraña elección. Su pelo también era negro. Me rehusé de modo gentil asegurándole que no era necesario. El mago me miró de manera impaciente y me llevó hacia la puerta ansioso por alejarse del salón. Aguardamos hasta que uno de los guardias se distrajo y pasamos de manera sigilosa sin ser vistos.

Atravesamos un oscuro pasillo de manera sigilosa y una vez fuera de vista, el mago sacó un pergamino arrugado en donde Aiden había dibujado un mapa del palacio. Caminamos por una gran sala de estar adornada con cuadros de los diferentes miembros de la familia real hasta llegar a un corredor con habitaciones. Según el mapa, una de las habitaciones contenía un viejo tapiz que ocultaba una de las entradas al recinto en donde se reunía el Concilio. Entramos y salimos de varias habitaciones, debían ser para hospedar huéspedes ya que todas eran parecidas. Una gran cama con cortinas, un baúl y un tocador. Llegando al final del corredor finalmente entramos en una con un viejo tapiz de un pavo real que ocupaba gran parte de la pared. Me acerqué y tiré de la tela; la puerta que había detrás se reveló ante mí. Tuve una leve sensación de inquietud, quién sabe lo que nos esperaba detrás de aquella puerta. Zul también dudó por un momento antes de decidirse y llevar la mano hacia el picaporte. Ambos intercambiamos miradas alentadoras y dimos juntos un paso hacia delante. Era difícil ver dónde nos encontrábamos, la única fuente de luz era una antorcha sujeta a la pared que iluminaba una gran estatua de dos dragones cuyos ojos miraban directo hacia nosotros. Era una advertencia. Uno de los dragones tenía una cadena alrededor del cuello con un gran amuleto del color de la sangre. Eran Darco y Nawa, pero ese no era el verdadero Corazón del Dragón, era una réplica. De seguro los warlocks habían colocado la estatua allí como una especie de homenaje.

Estiré mi mano y tomé el brazo del mago en advertencia. Oía pasos, alguien se aproximaba en nuestra dirección a gran velocidad. Zul fue hacia la puerta pero no había un picaporte ni nada que permitiera abrirla desde adentro. Nos arrojamos hacia la pared y logramos entrar en un pequeño hueco entre esta y los dragones. La estatua era lo suficientemente grande como para cubrirnos. La figura se acercó y fue hacia la puerta, no fue hasta que se encontró debajo de la antorcha que pude ver con claridad de quién se trataba.

—Aiden —susurré aliviada.

Se dio vuelta alarmado y para mi sorpresa maldijo al vernos. Lo examiné, no parecía lastimado pero su expresión era de terror. Vino hacia nosotros indicándonos que guardáramos silencio y se escondió a mi lado. Lo miré intrigada preguntándome la causa de su comportamiento cuando se escucharon más pasos y comprendí que alguien más se acercaba. Intenté espiar para saber de quién se trataba pero Aiden

negó con la cabeza y tomó mi mano indicándome que permaneciera agachada. Debía ser un warlock. Los pasos se detuvieron cerca de la estatua y quienquiera que fuera permaneció allí parado sin moverse. Los tres habíamos dejado de respirar, el más mínimo descuido revelaría nuestra presencia. La puerta se abrió y se escucharon más pasos, alguien había entrado.

—No me agrada que me hagan esperar, Sorchá —dijo una voz.

Zul se endureció como una piedra a mi lado, miré su expresión temiendo que sus nervios nos delataran pero parecía en control de sí mismo.

—Lo siento amo, no volverá a suceder.

—¿Rowan Fenwick?

—Lo llevé al jardín y Seith se encargó de él. Órdenes de Akashik.

—¿Qué hay de su cuerpo?

—Seith lo tirará en el bosque en las afueras del pueblo, el pobre fue atacado por lobos —respondió riendo maliciosamente.

—Bien, sus preguntas molestas no volverán a ser un problema. Cualquier noble que intente involucrarse nuevamente en los asuntos de la corona sufrirá la misma suerte.

Sorchá permaneció en silencio.

—No es necesario que regreses al baile, ya cumpliste con tu cometido.

—No tenía intención de hacerlo —replicó Sorchá.

—¿Qué hay del mago? —su tono se volvió más severo.

—Lo siento amo, perdimos su rastro cerca de Zosma.

—No es la primera ocasión en la que fallas. ¿Acaso quieres sufrir el mismo destino que aquel traidor?

—Aiden Moor jamás debió llevar el nombre de Aprendiz de Nawa, fue una deshonra y pagará por ello —gritó Sorchá.

Mi sangre se heló ante esas palabras. ¿Aiden un Nawa? Lo miré esperando a que lo negara pero su expresión era de horror. No era posible pero aun así era verdad.

—Cuando lo encontremos deseará no haber nacido —dijo la voz—. Termina con el mago, Sorchá, o yo terminaré contigo.

—Haré que su corazón deje de latir con mis propias manos, sus días están contados —replicó Sorchá.

Saqué mi mano de la de Aiden y lo miré con furia, con miedo. Fue difícil lograr que mi cuerpo continuara inmóvil. Sorchá y el warlock aún seguían hablando pero me encontraba tan perdida en mí misma que no podía oír lo que decían. Aiden había sido uno de ellos. Sentí un brazo alrededor de mí, era Zul, no lo aparté, solo intentaba asegurarse de que no perdiera el control. Era admirable que se estuviera preocupando por mí cuando hacía solo segundos Sorchá había dicho que le arrancaría el corazón. Fui tonta al no darme cuenta, esa era la razón por la cual Aiden sabía tanto de ellos.

El rol de cada uno, el mapa del castillo; esa era la razón por la que Zul habló frente a la reina y no él. Zul lo sabía. Miré al mago en forma acusadora y este me sostuvo la mirada con más fuerza temiendo que saltara sobre él. En el momento en que el ruido de sus pasos se perdió salí de nuestro escondite y me dirigí hacia la puerta. No me importaba si debía tirarla abajo para alejarme de allí.

—Adhara lo siento, debí decirte la verdad —dijo Aiden.

—Debo salir de aquí —me limité a responder.

Quería gritarle, quería tomar mi espada y amenazarlo, quería explotar. Respiré con calma intentando contener todas las emociones dentro de mí. Las dejaría salir una vez que nos encontráramos lejos y no debíamos ser silenciosos.

—¿Tienes el mapa? —preguntó el mago.

Aiden asintió. Por supuesto que tenía el maldito mapa, todo este tiempo había sabido a la perfección dónde se encontraba. Este fue hacia la puerta y tras decir unas palabras se abrió. Pasé a su lado sin siquiera mirarlo y tras analizar la habitación me dirigí hacia una gran ventana que se encontraba junto a la cama. Zul me ayudó a abrirla, mirándome de reojo algo tembloroso. Trepé por esta ignorando que el vestido me lo dificultaba y los aparté a ambos cuando intentaron ayudarme. El jardín se encontraba desierto, corrimos sigilosamente evitando ser vistos y no nos detuvimos hasta llegar adonde se encontraban los caballos. Lo habíamos logrado, nos encontrábamos a salvo. A pesar de mi enojo me sentí aliviada de que hubiéramos salido con vida.

Deseé que hubiera otro caballo en el que pudiera ir Aiden pero no había otra opción, de no habernos encontrado en una situación de peligro habría dejado que caminara pero debíamos alejarnos lo más posible de Izar. Galopamos por horas sin detenernos. La noche se encontraba más oscura que de costumbre, había nubes en el cielo, de seguro llovería. En varias ocasiones Aiden intentó hablar pero le pedí que no lo hiciera. Nada de lo que dijera cambiaría el hecho de que me había mentido. Reprimí un sollozo y sequé las lágrimas de mis ojos con la manga del vestido. Nunca había dudado de mis instintos pero ahora no podía evitar hacerlo, había encontrado seguridad en una persona que en algún momento había poseído el mismo mal que intentaba combatir. Y no era solo eso, además de enojo también sentía tristeza, si había sido un Nawa eso significaba que los warlocks habían matado a su familia.

Aún no había amanecido cuando el caballo del mago se detuvo agitado y nos vimos obligados a descansar por un rato para que pudiera recuperarse. Miré hacia el cielo, todavía estaba demasiado oscuro a pesar de que el amanecer se acercaba; las nubes impedían que saliera el sol, era como una advertencia, la oscuridad nos estaba alcanzando.

—Por favor, déjame explicarte —dijo Aiden en tono implorante.

—Eras uno de ellos —espeté enfadada con lágrimas en mis ojos.

—No fue elección mía. No tuve otra opción. Ellos mataron a toda mi familia cuando solo tenía cinco años... y no pude hacer nada para evitarlo.

Su voz sonaba turbada como si fuera a quebrarse en cualquier momento. Esto calmó mi enojo, me dolía verlo de esa manera.

—¿Cómo es posible? —pregunté sorprendida al darme cuenta de algo que había ignorado—. Tú no posees magia. ¿Por qué te eligieron a ti?

—Mi padre era un gran espadachín, de pequeño era bueno con la espada o con cualquier tipo de arma, creyeron que había algo diferente en mí, que poseía magia y que la utilizaba para mejorar mi destreza con las armas. No tardaron en darse cuenta de que se habían equivocado, pero necesitaban más aprendices para mantener el control en Lesath y no parecía haber más magos. Entonces decidieron quedarse conmigo —respondió—. Odiaba estar allí, odiaba las cosas que me ordenaban que hiciera. Finalmente un día Mardoc nos envió a Sorcha y a mí a Mirkaf, quería que nos deshiciéramos de un niño que accidentalmente había visto a Seith hacer magia. No pude hacerlo. Ellos habían enviado a Sorcha conmigo porque no confiaban en mí y cuando me rehusé a hacerlo Sorcha intentó matarme. Zul apareció y me salvó de sus hechizos. No sabía quién era o si podía confiar en él. Me encontraba herido, no podía arriesgarme, corrí sin saber qué hacer hasta que perdí el conocimiento. Deneb me encontró y me llevó a la posada, él y Goewyn me ayudaron a recuperarme —hizo una pausa y continuó—. Unas semanas después Zul me encontró y me llevó con Talfan, estaba agradecido pero me negué cuando me pidieron que los ayudara a luchar contra el Concilio. Quería una vida normal, no quería venganza ni seguir luchando, quería la vida que tenían Deneb y Goewyn.

Era difícil permanecer enfadada con él tras escuchar su historia. Había sufrido su vida como Aprendiz de Nawa, no había disfrutado de la maldad y se había alejado de ella. Todo comenzó a tener sentido. La forma en que había reaccionado cuando descubrió que era una elfa, quería que me fuera porque no quería que pasara por lo que él había pasado. Quería que regresara con mi familia. Ahora comprendía de dónde provenía su furia aquel día, yo me había alejado de mi familia de forma voluntaria y él había sido despojado de la suya. Jamás había tenido la intención de regresarme a Alyssian para alejarse de mí, había insistido en que regresara para que pudiera estar con mi familia.

—Quería decirte la verdad, pero luego te oí decirle a Zul que quitarle la vida a alguien es un acto imperdonable para los elfos y pensé que de saber la verdad asumirías lo peor, pensé que te perdería —espetó Aiden.

—Lo siento —me disculpé—. Solo pensé en el mal que habías causado y no en el que te fue causado. Pero debiste decirme la verdad. ¿Creíste que no lo entendería aun después de contarme tu historia?

—No estaba dispuesto a arriesgarme Adhara, tu pérdida es algo que no podría

soportar —replicó.

No tuvo más que decir esas palabras para desvanecer cualquier duda que tuviera sobre él.

Lo abracé dándole a entender que no cuestionaría más sobre el asunto. Aiden puso sus brazos alrededor de mí y me besó en la frente. Fui hacia Zul, parecía nervioso.

—Lo siento, no quise traicionar tu confianza. Aiden me pidió que no dijera nada y a pesar de que no tenga una buena relación con él comprendí por qué lo hacía —se disculpó el mago.

—¿Confiaste en mí con lo de Sorcha pero no con esto? —dije en voz baja para evitar que Aiden oyera.

—Este secreto no me correspondía contártelo —replicó.

Zul era el primer verdadero amigo que tenía y a pesar de que nos conocíamos hacía poco tiempo, confiaba en él. Me molestaba un poco que me hubiera ocultado la verdad pero entendía por qué lo había hecho.

Fui hasta su caballo para ver en qué condición se encontraba, pero el pobre aún respiraba de forma agitada. Me sentía intranquila pero no estaba segura de la razón. Todavía llevaba puesto el vestido, había sido terriblemente incómodo montar con él durante tanto tiempo, era mejor si me cambiaba. Fui hacia Daeron y tomé mi bolsa de viaje indicando que iría a cambiarme detrás de un árbol. Me llevaría un rato poder quitarme todas las partes del vestido y decidí ir un poco más lejos para estar más tranquila. Desatar el corsé por mi cuenta no fue tarea fácil, no comprendía por qué insistían en utilizar vestimentas tan complicadas. Me sentía aliviada al encontrarme de vuelta en mis prendas, eran cómodas y me permitían mayor movilidad, sin mencionar que podía respirar a la perfección. Sería una pena dejar el vestido allí pero ocuparía demasiado espacio y era innecesario agregarles más peso a los caballos. Lo doblé y lo oculté entre las plantas, para cuando alguien lo hallara nos encontraríamos lejos de allí. Cubrí mis orejas bajo un mechón de pelo y me puse la capa acomodando la capucha sobre él. Me encontraba lista para volver cuando noté una figura observándome, alarmada tomé mi espada pero al ver mejor me di cuenta de que se trataba de Aiden. De seguro quería saber si me encontraba bien, pero me sentía algo avergonzada de que hubiese estado observando. Era extraño que se comportara así ya que solía ser bastante respetuoso en cuanto a mi privacidad.

Me dirigí hacia él pero para mi sorpresa me dio la espalda y comenzó a alejarse. Los caballos se encontraban hacia el otro lado, ¿por qué se alejaba?

—Aiden —grité mientras corría tras él.

Tal vez aún se sentía mal por haberme mentado, pero esa no era razón para merodear solo por el bosque. Lo alcancé y lo tomé por la capa para evitar que siguiera avanzando, este se volvió hacia mí helando mi sangre. No era Aiden, tenía su

apariciencia pero su mirada no era cálida, sino fría y distante. Zafir.

Levanté a Glace y apunté la hoja hacia él poniendo distancia entre nosotros. ¿Cómo era posible? En Zosma su magia no había funcionado, y ahora frente a mí se encontraba un Aiden que solo era una sombra del verdadero. Arremetí contra él; repentinamente, en el momento en que la espada rozó su brazo, la ilusión desapareció y pude ver su verdadera apariencia. Zafir parecía sorprendido, no esperaba mi ataque. Levanté mi espada decidida a derrotarlo pero mis brazos se congelaron en el aire, no podía moverme, era como si una fuerza invisible me sujetara.

—Has sido descuidado.

Su voz se apoderó de mí como la oscuridad. Aquella sensación que apenas conocía comenzó a nacer en mí, desesperación.

—Jamás vi a un humano moverse a esa velocidad. Hay algo raro en ella, Seith —respondió Zafir.

Era Seith quien me había hechizado para que no me moviera. Con cada paso que daba luchaba con más fuerza para romper su encantamiento pero era inútil, cuanto más luchaba más fuerte se volvía la fuerza invisible que me sujetaba. Su piel era tan fría como la recordaba. Tomó la capucha y la arrancó tirando mi capa a un costado. Quería gritar pero no lo hice. No quería poner a Aiden en peligro, Seith era un oponente demasiado peligroso.

Sentí sus ojos sobre mí, lo miré desafiante esforzándome por controlar mi miedo. No podía ser invencible, a pesar de su poder él era un humano y yo en parte era elfa.

—Su belleza es inusual.

No había admiración en su voz, había recelo; Zafir era vanidoso. Había tenido esa impresión al verlo hablar con Goewyn en Zosma.

La mirada de Seith aún me examinaba detenidamente, no tardaría en darse cuenta de mis orejas, debía hacer algo y rápido. Los hechizos que Zul me había enseñado servían para repeler ataques no para romperlos una vez que me hubiesen afectado. Pero la magia era impredecible y podría servir de algo. Debía calmarme, concentración y armonía mental eran la clave. Imaginé una pared alrededor de mis pensamientos.

—Ve por Aiden Moor, yo me encargaré de ella —ordenó Seith.

Aiden, su nombre rompió mi concentración.

—No te atrevas —amenacé a Zafir.

—Habla —espetó Seith.

Debía concentrarme, debía tomar control de mí misma.

—Sorcha ya debe haber encontrado al mago, únete a ella y elimina al traidor.

—Así lo haré —respondió Zafir.

Intenté volverme y evitar que se fuera pero no hubo nada que pudiera hacer para impedirlo. Era imposible controlar la frustración que sentía pero debía hacerlo. Aiden

se encontraba en peligro, Zul estaba a merced de Sorcha y yo me hallaba sola e incapaz de moverme con Seith. Con cada segundo sentía más desesperación. Me obligué a calmarme y pensé el hechizo con convicción y claridad. La mano que sostenía la espada logró moverse unos centímetros antes de que la fuerza invisible la inmovilizara de nuevo. Fue tan leve el movimiento que Seith no pareció notarlo.

—¿Quién eres? —preguntó.

No le respondí.

—¿Es Katherine Ashford tu verdadero nombre? Sé que eres tú con quien bailé.

Había sospechado algo, debí saberlo.

—Sí, es mi verdadero nombre —respondí.

Su expresión era vacía, inmutable, era imposible saber si creía en mis palabras o no. Sacó una daga de sus ropas e hizo un tajo sobre mi manga. Luego me tomó del brazo y grité en agonía sin poder evitarlo. Me quemaba, era como si de su mano surgiera fuego. Grité hasta que su mano se alejó de mi piel y caí al suelo.

—Mientes —dijo, su voz aún pasiva.

Intenté atacarlo sin perder un segundo antes de que utilizara magia de nuevo pero su mano se cerró sobre la mía y comencé a gritar de nuevo. Traté con toda mi fuerza no soltar la espada pero era como si el fuego estuviera dentro de mi piel. La sensación de ardor era intensa y aturdí. Aferré mis dedos a la empuñadura de Glace haciendo todo lo posible para aguantar el dolor.

—¡Adhara!

La voz de Aiden provenía del bosque y se escuchaba distante. Miré hacia atrás pero no había rastros de él.

—¡Aléjate de aquí! —grité—. ¡Seith!

Quise correr hacia su voz pero sentí una mano alrededor de mi cuello y mi visión comenzó a nublarse. Luché por permanecer consciente pero todo era borroso, la voz de Aiden se oía cada vez más distante hasta que solo fue un susurro. Me sentía cansada, las piernas me pesaban y cada vez me costaba más mantenerme de pie. Mi cuerpo dejó de responder, todo fue silencio y me perdí en la oscuridad.

## SEITH

Mis sentidos comenzaron a volver lentamente, me sentía desorientada, era una sensación que nunca había experimentado. Abrí mis ojos, aún me encontraba en el bosque, parecía de día pero había poca visibilidad porque una gran nube negra cubría el cielo. Intenté moverme y me di cuenta de que mis manos se encontraban atadas al igual que mis pies. La piel en mis brazos estaba roja donde Seith me había tocado. Miré alrededor pero no había nadie. Lo último que recordaba era la voz de Aiden y una mano en mi cuello. Seith debía haberme hechizado. Aiden, Zul... quería pensar que se encontraban bien pero no tenía forma de saberlo. Zafir no parecía un oponente difícil, le gustaba el ilusionismo y no parecía haber desarrollado otras ramas de la magia, pero Sorcha era engañosa y cruel. Intenté mantener la calma pero esta desapareció al darme cuenta de que mis orejas se encontraban al descubierto. Estaba sola y era probable que Seith se hubiera dado cuenta de lo que era. El miedo comenzó a crecer en mi pecho, temía por Aiden y Zul pero también por lo que pasaría conmigo.

Logré sentarme con un poco de esfuerzo pero las sogas no me permitieron ponerme de pie. Me sentía torpe e inmovilizada. Busqué pero no había rastros de mi espada. ¿Dónde se encontraban todos? ¿Cuánto tiempo había pasado inconsciente? Observé el cielo y la posición de las nubes, parecía ser mediodía, debían haber pasado dos o tres horas desde que los Nawas nos habían emboscado.

Mordí las sogas pero no sirvió de nada. Intenté deslizar una de mis manos a través de ella pero el nudo era demasiado grueso. No saldría de aquí por mi cuenta. ¿Pero por qué me encontraba sola? Seith no me había llevado de regreso al castillo como pensé que haría. ¿Pero por qué dejarme atada en el bosque? Tal vez no había descubierto mi secreto y solo era una humana ante sus ojos. Era difícil de creer, si había sospechado de mí y se había tomado la molestia de seguirnos, no tenía sentido dejarme aquí. A menos que Aiden y Zul lo hubieran alcanzado y me hubiesen escondido y regresado a pelear.

Grité sus nombres, Aiden, Zul, pero nadie respondió. Pensé en ellos, pensé en mis abuelos, en mis padres y en Alyssian.

Alyssian... era como un recuerdo lejano, la persona que era cuando me encontraba allí era diferente de la que se encontraba ahora atada. Había cambiado, lo sabía. En ciertos aspectos me había vuelto más humana que elfa. Pero aún era hija de mi padre, aún había sangre élfica corriendo por mis venas, y debía aferrarme a ello si quería escapar y ayudar a Aiden y al mago, dondequiera que se encontraran. El vínculo que había creado con ellos, las emociones que sentía, si algo les pasaba perdería mi lado humano. No tenía forma de saberlo con certeza y aun así estaba segura. Ellos representaban todo lo que había buscado cuando decidí dejar Alyssian

para conocer el mundo de los humanos. En ese momento vi con total claridad lo importante que eran para mí.

Llevé las manos hacia mi cuello y con los dedos toqué el collar que me había regalado Aiden, eso me dio esperanza de que volvería a verlos. Pero no lograría nada esperando allí sentada, pensé, debía haber un hechizo que cortara las sogas. De seguro los elfos me habrían enseñado alguno pero no lograba recordarlo.

Pasó un rato hasta que finalmente oí pasos. Miré expectante hacia el lado del que provenían y para mi desgracia Seith no tardó en aparecer. Glace se encontraba en sus manos, era un alivio que no se hubiera perdido pero sería un problema recuperarla. Un aura fría emanaba de él y como siempre su paso era seguro, como si no temiera a nada en el mundo. Mantuve una expresión compuesta en mi rostro, no quería que supiera que me inspiraba terror.

—Sentí mi hechizo debilitarse, debe haber magia en ti, de lo contrario seguirías privada de tus sentidos —dijo con voz vacía.

—¿Dónde están Aiden y Zul?

—Eso es problema de Zafir y Sorcha —replicó—. Tu nombre es Adhara.

Permanecí en silencio.

Clavó mi espada a unos centímetros de mí, no había un solo rastro de exasperación en él. Era imposible de creer, pero no sentía ansiedad, ni furia, ni nada.

—Esta espada fue forjada por elfos.

Tomó mi pelo y en forma brusca tiró de él dejando mis orejas al descubierto. Reprimí una mueca de dolor. De haber estado suelta me hubiera arrojado sobre él, la forma en que había sujetado mi cabello me llenaba de ira.

—Eres una elfa.

Su tono aún era neutro, no se encontraba sorprendido por ese hecho, había encontrado la solución al problema del Concilio de los Oscuros y aun así su expresión no decía nada.

—No, no soy una elfa —dije.

Tomó mi brazo donde había cortado la manga y me preparé para lo que seguía pero el dolor no llegó.

—¿Qué eres? —preguntó.

Sabía lo que sucedería si no respondía. Odiaba encontrarme en esta situación, odiaba sentirme vulnerable. Cuando recuperara mi espada, Seith pagaría por esto.

—Mi padre es un elfo, mi madre es humana —respondí.

Me soltó y se quedó observándome de manera pensativa. Sabía que era verdad, de lo contrario me encontraría gritando. No estaba segura si era instinto o magia pero sabía cuando decía la verdad y cuando mentía.

—Déjame ir —espeté—. Te jactas de que eres poderoso pero la única razón por la que me encuentro aquí es porque me atacaste por la espalda. De haberme enfrentado

a ti en un duelo justo hubieses sido tú el vencido.

Se acercó. El color de sus ojos era muy parecido al de Aiden, pero jamás tendrían su calidez.

—¿Eso es lo que crees?

—Así es —respondí con más convicción de la que en verdad sentía.

Dijo unas palabras y para mi sorpresa las sogas desaparecieron. Me arrojé sobre mi espada y no hizo nada para evitarlo.

—Pruébalo, Adhara.

Lo miré incrédula. En verdad parecía estar dispuesto a pelear, era como si la posibilidad de que pudiera vencerlo y escapar no existiera en su mente. Encontraba eso insultante.

Seith tomó la rama de un árbol y esta se volvió una espada. ¿Se enfrentaría a mí sin magia? Esto ponía la balanza a mi favor, jamás lo vencería con magia pero con la espada tenía una oportunidad. Su vida era una que podía acabar sin sentirme mal por ello.

Me puse en la posición correcta y sostuve la espada con fuerza en mis manos por si intentaba algún truco. Me dolían las muñecas y mis pies se encontraban acalambrados. Pelear luego de haber estado atada no era lo ideal pero no tenía otra opción. Ignoré el dolor y despejé mi mente del odio que sentía hacia él. La espada debía fluir libre y no ser impulsada por alguna emoción que pudiera hacerme caer en un error. Recordé mis peleas con Aiden, debía ponerme en posición ofensiva y no defensiva. Como fue de esperarse Seith atacó primero y yo atacé al mismo tiempo. Si aguardaba y solo detenía sus ataques tendría ventaja sobre mí. Ambas espadas chocaron con fuerza. Retrocedió y atacó de nuevo una y otra vez, una embestida detrás de otra. Era la primera vez que veía un estilo semejante. Sus ataques eran fríamente calculados pero brutales. Su técnica era agresiva y al mismo tiempo controlada. Siempre sabía cuándo detenerse y atacar de nuevo. Mi velocidad era mayor que la de él pero aun así no lograba herirlo. Su espada siempre detenía a Glace antes de que lo alcanzara.

Aun sin utilizar magia era un oponente formidable. Detuve sus ataques y comencé a rodearlo. Debía forzarlo a una mala posición para tomar ventaja de ello. Ataqué por la izquierda, luego por la derecha, me moví a la mayor velocidad de la que era capaz. Un movimiento a continuación del otro hasta que finalmente logré hacerle un profundo tajo en el torso. Me aproveché de esto pensando que cometería un error pero ninguno de sus movimientos fue precipitado. No lograría que se descuidara, al no tener ningún tipo de emociones su carácter no sufría variantes.

Cambié de estrategia y comencé a ponerme a la defensiva, haría que se cansara y luego atacaría. Detuve un ataque tras otro, la hoja de su espada no lograba acercarse a mi cuerpo pero sus ataques poseían tal fuerza que detenerlos requería mucho

esfuerzo. Era todo lo contrario a pelear contra Aiden. Sus ataques eran letales, no le importaba si me hería seriamente, solo le interesaba ganar. Debía derrotarlo, era mi única oportunidad de escapar. Uno de mis pies aún se encontraba algo acalambrado, no estaba segura de cuánto tiempo más podría mantener ese ritmo. Dejé de lado mi táctica y comencé a atacarlo de nuevo en vez de solo responder a sus ataques. Fui agresiva e intenté que mi espada llegara hacia él de todas las maneras posibles pero su mente poseía una fortaleza que era imposible de vencer.

Finalmente, me decidí. Me arriesgaría a hacer un movimiento que mi maestro elfo Astran me había enseñado. Debía atacarlo por un lado y en el último segundo girar y cambiar la espada de dirección. Nunca lo había logrado exitosamente con los elfos porque eran más veloces que yo, y para cuando giraba mi espada ya habían cambiado de posición, pero en este caso tenía ventaja. Me concentré retrocediendo unos pasos y luego investí decidida. Seith llevó la espada hacia la izquierda listo para detenerla y antes de que ambas chocaran giré mis pies de un solo movimiento y llevé la espada hacia la derecha. La espada penetró su brazo, pero antes de que pudiera hundir la hoja Seith me dio un golpe seco en la espalda utilizando la empuñadura de su espada y caí contra el suelo.

—No puedes vencerme, nadie puede hacerlo.

Mi respiración era agitada y mi cuerpo se encontraba cansado. Intenté ponerme de pie pero era demasiado tarde, la soga había reaparecido manteniéndome en el suelo.

—El duelo aún no ha terminado —dije.

—Continuar sería una pérdida de tiempo.

Sentí furia. Furia y decepción. Tantas horas practicando y no pude vencerlo.

—¿Es sangre eso que veo en tu ropa? —pregunté con tono irónico.

Al menos lo había lastimado, su brazo y su torso sangraban. Caminó en silencio pensativo, quería creer que se encontraba molesto por el daño que había logrado causarle pero no había ni un solo gesto que lo traicionara. Era como si llevara puesta una máscara con una sola expresión.

—¿Sabes dónde se encuentra el Corazón del Dragón? —preguntó.

—No, no lo sé.

Tomó mi espada y luego me agarró de los brazos y me puso de pie bruscamente haciendo desaparecer la soga enredada en mis pies.

—Tú y yo iremos en búsqueda de Ailios.

Intenté plantarme en el piso pero me arrastró tras él. Si Aiden y Zul habían escapado de seguro irían por mí al castillo, y ahora nos encontrábamos yendo en la dirección opuesta. Seith respondía ante los warlocks, lo lógico sería que me llevara con ellos de regreso a Izar. ¿Cómo era posible que hubiera tomado su propia decisión sin consultar con ellos?

El resto del día fue tortuoso, caminamos sin detenernos, sin si quiera tomar agua

o comer algo. La soga en mis muñecas quemaba mi piel y aún me dolía la espalda del golpe. Todos los animales parecían estar asustados de él, a medida que avanzaba todo se tornaba silencioso y los animales buscaban escondites donde refugiarse. Nuestra misión se volvía imposible ante mis ojos. ¿Si no podíamos derrotar a Seith cómo haríamos para derrotar a cinco warlocks?

No fue hasta llegada la noche que dejó de caminar abruptamente y me arrojó hacia el tronco de un viejo árbol. Los momentos en que había pensado que Aiden era descortés se volvieron ridículos, jamás pensé que sería tratada de aquella manera.

—Tu trato es insultante. Juro que en el momento en que me suelte lo primero que haré será atravesarte con mi espada —espeté.

—A juzgar por nuestro duelo dudo que eso suceda —respondió Seith con una mueca similar a una sonrisa.

La ira me consumía de tal manera que podía sentir mi cuerpo temblar. Me arrojé hacia él con la intención de golpearlo pero fue imposible con las manos atadas. Antes de que pudiera patearlo me tomó del pelo tirando de mi cabeza hacia atrás.

—Contrólate, elfa.

No me importaba si me dolía, lo único que quería era pelear contra él. Continué moviéndome intentando soltarme.

—¡Eres un maldito cobarde, Seith! —grité—. Desátame en este momento.

Me sostuvo con más fuerza, me llevó hacia el árbol y ató la soga al tronco.

—Un grito más y haré que te arrepientas —dijo en tono amenazante.

—Serás tú quien se arrepentirá —repliqué.

Me encontraba dominada por miedo e ira. Su mirada se volvió hacia mí, fría, inhumana. Había algo tan oscuro en ella que era inquietante mirar en sus ojos por más de unos segundos. Pero no apartaría mi mirada, parecía acostumbrado a que las personas bajaran la vista al verlo. Pero este no sería el caso, yo no bajaría mi mirada ante él. Nos observamos un largo rato sin decir nada. Su expresión no lo reflejaba pero la situación le disgustaba. No pensó que le sostendría la mirada, claramente jamás se había cruzado con un elfo. El tiempo pasó y perdí rastro de él, solo podía ver aquellos malévolos ojos que intentaban adueñarse de los míos.

Seith se puso de pie y caminó hacia mí agachándose a mi lado, era intenso sostener su mirada cuando se encontraba a solo centímetros. Si quería intimidarme no lo lograría.

—Baja la mirada, elfa.

—Después de ti —repliqué.

Su mano se cerró alrededor de mi cuello y pude sentir el calor en su piel. No me quemaba de la misma manera en que lo había hecho en mi brazo, más bien era una sensación de ardor.

—No aprecio que intentes desafiarme —espetó Seith.

—Y yo no aprecio la forma en que me tratas.

Este cerró aún más su mano presionándome contra el tronco hasta que comenzó a dañarme la espalda. Sentía miedo, era como si su oscuridad se apoderara de mí con cada segundo que pasaba su tacto en mi piel.

—Aiden, parece sentir afecto por él —susurró en mi oído.

Mi cuerpo tembló sin que pudiera controlarlo. La forma en que lo había susurrado era escalofriante, oírlo decir su nombre me producía agonía.

—Si aún se encuentra con vida yo mismo acabaré con él si no haces lo que te digo.

Había encontrado el único arma que funcionaría sobre mí. No permitiría que mi orgullo lo dañara. Lo miré con odio y aparté mi mirada. Me esforzaría en aprender magia solo para lanzarle un maleficio.

La noche fue larga. Estaba cansada pero no dormiría mientras Seith se encontrara cerca, era poderoso y tras el más mínimo descuido podría intentar algo. Parecía estar dormido, su cuerpo quieto como una estatua y sus ojos cerrados. Era la mejor oportunidad que había tenido en todo el día. La noche cubría el bosque y sería más fácil escabullirme en la oscuridad. Forcejeé con ambas manos intentando deslizarlas por las ataduras pero no resultó. No había forma de cortar las cuerdas sin magia. Los elfos solían usar un hechizo para generar llamas, lo utilizaban en las festividades. Y también había visto a Zul utilizar el mismo hechizo en la cabaña. Había estado pensando en ello pero no lograba recordar las palabras exactas del conjuro. Busqué de manera exhaustiva por ellas en cada rincón de mi mente hasta que finalmente las recordé. Si las sogas se quemaban era probable que parte de mi mano también lo hiciera, pero era un riesgo que estaba dispuesta a correr. El problema sería mantener silencio hasta que me encontrara libre. No podía ser muy diferente de la sensación de ardor que tuve cuando Seith me quemaba. Y esta vez sabría cuándo ocurriría, debía prepararme mentalmente y aguantar el mayor tiempo posible.

Relajé mi cuerpo, me concentré y susurré las palabras. Una pequeña llama brotó de la palma de mi mano y tras entrar en contacto con la soga prendió sobre esta creando un círculo de fuego alrededor de mis muñecas. Me quemaba, el dolor era peor de lo que había anticipado. Gritos ahogados resonaron en mi mente, aguanté en silencio hasta que lo que quedaba de la soga finalmente cayó al suelo. Desaté mis pies y al perder la concentración el hechizo se detuvo y las llamas se extinguieron. Esperaba no haber hecho demasiado ruido.

Al levantar la vista los ojos de Seith se encontraban fijos en mí. Una sensación de horror se apoderó de mí y comencé a correr. No sabía hacia dónde iba. Corrí entre los árboles susurrando los hechizos de protección que Zul me había enseñado. No permitiría que Seith me inmovilizara de nuevo.

La oscuridad me ocultaba pero no me permitía ver hacia dónde iba. Podía a oír a

Seith detrás de mí, era veloz, no se encontraba tan atrás como esperaba. Controlé mi respiración y pisé con cuidado para evitar cualquier sonido que me delatara.

Apenas lograba distinguir lo que me rodeaba, continué corriendo y en mi desesperación por alejarme no me pude detener cuando una figura salió de entre los árboles bloqueando mi camino. Ambos chocamos cayendo contra el pasto. A falta de espada coloqué mi brazo contra su garganta y aprisioné al intruso contra el suelo.

—No hagas un solo sonido —dije.

—Adhara.

Su voz hizo que volviera a la vida.

—Aiden.

Se encontraba vivo, de alguna manera había vuelto a mí.

—Gracias al cielo.

Retiré mi brazo de su cuello y me aferré a él abrazándolo. Los pasos se oyeron con más fuerza y Seith se volvió visible. Ante su aparición Aiden se puso de pie y se paró delante de mí con su espada en mano. De tener la mía tendríamos una oportunidad pero había quedado en el árbol bajo el cual dormía Seith. No lograría encontrar el lugar si intentaba buscarlo y tampoco me arriesgaría a dejar solo a Aiden.

—Zafir en verdad es un incompetente —dijo Seith.

—Zafir ha dejado este mundo —replicó Aiden.

¿Zafir había muerto? No lamenté su destino. Su apariencia engañosa me puso en peligro y había intentado matar a Aiden.

—Su magia era débil, cometes un error si crees que tendrás la misma suerte conmigo —respondió Seith.

Fijó su mirada en el suelo y de este brotaron llamas que se abrieron camino por el pasto en dirección a Aiden. Era el mismo hechizo que había utilizado para quemar la soga en mis manos pero su fuerza era mayor. Me abalancé sobre Aiden para intentar detener el hechizo pero este me apartó hacia atrás. Miré horrorizada como el fuego venía en nuestra dirección, podía sentir el aire caliente a nuestro alrededor. Un fuerte viento comenzó a soplar de manera abrupta, extinguiendo las llamas antes de que nos alcanzaran. Magia.

—Qué mejor oponente para un mago que otro —dijo Zul.

Al verlo un gran alivio recorrió mi cuerpo. Parecía estar bien y lo que era mejor llevaba mi espada atada a su cintura. La tierra a su alrededor comenzó a resquebrajarse y el suelo se hundía donde pisaba, obra de Seith sin duda. El mago retrocedió y conjuró un círculo de luz a su alrededor. La tierra se fragmentaba a su alrededor, pero no dentro de él; ahí estaba intacto.

—Entréguenme a la elfa y les daré una muerte rápida —ordenó Seith—. De lo contrario les espera un infierno.

—No volverás a acercarte a ella —replicó Aiden en tono amenazante.

Seith rio ante sus palabras, era un sonido extraño, vacío y carente de gracia. Zul aprovechó su distracción y tras decir unas palabras el círculo de luz a su alrededor se prendió fuego y luego se extinguió envolviéndonos en una cortina de humo. Este se expandió transformándose en una espesa neblina que cubrió todo el bosque. Aiden me tomó de la mano y aguardamos a que el mago se nos uniera para correr y alejarnos de allí.

Zul guió el camino y lo seguimos, debía estar utilizando magia para saber adónde iba, entre la neblina y la oscuridad ni siquiera los árboles eran visibles.

—Nos volveremos a encontrar, Adhara —gritó Seith.

Su voz resonó en mi cabeza y corrí más rápido, desesperada por poner más distancia entre nosotros. Aiden me apretó la mano y mantuvo mi paso. Era como si el tiempo se hubiera congelado y corriéramos sin rumbo. Lo único que lograba ver era la capa del mago delante de mí. Todo se volvió silencio, lo único que podía oír eran los latidos acelerados de mi corazón y nuestras respiraciones agitadas.

Mis piernas se volvieron pesadas y el cansancio comenzó a apoderarse de mí. No sabía cuánto tiempo había pasado pero finalmente la neblina comenzó a disiparse y tuve una gran sensación de alivio al distinguir los caballos a la distancia. Aiden se apresuró al verlos pero apenas podía seguirle el ritmo. Tiró de mí para que no me quedara atrás y al hacerlo rozó la parte en donde la soga me había quemado provocando que soltara su mano en agonía. Me miró alarmado pero no lograba ver con claridad debido a la oscuridad. Hice un esfuerzo por alcanzarlo y corrimos hasta llegar a los caballos. Daeron dio un relincho de alegría al verme. Aiden notó mi cansancio y tras ayudarme a montar se sentó detrás de mí para sostenerme.

Los caballos partieron al galope y me dejé reposar sobre el pecho de Aiden. Me mantuve alerta ya que no podía estar segura si el peligro había pasado. A juzgar por la expresión de Aiden y el mago, adiviné que ambos tenían varias preguntas en mente pero no querían arriesgarse a hablar y hacer ruido. Zul aún llevaba a Glace atada en su cintura, sentí una profunda gratitud hacia él por haber recuperado mi espada. De haberla perdido no encontraría un reemplazo en Lesath. Continuamos marchando el resto de la noche, me esforcé por ignorar el cansancio y mantenerme despierta. No descansaría hasta que estuviéramos a salvo.

## UN LUGAR SEGURO

Cuanta más distancia nos separaba de Seith mejor comenzaba a sentirme, era como si su oscuridad no pudiera alcanzarme. Me sentía exhausta pero me las había ingeniado para mantenerme despierta. Pensé en las palabras de Aiden acerca de la muerte de Zafir. Era un Nawa menos del cual preocuparnos. Sabía que pensar de esa manera iba en contra de las enseñanzas de los elfos, pero no podía pensar en ellos como seres vivos que merecieran un lugar en este mundo. ¿Y que había de Sorcha? El mago no parecía herido y tras verlo pelear contra Seith había comprobado que era poderoso.

Miré alrededor preguntándome cuándo nos detendríamos. Zul nos estaba guiando hacia donde vivía Talfan, ansiaba llegar a su hogar y poder reunirme con Iara, Helios y Tarf. No estaba segura de a cuánta distancia se encontraba pero sabía que no lograría eludir el sueño mucho tiempo más.

Llegada la tarde, lo que quedaba de mis fuerzas me abandonó, no recordaba la última vez que había comido o tomado agua. El duelo con Seith también me había provocado un gran desgaste, sus ataques fuertes y brutales habían consumido la mayor parte de mi energía.

—Debemos encontrar un lugar para detenernos —dijo Aiden.

—No lo sé, aún puede ser peligroso —respondió el mago.

El claro donde nos encontrábamos tenía pocos árboles, era demasiado expuesto para acampar allí de noche. Zul parecía haber llegado a la misma conclusión.

—No podemos detenernos aquí.

—Adhara no se encuentra en condiciones de seguir —replicó Aiden.

Me había esforzado por esconder mi cansancio pero no había logrado engañarlo.

—Zul tiene razón, es demasiado expuesto —dije.

Aiden revoleó sus ojos ante ese comentario, no le gustaba cuando me ponía del lado del mago.

—Iré a buscar un lugar seguro, no luces bien Adhara... —hizo una pausa repentina y agregó—: Me refiero a que necesitas descansar.

Dejé escapar una sonrisa, el mago siempre intentaba usar las palabras correctas para no ofenderme, pero en este caso no había ofensa posible, mi aspecto debía ser desastroso. Se alejó galopando y no tardó en reaparecer, y guiarnos hacia el límite del bosque donde había una pequeña cueva al pie de un monte. El lugar se encontraba lo suficientemente escondido como para poder relajarnos por un par de horas. Aiden aprobó el lugar y luego me tomó en sus brazos ayudándome a desmontar. Al ser de día las quemaduras en mis muñecas se veían claramente y su mirada se detuvo en ellas.

—¿Qué te ha hecho? —dijo con una mezcla de angustia y furia.

—Fue obra mía —dije algo avergonzada—. No tuve otra opción que quemar la soga, era el único hechizo en el cual podía pensar.

Aiden me miró sorprendido y luego apoyó su mano en mi cuello de manera delicada.

—¿Y qué hay de esta marca?

—Seith —respondí.

Maldijo en voz baja y me sostuvo en sus brazos de manera afectuosa.

—Cuando me di cuenta de lo que estaba sucediendo solo podía pensar en llegar a ti y matarlo —dijo molesto—. Me apresuré por deshacerme de Zafir y Sorcha pero fue demasiado tarde.

—Peleé contra él pero no logré vencerlo —admití algo avergonzada—. Es muy fuerte. Tiene demasiado control sobre sí mismo.

El mago se acercó y tomó mis manos analizando las quemaduras. Aiden lo miró de manera sombría pero este no pareció notarlo. Sus misteriosos ojos grises tenían aquel brillo peligroso, creía que aún nos encontrábamos en peligro y estaba alerta. Quería preguntarle cómo había logrado escapar de Sorcha pero no era un buen momento en presencia de Aiden.

—Puedo sanarlo —dijo el mago—. Lo que la magia hace, la magia deshace.

Asentí con la cabeza aliviada, alentándolo a que lo hiciera. Sentí un cosquilleo y una pálida luz comenzó a expandirse por mis muñecas cubriendo las quemaduras y luego continuó por mi brazo hasta llegar a mi cuello. Me alegraba poder borrar la marca que aquel oscuro ser había dejado en mí. Zul sonrió complacido por su hechizo y me entregó mi espada. La tomé y lo abracé en agradecimiento, era un alivio sentir a Glace de nuevo en mis manos.

Me sentía tan hambrienta y cansada que no estaba segura de cuál de mis necesidades atender primero. Aiden armó la carpa dentro de la cueva y el mago intentó hacer una sopa de tomate. Era con lo único que contábamos pero fue suficiente, comencé a sentirme mejor al no tener el estómago vacío. Luego de eso mi cansancio se hizo tan evidente que Aiden me llevó hacia la carpa donde finalmente me rendí ante el sueño.

De repente me encontraba nuevamente en aquel rincón oscuro del bosque, podía sentir el tronco contra mi espalda, mi corazón latía violentamente contra mi pecho, Seith se hallaba a solo centímetros de mí mirándome fijamente. Sus ojos eran malignos e hipnóticos. Luché contra aquella sensación fría que intentaba apoderarse de mí y corrí tan rápido como pude. El viento arremetía deteniendo mis pasos. Me volví para ver si lo había perdido pero Seith se encontraba allí, inmóvil y vacío como la muerte misma. Desperté de manera abrupta, mi respiración era agitada y había transpiración en mi frente. Era la segunda vez que soñaba con algo. Eso debía ser lo que los humanos llamaban pesadillas, pensamientos oscuros que atrapaban a uno sin

dejarlo escapar. ¿Era obra de la magia de Seith? ¿O era mi propia mente volviéndose en mi contra? Recordé mi primer sueño, Zul había utilizado magia para que soñara con él pero la sensación había sido diferente, me había sentido conectada con él aun cuando no lo conocía. Esta vez no me sentía conectada a Seith, sino asustada de él.

La magia no había sido la causa, por primera vez yo misma había generado un sueño. Intenté no alarmarme pero mi respiración aún continuaba agitada, sabía que mis emociones se habían vuelto más humanas pero los sueños eran una característica de los mortales que no envidiaba. Temía volver a dormir pero quería hacerlo para asegurarme de que aún podía descansar con mi mente en blanco sin que mis pensamientos influyeran en el sueño. Respiré con calma y cerré mis ojos.

Al despertar fue un alivio descubrir que no había soñado, aún tenía control de mis pensamientos. Al salir de la carpa vi a Aiden recostado contra la pared de piedra de la cueva, parecía dormido. El mago se encontraba sentado afuera vigilando la entrada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Recuperada —respondí.

Miré hacia el cielo, en poco tiempo amanecería. La expresión de Zul era de cansancio y noté ojeras bajo sus ojos. Me pregunté si había permanecido despierto toda la noche vigilando los alrededores.

—Aiden y yo cambiamos de turno hace unas horas —dijo Zul adivinando mis pensamientos.

Habían hecho lo correcto, luego de aquella emboscada no nos podíamos permitir bajar la guardia ni dormir los tres al mismo tiempo.

—Si te encuentras cansado puedo hacer guardia por un rato —me ofrecí.

El mago negó con la cabeza.

—¿Cómo lograste escapar de Sorcha? —pregunté sentándome a su lado.

Había querido hacerle esa pregunta desde el día anterior pero no había tenido la oportunidad.

—No tuve más opción que decirle a Aiden la verdad, él se encargó de Sorcha y yo de Zafir.

Su tono era algo severo, de seguro lamentaba haber tenido que contar con Aiden para que él lidiara con Sorcha.

—Debe haber sido difícil admitírselo a él —dije pensativa—. Al menos ya no habrá más confusiones, ahora sabe que quieres a Sorcha y no a mí.

Pero al recordar la expresión molesta de Aiden la noche anterior miré a Zul confundida. O Aiden era más celoso de lo que me imaginaba o el mago no había sido del todo honesto con él.

—Solo le dije que había cometido un error y que mi magia no funcionaba con Sorcha —replicó en tono de advertencia—. Nadie puede saber lo que siento por ella, Adhara.

—Te hice una promesa y no la romperé, no se lo diré a nadie —le aseguré—. Pero no puedes esconder tus sentimientos para siempre.

Me sorprendí al decir eso ya que hacía solo días actuaba de la misma manera, en estas tierras todo era mucho menos constante que en Alyssian. Allí rara vez había un cambio, mientras que aquí los cambios eran frecuentes. Permanecimos allí vigilando por un buen rato antes de que Aiden se despertara. Cuando lo hizo se acercó a nosotros y permaneció en silencio. Era como si quisiera hablarme pero algo lo detuviera. No tardé en descubrir que ese algo era Zul. Lo ojeaba constantemente como si deseara que desapareciera. El mago también pareció percatarse de ese comportamiento extraño. Intercambiamos miradas curiosas hasta que se puso de pie y comenzó a alejarse.

—Los dejaré solos para que puedan hablar —dijo Zul—. Iré a preparar los caballos, dadas las circunstancias sería peligroso irme más lejos.

Asentí reprimiendo una sonrisa debido a su aclaración, de seguro no quería que pensáramos que iba a permanecer cerca para escuchar nuestra conversación. Aiden parecía sorprendido por ese gesto y lo miró con gratitud mientras se alejaba.

—No tuvimos oportunidad de hablar desde que los Nawas nos encontraron —dijo Aiden—. Sabes lo que fui y no puedo culparte si aún sigues enojada, pero quiero dejar en claro mis sentimientos por ti.

No había pensado en eso desde mi encuentro con Seith y había una sencilla razón, ya no me importaba.

—Quiero estar contigo Adhara, eres más importante para mí que mi propia vida.

—No me importa si fuiste un aprendiz de Nawa —hice una pausa buscando las palabras—. Yo también quiero estar contigo. Mis sentimientos por ti son fuertes y verdaderos, y sería tonto de mi parte continuar ignorándolos...

Aiden se precipitó hacia mí y me besó, un beso tan abrumador que la ola de emociones que se apoderó de mí continuó allí aun cuando nuestros labios se separaron. Permanecimos abrazados, disfrutando el momento por un rato. Zul preparó todo para continuar y cuando ya no quedaba más por hacer dijo que era hora de partir. Sabía que había tardado más de lo usual en ensillar los caballos y apreciaba que nos hubiese dado algo de tiempo.

Aiden me ofreció su mano para ayudarme a subir a Daeron y la acepté sin objetar. Creí ver al mago reprimir una sonrisa y ambos intercambiamos miradas. Sabía que mi cambio de actitud le resultaba gracioso. Los caballos partieron al galope y su expresión se volvió seria, se encontraba alerta, listo para enfrentar los peligros del camino.

Nos llevaría dos días llegar a Saiph, al pueblo donde se encontraba Talfan. Avanzamos rápido y descansamos poco. Solo nos deteníamos para comer o cuando los caballos necesitaban descansar. Seith había descubierto lo que era y de seguro ya

había llegado a oídos de los warlocks. Sus esfuerzos por encontrarnos se duplicarían, todo se había vuelto aún más peligroso.

Aiden y Zul habían llegado a la conclusión de que el próximo paso del Concilio sería ir hacia donde se encontraba prisionero Ailios para llegar antes que nosotros. Pero no podíamos estar seguros de ello de la misma manera en que no podíamos saber si los Nawas venían tras nosotros. Solo podíamos confiar en nuestros instintos y continuar avanzando.

En la primera noche Aiden y yo hicimos guardia mientras Zul dormía. Debíamos estar alerta cada segundo del día. Por todo lo que sabíamos los mismos warlocks podían aparecer frente a nosotros en cualquier momento. Era la primera elfa en aparecer en Lesath luego de decenas de años y no desperdiciarían una oportunidad así.

La segunda noche Zul y yo hicimos guardia para que Aiden pudiera dormir. Era difícil mantenerme despierta durante la mayor parte de la noche sin hacer nada más que vigilar los alrededores. Por momentos me encontraba cerca de quedarme dormida pero me esforzaba por despabilarme. El mago decidió hacer un mejor uso del tiempo y me ayudó a practicar el hechizo que había usado para conjurar fuego. Me explicó que era más fácil concentrarme en la magia cuando involucraba a un elemento y había estado en lo correcto. Tras imaginarme las llamas en mi mente y pensar en aquella sensación de calor que producían, el fuego surgió frente a mí. Zul se apresuró a apagarlo y me dio una mirada de aprobación.

Continué practicando hasta que comencé a tener más control. Era bueno saber que contaba con un arma más además de mi espada. Quería ser capaz de defenderme. Seith era como una sombra oscura que se expandía por mi mente, ya no lograba inmiscuirse en mis sueños pero ahora que había fallado en vencerlo temía el día en que nuestros caminos se cruzaran de nuevo. Los elfos creían en el destino y de la misma manera en que Aiden estaba destinado a protegerme, Seith se encontraba destinado a atormentarme. Los enemigos eran fácil de entender en la teoría, en la realidad eran complejos.

A la mañana del tercer día finalmente llegamos a Saiph. El mago me había explicado que Talfan vivía en una granja en las afueras pero además era dueño de una casa dentro del pueblo que había construido para Zada. De seguro quería incentivarla a que su vida fuera un poco más normal y socializara con gente de su edad, lo que le sería difícil viviendo en una granja alejada.

El mago insistió en tomar un descanso, lo cual era inusual proviniendo de él, debía estar realmente exhausto. Aiden no parecía estar contento con la idea pero nos detuvimos de todos modos. Era extraño que quisiera descansar cuando faltaba tan poco para llegar. Miré a Zul con curiosidad pero él tomó su bolsa de viaje deshinchada e indicó que iría detrás de un árbol. Algo andaba mal, sus ropas siempre

se encontraban desgastadas y en ocasiones sucias, me pregunté por qué molestarse ahora. Busqué los ojos de Aiden pero no parecía sorprendido por el comportamiento del mago. Aguardamos en silencio y cuando Zul regresó me alarmé al ver su apariencia. Llevaba una camisola similar a la de siempre pero limpia y sin un solo rastro de tierra, la capa era más larga que la de antes y no se encontraba agujereada. Y había agregado una nueva prenda, unos finos guantes de un oscuro violeta que cubrían su palma pero no sus dedos.

Evadió mi mirada y se dirigió hacia su caballo listo para continuar. El mago había perdido la cabeza, Sorcha finalmente había logrado acabar con su estabilidad mental. Fui hacia él preocupada de que algo malo realmente le estuviera pasando pero a excepción de su vestimenta su expresión era la misma de siempre. Ojos peligrosos y mirada alerta.

—Zul...

Evadió mi mirada y continuó caminando hacia su caballo. Me pregunté si su reciente necesidad por cambiar de ropa estaría relacionada con Talfan. La ropa estaba limpia y, a excepción de un poco de polvo, me encontraba prolija. Mi pelo estaba algo revuelto por el viento, tomé el lazo que solía llevar conmigo y lo peiné hacia un costado.

—No te preocupes, luces bien —dijo Aiden.

Le sonreí. Me extendió su mano y la tomé permitiéndole que me ayudara a montar. Aceptar su ayuda, aun cuando no lo necesitara, se estaba volviendo costumbre; unos días más y no recordaría cómo subir a un caballo por mí misma.

—Siempre actúa de esta manera cuando regresa a lo de Talfan —susurró Aiden.

—¿Será que Talfan es severo en cuanto a la limpieza? —pregunté en voz baja.

—No, no lo es. Es una persona muy amable.

Talfan había salvado a Zul y Zada, y los había criado como a sus hijos, no era posible que desaprobara la manera en que el mago se vestía a tal punto de provocar aquella reacción en Zul.

—¿Sabes por qué actúa de esa manera? —pregunté.

—Tengo una teoría —hizo una pausa y tras observar mi mirada expectante continuó—. Creo que se siente presionado, Talfan no solo lo ve como un gran mago sino como la única esperanza de acabar con los warlocks. Toda su vida, su único propósito fue volverse lo suficientemente poderoso para poder derrotarlos. No debe ser fácil que Talfan y Zada tengan tantas expectativas en él. Cuando no está en Saiph se viste de otra manera porque no quiere que nadie vea lo que Talfan y Zada ven en él, quiere pasar desapercibido, que piensen menos de él. Al menos eso es lo que creo.

Lo pensé detenidamente, sus palabras tenían sentido. Cuando conocí a Zul me dio la impresión de que no era ni la mitad de poderoso de lo que en verdad era, él había creado esa imagen a propósito escondiéndose detrás de aquella ropa desgastada. Me

sentí mal por el mago, como si el conflicto de Sorcha no fuera suficiente, además sufría un conflicto interno entre quien era y quien aparentaba ser.

No tardamos en llegar a las afueras de Saiph y el mago señaló una construcción que se veía a poca distancia de nosotros. La casa principal era más grande que el promedio de las que había visto en los pueblos hasta ahora, era similar a una posada. A lo lejos podía distinguir el pueblo, parecía chico y remoto. En cuanto nos detuvimos frente a la puerta, Zul esbozó una sonrisa y nos indicó que lo siguiéramos. Rodeamos la casa hasta llegar a la parte trasera donde se encontraba un gran número de establos y una granja con huerta. Una vez que dejamos a los caballos me acerqué a la granja para ver qué clase de animales tenían: vi vacas, conejos, gallinas y un burro. No estaba de acuerdo con tener animales enjaulados pero al menos parecían bien cuidados y se encontraban en espacios grandes. Era extraño pensar que un mago vivía aquí llevando una vida tan simple. Zul me había contado que Talfan era el principal proveedor de verduras y otras cosas en el mercado del pueblo y justificaba vivir en las afueras diciendo que la tierra era mejor para cultivar y el pasto más fresco para los animales. De esta manera podía vivir alejado de las personas y ocultar a Zul, evitando levantar sospechas. Era ingenioso, pero aun así no podía ser un estilo de vida fácil. Parecía demasiado trabajo para una sola persona y más una de edad avanzada.

Escuché pasos y me volví para ver a quien asumía que era Talfan.

Era un hombre de avanzada edad, pelo gris, rostro arrugado y ojos azules y bondadosos. Su contextura era algo robusta y parecía fatigado. Pero la verdad se encontraba en los detalles, su postura y la serenidad en su expresión eran las de un hombre que había sido un mago poderoso. Lo comparé con Zul. Sus miradas eran completamente diferentes pero había cierta calidez en ellos que era muy similar.

—Zulen —exclamó abriendo sus brazos.

—¿Zulen? —le susurré el mago intrigada.

—Es mi nombre completo, prefiero Zul —replicó por lo bajo.

El mago fue hacia él y lo abrazó de manera afectuosa y familiar, solo lo había visto comportarse así con Zada. Talfan lo mantuvo en sus brazos unos momentos y luego puso una mano sobre su pelo despeinándolo con un gesto cariñoso. Una vez que lo soltó fue hacia Aiden y estrechó su mano.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez nos vimos —dijo Talfan.

—Lamento no haberte visitado, es bueno estar aquí —respondió Aiden.

Luego se detuvo frente a mí sin ofrecerme la mano ni intentar tocarme, debía saber que me incomodaba el tacto con las personas.

—Es un honor conocerte, Adhara Selen Ithil.

—El honor es mío —respondí.

Este hombre había arriesgado su vida para salvar a dos niños que apenas conocía, era un acto noble y valiente, y lo admiraba por ello.

—Tus abuelos llegaron hace unos días, ambos se encuentran bien —me dijo adivinando mis pensamientos—. Les expliqué las circunstancias y Zada accedió a prestarles su casa en el pueblo. Disfrutarán de mayor privacidad allí y mantendrá a Tarf alejado de mi granja.

Reí ante sus últimas palabras, Tarf debió haber causado problemas con los demás animales, ansiaba ver cuánto había crecido. Lo seguimos hacia la casa y aguardamos en el gran comedor a que volviera con refrescos; hacía calor y había sido una larga cabalgata.

El lugar era espacioso, limpio y había cierta calidad hogareña. Me provocaba una sensación similar a la que había sentido en la casa de mis abuelos. Zul le contó todo lo que había ocurrido en forma detallada desde que nos habíamos conocido en Zosma. Talfan escuchó atentamente sin pronunciar una palabra. Aiden tomó mi mano por debajo de la mesa y permaneció en silencio a mi lado. Las escenas se revivían en mi mente a medida que iba narrando lo sucedido, los Garms, la cabaña en el bosque de Gunnar, el baile de máscaras, Seith. Había cambiado mucho desde mis primeros días en Naos. Me sentía más humana y no era solo eso, me sentía parte de un equipo. Aiden, Zul y yo habíamos pasado por todo eso juntos. Parecía irreal que todo hubiera ocurrido en tan poco tiempo. Evitaría contarle lo sucedido a Iara, de seguro se desmayaría si lo hiciera, y pensar que ella creía que pasear sola por Naos era peligroso.

—Lamento que hayan tenido que enfrentar tanto peligro —dijo Talfan—. Es bueno que estén aquí sanos y salvos.

Zul buscó dentro de su ropa, sacó un mapa y lo apoyó en la mesa.

—El riesgo valió la pena —dijo—. Debemos actuar rápido, ahora que saben sobre Adhara todo se volverá más difícil.

Era el mapa que habíamos robado en el baile de máscaras, el que indicaba el lugar donde se encontraba Ailios. Pensé que Talfan se interesaría en él, pero en vez de estudiarlo se puso de pie y no tardó en regresar cargando varios pergaminos en sus manos.

—Ya lo creo —espetó apoyándolos en la mesa.

Al ver su contenido los tres nos acercamos precipitadamente para ver con mayor claridad. Había un dibujo bastante preciso de Aiden y Zul en el centro y debajo decía:

Se buscan criminales bajo pena de haber secuestrado a un familiar de la reina Lysha. Se pide la colaboración del pueblo en su búsqueda. Se ofrece recompensa por su captura.

Debajo de esto había un dibujo mío con las palabras:

Katherine Ashford, en caso de ver a esta joven comunicárselo a su majestad.

—Ayer a la tarde llegó una tropa de soldados y los distribuyó en varios lugares del pueblo. También estuvieron interrogando personas, viendo si alguien los reconocía —dijo Talfan.

La rapidez con la que había actuado el Concilio era difícil de creer. Con la guardia real a su disposición y las personas alerta, no teníamos ningún lugar en Lesath adonde ir.

—¡Zul, tu creciste aquí! —exclamé alarmada—. La gente del pueblo te debe haber reconocido.

Zul negó con la cabeza con un gesto para que me calmara.

—Nadie sabe sobre él, lo mantuve alejado del pueblo porque temí que un día esto sucedería —dijo Talfan—. Solo saben sobre Zada, creen que es mi nieta.

Me relajé sacando la mano de mi espada, la cual había agarrado en forma inconsciente.

—No es momento de tomar decisiones apresuradas —continuó Talfan—. Descansen, recuperéense y una vez que nuestras mentes estén despejadas pensaremos cómo proseguir.

Zul parecía frustrado por esta idea, pero asintió con la cabeza sin discutir. Era inusual verlo aceptar algo que no aprobaba pero el respeto que sentía por quien lo había cuidado era evidente, no contradecía a Talfan.

Me enseñó el resto de la casa y por fortuna tenían una habitación de huéspedes cómoda y acogedora en la cual podría descansar. Aiden compartiría la habitación con el mago, la cual para mi sorpresa estaba ubicada debajo de una puerta trampa de madera bajo una alfombra en el piso. Su habitación era grande y desordenada, docenas de libros se encontraban apilados en el escritorio y en cada espacio libre. Pintado en el techo había un cielo estrellado con diferentes constelaciones y en una esquina firmado el nombre de Zada; las pinceladas no eran perfectas pero era un muy buen trabajo. Al lado de la habitación había una gran sala vacía, supuse que la utilizaba para practicar hechizos. Toda su existencia se encontraba oculta bajo la casa de Talfan.

## PLANES Y ESTRATEGIAS

Intenté descansar antes de que Zada y mis abuelos llegaran pero dormir ya no era tan simple como antes. Mis sentidos se encontraban más agudos que nunca dado las posibles amenazas que acechaban en todos lados. El Concilio de los Oscuros controlaba a la reina Lysha y ella gobernaba Lesath, por lo tanto todo Lesath se volvería en nuestra contra. En los días pasados, Zul me había asegurado que los warlocks no se arriesgarían a utilizar la guardia real porque sería demasiado riesgoso y parte de la verdad podría quedar expuesta. De lo contrario la habrían utilizado años atrás para encontrarlos a él y Aiden. Pero se había equivocado, el juego ya no era el mismo, ahora que alguien con sangre élfica había aparecido sus tácticas se volverían más brutales e incluso tal vez descuidadas. Esperaba que castigaran a Seith por haber actuado sin ellos, llevarme en busca de Ailios sin su aprobación debió hacer que se replantearan su lealtad. Tras ver cómo uno de los warlocks había tratado a Sorcha en el baile de máscaras era evidente que se encontraban dispuestos a deshacerse de ellos ante una desobediencia.

Seith pagaría. Y si no era a mano de los warlocks debía volverme lo suficientemente fuerte como para vencerlo algún día. Consumida por aquel pensamiento salté de la cama, tomé mi espada y comencé a entrenar. No me importaba si no me encontraba en mi mejor estado físico, habría tiempo de descansar a la noche. La velocidad ya no era un problema, había probado ser más rápida que él. Ahora debía aumentar mi resistencia y mi fuerza. La diferencia entre nosotros era que yo había entrenado un par de horas por día y él había convertido su vida en un entrenamiento severo y constante.

El Concilio de los Oscuros no descansaría hasta encontrarnos, por lo tanto nosotros tampoco podíamos descansar, de lo contrario les estaríamos dando ventaja. Esperaba que Talfan se nos uniera cuando marcháramos a librar a Ailios, era viejo pero había magia en él, podía sentirlo. Pero nuestra mayor esperanza era Zul, era más poderoso de lo que aún él pensaba, lo había sentido el día que nos conocimos. Tras pensar esto comprendí lo difícil que debía ser para el mago cargar con ese peso. Aiden estaba en lo correcto, Zul no quería ser la única esperanza de librar a Lesath del mal oculto que lo dominaba. Era más peso del que cualquier persona podía soportar, no podía ser el único destinado a tal tarea.

Alguien golpeó la puerta de la habitación y esta se abrió cuando me encontraba en mitad de un giro cambiando la espada de mano. Aiden se detuvo en seco al verme y recorrió la habitación con sus ojos mientras tomaba su espada.

—Solo estoy entrenando —dije.

Bajó su espada aliviado, sus sentidos se encontraban tan alerta como los míos, no volveríamos a tener paz hasta que esta pesadilla terminara.

—Deberías estar descansando —respondió con reproche.

—No puedo. No se detendrán hasta encontrarnos.

Se acercó a mí, obligándome a bajar la espada y me llevó a que me sentara sobre la cama.

—Lo sé, pero pronto partiremos de nuevo. Debemos descansar mientras podamos —replicó.

Aiden se sentó a mi lado y apoyé mi cabeza en sus piernas. Me resultaría más fácil descansar con él en la habitación vigilando. Por todo lo que sabíamos podían saltar por la ventana en cualquier momento y matarnos a todos. Sentí sus manos sobre mi cabello e intenté controlar el rubor en mis mejillas. Me había acostumbrado a su tacto pero, al estar solos en la habitación, había cierta intimidad que era nueva para mí.

—¿Por qué estás tan decidida a pelear contra el Concilio? —preguntó Aiden—. Sé que no es solo porque quieres ayudar a Zul.

Lo miré a los ojos. Estaba en lo cierto, me alegraba poder ayudar al mago pero mi verdadero propósito se encontraba más cercano a mi corazón.

—Quiero quedarme en Lesath. Quiero construir mi vida aquí, contigo —dije.

No estaba segura de cuándo había tomado la decisión, pero sabía que era la correcta. En estas tierras había encontrado un sentido de pertenencia y de propósito que nunca había sentido en Alyssian.

La mirada de Aiden se volvió tan cálida e intensa que sentí mi corazón acelerarse.

—¿Por qué peleas tú? —pregunté.

—¿No es evidente? —respondió con una sonrisa.

Se inclinó hacia mí y besó mis labios.

—Peleo por ti y por nuestro futuro —me susurró.

Tomé su rostro en mis manos, atrayéndolo hacia mí para que el beso no terminara. No recordaba haberme sentido tan feliz como en ese momento. Con Aiden a mi lado finalmente logré relajarme y dormir un rato.

Un ruido me despertó poco tiempo después y mi cuerpo se volvió a tensar. Tomé a Glace al mismo tiempo que Aiden tomó su espada. Intercambiamos miradas intentando descifrar de dónde provenía el ruido. Era un aullido, escuché con atención y corrí hacia la puerta al darme cuenta de que se trataba de Tarf. El zorro anaranjado se encontraba por lo menos tres veces más grande que la última vez que lo había visto. Se abalanzó sobre mí y comenzó a lamerme olvidando que ya no era tan liviano como cuando era cachorro.

—¡Adhara!

Reconocí la voz de Iara y al levantar la vista sus brazos tomaron mis hombros estrujándome contra ella. Me sentí dividida entre una mezcla de alivio al ver que se encontraba bien y una sensación de sorpresa que no podía evitar sentir ante su abrazo

repentino. La abracé con fuerza para demostrarle que también me había preocupado por ella pero en el momento en que intenté alejarme su brazo no me lo permitió.

—Adhara, tenía tanto miedo de que algo te hubiera sucedido —sollozó—. Sentí tanta culpa por no haber sabido...

—Me encuentro bien —le aseguré en tono amable.

Me armé de paciencia halagada por su afecto pero sus brazos alrededor de mi cuello se estaban volviendo difíciles de ignorar.

—La estás abrumando, Iara —dijo la voz de Helios—. Déjala tomar aire.

Sus brazos se aflojaron y me alejé con más prisa de la debida. Miré a mi abuelo agradecida recordando su buena percepción.

—Me alegro de que ambos se encuentren bien. Lo siento tanto, no tenía idea del peligro en el que los había puesto al venir a Lesath —dije dándole un abrazo a mi abuelo.

—Lamento haberlo negado aquel día cuando me preguntaste —respondió Helios—. Hemos estado ciegos.

—No es su culpa, yo tampoco lo creí al principio —dije mirando a Aiden y recordando que había pensado que se trataba de un lunático.

Aiden reprimió una sonrisa probablemente recordando lo mismo que yo. Zul y Zada entraron en la sala y ella se acercó a mí ofreciéndome su mano. Gesto que fue conveniente ya que necesitaba descansar de los abrazos por un rato.

—Bienvenida, Adhara.

—Gracias por traerlos a salvo, Zada —dije apretando su mano.

Zada asintió, contenta de haber cumplido una de las pocas misiones que le habían encomendado.

—Esta encantadora joven nos contó lo que había sucedido y nos guio hasta aquí —dijo Iara acariciando su pelo.

Tomé a Tarf en mis brazos con un poco de fuerza y absorbí la imagen frente a mí, todos se encontraban bien. Aiden puso una mano en mi hombro alentándome a disfrutar el momento y palmeando la cabeza de Tarf, quien no cesaba de olfatearlo.

—¿Quién es este muchacho, Adhara? —preguntó Iara.

Su mirada se encontraba fija en Aiden, pero la pregunta había sido tan repentina que decidí distraerla con Zul hasta encontrar las palabras correctas.

—Él es Zul Florian —dije indicando al mago—. Es un buen amigo y el hermano de Zada.

Aiden me miró acusándome. Mis abuelos estrecharon la mano del mago y luego volvieron su atención hacia nosotros; observaban a Aiden de manera expectante.

—Él es Aiden Moor —dije simplemente.

Se enfadaría si lo presentaba de la misma manera que a Zul, como a un amigo; no estaba segura de cuál sería la palabra correcta.

—Es un gusto conocerlos —dijo Aiden tomando el asunto en sus propias manos—. Su nieta es realmente hermosa, me siento honrado de tenerla a mi lado.

Lo miré alarmada, intentando disimular la sorpresa en mi rostro; sus palabras habían sido dulces, sin mencionar fuera de lugar. El mago dejó escapar una sonrisa y luego, cuando Zada lo miró, su expresión pasó de alegre a agonizante en solo segundos; eso no podía ser bueno, no quería que su hermana pensara que había lastimado sus sentimientos. Iara parecía encantada ante el comentario y le sonreía a Aiden analizándolo más de cerca. Talfan observaba a Zada que miraba a Zul y Helios parecía perdido en algún pensamiento.

—Oh, Adhara. ¡Has encontrado novio! —exclamó Iara.

—Supongo que puedes llamarlo así... —respondí.

—Y es un humano —dijo encantada—. Eres humano, ¿verdad?

—Lo soy —replicó Aiden confundido.

Ahora comprendía a qué se debía su felicidad. Mi madre se había enamorado de un elfo y había dejado estas tierras para vivir en Alyssian, yo me había enamorado de un mortal y debería dejar Alyssian para vivir en estas tierras. Los elfos habían hecho una excepción poco usual al dejar que mi madre viviera entre ellos. Un humano era suficiente; en caso de que quisiera regresar, no le extenderían aquella cortesía a Aiden.

—¿Él fue el causante de que te encontraras empapada en la puerta aquel día de lluvia? —me susurró Helios.

—Así es —respondí sorprendida de que lo recordara—. Pero solo intentaba protegerme.

—Eso lo descubriste aquella noche que desapareciste y dejaste la nota —dijo Helios.

—Algo así...

A decir verdad me llevó bastante más tiempo descubrirlo, pero pensaría que era una inconsciente si lo admitía. Iara me abrazó nuevamente y nos alejamos un poco de los demás para poder hablar más tranquilas. Pasé el resto de la tarde junto a ellos y Aiden. Tras evadir la pregunta en varias ocasiones finalmente les conté parte de lo ocurrido desde que dejamos Naos, omitiendo a los Garms y a Seith para preservar la salud de Iara.

El hecho de que parecía horrorizada con mi versión de la historia era prueba de que había hecho lo correcto. Helios por su parte había adivinado que aquella no era la historia completa, pero decidió no decir nada al respecto, de seguro comprendía la razón. Una vez que se recuperó del efecto que le había causado mi relato, Iara me informó con una sonrisa que Lachlan Grey y Louvain Merrows se habían casado a los pocos días de mi partida, en una linda ceremonia al atardecer. Me había olvidado por completo de ellos. Recordé mis conversaciones con Lachlan y me alegré de que

hubieran resuelto sus problemas. Aiden parecía más interesado en la conversación que yo a pesar de que jamás había hablado con ellos, y no fue hasta que comenzó a preguntarle a mi abuela sobre detalles de la ceremonia que adiviné lo que cruzaba su mente. Al igual que yo jamás había presenciado un casamiento.

No fue hasta pasada la medianoche que Iara y Helios finalmente se fueron ya que no había más lugar en la casa. Era tarde pero solo una corta caminata nos separaba del pueblo. El entorno dejó de ser cálido y se tornó serio desde el momento en que los vimos alejarse por la ventana. Era momento de planear. Zul, Aiden, Talfan, Zada y yo nos sentamos a la mesa y tomamos el mapa buscando el camino más corto hacia donde se encontraba Ailios, estudiando las posibles entradas. No llevó mucho análisis darnos cuenta de que la perspectiva no era buena. Ailios se encontraba en un valle escondido entre las montañas de Elnath. Y al estar rodeado por una cadena de rocas la única entrada posible era un angosto pasaje en una cueva.

—Hay una posibilidad de que los warlocks nos estén esperando. Saben que Adhara es una elfa, si descubrieron que robamos el mapa, saben lo que intentamos hacer —dijo Zul.

De ser solo los Nawas, los superábamos en número, ya que solo quedaban Seith y Sorch y seríamos cinco si Zada y Talfan se nos unían. Pero si los warlocks decidían hacer una aparición la posibilidad de victoria se volvía en nuestra contra.

Zul y Talfan estaban convencidos de que no se arriesgarían a exponer a todo el Concilio, pero no podíamos estar seguros de cuántos warlocks se nos opondrían. Dos, tres, cuatro... era imposible saberlo. Aiden pensaba que tres era una apuesta segura y decidimos arriesgarnos a hacer una estrategia en base a ello.

Seríamos cinco contra cinco. Dos Nawas y tres warlocks contra dos magos, un guerrero, una humana y una elfa mitad humana. Comenzamos a pensar quién tendría mayor probabilidad de éxito contra quién, cuando Zul se puso de pie y se negó a dejar que Zada nos acompañara. A lo que Aiden no tuvo mejor idea que unírsele y decir que era mejor si iban los hombres, y Zada y yo aguardábamos aquí. Esto destruía todo el punto de la misión ya que yo era la única con sangre élfica que podía romper la barrera que retenía a Ailios. Debí esforzarme para no sonreír cuando Zul se lo recordó, no podía evitar que fuera.

Zul y Zada discutieron hasta quedarse sin voz. No fue hasta que ambos se cansaron de discutir que Talfan decidió intervenir en favor de Zada, diciendo que esta decisión le pertenecía solo a ella. Zul le dirigió una mirada dolida a Talfan y tras levantarse de la mesa e ir hacia la puerta, Aiden le recordó que sería riesgoso dejar la casa debido a los carteles distribuidos en el pueblo. El mago maldijo, dejó la sala, y se encerró en la habitación.

Era extraño ver a Zul comportarse de esa manera, era Aiden quien solía irse cuando no estaba de acuerdo con algo. Zada era su último familiar con vida,

comprendía por qué quería protegerla a toda costa, pero ella también tenía derecho a luchar contra aquellos que le habían quitado la vida a su familia. Decidí que no tomaría posición pero intentaría permanecer cerca de Zada por si acaso. Zul no se merecía más desgracia de la que tenía. No iba a ser fácil, él no podía luchar contra Sorch, por lo cual me había ofrecido a mí luchar contra ella. Aiden había dejado claras sus intenciones de acabar con Seith, quien no perdería una oportunidad para lastimarlo, por lo cual Seith también sería mi rival.

Zul enfrentaría a un warlock, Talfan a otro y quien terminara con su oponente primero se encargaría del warlock restante. Y tras un largo debate entre Zada y Talfan, quien llegó a la conclusión de que el mago se encontraría demasiado preocupado por su hermana como para poder concentrarse por completo, finalmente acordaron que Zada permanecería escondida asistiéndonos a todos con su arco y flecha. No parecía nada contenta pero desistió del tema sabiendo que tenía suerte en venir con nosotros.

El plan no era perfecto pero al menos teníamos una estrategia en caso de enfrentarnos a ellos. Yo pelearía contra Sorch, Aiden contra Seith, y Zul y Talfan se encargarían de los warlocks. Hablamos un rato más y dejamos la mesa exhaustos tras haber acordado que marcharíamos a Elnath en dos días.

No estaba segura de qué hora era cuando me desperté al día siguiente, mi cuerpo se encontraba descansado pero mis sentidos habían permanecido alerta y no había dormido del todo bien. Había algo que me molestaba y no lo podía apartar de mi mente. Me había ofrecido a luchar contra Sorch para evitarle un problema a Zul, pero en verdad quería enfrentarme a Seith. Quería probarme a mí misma que podía derrotarlo. Y no era solo eso, temía lo que debía hacer si peleaba contra Sorch.

Salí de la cama. Tarf había dormido hecho un ovillo a mi lado y me había transmitido un poco de su paz, era gracias a él que había podido dormir. Estaba agradecida de que el zorrillo se hubiera negado a irse el día anterior. Tras ver que me encontraba despierta saltó de la cama y corrió hacia la sala aullando, claramente estaba tan hambriento como yo. La sala estaba desierta, para una casa en la que se alojaba tanta gente era extraño que no hubiera nadie. Necesitaba hablar con el mago, debí hacerlo la noche anterior pero no quise molestarlo luego de la forma abrupta en la que se había ido. Fui hacia el rincón donde se encontraba el tapete debajo del cual se escondía la puerta trampa, pero permanecí quieta al oír voces. Las palabras se escuchaban distorsionadas, entreabrí silenciosamente la puerta y me concentré hasta escucharlas con claridad.

—No quiero discutir contigo, Zul. Guarda silencio y déjame hablar —dijo la voz de Aiden.

—No es un buen día para mí —respondió Zul.

A Aiden le llevó unos minutos responder.

—¿Es por Zada?

—Entre otras cosas —replicó el mago.

—Lamento molestarte pero dudo que tengamos otra oportunidad para hacer esto —insistió Aiden—. Quiero agradecerte por haberme ayudado a buscar a Adhara y salvarla de Seith. Ahora sé que no es solo por la misión, en verdad te preocupas por ella.

A esto le siguió silencio y me imaginé al mago asintiendo.

—Lamento si el vernos juntos estos días te causaron... dolor —agregó Aiden.

Lo sabía. Aiden, al igual que Zada, pensaba que el mago sentía algo por mí, algo más que amistad. Esperaba que la actitud de Aiden lograra que el mago confesara la verdad sobre sus sentimientos por Sorcha.

—Si quieres disculparte por algo, hazlo por no haber hecho nada para ayudarme en todo este tiempo, no por Adhara —respondió Zul molesto—. Te salvé y te fuiste, continuaste tu vida como si nada.

Silencio.

—No sabes lo que fue ser un Nawa, ser parte de ellos durante todos esos años. Odiaba en lo que me estaba convirtiendo, mis únicos recuerdos son de maldad, dolor y arrepentimiento —respondió Aiden—. Salvaste mi vida y por eso siempre estaré en deuda contigo, Zul; pero de haberme quedado aquí, pensando día tras día en cómo hacer para matarlos, hubiese perdido la cabeza.

—Eso no excusa tu comportamiento —replicó Zul.

Sabía que la relación entre ambos era complicada, pero recién ahora comenzaba a entender por qué.

—Sé que nuestros objetivos han sido diferentes. Tú te has desvivido buscando una forma de acabar con el Concilio y yo he luchado por dejar mi pasado atrás y formar una nueva vida, pero ahora que nos encontramos frente a los mismos obstáculos, lucharé a tu lado —dijo Aiden.

—Yo lucharé por terminar con la vida de cada uno de los integrantes del Concilio de los Oscuros. Lucharé por la memoria de mis padres y por Lesath, tú lo harás por Adhara, por mantenerla a salvo —respondió.

—El enemigo es el mismo, haré todo lo posible por ayudarte a eliminarlos.

Zul dijo algo en voz baja pero no logré oír las palabras.

—Hay algo mal contigo, no pareces tú mismo —dijo Aiden.

—Estoy bien —respondió Zul.

—No has dormido, te oí moverte toda la noche.

Sabía qué era lo que estaba molestando al mago porque era lo mismo que me había estado molestando a mí.

—Aiden ve...

—¿Es algo relacionado con Adhara? —lo interrumpió Aiden—. ¿O es Sorcha?

Silencio. El mago debía estar tan atónito como yo.

—¿Sorcha?

—Cuando nos enfrentamos a ella y Zafir en el bosque dijiste que tu magia no funcionaba contra ella.

—Si, utilizó magia antigua —se apresuró a decir Zul.

—Sorcha es despiadada y peligrosa, créeme yo también la quiero muerta —replicó Aiden—. Pero no debes preocuparte. Adhara es hábil y audaz con la espada, acabará con ella.

—No lo dudo —respondió, su voz turbada.

Aiden sin saberlo había arribado al tema que necesitaba discutir con urgencia.

—¿Entonces qué es lo que...?

—Estoy preocupado por Zada y Adhara, y no quiero hablar sobre ello —lo interrumpió el mago casi gritando.

Por un momento creí que estaba considerando decir algo sobre Sorcha, pero el mago parecía desesperado por evitar el tema.

—Debes calmarte, no puedes pelear en ese estado. No sé mucho sobre magia pero sé que debes estar en perfecto control de ti mismo para que funcione.

Zul me había dicho esas mismas palabras a mí, era irónico que ahora Aiden se las recordara a él.

—Soy un mago, sé lo que eso significa mejor que tú —respondió Zul—. Y hablar contigo no me está ayudando a calmarme, Aiden.

—Talfan va a cuidar a Zada y yo me aseguraré de que nadie lastime a Adhara. Van a estar bien.

Silencio.

—Entiendo lo que sientes por Adhara —dijo Zul—. No me opondré a que estén juntos.

Su voz no sonaba ni la mitad de perturbada que cuando mencionó a Sorcha. ¿Cómo podía Aiden no darse cuenta?

—Tal vez fue un error que tú y yo no hayamos sido amigos desde el comienzo —respondió Aiden.

Escuché pasos y me apresuré a alejarme de la puerta, cerrando el hocico de Tarf para evitar que hiciera ruido ante mi repentino movimiento. Aiden salió de la puerta trampa y al verme allí me miró de manera sospechosa. Sonreí de manera inocente, pretendiendo estar peinando a Tarf. Aiden vino hacia mí y me saludó con un cálido beso. Le daría al mago un momento para que se reponga, la conversación que debíamos tener no sería sencilla. Talfan y Zada dejaron una nota diciendo que habían ido al pueblo a averiguar si la guardia de la reina aún se encontraba allí. Busqué comida para Tarf mientras Aiden preparaba algo para nosotros. Una vez que terminamos de comer, tomé el tercer plato que se encontraba intacto en la mesa y me

dirigí a la puerta trampa. Aiden me miró algo curioso pero no dijo nada al respecto, dudé un poco antes de bajar temiendo que se comportara de la misma manera en que me había comportado yo y escuchara nuestra conversación. Por fortuna, Tarf corrió hacia el jardín y Aiden fue tras él para evitar que molestara a los animales de la granja.

Entré silenciosamente en la habitación del mago, que se encontraba acostado en su cama mirando hacia el techo con las manos detrás de su cabeza. Su expresión era difícil de leer. No quería molestarlo con decisiones que sabía que no quería tomar pero necesitaba su aprobación y si no podía dármela al menos necesitaba saber que podía perdonarme.

—Adhara.

Solo él y en ocasiones Aiden podían oír mis pasos.

—Zul —respondí.

Me senté en el borde de la cama, su mirada aún se encontraba en las estrellas pintadas en el techo pero sabía que me estaba escuchando.

—Escuché tu conversación con Aiden —confesé.

No había razón para ocultárselo.

—Lamento haber mentido, pero todos quieren a Sorcha muerta... —hizo una pausa y sus ojos buscaron los míos—. Gracias por ofrecerte a pelear contra ella. No sabes cuánto te lo agradezco, Adhara. Sé qué prefieres enfrentarte a Seith.

Odiaba tener que decirlo pero necesitaba hacerlo.

—No quiero matar a Sorcha, pero no tengo otra opción.

—Lo sé —respondió el mago con un hilo de voz.

—Necesito saber si podrás perdonarme.

El mago me miró de una forma difícil de describir y me abrazó. Era bueno que el tacto de Zul no me molestara, la sensación no era cálida como cuando tocaba a Aiden, era diferente, cómoda, reconfortante.

—No hay nada que perdonar. Es mi culpa por haberme enamorado de alguien tan... vil —su voz sonaba entrecortada—. Estaría perdido sin ti, Adhara.

Lo abracé, sintiéndome culpable por algo que aún no había ocurrido. La culpa era un sentimiento completamente nuevo para mí, uno que definitivamente desearía no haber conocido. Desde aquel día que dejé Naos en la noche encontraba la culpa como algo molesto. Pero esta culpa era diferente, era más profunda.

—Talfan le dijo a Zada que era mejor si buscaba un escondite cerca de nosotros para utilizar su arco y flecha, no quiere que te desconcentres —dije para animarlo.

—Es algo —replicó el mago.

Se apartó de mí, sus ojos estaban algo vidriosos pero no había lágrimas en ellos.

—Tienes que olvidarte de todo lo que estas sintiendo. Aiden tiene razón, no puedes pelear en este estado.

—Nunca pensé que oiría a Aiden darme una lección sobre cómo utilizar magia.

—Tampoco yo —respondí—. Sé que la relación entre ustedes es complicada, pero parecía preocupado por ti.

—No debí desquitarme con él, pero no pude evitarlo —hizo una pausa y continuó—. Yo mismo estuve cerca de matar a Sorcha, no comprendo por qué me siento de esta manera. Debería poder aceptarlo, no quiero sentir lo que estoy sintiendo.

—Tal vez deberías hablar con Talfan —sugerí.

—No —espetó Zul—. Nadie puede saber sobre esto, es humillante de solo pensarlo.

Palmeé su espalda.

—Eres una persona fuerte Zul, controla tus emociones y concéntrate en cómo harás para derrotar a los warlocks —dije—. Intenta conservar la razón hasta que nos la hayamos ingeniado para liberar a Ailios y permanecer con vida.

El mago asintió pensativo. Aún lucía triste, pero parecía más resuelto a dejarlo ir.

—Necesito hacerte una pregunta importante. ¿Hay algún hechizo que me permita comunicarme con Aiden en caso de que nos separemos? —pregunté—. La incertidumbre es algo que no volveré a tolerar.

Zul permaneció pensativo unos segundos.

—Puedo crear una conexión entre ustedes, pero no les permitirá mantener una conversación, más bien una o dos palabras sueltas en su mente.

Eso era suficiente.

—Debes tener algo de él y darle algo tuyo, una vez que lo hagan dime y haré el resto.

Toqué el collar en mi cuello, Aiden me lo había dado. Dejé el plato de comida sobre la cama y salí de la habitación mientras el mago retomaba la misma pose en la que lo había encontrado.

Una vez que Talfan y Zada regresaron fue poco alentador escuchar que la guardia real aún se encontraba registrando Saiph. Me apresuré a buscar a Aiden y entrenar antes de que Iara y Helios vinieran de visita. Aún se limitaba demasiado para evitar lastimarme pero era mejor que entrenar sola, jamás mejoraría sin un oponente. Necesitaba a Astran, mi maestro; odiaba admitirlo debido a la frustración que me habían causado sus clases pero había estado en lo correcto al empujarme a desafiar mis límites. Si al menos tuviera solo un día con él podría hacer un verdadero avance. Blandí mi espada una y otra vez, obligando a Aiden a esmerarse más; este aumentó su velocidad pero no lo suficiente como para que me resultara un desafío. Zada fue la siguiente en luchar conmigo, a diferencia de Aiden lo hizo con todo lo que tenía, sin preocuparse tanto por mi seguridad, pero sus habilidades no eran tan buenas como había pensado. Comencé a entender por qué Zul se preocupaba tanto cuando logré que soltara su espada por sexta vez. No estaba en condiciones de enfrentarse a

opponentes como SORCHA y SEITH.

Me armé de paciencia e intenté ir instruyéndola a medida que nos íbamos moviendo. Zada siguió todas mis indicaciones y logró mejorar algo, pero no lo suficiente como para mantenerse con vida durante un verdadero enfrentamiento. Por fortuna una vez que terminamos dejó la espada de lado, y comenzó a practicar con el arco y flecha para lo que claramente poseía más talento. Su puntería era casi perfecta, definitivamente era una mejor opción de arma para ella.

Aguardé a que todos se encontraran ocupados para hablar con Talfan pero cuando finalmente logré encontrarme sola con él, Iara y Helios golpearon la puerta y perdí la oportunidad. Mi abuela se había pasado el día preparando pastelitos caseros para todos, no era uno de mis platos favoritos, pero los acepté con una sonrisa valorando su esfuerzo. Aún no les había dicho que al anochecer del siguiente día marcharíamos a Elnath; conociéndola me suplicaría que no lo hiciera, no me agradaba ponerla en aquella posición. Todavía me encontraba algo indecisa sobre qué hacer al respecto, pero irme sin decir nada sería peor que decir la verdad y despedirme.

La expresión preocupada de Helios se hacía más notable a medida que pasaban las horas. Sabía que algo no andaba bien, la tensión estaba comenzando a sentirse en todos menos en Talfan. Zul iba de una punta de la casa a la otra leyendo libros y recitando hechizos, sus nervios cada vez más notorios. Aiden pasaba cada segundo que podía a mi lado y sus ojos jamás me dejaban, como si temiera que fueran los últimos momentos que pasaríamos juntos. Y Zada se encontraba en el jardín practicando con sus armas al punto del agotamiento. Incluso a mí me resultaba difícil mantener la compostura, todos mis sentidos se encontraban alerta y en ocasiones llevaba mi mano hacia Glace cuando algún ruido me sorprendía.

Al llegar el anochecer mi abuelo no soportó más la situación. Me indicó que lo siguiera hacia una habitación vacía y me demandó la verdad. Era la primera vez que me hablaba de manera tan severa pero entendía que era producto de su preocupación. Decidida, le conté todo; adónde iríamos, los posibles peligros que nos aguardarían y que nos encontrábamos en desventaja. Le dije todo lo que necesitaba saber para llegar a la misma conclusión a la que había llegado yo. No era seguro que regresara con vida. Esto lo perturbó profundamente y le tomó unos minutos retomar el control de sí mismo.

—No lo hagas, Adhara —me dijo con voz temblorosa sabiendo mi respuesta.

—Debo hacerlo, es la única manera de quedarme en Lesath.

Quiso negarlo pero sabía que tenía razón. Se paseó por la habitación intentando calmarse pero lucía demasiado abatido como para lograrlo. Fui hacia él y lo abracé asegurándole que haría todo lo posible para mantenerme a salvo. Que regresaría. Me abrazó y me dijo que no aceptaría que no regresara. En otras palabras me dijo que era mi obligación volver, que había entrado en sus vidas ganándome un lugar en ellas y

que no aceptaría que ahora me fuera.

—Iara no puede saberlo, la espera la destruiría. Le diremos que deben ocultarse por unos días —fueron sus últimas palabras antes de dejar la habitación.

Mis abuelos regresaron al pueblo luego de la cena y una vez que la sala se encontró vacía Talfan se acercó a mí, había notado mis intenciones de hablar con él. Tomamos un té en silencio y luego me expresó su gratitud por aceptar luchar junto a ellos. Zul me había dicho que Talfan era sabio y poderoso pero tras observarlo había notado una fatiga constante en su rostro. Su edad era avanzada y su cuerpo ya no estaba en condiciones de soportar el desgaste que causaba la magia. Algo me decía que ya no era fuerte como lo había sido alguna vez y una vocecita en mi cabeza susurraba que no sobreviviría a esta batalla.

—Cuando conocí a Zada en la cabaña de Gunnar, ella tenía un instrumento élfico diseñado para rastrear personas. Un amuleto —dije.

—Lo obtuve de un vendedor ambulante que ignoraba por completo su valor, creía que era un reloj dañado —respondió Talfan con una sonrisa.

¿Un reloj dañado? Me resultaba difícil de creer. La mayoría de los humanos parecían haber olvidado la existencia de los elfos.

—¿Tienes más objetos élficos?

—¿Tienes alguno especial es mente? —preguntó Talfan amablemente.

—Místicas —respondí.

—Místicas... Cristales que solo se encuentran en el Monte Luna. Poseen la propiedad de proteger a quien las cargue de ataques que involucren magia.

—Exacto —dije esperanzada.

Talfan negó con la cabeza.

—No he visto una mística desde que los elfos dejaron Lesath —respondió.

Me lamenté de no haber traído una por precaución, en Alyssian eran fáciles de encontrar.

—Una mística sería útil sin duda, pero tú posees magia aunque no hayas aprendido a controlarla —dijo Talfan—. Te arreglarás bien sin ella.

La experiencia demostraba lo contrario. Seith me había envuelto con su magia con la misma facilidad con la que yo respiraba.

—No la quiero para mí —repliqué.

Di vueltas en la cama sin lograr dormir. Nos quedaba un día de tranquilidad y al bajar el sol marcharíamos a la prisión de Ailios. Me pregunté cómo sería estar allí parada cara a cara con aquellos que no dudarían en reclamar mi vida una vez que hubiera liberado a Ailios. Akashik, Blodwen, Sabik, Mardoc y Dalamar. Sus nombres se repetían en mi mente. Por momentos creía escuchar sus voces susurrándome desde las sombras y luego todo se volvía silencio.

La madera crujió detrás de la puerta y salté de la cama tomando a Glace. Corrí

hacia la puerta y aguardé lista para embestir a quien pasara.

—¿Adhara?

Aiden entró lentamente con una vela en sus manos iluminando su rostro, su mirada alerta sabiendo que me encontraba lista para atacarlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté bajando la espada.

—No puedo dormir.

—Tampoco yo —respondí.

Abrí la puerta indicándole que entrara.

—¿Te molesta si duermo aquí esta noche? —preguntó Aiden.

Esperaba que la vela no llegara a iluminar el rubor en mis mejillas.

—Si quieres dormiré en el piso.

—No, dormiré más tranquila contigo cerca —respondí.

—Bien, no quería dormir en el piso —dijo riendo.

Fui hacia la mesita de luz y tomé el lazo del pelo celeste que había puesto allí.

—Quiero que tengas esto —le dije poniéndolo en sus manos—. Le pedí a Zul que conjurara un hechizo para que pudiéramos comunicarnos en caso de que nos separáramos. Yo debo tener algo tuyo y tú algo mío.

Tomó el lazo y tras darle tres vueltas en su muñeca hizo un nudo. Luego llevó su mano hacia mi cuello y la apoyó sobre el collar con el zafiro que me había dado.

—Es una buena idea —respondió Aiden.

Permaneció pensativo antes de volver a hablar.

—¿Qué crees que pase si logramos liberar a Ailios?

—Creo que nos ayudará. He oído hablar de él en Alyssian, si hay alguien que puede lidiar con magia negra es Ailios.

Al despertar Aiden se encontraba durmiendo a mi lado, sus brazos alrededor de mi cuerpo. Mi mente se encontraba clara y descansada, era la primera vez que dormía en forma tan pacífica. Al confiar en su protección todos mis sentidos se habían relajado, lo cual no pasaba desde que había dejado Alyssian.

Las horas del día pasaron como minutos. Estuve la mayor parte del tiempo con mis abuelos y Tarf, dejando mis preocupaciones de lado y concentrándome en ellos. Le expliqué a Iara que nos iríamos del pueblo por unos días hasta que la guardia real dejara Saiph y tras asegurarle que estaríamos bien aceptó, a pesar de no sonar muy convencida. No me agradaba mentirle, pero era mejor que la verdad. Si creía que permanecer escondidos por unos días era peligroso, no me podía imaginar qué pensaría sobre ir a enfrentar a todo el mal de Lesath.

Llegado el atardecer abracé a ambos y me despedí. Iara sonrió convencida de que nos veríamos pronto y Helios me abrazó intentando ocultar su preocupación. Cargué a Tarf en mis brazos esperando que no fuera la última vez y tras darle un beso en la cabeza lo dejé en el piso indicándole que fuera con mis abuelos.

En cuanto la oscuridad se extendió sobre el pueblo tomamos todo lo necesario y ensillamos a los caballos. Me puse protectores de hierro en las piernas y el pecho, dejando los brazos libres para mover la espada con mayor libertad. Talfan los había conseguido para mí, Aiden y Zada. Era la primera vez que los usaba y estaba segura de que serían incómodos para montar, pero era mejor estar preparados en caso de una emboscada.

Caminamos hacia los caballos intercambiando miradas y partimos hacia Elnath sin mirar atrás.

## LA NOCHE ANTERIOR

Era una noche despejada y nos encontrábamos a horas de Elnath. Habíamos tardado cuatro días en llegar, los primeros dos habían sido de marcha constante y pocas horas de sueño, y los demás habíamos descansado. Si llegábamos exhaustos no estaríamos en buenas condiciones para pelear, fue por eso que habíamos disminuido la marcha y todos habíamos tenido una oportunidad de dormir. Continuaríamos al amanecer. Si llegábamos de noche, corríamos el riesgo de luchar a oscuras, lo que solo generaría caos y confusión.

Zul se alejó un poco de nosotros buscando soledad y claridad mental. Junté ramas secas junto a Aiden y utilicé magia para prender una fogata. Me había llevado mucha práctica pero había logrado dominar el hechizo. Era un alivio saber que podía conjurar fuego si lo necesitaba. Zada miró de reojo a su hermano para asegurarse que no se alejara y vino a sentarse a mi lado. Esto me extrañó dado que había mantenido su distancia en los últimos días, era amable conmigo pero me evitaba cuando me encontraba con Aiden. La única explicación que encontraba era que debía considerarlo una traición a su hermano. Lo veía en su mirada, por momentos se sentía a gusto en mi compañía y luego sin motivo alguno su mirada se volvía algo acusadora. Intenté que no me afectara, sabía que lo hacía por lealtad a Zul y no por algo personal. Pero esta noche había algo diferente en ella, sus ojos grises se habían vuelto un enigma al igual que los del mago y su piel se veía más pálida.

—¿Te encuentras bien, Zada? —pregunté en voz baja para no alarmar a nadie.

Ella miró a nuestro alrededor para asegurarse de que nadie la oyera.

—Los nervios están comenzando a afectarme —respondió—. ¿Cómo haces para controlarlos?

Los nervios nos estaban comenzando a afectar a todos, pero los demás lo escondían mejor que ella. Zul y Aiden lucían compuestos pero en el fondo debían estar haciéndose la misma pregunta que me hacía yo desde que partimos de Saiph. ¿Qué perderíamos? Quería creer que todos sobreviviríamos pero no sabía que nos esperaba en Elnath. No sería una lucha fácil, alguien caería.

—Mantén tu mente fuerte y no dejes que el miedo te haga cometer errores, Zada. Debes pensar con la misma claridad con la que lo haces cuando practicas —repliqué.

Si Zul caía, sería una pérdida difícil de superar. Si Aiden caía, yo lo haría junto a él.

—Eres una buena maestra, he aprendido observándote —dijo Zada.

—Eres hábil con las armas, en especial con el arco y flecha. Pero no voy a mentirte, si dejas tu escondite te encontrarás en desventaja.

No quería desalentarla pero en el medio de la pelea sería una carga más que una ayuda.

—Pagarán por lo que hicieron... —susurró Zada—. Aun si luchar en nombre de mis padres significa unirme a ellos.

—Eso no sucederá, Zada —dije en tono severo—. Piensa en Zul y mantente con vida.

Levantó la mirada sorprendida ante mi orden pero había comprensión en sus ojos. Sabía que si el mago escuchaba nuestra conversación no dudaría en hacer que Zada regresara a Saiph. Pero no era momento de decir algo que pudiera alterar sus emociones. La ansiedad crecía cada segundo y controlarla no era algo sencillo. Talfan era el único que genuinamente parecía sereno. Se sentó en un tronco a mirar las estrellas por un rato y luego fue hacia Zul y palmeó su hombro.

—Te encuentras destinado a grandes cosas, Zulen —dijo Talfan.

Sus palabras no eran de ayuda, la expresión del mago se volvió menos resuelta y más sombría. Aiden había estado en lo cierto, tal vez a lo que más temía Zul era a decepcionarlo.

—Le harías un favor si dejaras de recordárselo —dije a modo de advertencia.

Talfan me miró sorprendido; Zul, agradecido. No quería ser descortés pero no era momento para que el mago se desmoronara ante la presión.

Pasamos el resto de la noche en silencio y nos turnamos para hacer guardia durmiendo pocas horas. A decir verdad era descansar con los ojos cerrados. Estaba demasiado consciente de todo lo que sucedía a mi alrededor como para poder dormir.

A la mañana, el clima de tensión se podía respirar. Me ajusté los protectores en las piernas y el pecho, que había aflojado para poder descansar. Aún me resultaban algo incómodos pero me había acostumbrado a moverme con ellos.

Talfan tomó la rama de un árbol, dibujó un círculo en la tierra y nos pidió a Aiden, Zada y a mí que nos paráramos dentro de él. No le era posible protegernos de la magia pero se encontraba determinado a protegernos de determinado tipo de hechizos, como el que había utilizado Seith para inmovilizarme. Él y Zul se pararon en ambos lados del círculo y tras decir unas palabras al unísono una luz blanca recorrió la circunferencia que había marcado Talfan, envolviéndonos en un brillo que cubrió nuestros cuerpos. Fue una sensación extraña pero era un alivio saber que los trucos de Seith no funcionarían.

—Solo falta un detalle —dijo Zul.

Fue hacia su bolsa de viaje y regresó con dos máscaras plateadas.

—Los warlocks no saben acerca de ustedes, es mejor que no vean sus rostros —dijo el mago entregándoles máscaras a Talfan y Zada—. De esta manera podremos regresar a nuestra vida en Saiph.

Zul añoraba lo mismo que yo, una vida normal luego de destruir a aquellos que lo impedían. Reconocí las máscaras, las había visto en un negocio en Izar cuando fuimos a comprar la ropa para el baile. Una era dorada y la otra plateada, planas, sin

ningún dibujo o adorno y cubrían todo el rostro. No lo había visto comprarlas.

Listos para enfrentar lo que nos esperaba, intercambiamos miradas y partimos hacia Elnath. Las horas se volvieron minutos y los minutos segundos. La ansiedad crecía con cada paso que dábamos, pero me las ingenié para controlarla. Cuando nos encontramos lo suficientemente cerca, desmontamos y comenzamos a caminar hacia el pasaje que llevaba al valle entre las montañas. Según el mapa la única entrada era una cueva que se abría paso hasta el valle.

Por un momento creí que el camino se encontraba despejado y continué acercándome. Fue allí cuando vi siluetas a la distancia, eran ellos. La adrenalina apareció en segundos, corriendo por mis venas como una llamarada de fuego. Me obligué a calmarme extinguiendo parte del fuego que incitaba a mi cuerpo a correr hacia ellos y acabarlos. En ese momento me di cuenta de que había cambiado, en verdad me encontraba dispuesta a matarlos. Aiden estaba a mi diestra; espada en mano, su determinación era inquebrantable. Zul, a mi izquierda; sus nervios se desvanecían a medida que se acercaba a los que habían asesinado a su familia, sus misteriosos ojos grises brillaban con un peligro inminente. Tomé la empuñadura de Glace y me concentré en las cuatro siluetas frente a nosotros permitiendo que mis instintos élficos tomaran el control.

## INFLUENCIAS EN LAS SOMBRAS

Avanzamos decididos saliendo del bosque. El claro frente a nosotros era despejado, no había árboles ni plantas, y la tierra en el suelo era seca y rocosa. Era un buen lugar para pelear.

Zada se quedó detrás en busca de un lugar donde esconderse que le permitiera tener una vista clara de sus objetivos; el arco en su espalda, la flecha en su mano. Cuatro figuras nos cortaban el paso a la entrada de la cueva. Seith y Sorcha, parados en forma protectora frente a dos hombres en túnicas negras, llevaban capuchas pero sus rostros aún eran visibles. Reconocí a uno de los warlocks del baile de máscaras: Evard Glaistig, Sabik.

—Sabik y Dalamar —dijo Aiden.

La perspectiva era mejor de lo que habíamos pensado, solo dos warlocks habían venido. Era extraño considerando la importancia del asunto, pero no cuestionaría nuestra buena suerte. Esto no alteraba nuestro plan, habíamos decidido que en caso de que hubiera tres, el primero en terminar con su rival se encargaría del tercero, pero ahora no era necesario.

Nos detuvimos a unos metros de ellos, la oscuridad que los rodeaba era tan abrumadora que me hacía sentir incómoda encontrarme a tanta proximidad. La mirada de Seith estaba fija en mí y la de Sorcha en el mago. Nos habían elegido como oponentes pero no triunfarían, debíamos ser más rápidos. Zul también lo había notado, evitó mirar a Sorcha y dirigió su atención a los warlocks, estudiándolos con la mirada. Aiden se paró delante de mí rompiendo la línea que habíamos formado. Sabik caminó unos pasos hacia adelante, mi corazón latía con tanta fuerza que podía oír cada movimiento que hacía.

—Entréguenos a la elfa —dijo el warlock.

Su rostro ya no era una máscara de gracia como en el castillo; se había vuelto frío, cruel y maléfico.

—No lo haremos. Apártense de nuestro camino o sufrirán las consecuencias —respondió Zul.

Su tono de voz ya no era el mismo de antes, era claro y fuerte. Había dudado sobre cómo reaccionaría llegado el momento, pero el mago finalmente estaba confiando en su poder. Los cuatro se adelantaron listos para atacar y nosotros corrimos hacia ellos sin darles la oportunidad de arrinconarnos. El mago esquivó a Sorcha, y fue directo hacia Dalamar; esta intentó ir tras él pero me interpuse en su camino.

—Yo seré tu oponente —dije apuntando mi espada hacia ella—. No he olvidado tu truco con la víbora, cobarde.

Intentó hacerme a un lado, molesta por mi interferencia. Aguardé firme en mi

lugar y rechacé su ataque empujándola hacia atrás. Me miró con furia comprendiendo que no lograría ir tras Zul sin vencerme. Aiden pasó corriendo a mi lado y atacó a Seith antes de que pudiera alcanzarme. Los ojos azules de Sorcha se encontraban fijos en mí y me observó sin moverse hasta que la frustración comenzó a aparecer en su rostro. Había intentado inmovilizarme con magia sin ningún resultado. El hechizo de Zul y Talfan para protegernos había funcionado.

Debía atacar antes de que intentara otra cosa. Me arrojé hacia ella, dirigiendo a Glace hacia su cuerpo. Sorcha me esquivó y se agachó, apoyando la palma de su mano en el suelo con una sonrisa maliciosa. Me detuve en seco, tratando de adivinar sus intenciones. Sus dedos se enterraron en la tierra y tras sacarlos, había algo blanco enroscado en ellos. El angosto cuerpo de la serpiente se deslizó fuera de la tierra, era blanca, larga y podía ver sus colmillos cubiertos de veneno. Magia negra, era la única forma de manifestar un verdadero animal.

—Ten cuidado, es la Muerte Blanca —me gritó Aiden jadeando desde lejos.

Me alejé, poniendo distancia entre el peligroso animal y mi cuerpo. No había oído ese nombre antes pero tras ver sus colmillos era evidente que moriría en el instante en que su veneno se mezclara con mi sangre. Odiaba a Sorcha, odiaba sus artimañas.

La serpiente se deslizó hacia mí, sus ojos rojos e hipnóticos me analizaban como si fuera una presa, buscando el momento preciso para atacar. Pero no lo haría, no podía atacarme. Los warlocks me necesitaban con vida y Sorcha lo sabía. Ella era mi rival, la serpiente era solo una distracción. Permanecí quieta y aguardé sin hacer nada. La Muerte Blanca comenzó a enroscarse en mi pierna, podía sentir su cuerpo aprisionándome y sus ásperas escamas raspando mi piel. Sorcha se acercó con aire victorioso, bajando su guardia; la tenía justo donde quería. Apreté la empuñadura de Glace lista para actuar cuando una flecha se clavó en la serpiente arruinando mi plan. Zada.

La criatura emitió un sonido agudo y me vi obligada a cortar su cabeza antes de que Sorcha perdiera el control sobre ella y me mordiera. Sorcha miró hacia atrás, desde donde había provenido la flecha. Aproveché su distracción. Estiré mi brazo hacia ella, pero logró esquivar mi espada en el último segundo. Intentó retroceder y me concentré en el hechizo impidiéndoselo. Una muralla de fuego se formó detrás de ella, cortándole el paso. Su expresión se transfiguró y sus ojos buscaron al mago, quien se encontraba concentrado deteniendo un ataque de Dalamar.

—No fue Zul —dije apuntando a Glace hacia ella—. Yo también puedo jugar con magia.

No era del todo cierto pero se sentía bien decirlo. Me miró con desagrado e intercambiamos miradas. Su pelo rojo del color del fuego, y sus ojos azules y fríos como el hielo le daban una belleza inusual. Intenté no pensar en Zul y me armé de determinación, era mi oportunidad de terminar el duelo.

Dirigí mi espada hacia ella al mismo tiempo que Sorcha gritó un conjuro y una ráfaga de chispas de mi propio fuego se volvieron contra mí. La miré detenidamente, memorizando su posición y cerré los ojos, guiando a Glace hacia ella mientras el calor me golpeaba. Su grito rompió mi concentración y el fuego se desvaneció. Abrí los ojos, la hoja de la espada se encontraba clavada en su hombro. Era el mismo lugar en donde la había herido la vez anterior. Retiré la espada de su cuerpo. Sorcha llevó la mano a su hombro, intentando detener la sangre. Había miedo en sus ojos, pero también resolución. Continuaría peleando si no la detenía. ¿Qué sentiría al matarla? ¿Zul en verdad podría perdonarme? Me obligué a controlarme y levanté la espada en el aire.

—¿Crees que la magia que te protege puede detenerme? Has olvidado quien soy, Aiden Moor.

Era la voz de Seith. Los busqué con la mirada y la escena que vi heló mi sangre. Aiden yacía inmóvil en el suelo y Seith estaba a su lado. Parecía estar utilizando magia y la espada en su mano tenía manchas de sangre. Corrí hacia ellos, solo podía pensar en Aiden. El suelo comenzó a fraccionarse frente a mí y salté evitando un pozo. Talfan pasó a mi lado cayendo en una de las grietas y Sabik fue tras él. Continué corriendo. Me arrojé sobre Seith y ambos rodamos por el suelo. Nuestras miradas se cruzaron y por un segundo creí ver odio en sus ojos. Era la primera vez que mostraba algún tipo de emoción. Ambos nos pusimos de pie y me puse en la posición correcta, lista para enfrentarlo. Recordé las palabras de mi maestro Astran y relajé los brazos, estudiando a mi oponente. Nuestras espadas chocaron y batallé con él ferozmente, empujando cada fibra de mi cuerpo a romper mis propios límites. Era la desesperación por vivir, por proteger a Aiden que me hacía más fuerte, más veloz. Esto debió hacer la diferencia ya que de a poco Seith comenzó a cometer errores y tomé ventaja de cada uno de ellos. No fue hasta que mi espada pasó a milímetros de su cuello que recurrió a usar magia. Una fuerza invisible arrancó a Glace de mi mano arrojándola lejos de mí. Seith también tiró su arma y vino hacia mí. Su paso era seguro, la expresión en su rostro tan inhumana que conjuré una línea de fuego entre nosotros para evitar que se acercara. Oí a Talfan gritar. Quería ayudarlo pero no podía. Seith continuó avanzando y vi horrorizada como cruzaba a través de las llamas como si no estuvieran allí.

—Arrastraré tu cadáver hasta donde se encuentra Ailios si es necesario —dijo Seith.

—Los warlocks acabarán contigo si me matas —repliqué.

Mis palabras no tuvieron ningún efecto sobre él. Su mirada continuó impávida y calculadora. Sin mi espada no tenía cómo defenderme. Intenté correr, pero me tomó del brazo y me arrastró tras él. Me agarré del suelo desesperada rehusándome a moverme y Seith tiró de mí con más fuerza.

—¡Déjala!

La espada de Aiden pasó volando sobre mi cabeza y lastimó su mano haciendo que me soltara. Intercambiamos miradas de alivio. Había sangre en su brazo y a un costado de su pierna, donde los protectores no llegaban a cubrirlo, pero parecía estar bien.

—¡Zada, no!

El grito desesperado de Zul rompió mi concentración. Lo busqué con la vista, corría alejándose de Dalamar en dirección a Sorcha. Me había olvidado de ella, aún estaba con vida.

—¡Adhara!

Retrocedí evitando la espada de Seith. En mi distracción no lo había visto; el grito de advertencia de Aiden me había salvado. Sentí uno de mis pies adormecerse, la sensación era extraña, me costaba moverlo. Aiden me empujó a un lado y atacó a Seith, manteniéndolo lejos de mí. Intenté levantarme pero el pie no me lo permitió; aún no podía moverlo bien. Era la magia de Seith.

Necesitaba recuperar mi espada. Levanté la mirada, Talfan había conseguido salir de la grieta y atacaba a Dalamar mientras Sabik lo atacaba a él. Miré hacia el otro lado y mis ojos se detuvieron en Zada. A juzgar por la escena era evidente que había dejado su escondite y había estado luchando contra Sorcha. Llevaba el arco en su mano y lanzaba una flecha tras otra. Debía estar nerviosa, su puntería no era tan acertada como solía serlo.

Sorcha detuvo una de las flechas en el aire e hizo que volviera hacia Zada. La magia aumentó la velocidad de la flecha y guio su trayectoria, no lograría esquivarla.

—¡Zada!

Zul saltó frente a ella, recibiendo el flechazo en su lugar.

—¡Zul! —gritamos Zada y yo al mismo tiempo.

La flecha se clavó en su brazo. Respiré aliviada, estaría bien. Zul arrancó la flecha, dejándola caer en el piso. Sorcha lo miró atónita.

—No te atrevas a lastimar a mi hermana, Sorcha —dijo el mago poniéndose de pie.

La forma en que lo miraba era una mezcla de odio y pasión. El mago le sostuvo la mirada indefenso ante ella y por un segundo creí ver a Sorcha sonrojarse. Recordé mi situación. Intenté mover el pie de nuevo y esta vez lo logré con mayor facilidad. Seith no podía concentrarse en el hechizo mientras peleaba. Aiden lo golpeó, evitando que llegara hasta mí y Seith manipuló el viento, arrojándolo hacia atrás. Aiden cayó de espalda al suelo y rodó hacia la izquierda evitando otro ataque. Corrí hacia él, pensando en alguna forma de ayudarlo. Aiden me arrojó mi espada y tras recuperar la suya, ambos nos volvimos a enfrentarlo.

—No vuelvas a perderla —dijo Aiden.

—No lo haré.

Seith conjuró dos espadas dispuesto a enfrentarnos al mismo tiempo y avanzamos sobre él combinando nuestros ataques. Aiden era aún mejor de lo que me había imaginado. Sus movimientos eran medidos y perfectos. Tras verlo pelear contra Seith era evidente que no había utilizado ni la mitad de su potencial para practicar conmigo.

—¡Nooo!

La voz afligida de Zada me detuvo en seco. El mago yacía en el suelo y Sorcha se encontraba sobre él, impidiendo que se levantara, mientras dirigía algo que lucía como una estalactita hacia su corazón.

—¡Ve! —dijo Aiden—. Yo me encargo de Seith.

Corrí hacia Zul sabiendo que jamás llegaría a tiempo, viendo desesperada como la mano de Sorcha se acercaba a su pecho. La estalactita se desvió en el último instante, clavándose en su abdomen en lugar de su corazón. Zul permaneció allí inmóvil, perplejo ante la situación. Debía haber roto el hechizo que le impedía utilizar magia contra ella. Sorcha conjuró otra estalactita y esta se derritió cuando la llevó en dirección al mago. Desesperada recitó otro encantamiento, pero nada sucedió. Zul no había roto el hechizo. La voluntad de Sorcha había flaqueado, no había podido matarlo y ahora su magia tampoco funcionaba contra él.

¿Era posible que Sorcha sintiera algo por el mago? Su reacción no era indicio de ello. Gritó envuelta en furia y comenzó a alejarse de él, sin saber qué hacer. Zul se puso de pie y corrió a asistir a Talfan, quien luchaba por aferrarse a la vida mientras Sabik y Dalamar combinaban sus poderes para acabarlo. Zada corrió tras él antes de que pudiera detenerla. Permanecí en mi lugar observando la situación. Fue allí cuando vi el campo de sangre en el que nos encontrábamos. Talfan estaba más cerca de la muerte que de la vida, los gritos de Zada ahogaban mis oídos mientras lanzaba ataques en vano, ya que sus flechas se deshacían antes de llegar a sus objetivos. Zul y Sabik se lanzaban ataques tan mortales que uno de ellos no tardaría en padecer. Y Aiden había sufrido tantas heridas que no sabía cuánto tiempo más lograría mantenerse fuerte contra Seith.

Miré en dirección al valle y allí lo vi. Una figura parada silenciosamente observando todo desde la cueva. Su pelo era largo y platinado, su apariencia hermosa e inmortal. Era un elfo, era Ailios. Era la única esperanza que teníamos de salir todos con vida.

—¡Libéralo! —gritó Aiden.

Corrí tan rápido como pude. La cueva era un pasaje que daba hacia el valle en la montaña. Al acercarme a la entrada una diminuta línea de luz apareció frente a mí. Ailios se encontraba a centímetros de allí, pero claramente no podía cruzarla. Deseé con todo mi corazón que la sangre de mi padre fuera suficiente para deshacer la

magia y di un paso hacia adelante para cruzarla. En el momento en que mi pie pasó sobre ella, esta se volvió humo y comenzó a desvanecerse. Lo había logrado, mi sangre había roto la barrera. Respiré aliviada y no pude evitar sonreír. Había liberado a Ailios.

Me obligué a calmarme, tomando conciencia de la situación; los demás aún estaban peleando.

—Mi nombre es Adhara Selen Ithil y he venido de Alyssian. Debes ayudarnos, Ailios —le imploré—. Hemos venido a liberarte.

Este asintió con la cabeza pero en cuanto salió de la cueva algo en su mirada cambió. Sus ojos no reflejaban comprensión y sabiduría como la mayoría de los elfos. Había algo diferente en ellos, algo que ningún elfo en Alyssian conocía. Ailios giró su cabeza y miró hacia los árboles, seguí su mirada y creí descifrar una silueta hurgando entre las sombras.

—Ailios —dije llamando su atención.

Pero este comenzó a correr hacia donde se encontraban todos peleando. Algo andaba mal, algo en él ya no reflejaba la naturaleza de los elfos. Busqué a Aiden para asegurarme de que no hubiera sufrido más heridas y me sorprendí al ver que Seith había dejado de pelear. Su mirada se encontraba fija en el bosque, mirando en la misma dirección en la que lo había hecho Ailios. Zul dio un grito de agonía, su pecho se encontraba cubierto de sangre y luchaba implacablemente para mantener alejados a Sabik y a Dalamar de Talfan y Zada. Aiden y yo nos arrojamos contra Dalamar y una vez que logramos arrinconarlo Zul se nos unió. El warlock respiraba de manera agitada y su cuerpo temblaba levemente.

—La magia negra es poderosa pero controlarla requiere fuerza y sacrificio —dijo Zul.

Dalamar fijó sus ojos en mí. No me gustaba su mirada, algo en ella me provocaba temor. Intenté apartar la vista pero no pude hacerlo, no podía dejar de mirarlo.

—¿Adhara? —la voz de Aiden sonaba preocupada.

—No puedo dejar de mirarlo.

Aiden me tomó de los hombros y me sacudió, pero aun así no podía romper la conexión que había entre mí y Dalamar.

—¡Adhara!

Tenía frío. Todo mi cuerpo estaba frío. Era como si el aire se hubiera convertido en hielo. Me sentía fría y vacía. Sentí que mi alma se estaba congelando.

—Déjala o te quemaré vivo —dijo Zul.

Dalamar cerró sus ojos y el frío desapareció. Aparté mi mirada, alejándome de él. Había lágrimas en mis mejillas, no estaba consciente de haber llorado.

—¿Te encuentras bien?

Aiden me rodeó con sus brazos y apoyé mi cabeza en su pecho. No quería volver

a sentirme de esa manera nunca más en mi vida.

—No sabes nada acerca de magia negra, Zul Florian —dijo Dalamar.

De manera repentina el cuerpo del warlock cayó al suelo, y comenzó a temblar bruscamente lanzando gritos de agonía. Era como si una daga invisible lo estuviera acuchillando.

—¿Zul? —pregunté extrañada ante la violencia de su ataque.

—No soy yo —respondió alarmado.

El cuerpo de Dalamar continuó temblando por un momento y luego se detuvo abruptamente.

—Tal vez sea otro truco —dijo Aiden con desconfianza.

El warlock intentó ponerse de pie, pero el mago lo empujó hacia atrás con una ráfaga de viento y se agachó a su lado.

—Caela y Elian Florian, arderás como ellos lo hicieron por tu culpa.

Y tras decir estas palabras, Zul puso su mano sobre la túnica y esta se prendió fuego envolviendo el cuerpo del warlock. Tras ver la situación, Sabik intentó escapar pero Ailios lo detuvo. Miré alrededor, Sorcha había desaparecido y Seith se encontraba parado sin hacer nada mirando hacia los árboles. Sabik utilizó magia poderosa para intentar huir pero Ailios era más poderoso y deshizo sus hechizos. Luego, para sorpresa de todos, Ailios tomó la espada de Zada y atravesó salvajemente a Sabik con una velocidad de la que solo un elfo era capaz.

—Akashik...

Fueron las últimas palabras de Sabik antes de morir. Seith reaccionó al escuchar el nombre y tras observar el cuerpo del warlock, se alejó corriendo hasta perderse de vista. Ailios levantó la mirada y los tres nos alejamos de él levantando nuestras armas, un elfo jamás haría algo así. Zul miró hacia el bosque, sus ojos brillaban peligrosos, con la misma pregunta en nuestras mentes. ¿Akashik?

—Tú eres una elfa, en parte —dijo Ailios señalándome.

Asentí con la cabeza aún desconfiando de él.

—Todavía quedan tres warlocks —dijo Zul—. Vinimos a liberarte para que puedas ayudarnos a terminar con ellos, a erradicar el mal de Lesath.

—No puedo hacerlo, no puedo vivir de esta manera —replicó Ailios—. Logré proteger mi mente de ellos al comienzo, pero ha pasado un largo tiempo. Pasé años oyendo sus susurros, su oscuridad se fue apoderando de mí, envenenándome. Lejos de la longevidad de los míos, mi voluntad comenzó a desquebrajarse. Los cinco combinaron su magia atormentándome cada minuto del día.

La expresión en su rostro era de tortura. Jamás había visto a un elfo en ese estado, no pensé que fuera posible. Pero los años habían pasado y la magia negra había hecho su trabajo.

—Aún escucho su voz en mi mente, fue él quien me incitó a matarlo.

—¿Quién? —preguntamos Zul y yo al mismo tiempo.

El elfo buscó entre sus vestimentas y me ofreció un viejo pergamino.

—Pensé en destruirlo, pero lo necesitarán. Confío en que se encontrará a salvo en manos de uno de los míos —dijo Ailios—. Protégelo con tu vida, Adhara. Es su única esperanza de acabar con él. El Corazón del Dragón. Warrick los guiará.

—¿Warrick? —preguntó el mago.

—Debes regresar a Alyssian, encontrar paz —dije sospechando sus intenciones.

—Me encuentro avergonzado ante mis acciones, no volveré a caminar entre los míos, que la gracia me permita observarlos desde los cielos.

Intenté arrebatarme la espada, pero era demasiado tarde. Era el primer elfo en terminar con su propia vida.

—¡Ailios!

Los tres intercambiamos miradas de horror intentando revivirlo, pero la vida había abandonado su cuerpo. Los elfos jamás me creerían, pensarían que había perdido la razón.

¿Quién sería lo suficientemente poderoso como para hacer que un elfo renunciara a su inmortalidad? Sabik nos había dado la respuesta... Akashik. ¿Pero por qué traicionaría a los suyos? ¿Quién era Akashik? Si no había mostrado piedad con los suyos, ¿qué nos esperaba a nosotros?

Noté a Aiden mirándome, sus ojos brillaban y tenía una sonrisa en su rostro. Estábamos vivos. Me arrojé en sus brazos y me besó. Nuestra celebración duro poco, no quería ser insensible con Zul y Zada.

Zada sollozó sobre el cuerpo inconsciente de Talfan. Me acerqué a él y retiré la máscara de su rostro para examinarlo temiendo lo peor, pero aún había vida en él. Zul intentó curarlo pero apenas podía mantenerse en pie, sus propias heridas lo habían debilitado.

—Debemos entrar en la cueva y buscar el lugar donde Ailios vivió estos años —dije.

—Es demasiado peligroso —respondió Aiden—. Si regresan no podremos escapar.

—Zul y Talfan no pueden continuar en este estado, y tú te encuentras herido. Descansaremos unas horas y partiremos.

Aiden accedió sin estar convencido y entre los cuatro cargamos el cuerpo de Talfan hasta la cueva. Una vez adentro, encontramos una cama hecha de ramas y hojas y lo recostamos allí. Revisé el lugar, buscando algo que fuera de ayuda y encontré una caja de madera que contenía diferentes tipos de hierbas. Era mejor que nada. Tomé una que serviría para tratar la herida del mago y comencé a aplastarla hasta que se convirtió en una pasta. La herida de flecha no se encontraba tan mal pero la que le había causado la estalactita no dejaba de sangrar.

—Me alegra que estés bien, Zul.

Me senté a su lado y esparcí la pasta en sus heridas con una hoja.

—¿Llamas a esto estar bien? —preguntó con una mueca de dolor.

—Estás vivo —respondí.

Intentó reírse pero al hacerlo le dolía el pecho.

—A mí también me alegra que estés bien —dijo.

Miró en dirección a Talfan preocupado y lo detuve antes de que se pusiera de pie.

—Descansa, no puedes ayudarlo en ese estado —dije.

Había frustración en su rostro pero no intentó levantarse. Una vez que terminé con él, fui hacia Aiden, y esparcí lo que quedaba de la pasta en su brazo y en su pierna. Sus heridas no eran graves pero si no las trataba podían infectarse. Necesitaría aguja e hilo para coserlos a él y a Zul.

Me moví para ir en búsqueda de más hierbas, pero Aiden me retuvo a su lado.

—Quédate conmigo.

Sus ojos marrones buscaron los míos, era imposible negarle algo cuando me miraba de esa manera. Apoyé mi cabeza en su hombro y permanecimos sentados contra la pared de la cueva. Zada no tardó en quedarse dormida, agotada tras los largos días de cabalgata y el enfrentamiento. Y Talfan estaba inconsciente, no podíamos hacer otra cosa que aguardar hasta que despertara. Permanecí pensativa, reviviendo la pelea en mi cabeza. Seith no había hecho nada por proteger a los warlocks, había presenciado como Zul mató a Dalamar sin intentar detenerlo. Era extraño, él y Akashik parecían tener motivos diferentes del resto del Concilio. Y Ailios... no podía dejar de pensar en él. Quería saber lo que había ocurrido, aun después de verlo me costaba creer que se hubiese quitado su propia vida. Recordé la manera en que me había sentido cuando Dalamar usó su magia sobre mí y sentí un escalofrío.

Estaba cansada, dejé mi mente en blanco y descansé por un rato.

—Adhara...

Abrí los ojos y vi a Zul.

—El pergamino que te entregó Ailios, quiero leerlo —dijo.

Busqué en mi ropa y lo saqué. Lo abrí con cuidado. El papel era viejo y amenazaba con partirse en cualquier momento.

—Léelo en voz alta —dijo Aiden.

Su voz me tomó por sorpresa, no sabía que estaba despierto.

Donde las aguas son oscuras y la luz no llega, comienza el camino  
bajo el monte donde ilumina la luna, reposan aquellos que vigilan  
dos serán los guardianes que juzgarán al intruso que interrumpa su  
descanso

valentía y bondad serán virtudes, maldad y avaricia desencantos.

Al terminar de leer, los tres intercambiamos miradas confusas. Este revelaba el camino hacia el Corazón del Dragón y hacia sus guardianes. ¿Quiénes serían? ¿Dragones? Lo dudaba... los elfos solían decir que todos ellos se encontraban en la tierra de Serpens. El mago se alejó un poco, podía ver frustración en su rostro. No era difícil imaginarme a qué se debía. Todos nos habíamos arriesgado por salvar a Ailios creyendo que él nos ayudaría a eliminar al Concilio de los Oscuros y en cambio se había quitado la vida frente a nosotros.

Aun así nuestra lucha no había sido en vano, ahora solo quedaban tres warlocks. Y si en verdad había sido Akashik actuando desde las sombras, tal vez eliminaría a los otros ahorrándonos el trabajo. Estaba decepcionada por lo ocurrido con Ailios, pero todos habíamos logrado escapar con vida y eso era lo importante.

—Quiero ver el resto de la cueva —dije poniéndome de pie.

Esperaba encontrar más pertenencias de Ailios, algo que me ayudara a comprender lo que había pasado. Caminé adentrándome en el resto de la cueva, esta se volvió más angosta y pasé por un estrecho pasaje que salía al valle. El paisaje era hermoso. Un manto de flores cubría el pasto y había una laguna con agua cristalina. Caminé hacia allí y noté una pequeña huerta a su lado. Ailios se las había ingeniado bien para sobrevivir.

Escuché pasos y vi al mago caminando hacia mí, parecía molesto.

—Tu herida aún está abierta, no deberías estar aquí, Zul.

—Todo ha sido en vano, cada uno de nosotros expuso su vida para liberarlo —espetó molesto—. ¿Cómo es posible, Adhara? Era un elfo.

—Lo sé, he estado pensando en eso todo este tiempo. De no haberlo presenciado jamás creería algo así posible —respondí.

Y por primera vez comencé a pensar que tal vez sería mejor no entenderlo, hurgar dentro de tan profunda oscuridad sería peligroso.

—¿Crees que Akashik los traicionó? —pregunté pensativa.

—No sé qué pensar, todo es demasiado confuso —replicó Zul—. Pero la voz de Sabik sonaba tan sorprendida como certera.

—Si Akashik logró hacer eso con la mente de Ailios, podría haber acabado con todos nosotros él solo y aun así decidió no hacerlo. Su propósito es un misterio...

Zul estiró su mano en busca de la mía y permití que la tomara intentando ocultar mi sorpresa.

—Odio tener que pedir más de ti Adhara, pero debemos seguir el camino que indica el pergamino y encontrar el Corazón del Dragón, es nuestra única opción —dijo el mago.

—No es necesario que me lo pidas, Zul —respondí—. El camino será largo pero

de alguna manera terminaremos con ellos.

Me sonrió y su expresión se ablandó, parecía aliviado. ¿Cómo podía pensar que no continuaría ayudándolo? Después de todo lo que habíamos pasado era ridículo pensar que simplemente lo abandonaría.

—Warrick, ¿alguna vez has escuchado el nombre? —preguntó el mago.

—No —respondí—. Debe ser humano. De lo contrario habría oído de él en Alyssian.

El mago se tambaleó y puse mi brazo alrededor de él, ayudándolo a volver a la cueva. No tardaría en anochecer, sería demasiado arriesgado pasar la noche allí.

—Sorcha no pudo matarme —dijo Zul en voz baja.

—No —respondí con una sonrisa—. Ahora ninguno de los dos podrá dañarse, al menos no con magia.

—Sería muy idiota de mi parte pensar que algún sentimiento hacia mí fue la causa —dijo el mago—. ¿Qué la detuvo?

Eso no lo podía responder y adivinar sería jugar con los sentimientos del mago.

—No lo sé —respondí simplemente.

Al llegar, Zul fue junto a Talfan y tomó su mano, su estado no había cambiado. Zada estaba despierta y los observaba con lágrimas en sus ojos. Le pedí a Aiden que me acompañara y fui a buscar los caballos. En la montura de Daeron había un paquete con vendas, aguja e hilo. Los había empacado presintiendo que los necesitaríamos. El lugar parecía desierto, no había rastros de Seith y Sorcha. Al regresar cosí la herida en el brazo de Aiden y vendé su pierna. Era la primera vez que cosía una herida pero por fortuna había visto a elfos hacerlo en Alyssian y tenía buena memoria. Era el turno del mago, fui hacia él pero me detuve en seco al ver la mirada en sus ojos.

—Zul...

—Hay algo mal con él —dijo Zul alarmado—. No puedo sentir su magia.

Puse una mano sobre el pecho de Talfan, su ritmo cardíaco continuaba débil, pero eso no era lo que me preocupaba. Su cuerpo estaba frío y había algo diferente en él pero no estaba segura de lo que era. Llevé mi otra mano hacia Zul y la apoyé en su hombro, si me concentraba podía sentir su magia. Volví mi atención a Talfan, nada. Me alejé de él con una expresión de horror, Zul estaba en lo cierto. ¿Cómo era posible?

—Yo tampoco puedo sentirla —dije.

Zul me miró incrédulo y puso sus manos sobre su viejo maestro.

—¡Talfan! —gritó sacudiéndolo.

Utilizó un hechizo para curar los raspones y quemaduras en su cuerpo pero continuó inconsciente.

—¡Talfan!

Zada se dejó caer en el suelo, llorando de forma desconsolada. Aiden fue hacia ella e intentó calmarla.

—¡Por favor, despierta! —gritó el mago, sacudiendo el cuerpo de Talfan con más fuerza.

Sujeté a Zul impidiendo que recitara otro hechizo.

—No puedes usar magia en tu estado, es peligroso.

Forcejeó para soltarse y Aiden me ayudó a sujetarlo.

—No puedes hacer nada más por él. Debemos esperar —dijo Aiden.

—¿Vivirá? —preguntó Zada sollozando.

—Su corazón aún late, se encuentra con vida —le aseguré—. Tardará en despertar, pero lo hará.

—¿Y qué hay de su magia? —preguntó Zul desesperado.

—No lo sé —hice una pausa, pensativa—. Su magia ya se encontraba debilitada, el enfrentamiento con los warlocks fue un límite que no debió haber cruzado.

Zul se arrodilló al lado de Talfan, había algo nuevo en su mirada, culpa. Sabía lo que pensaba, debimos haber peleado nosotros tres; Zada y Talfan no habían estado en condiciones de hacerlo. Tal vez tenía razón, pero ya era demasiado tarde.

## UN CAMINO LLEVA A OTRO

Obligué a Zul a recostarse y Zada me ayudó a coser las heridas en el hombro y el pecho. No era ideal viajar con él y Talfan en ese estado, pero de quedarnos estaríamos más vulnerables en caso de un ataque. Tras asegurarnos de que no hubiera nadie afuera, cargamos a Talfan con cuidado fuera de la cueva. Aiden y Zul lo sentaron en la montura del caballo, el mago montó detrás de él y lo sujetó con fuerza. Sería un largo camino, debíamos ir al paso para evitar que se cayera. Noté que a Aiden aún le molestaba el brazo y me subí a Daeron ofreciéndole mi mano para ayudarlo. Me miró ofendido y dejé escapar una risa ante su expresión. Sabía que no le gustaba mostrarse débil frente a mí.

Daeron se adelantó a los demás y guiamos el camino. En caso de que hubiera peligro esperándonos más adelante era mejor que lo encontráramos nosotros; la prioridad del mago era cuidar de Talfan. Me volví hacia él, su mirada brillaba peligrosa nuevamente y su expresión era imposible de descifrar. Zada iba silenciosa a su lado, parecía contenta de regresar a su hogar. En ese momento me di cuenta de que, a juzgar por sus expresiones, Aiden y Zul debían estar pensando lo mismo que yo. Este no era el final de un viaje sino el comienzo de otro. Nuestro camino era más largo de lo que habíamos pensado y debíamos transitarlo nosotros tres.

Recordé la noche en que llegué a Naos luego de viajar desde Alyssian y no me reconocí. En ese entonces no sabía quién era y si encontraría mi lugar. Y ahora lo veía con total claridad. Me sentía segura de ello, como si siempre lo hubiese sabido. Mi lugar era junto a Aiden y Zul, en Lesath. Mi apariencia se asemejaba más a la de los elfos, pero mi corazón y mis emociones eran humanas.

Aún quedaba mucho por hacer antes de que tuviéramos paz y libertad para vivir nuestras vidas, pero estaba dispuesta a hacerlo. En cierta forma sentía que esta era mi aventura.

Warrick con suerte nos ayudaría una vez que lo encontráramos, pero no depositaría en él la misma esperanza que había depositado en Ailios. Nadie haría el trabajo por nosotros, deberíamos acabar con los warlocks nosotros mismos, incluso con Akashik. Aún no me encontraba segura de que el Corazón del Dragón fuera el arma correcta, ningún humano debía poseer un poder de tal magnitud. Tal vez Ailios nos había apuntado en su dirección para que lo destruyéramos y le pusiéramos un fin a su ambición.

Las palabras del pergamino se repitieron en mi mente, «valentía y bondad serán virtudes, maldad y avaricia desencantos». O tal vez uno de nosotros podía utilizarlo sin ser tentado por su poder; era difícil de saber. Aiden había conocido la oscuridad de los warlocks y se había resistido a ella. Si había salido victorioso contra tan terrible maldad era evidente que el poder no le atraía.

Miré hacia adelante, regresaba a Iara y Helios solo para despedirme de ellos una vez más. Era injusto, no sabía cuánto tiempo nos llevaría encontrar el Corazón del Dragón, y enfrentarnos a Akashik era una batalla que me daba gusto posponer. Algún día terminaríamos con todo el engaño de Lesath y ese día tomaría mi lugar entre los hombres sin temor de llamar a este, mi hogar.



TIFFANY LIS CALLIGARIS. Nació en 1988 en la ciudad de Buenos Aires, Argentina. Desde muy pequeña se sintió cautivada por la literatura de fantasía y ciencia ficción.

Es la autora de Lesath 1. Memorias de un engaño, primera novela de la trilogía Lesath.